



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

**LAS PERSPECTIVAS INTELECTUALES MEXICANAS SOBRE EL TRIUNFO DE
LA REVOLUCIÓN CUBANA DESDE LA PLATAFORMA UNIVERSITARIA DE
CUADERNOS AMERICANOS Y LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO
(1959-1961)**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN HISTORIA

**PRESENTA:
JUAN ALBERTO SALAZAR REBOLLEDO**

TUTORA:
DRA. DANIELA GLEIZER SALZMAN
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Ciudad Universitaria, Ciudad de México

Febrero de 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**Las perspectivas intelectuales mexicanas sobre el triunfo de la Revolución Cubana
desde la plataforma universitaria de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la
Universidad de México* (1959-1961)**

Juan Alberto Salazar Rebolledo

Introducción.....	1
Capítulo 1. <i>Cuadernos Americanos</i>: iberoamericanismo y compromiso intelectual....	32
1. <i>Cuadernos Americanos</i> : mapa de representantes.....	32
2. <i>Cuadernos Americanos</i> en América (Latina): aspectos materiales de la revista y distribución continental.....	36
3. Jesús Silva Herzog: los meandros de “un hombre de izquierda”.....	39
4. Jesús Silva Herzog y lo americano de sus <i>Cuadernos</i> : compromiso intelectual e iberoamericanismo.....	44
5. Jesús Silva Herzog y su posición en la Universidad.....	58
Capítulo 2. La UNAM como plataforma para un proyecto cultural a mediados del siglo XX: La Revista de la Universidad de México.....	61
1. Jaime García Terrés: un joven funcionario.....	64
2. La <i>Revista de la Universidad de México</i> y el proyecto cultural de Jaime García Terrés: plataforma intelectual para una nueva generación.....	72
3. Jaime García Terrés y la función social del intelectual en los años cincuenta.....	77
Capítulo 3: El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 a través de la <i>Revista de la Universidad de México</i> y <i>Cuadernos Americanos</i>.....	86
1. Diagnósticos y epitafios de la Revolución Mexicana a mediados del siglo XX.....	87
2. El año nuevo de 1959: triunfo revolucionario y despertar en Cuba.....	90
3. La Reforma Agraria: medidas cubanas y recuerdos mexicanos.....	113
4. <i>El espectador</i> : una experiencia editorial militante paralela.....	115
Capítulo 4: La defensa del proceso de radicalización de la Revolución Cubana en 1960 en la <i>Revista de la Universidad de México</i> y <i>Cuadernos Americanos</i>: anticomunismo, viajes y pronósticos de intervencionismo.....	123
1. El anticomunismo como “malentendido”.....	125
2. La visita de Osvaldo Dorticós a México.....	127
3. Cincuenta años de la Revolución Mexicana en dos publicaciones periódicas vinculadas a la UNAM.....	134
4. Más viajeros en La Habana.....	137
5. Diálogos latinoamericanos-estadounidenses en torno al intervencionismo.....	143
Capítulo 5. 1961 Anticomunismo, no intervención y “rojillos”: la defensa intelectual de la Revolución Cubana después de Bahía de Cochinos y la radicalización socialista en <i>Cuadernos Americanos</i> y la <i>Revista de la Universidad de México</i>.....	148

1. Expresiones mexicanas en torno de las tensiones Cuba-Estados Unidos previas a la invasión de abril de 1961.....	150
2. Bahía de Cochinos: el aterrizaje de los pronósticos.....	155
3. El carácter socialista de la Revolución Cubana y la reorientación de su defensa desde la plataforma intelectual universitaria en México.....	162
4. <i>¿Es usted rojillo?</i> : La polémica sobre la infiltración comunista en la UNAM en torno a la presencia de la Revolución Cubana en la <i>Revista de la Universidad de México</i>	175
Reflexiones finales.....	193
Fuentes consultadas.....	200

Las perspectivas intelectuales mexicanas sobre el triunfo de la Revolución Cubana desde la plataforma universitaria de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* (1959 -1961)

Introducción

La madrugada del primero de enero de 1959 el general, y hasta entonces presidente de Cuba, Fulgencio Batista, huyó de la isla, ante el avance del Ejército Rebelde liderado por el abogado Fidel Castro, su hermano Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y el argentino Ernesto Che Guevara. La llegada de los guerrilleros cubanos al poder tuvo profundas consecuencias para la sociedad cubana, pero el eco de la Revolución Cubana llegó también a diversos sectores del resto de América Latina. El contexto de la Guerra Fría hizo aquel evento en la isla particularmente interesante para los artistas e intelectuales latinoamericanos.

En esta investigación propongo una aproximación a ciertos procesos culturales inmersos en la Guerra Fría latinoamericana que tuvieron como eje conductor las reflexiones en torno al triunfo de la Revolución Cubana entre 1959 y 1961.¹ Para hacerlo, he delimitado un espacio puntual: una plataforma intelectual construida en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) que tenía dos revistas como vía central de conformación de redes, intercambio de capitales, expresión y posicionamiento de ideas, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*.

Busco comprender cómo la Revolución Cubana fue representada en la plataforma intelectual universitaria y cómo el proceso de radicalización en la isla detonó debates sobre la propia situación mexicana en el grupo ligado a las publicaciones antes mencionadas. Esto supone entender no sólo a las revistas, sino también a la Universidad, en este caso la

¹ La historiografía sobre la Guerra Fría en América Latina ha comenzado a concentrarse en “la perspectiva de los países latinoamericanos en su difícil proceso de adaptación a las dinámicas producidas por el conflicto bipolar”, como anota Vanni Pettinà en *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018, p. 15. Sin embargo, este enfoque continúa privilegiando un marco extra latinoamericano (la confrontación económica, ideológica, social y cultural entre Estados Unidos, la gran potencia capitalista y la Unión Soviética, la gran potencia socialista) para aproximarse a las especificidades de los procesos transnacionales en el continente. En mi opinión, el estudio de los años sesenta en torno a la Revolución Cubana y sus relaciones con el resto de América Latina aportaría más si no concibiera los procesos de la región únicamente como ajustes o reacciones a los movimientos de las potencias globales. Además, sería necesario rastrear las transformaciones de los intercambios políticos, sociales y culturales en raíces mucho más profundas y remotas que el final de la Segunda Guerra Mundial. En buena medida, la posibilidad de aproximarme a esta intención, por medio de las conexiones intelectuales, fue lo que me motivó para emprender el estudio de este periodo.

UNAM, como un espacio además de académico, de debate, acción intelectual y posicionamiento de discursos públicos. Es decir, la Universidad como un espacio de conflicto.

Me parece importante clarificar un concepto operativo para este trabajo y que he propuesto como una manera de comprender el entramado institucional que respalda las reflexiones sobre la Revolución Cubana de estos intelectuales, y que también está detrás de las revistas que publicaron sus discursos, es decir: la plataforma intelectual universitaria. Con esto, me refiero a la conciencia de un entrecruce en mi estudio de dos espacios institucionales, a los que, en teoría, les corresponderían reglas, procederes, procesos de validación del discurso y de pertenencia distintos: la Universidad y las revistas. Dicha confluencia de espacios, propongo, es la condición de posibilidad específica de estos intelectuales para posicionar sus intereses y llevar a cabo los proyectos culturales y políticos estudiados en la presente investigación.

El hecho de que los discursos sean presentados en revistas, en primera instancia es una manera de validarlos en ciertos espacios y dirigirlos hacia un público con referentes en común. Las revistas político-culturales tienen un acotado espacio de acción, en el que la reflexión intelectual se mezcla, se entrecruza y se nutre de las expresiones culturales y artísticas para proponer un modo particular de incidir en la discusión pública. En este caso, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* cumplen cabalmente con estos criterios. Sin embargo, su vínculo con la UNAM no es un asunto menor o meramente incidental.

En este caso la UNAM se nos presenta en una doble acepción complementaria: como un espacio académico-educativo en el que, de hecho, se produce y reproduce buena parte de las élites intelectuales del México contemporáneo. Y por el otro, como una plataforma desde la cual los intelectuales se desempeñan no solo como formadores o estudiantes (potencialmente futuros formadores), sino como participantes en la discusión pública a partir de las condiciones materiales y simbólicas que la institución universitaria les provee a través de organismos como la Coordinación de Difusión Cultural o la Imprenta Universitaria.

El esquema de *Cuadernos* y la *Revista* tiene, además de la institución que las posibilita a ambas, un grupo de colaboradores en común. A la vez, varios de ellos

participan también como profesores en la vertiente educativa-formativa de la Universidad. Por lo tanto, la plataforma intelectual desde la que emiten y posicionan sus discursos se estructura sobre esta doble condición que termina por ser contradictoria en los momentos de mayor tensión. Por ejemplo, cuando la UNAM financia, imprime, promueve y hace posible la difusión de ciertos productos culturales como libros, revistas, películas y programas de radio, pero a la vez se desentiende oficialmente de los polémicos contenidos.

Quizá lo que Carlos Altamirano señala sobre las universidades como espacios intelectuales permita comprender la dislocación del discurso que planteo. Altamirano retoma en su libro *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta* una definición de Alvin Gouldner sobre la comunidad de discurso correspondiente a los intelectuales que se desempeñan en el ámbito universitario: “lo que distingue a las élites intelectuales de quienes controlan el poder político o el poder económico es un conjunto de costumbres que denomina ‘cultura del discurso crítico’”.² Sin embargo, el debate público puede llegar a distanciarse del “discurso crítico” debido a sus condicionantes específicas, como la de ser “un ámbito de tomas de posición ética o política, [en el que] el lenguaje no se halla sometido a las reglas y a los controles de esas comunidades restringidas que son las comunidades de iniciados, sean de académicos o no. Para quien interviene en él, el lenguaje está obligado a ser exotérico”.³

La consideración de Altamirano remite a asuntos tan problemáticos como el “compromiso intelectual”, tan recurrente en asuntos como la defensa de la Revolución Cubana. Indudablemente los procesos de validación del discurso en estos casos atraviesan procesos distintos a los de la comunidad académica y el “discurso público”, sin embargo, ambos son posibilitados por la misma plataforma: la UNAM. Será interesante ver cómo los propios profesores universitarios, al posicionar sus argumentos defensivos del proceso en la isla en *Cuadernos* o la *Revista*, son quienes intentan reelaborar o reconciliar las aparentes contradicciones. En el curso de sus acciones discursivas, varios de los intelectuales de la plataforma intelectual universitaria estudiados en esta investigación participan en ambas vertientes de la plataforma, y desde ahí buscan conciliar nociones tan caras al mundo

² Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 133.

³ *Ibid.*, p. 135.

académico como la objetividad con otras inherentes al discurso político y la militancia, como la subjetividad.

El hecho de repensar la actuación de estos intelectuales mexicanos desde una plataforma universitaria permite complejizar nociones aparentemente estáticas como aquella que los planteaba como personajes inequívocamente “comprometidos” con la Revolución Cubana, a partir del entusiasmo que dicho acontecimiento despertó entre ellos. La relevancia de las revistas estudiadas en este trabajo radica en que ofrecen la posibilidad de observar la diversidad y vaivenes en las posturas al interior de la Universidad, cuya institucionalidad podría aparentemente homogeneizar a quienes la conforman, en realidad, desde sus subjetividades y respectivos intereses particulares. Quizá una de las principales aportaciones de este trabajo sea la de plantear los elementos necesarios para confrontar los discursos y pronunciamientos de los intelectuales con las vivencias y capitales que los motivan o respaldan, en un momento en el que el “compromiso intelectual” de este grupo con la revolución en la isla parecía darse por descontado. Examinar los procesos realizados por estos personajes para proyectar su autoconcepción como intelectuales permite enfatizar su performatividad como un mecanismo de negociación de capitales políticos, sociales, culturales y económicos.⁴

En el presente trabajo estudio a las revistas como soportes de discursos y organización de un grupo de intelectuales. En este sentido, ambas publicaciones me permiten aproximarme, en la primera parte de esta tesis (capítulos 1 y 2), a la estructura de una plataforma intelectual universitaria; y en la segunda parte (capítulos 3, 4 y 5), a la manera en la que quienes la integran posicionaron sus discursos, debates, reflexiones, opiniones, crónicas y argumentaciones en torno a la Revolución Cubana, como una manifestación de seres sociales actuantes, en este caso como “intelectuales comprometidos” al expresarse como tales.

⁴ Sigo en esta parte lo desarrollado por Pierre Bourdieu al respecto de los capitales sociales y culturales como medios de negociación y obtención de beneficios entre campos diferenciados de la actividad humana: “Al igual que la ley de conservación de la energía, rige aquí el principio de que los beneficios obtenidos en un área se pagan necesariamente mediante costes en otra. (...) El *principio de conservación de la energía social*, vigente a través de todas las transformaciones de capital, puede verificarse si, para cada caso dado, se toman en cuenta tanto el trabajo acumulado en forma de capital como el trabajo necesario para transformar el capital de un tipo en otro”. Pierre Bourdieu, *Poder, derecho y clases sociales* (2ª ed), Bilbao, Desclée de Brouwer, 2006, p. 159.

Con estos cinco capítulos pretendo cubrir el proceso de transformación del discurso intelectual posicionado desde *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* en torno a la Revolución Cubana. Sin duda, hay muchos temas paralelos que han quedado apenas sugeridos o apuntados al margen de la investigación aquí presentada. Sin embargo, considero que la reconstrucción de este debate me permite aproximarme a un momento particular de la UNAM en el que comenzó a estructurarse una manera de pensar la cultura universitaria, fuertemente sustentada en las relaciones personales y el intercambio de capitales. Por otro lado, también se trata de un interesante momento de la vida intelectual mexicana, en el que su vinculación con un proceso externo terminó por redefinir asuntos tales como el concepto de revolución, el compromiso intelectual y las posibilidades de la Universidad de participar en la discusión pública –en sus distintas expresiones: académica, intelectual, cultural, artística, y también estudiantil– como el resto de la década de los sesenta se encargó de demostrar.

Con esta investigación busco responder, primero, ¿cuáles fueron las motivaciones de estos grupos de intelectuales para debatir sobre la Revolución Cubana en *Cuadernos Americanos* y en la *Revista de la Universidad de México*?

Mi primera hipótesis es que el debate se dio, sobre todo, en función de los intereses de los intelectuales en México, y no forzosamente derivado de un “compromiso” irreductible con Cuba. A través de su participación en la esfera pública, estos grupos de intelectuales buscaron oportunidades para movilizar capitales sociales, políticos, económicos y culturales en su contexto mexicano. Por lo tanto, hay una dialéctica entre el exterior y el interior de la plataforma y las reflexiones que posibilitó, pues distintos elementos como la crítica a la Revolución Mexicana, la defensa de la Revolución Cubana, el compromiso intelectual o la propia respuesta de los intelectuales frente al anticomunismo, cobraron mayor o menor relevancia especialmente entre 1959 y 1961 según sus particulares necesidades.

Mi objetivo es ahondar en el estudio de los intelectuales no solamente como “gente de ideas”, sino también como actores políticos. A través del análisis de su autoconcepción como intelectuales, y sobre todo, de la proyección que hacen de ella, busco mostrar los capitales que movilizaron a través de las posiciones que ocuparon.

Para comprender mejor los matices de las discusiones abiertas por la Revolución Cubana en estos espacios, busco responder también ¿cuáles fueron las particularidades del proceso de politización en *Cuadernos Americanos* y en la *Revista de la Universidad de México* a partir de la incorporación de la Revolución Cubana como tema de debate en cada una entre 1959 y 1961?

Mi segunda hipótesis es que en el caso de *Cuadernos*, la discusión sobre la Revolución Cubana se incorporó a una extensa discusión sobre el latinoamericanismo y el compromiso intelectual, que ya estaba en curso en la publicación previamente al triunfo del movimiento cubano en 1959. Mientras que, en la *Revista*, el proceso en la isla detonó una progresiva politización e incorporación de nuevos temas para argumentar sobre ésta –por ejemplo, los ya mencionados en el caso de *Cuadernos*–, que antes eran ajenos al pensamiento de la revista, centrada sobre todo en reflexiones sobre lo estético.

Mi objetivo es demostrar, mediante la comparación entre las dos revistas, que a pesar de que ambas formaban parte de una misma plataforma intelectual, cada una de las publicaciones defendía intereses particulares –posiciones en la estructura gubernamental o universitaria, legitimidad, proyección, acceso al mercado cultural y artístico, entre otros– al referirse a la Revolución Cubana, al representar dos concepciones distintas de la actuación intelectual, que oscilaban entre el intercambio de capitales y el compromiso político.

El argumento central de mi trabajo es que al examinar la reflexión intelectual en torno al triunfo de la Revolución Cubana también es posible comprender la manera en la que funcionaba la red en que la discusión se desarrolló, así como sus relaciones internas y externas. En este caso, la plataforma intelectual universitaria, que se expresaba a través de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, formó redes intelectuales, proyectó proyectó sus autorepresentaciones a través de discursos y finalmente estructuró una defensa de la Revolución Cubana por medio de distintos mecanismos intelectuales instrumentados en las publicaciones, que les ayudaron a ganar posiciones para sus intereses particulares.

Cada una de las revistas tenía características materiales, organizacionales y espacios de acción diferenciados, pero también coincidentes, como en el caso que presenta esta investigación. En ellas se entrecruzaban actores comunes a la plataforma universitaria que las posibilitaba. A lo largo de estos primeros tres años de Revolución Cubana, del triunfo

en 1959 a la profundización radical con la declaración del carácter socialista en 1961, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* se plantearon como espacios de reflexión muchas veces encaminados a la defensa del proceso en la isla.

La Revolución Cubana y la discusión política que desencadenó en las revistas se insertaban en la Guerra Fría cultural latinoamericana de una manera peculiar. En términos generales, se ha marcado el inicio “institucionalizado” de este aspecto de la confrontación de los bloques en los años cincuenta. En 1949, con la fundación del Consejo Mundial de la Paz –alineado a los intereses de la esfera soviética– y en 1950, con la respuesta occidental, al fundar el Congreso Mundial por la Libertad de la Cultura, patrocinado por la Central Intelligence Agency (CIA).

Distintos grupos de intelectuales fueron atraídos por estas organizaciones de “diplomacia cultural”, encaminadas a propagar ideas, “arte, música, polémicas, estudiantes y académicos con el propósito de orientar o modificar las percepciones internacionales”.⁵ Sin embargo, la investigación que aquí presento plantea dos particularidades frente a esto. El núcleo orientador de las discusiones en las revistas comienza con la introducción de un nuevo actor en las dinámicas regionales y globales: la Revolución Cubana. Por un lado, este proceso era más cercano cultural, social y discursivamente para muchos de los intelectuales mexicanos que Estados Unidos y la Unión Soviética. Y por el otro, permitía a los actores que participaban en la discusión pública posicionar de manera efectiva sus agendas, visiones e intereses, aprovechando el terreno que la Guerra Fría cultural ofrecía para hacerlo. Esta consideración permite complejizar las polémicas intelectuales aquí estudiadas en el sentido propuesto por Patrick Iber: “el debate sobre la Guerra Fría tiende a reducir a los grupos intelectuales a los intereses de sus patrocinadores, presentando a cada uno de los participantes como un mero soldado al servicio de un imperio extranjero”.⁶ Así, el entretejido de la plataforma universitaria analizado en esta investigación expresa una organización interna no dependiente de ninguno de los “bandos” de la Guerra Fría bipolar, en primer lugar; pero también permite visualizar las negociaciones e intereses intelectuales puestos en juego en torno a los debates sobre la Revolución Cubana en *Cuadernos* y la *Revista*, dos revistas político-culturales mexicanas de la segunda mitad del siglo XX.

⁵ Patrick Iber, *Neither Peace Nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015, “Introduction”, Kindle.

⁶ *Idem*.

1. Las revistas como problema historiográfico

La historiadora argentina Beatriz Sarlo plantea que la iniciativa de publicar una revista parte de la conciencia de dos ideas afines y complementarias: “necesidad y vacío”. Es decir, una exigencia planteada por alguna coyuntura que interpela a los intelectuales a participar en la deliberación pública de temas estéticos, sociales, políticos o de alguna otra índole. “Desde esta perspectiva, ‘publiquemos una revista’ quiere ‘decir hagamos política cultural’, cortemos con el discurso el nudo de un debate estético o ideológico”.⁷ Por lo tanto, podemos decir que una revista es la manifestación y visibilización de la voluntad de un grupo de intelectuales por participar en la discusión de la realidad; es en principio un compromiso con el debate público.

Considerar este punto permite entender la atención que la historia intelectual ha puesto en las revistas como vías idóneas para estudiar a los intelectuales. Annick Louis ha planteado dos aproximaciones historiográficas tradicionales al asunto: la primera es aquella que piensa este tipo de publicaciones como antecedente o episodio de la carrera de un escritor o artista plástico célebre; la segunda es la que las aborda en su función de realización cultural, como manifestación de cierto fenómeno enmarcado en el mundo cultural. Sin embargo, Louis agrega una tercera vía, la de aproximarse a las revistas “como objetos autónomos” para entenderlos en su contexto de publicación y edición.⁸

A partir de los criterios contextuales de la publicación de las revistas, se ha puesto especial atención a sus elementos estéticos y formales. Sin embargo, Beatriz Sarlo propone aproximarse a estos objetos culturales desde un punto de partida distinto: “resistiéndose a una perspectiva crítica formalista, las revistas parecen objetos más adecuados a la lectura socio-histórica: son un lugar y una organización de discursos diferentes, un mapa de las relaciones intelectuales, con sus [diferencias] de edad e ideologías, una red de comunicación entre la dimensión cultural y la política”.⁹

Considero pertinente hacer explícito que la presente investigación se inscribe en dicha postura historiográfica, la de ponderar la lectura socio-histórica de las revistas, dado

⁷ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” en *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 9-10, 1992, p. 9.

⁸ Annick Louis, “Las revistas literarias como objeto de estudio” en Blog *Revistas Culturales 2.0*, Eberhard Karls Universität Tübingen, 12 de marzo de 2014. Disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/annick-louis-las-revistas-literarias-como-objeto-de-estudio> (Consultado el 10 de diciembre de 2019)

⁹ Sarlo, *op. cit.*, p. 15.

que esto ofrece para la historia intelectual una gran cantidad de aristas, que rebasan por mucho la mera enumeración técnica de características formales o materiales de estos objetos. Aimer Granados enumera algunas de las posibilidades para estudiar a las revistas desde este enfoque: 1) las revistas como soportes materiales de las ideas (vertidas usualmente en el género del ensayo); 2) los intelectuales que piensan y razonan estas ideas a través de las cuales, aunque no exclusivamente, se genera un acercamiento entre ellos (redes y lazos de cultura), pero también rupturas ideológicas; 3) los ámbitos en los que ideas e intelectuales se proyectan con la intención de conservar o modificar el statu quo (el Estado, la sociedad, las instituciones, el desarrollo de la cultura y de la ciencia en general).¹⁰

En este sentido, el enfoque de la lectura socio-histórica para abordar las reflexiones de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* en torno al triunfo de la Revolución Cubana (1959-1961) permite realizar un estudio que considera los entrecruces en “la creación literaria, ideológica y cultural presentada en las revistas, en relación directa con los contextos estéticos y sociopolíticos en los que emergieron y circularon”, como apunta Regina Crespo.¹¹ Es decir, la manera en la que las discusiones al respecto del proceso en la isla estuvieron determinadas por intereses particulares precedentes en torno a temas como la Revolución Mexicana, el compromiso intelectual y el latinoamericanismo; y de la misma manera, cómo estos debates permitieron reinterpretar y replantear dichos tópicos.

Sobre estos debates, Alexandra Pita destaca, siguiendo a Beatriz Sarlo, que los intelectuales, a través de las revistas, “buscan formar una opinión pública a partir de una objetivada interpretación de algunos sucesos que son de vital importancia para definir las filias y las fobias de un grupo”.¹² Asimismo, la consideración de partir de la figura de los directores de cada una de las revistas se apoya en la propuesta de Imízcoz y Arroyo sobre los “conectores” dentro de las redes intelectuales egocentradas: “en este núcleo denso de la red, algunos individuos destacan especialmente como ‘conectores’. A través de sus cartas cruzadas a unos y otros, los conectan especialmente (sic) entre sí, les implican en las

¹⁰ Aimer Granados, “Introducción” en Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM Cuajimalpa/Juan Pablos Editor, 2012, p. 9.

¹¹ Regina Crespo, “Introducción” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010, p. 12.

¹² Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, “Revistas culturales y redes intelectuales: una aproximación metodológica” en *Temas de Nuestra América*, n° especial 54, julio- diciembre, 2013, p. 178.

necesidades de los suyos, movilizan a parientes y amigos, y promueven la cooperación y la concertación”.¹³ En este sentido, a través de la reconstrucción de la plataforma intelectual universitaria desde la que ambas figuras estructuran sus redes, aunado a su condición de directores, es posible colocarlos al centro de la toma de decisiones de las publicaciones. Ello implica un funcionamiento vertical, a la par de las redes (usualmente entendidas como vínculos multilaterales horizontales), así como la extrapolación de sus ideas a los contenidos. Esto, sin pretender concentrar todas las decisiones y opiniones en dos sujetos, pero sí otorgándoles el papel de la orientación de la línea editorial en sus respectivos espacios en el sentido de “conectores” antes mencionado.

La manera en la que la historia intelectual ha abordado a las revistas es un punto de partida para nuestra aproximación a *Cuadernos* y la *Revista*. Por lo tanto, hay que tener claro que el interés central de esta investigación no es estudiar a las publicaciones como objetos aislados, sino como soportes materiales de las ideas de una plataforma intelectual universitaria expresándose en torno al triunfo de la Revolución Cubana. Para comprender las implicaciones de esta otra vertiente del estudio, es decir los intelectuales que hacen las revistas, hace falta ahora referirnos a la manera en la que la historia intelectual ha abordado a sus actores centrales.

2. Los intelectuales como problema historiográfico

El concepto “intelectual” experimentó distintas transformaciones a lo largo del siglo XX, como plantean Michel Winock en *El siglo de los intelectuales*¹⁴ y también François Dosse en *La marcha de las ideas*, a partir del paradigmático “Caso Dreyfus” de 1898¹⁵, considerado el hito de la participación de los intelectuales en la discusión pública. Para los años cincuenta y sesenta, concernientes al periodo estudiado por esta investigación, es decir

¹³ José María Imízcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas” en *REDES, Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, núm. 4, diciembre de 2011, p. 114.

¹⁴ Michel Winock, *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010.

¹⁵ El 13 de enero de 1898, el escritor francés Émile Zola publicó la famosa editorial “Yo acuso” (“J’Accuse...! Lettre au Président de la République”). Se trataba de una carta en la que Zola denunciaba a los responsables de los errores judiciales y las injusticias del “Caso Dreyfus”, las cuales atribuía al conservadurismo y antisemitismo de un grupo de soldados franceses. La noción de intelectual en el mundo europeo cobró sentido social y político a la luz del artículo de Zola, especialmente, dado que motivó “una protesta colectiva de personalidades, que [reclamaban] una revisión del caso”. François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, España, Universitat de València, 2006, p. 60.

durante el periodo más álgido de la Guerra Fría cultural latinoamericana, la discusión sobre las posturas intelectuales tuvo principalmente tres referentes: el italiano Antonio Gramsci y los franceses Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Expondré brevemente sus ideas al respecto de la función social de los intelectuales para comprender el marco en el que se desarrollaron los debates al respecto en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*.

La mayor parte de la producción literaria de Antonio Gramsci la hizo desde la cárcel en los años treinta, donde terminó sus días a causa de la persecución política de la policía fascista. Desde ahí, tras su intensa labor fundando sindicatos y organizaciones, así como en el comunismo, comenzó sus reflexiones sobre el papel que los intelectuales desempeñaban en la sociedad. Su razonamiento partía de que los intelectuales no son una clase separada, sino que surgen y funcionan orgánicamente ligados a una, a la que le dan “homogeneidad y conciencia” de su propia función social.¹⁶

Gramsci elaboró el concepto de “intelectual orgánico” para enfatizar la relación entre el intelectual y una estructura social específica. La labor intelectual consistía en una especialización útil para la clase a la que el sujeto se encontraba ligado, para cumplir así “una función necesaria en el campo de la producción económica”, y agregaríamos: intelectual, cultural, artística o política (como especificaciones puntuales, no porque se encuentren desligadas del terreno de lo económico).¹⁷

Cada clase social tendría que identificar una serie de necesidades para las cuales requería personas capacitadas para dirigir al resto o darles directamente solución a sus contradicciones. En este sentido, la existencia del intelectual estaría en relación con la función social que desempeñaba, por lo que “podría decirse que todos los hombres son intelectuales, pero que no todos tienen en la sociedad la función de intelectuales”.¹⁸

La labor principal del “intelectual orgánico”, según Gramsci, implica promover, entre la clase social en la que desempeña su “función social”, la conciencia de las problemáticas a las que es necesario dar solución. Es decir que la “organicidad” de un intelectual radica en su irrenunciable pertenencia a una clase, para la cual opera y

¹⁶ Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967, p. 21.

¹⁷ *Ibid*, p. 22.

¹⁸ *Ibid*, p. 26.

contribuye a construir hegemonía: el discurso tácito del conflicto socialmente aceptable en el desenvolvimiento cotidiano de la sociedad, o bien a evidenciarla y ponerla en crisis.

Las reflexiones de Gramsci fungieron, en cierta medida, como fundamento para que Jean-Paul Sartre y Albert Camus elaboraran la noción de “compromiso intelectual”. Es decir, una responsabilidad de participar en la vida política, con especial atención a los momentos de coyuntura, cuando más necesario es hacerlo (de nuevo, el paradigma del “caso Dreyfus”). Sin embargo, Patrick Iber plantea que conforme avanzó la Guerra Fría, la noción de “compromiso” comenzó a alejar las posturas de Sartre y de Camus. Para el primero, el compromiso llegó a exigir la defensa puntual de una causa, como el comunismo, la Unión Soviética o la Revolución Cubana. Para el segundo, “la primera obligación de compromiso del intelectual era con la verdad”, pues se oponía a la represión que se justificaba discursivamente por “el bien mayor”, en este caso, las utopías socialistas.¹⁹

La Guerra Fría llevó a esta división entre Sartre y Camus. Sin embargo, para el momento de la Revolución Cubana el pensamiento sartreano era una buena conjugación de la noción gramsciana de “intelectual orgánico” y los límites de Camus para con el “compromiso”. Para Sartre, el elemento paradigmático del intelectual era su conciencia sobre la contradicción inherente entre su procedencia de clase (formado, usualmente en las esferas próximas a los círculos del poder) y su capacidad de denunciar aspectos puntuales de las injusticias contemporáneas. Por lo tanto, “el intelectual es alguien que se mezcla con lo que no le atañe y que pretende contestar al conjunto de las verdades recibidas y de las conductas que se inspiran en ellas, en nombre de una concepción global del hombre y de la sociedad”.²⁰ Es decir, convertir su propia contradicción en la posibilidad de hacer una denuncia amplia de las inequidades del mundo, aún cuando esas mismas hayan sido las que posibilitaron su propia existencia.

En el caso de Sartre la conciencia del intelectual desencadena un proceso que lo lleva a denunciar su propia condición. Por lo tanto, establece un compromiso con miras a trascender las contradicciones explícitas y observables de la sociedad. En tanto que “el escritor ‘comprometido’ sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que

¹⁹ Iber, *op. cit.*, “Introduction”, Kindle.

²⁰ Jean-Paul Sartre, *Plaidoyer pour les intellectuels* (1965), Gallimard, París, 1972, p. 72, colección “Idées” en Dosse, *op. cit.*, p. 30.

no es posible revelar sin proponerse el cambio”.²¹ Esta afirmación tendrá resonancias –no forzosamente conscientes– en la autoconcepción de algunos intelectuales mexicanos como Jaime García Terrés. De ello es elocuente su paso de ser un escritor interesado sobre todo en las implicaciones estéticas de la literatura a uno que actuó durante un cierto periodo (el triunfo de la Revolución Cubana) bajo la lógica del “compromiso”, es decir respondiendo a la coyuntura.

Tras esta breve revisión contextual a algunos referentes del “ser intelectual” en los sesenta, pasaré a enunciar algunas de las vías de aproximación historiográfica al estudio de los intelectuales. Con esto, será posible situar la presente investigación en su horizonte de enunciación, aún cuando no todos los elementos planteados por los autores hayan sido retomados para trabajar en ella.

Eduardo Devés propone entender las “redes intelectuales” como “un conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican en razón de su actividad profesional, a lo largo de los años”, con “afinidades electivas” en sus preocupaciones, principios, criterios o temas de trabajo.²² Con mayor profundidad, Christophe Charle, Jürgen Schriewer y Peter Wagner han situado estas dinámicas específicamente en una tensión entre lo nacional y lo transnacional al pensar que las ideas tienen una circulación que excede a la noción de una red –abstraída de su contexto en algunos casos–, al incorporar también “los viajes de los académicos a instituciones extranjeras, la emigración internacional de estudiantes, el creciente número de conferencias internacionales y congresos mundiales y la producción y difusión de conocimiento por medio de organizaciones característicamente internacionales (de tipo gubernamental y no gubernamental)”, manifestando en todos los casos anteriores, una serie de configuraciones de estrategias y jerarquías que irrenunciablemente se ejercitan en cada situación.²³ Esta última definición quizá sea la que plantea de mejor manera la concepción de los vínculos entre los intelectuales que me propongo estudiar en esta tesis: distintas instancias de

²¹ Jean-Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Buenos Aires, Sur, 1948, p. 53.

²² Eduardo Devés-Valdés, “La noción ‘redes intelectuales’ y su significado para los estudios ideológicos y para pensar el futuro intelectual latinoamericano” en *Redes intelectuales en América latina. Hacia la construcción de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad Santiago de Chile-Instituto de Estudios Avanzados, 2007, p. 30.

²³ Christophe Charle, Jürgen Schriewer y Peter Wagner (comps.), *Redes intelectuales transnacionales. formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*, Barcelona-México, Ediciones Pomares, 2006, p. 9.

circulación de ideas, actores, reflexiones y posturas ante la realidad; es decir “las producciones intelectuales” como resultado del vínculo de los intelectuales con su contexto, situadas en sus intercambios, que más que tejer redes “entre iguales”, han sido el resultado de la configuración de condiciones de posibilidad en torno a estrategias de posicionamiento de discursos y jerarquías dentro de las cuales negociar.

El texto de la argentina Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*²⁴, centra la reflexión sobre los intelectuales en torno a la representación de la Revolución Cubana. Este trabajo plantea un análisis en el que pone en juego principalmente tres elementos: la literatura producida por algunos intelectuales latinoamericanos, el mercado editorial en el que podían mover sus textos durante los sesenta (el llamado “boom latinoamericano”) y el concepto de revolución discutido en dicho campo intelectual. Con base en este entrecruce, la autora refiere las discusiones sobre la construcción del intelectual como actor relevante para la discusión pública. Posteriormente, lo enfatiza al hablar de la manera en que los debates en torno a la Revolución Cubana le asignaron una responsabilidad social específica al intelectual latinoamericano comprometido: defenderla. Este recuento finalmente culmina con la reacción del “antiintelectualismo”, que planteaba la participación directa en la lucha armada como única vía de acción posible para el intelectual revolucionario. De este texto retomé la consideración sobre la revolución en la isla como un catalizador de la vida intelectual, en este caso del grupo de intelectuales que estudio.

En *Traductores de la utopía*²⁵, Rafael Rojas partió de un modelo orientado a trazar un “mapa de representaciones” para reconstruir los vínculos entre los intelectuales neoyorkinos a partir de las discusiones que sostuvieron en los años sesenta en torno a la Revolución Cubana. La propuesta de Rojas se basa en el análisis de los textos publicados por estos personajes, ya sea en Estados Unidos, en Cuba, o incluso en México. El concepto propuesto por Rojas retoma, en cierta medida, a Beatriz Sarlo: “un mapa de las relaciones intelectuales, con sus [diferencias] de edad e ideologías, una red de comunicación entre la

²⁴ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2ª ed.), Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

²⁵ Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

dimensión cultural y la política”.²⁶ La noción de “mapa de relaciones intelectuales” orienta los primeros dos capítulos de esta tesis, al tratar de reconstruir los grupos de intelectuales que colaboraban en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* para situarlos social, cultural e ideológicamente al momento del triunfo de la Revolución Cubana. Esto con el fin de que se tenga una base para interpretar el sitio desde donde posicionan sus discursos entre 1959 y 1961.

En una publicación más reciente, *La polis literaria*, Rafael Rojas estudió un grupo literario latinoamericano que ha sido históricamente relacionado con la Revolución Cubana, el *boom* latinoamericano. Partió de “rearmar el concepto de revolución en algunos de los novelistas protagónicos del boom (...)”, y con ello “[descubrir] las distancias y los acentos que los separaban de los discursos hegemónicos de los partidos y los líderes de la izquierda y, también, el arraigo que aún poseían criterios de autonomía intelectual”.²⁷ En este caso, Rojas optó por un estudio mucho más individualizado que el que propuso anteriormente en *Traductores de la utopía* –dedica un capítulo a cada uno de los intelectuales del boom que considera más relevantes, como el caso de los mexicanos Carlos Fuentes y Octavio Paz–. Esto le permite trazar un eje de reflexión que privilegia la manera en la que estos intelectuales participaban en la política como actores de opinión, por encima del entramado cultural, empalmado con el terreno político. Me parece importante integrar tanto la organización grupal del “mapa” como las intervenciones públicas a través de las publicaciones, por lo que en la presente investigación retomo ambos textos de Rojas, así como la noción de “mapa” de Sarlo.

Al respecto de los aspectos cotidianos de la sociabilidad de la vida intelectual Aimer Granados propone reconstruir “redes intelectuales” a través de una serie de preguntas sobre “los proyectos culturales, políticos y de identidad que las soportan y, en parte, las estructuran (revistas, bibliotecas, cercanía y afinidad con partidos políticos, particularmente de izquierda...)”. Esto permite entender las redes intelectuales como “un grupo de personas que entran en contacto y que están relacionadas en función de unos temas y objetivos muy precisos, o variados”. Además de insistir en los “factores de carácter subjetivo, como la cercanía personal, la amistad, la confianza, los rituales interactivos y los encuentros ‘cara a

²⁶ Sarlo, *op. cit.*, p. 15.

²⁷ Rafael Rojas, *La polis literaria*, México, Taurus, 2018, p. 20.

cara”, sin dejar de lado que al interior de la red puede haber miembros de una misma generación, pero que también funge como un espacio de sociabilidad intergeneracional.²⁸

La noción de “red” subyace a los “mapas de relaciones intelectuales” de Sarlo y se entrecruza con el ámbito de las revistas. Como señala Alexandra Pita, las revistas son el soporte de una serie de prácticas sociales y culturales que generan una estructura en la que es posible analizar una red intelectual como resultado de un conjunto de interacciones.²⁹ Con esto, busco enfatizar que mi interés está puesto en los sujetos, en este caso, los intelectuales y la manera en la que viven, piensan, reflexionan, interpretan y se vinculan mediante sus textos sobre la Revolución Cubana publicados en las revistas. Por lo que, en el caso de la presente investigación, si bien el aspecto material de las publicaciones como objetos es tratado en algunos momentos, no se encuentra en el centro de mis preocupaciones.

Al respecto de los intelectuales que escribían desde su vinculación con la izquierda mexicana, Carlos Illades ha publicado varios textos recientemente. Uno de ellos es *La inteligencia rebelde*, el cual permite vislumbrar la organización de las redes intelectuales de la izquierda en la segunda mitad de los sesenta a partir de las publicaciones periódicas que produjeron: las revistas, “que son uno de los soportes esenciales del campo intelectual, [y] pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad”.³⁰

La centralidad de la Revolución Cubana como un espacio de discusión desde el campo intelectual mexicano está presente especialmente en el análisis que Illades hace de revistas como *Historia y Sociedad* (1965-1981). Si bien este texto deja en claro el importante papel organizador que jugó dicho proceso, considero que los vínculos se explican sobre todo en función de las distintas individualidades de los personajes que participaban en ella. En el caso de mi investigación, me inclino más por la postura colectiva que se deriva de la noción de “mapa” y “redes”.

²⁸ Aimer Granados, “Las redes intelectuales latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México” en *Historia y Espacio*, vol. 13, no. 49, 2017, p. 73.

²⁹ Alexandra Pita González, “Introducción” en Alexandra Pita González (comp.), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*, México, Universidad de Colima/Miguel Ángel Porrúa, 2016, p. 6.

³⁰ Dosse, *op. cit.*, p. 51.

En *El futuro es nuestro*³¹ y en *El marxismo en México. Una historia intelectual*³², Illades plantea un panorama general del pensamiento de la izquierda mexicana desde el siglo XIX hasta el presente. En la parte dedicada al intercambio con la Revolución Cubana, reconstruye de manera general los vínculos establecidos tanto en la parte previa al triunfo revolucionario, como sobre el apoyo popular mexicano durante los sesenta. Estos trabajos sirvieron como base y punto de partida para seguir las pistas y los rastros ahí vertidos para planear la presente investigación.

Finalmente, vale la pena mencionar algunos trabajos que se han ocupado ya de algunas de las reflexiones intelectuales sobre la Revolución Cubana expresadas en espacios impresos mexicanos. El primero es la tesis de Licenciatura en Historia de Martha Villafranca Ramírez, *La prensa mexicana ante la Revolución Cubana*.³³ Se trata de un interesante ejercicio de reflexión desde el asalto al cuartel Moncada por parte de los guerrilleros cubanos el 23 de julio de 1953, pasando por su estancia en México, el regreso a combatir desde la Sierra Maestra en 1956, hasta el triunfo revolucionario de 1959.

Villafranca pone en práctica, sobre todo, una propuesta de análisis contextual del Movimiento 26 de Julio a partir de la mirada periodística mexicana, especialmente en el periódico *Excélsior*. Entre otras aportaciones, este texto permite adelantar que la aproximación de buena parte de los intelectuales mexicanos a los guerrilleros se dio, sobre todo, una vez que la victoria era inminente. Es decir, a partir de 1959 y con mayor fuerza en los años sesenta, no en el periodo de la guerrilla de los cincuenta o en la estancia mexicana de los moncadistas entre 1955 y 1956.

El segundo trabajo es *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina* de Juan Rafael Reynaga.³⁴ Se trata de una revisión iconográfica de las fotografías e ilustraciones publicadas en la revista *Política* durante los primeros dos años del gobierno revolucionario en Cuba (1959-1961), periodo que coincide con el abordado por la investigación que yo realicé. El autor propone que con dicho repaso puede establecerse la configuración

³¹ Carlos Illades, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, México, Océano, 2017.

³² Carlos Illades, *El marxismo. Una historia intelectual*, México Taurus, 2018.

³³ Martha Villafranca, *La prensa mexicana ante la revolución cubana*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 2002.

³⁴ Juan Rafael Reynaga Mejía, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, UAEM/UNAM-CCyDEL, 2007.

iconográfica de la mitificación de la Revolución Cubana que perduró después de dicho periodo. La justificación en su caso no es tanto el tránsito de radicalización hasta la declaratoria del carácter socialista de la revolución en 1961, sino que durante estos años se codificó el dispositivo visual de referentes sobre el proceso en la isla. Este texto fue útil para reflexionar sobre el interés del propio gobierno revolucionario para proyectar su proceso, pues, así como aportaba dinero para la edición de este tipo de publicaciones, también financió visitas de intelectuales a la isla. En buena medida, algunos de los viajes del grupo de intelectuales estudiados en esta investigación funcionaron bajo la lógica de este esquema.

Por último, en el artículo “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política. Quince días de México y del mundo (1960-1962)*”³⁵, Beatriz Urías Horcasitas aborda también la revista *Política* en un estudio contextualizado por las discusiones y publicaciones de la época. Además de elaborar un informado perfil de los colaboradores y ubicar “una nueva forma de cuestionamiento a la Revolución Mexicana” en la Revolución Cubana, Urías Horcasitas hace un interesante estudio sobre la relación entre dicha revista y las distintas vertientes del cardenismo. El análisis concluye con la incapacidad de la publicación para vincularse efectivamente con movimientos sociales más extensos y efectivos en su actuar; una pretensión que, en principio, la diferenciaría de las convicciones plenamente intelectuales de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*.

3. Las revistas político-culturales en los años cincuenta latinoamericanos y mexicanos: algunos antecedentes históricos

Tanto *Cuadernos Americanos* como la *Revista de la Universidad de México* formaban parte de un universo de revistas político-culturales latinoamericanas y mexicanas que adquirieron relevancia durante la segunda mitad del siglo XX para la conformación de grupos y redes intelectuales. Sin el afán de hacer aquí un extenso balance del contexto editorial en el que

³⁵ Beatriz Urías Horcasitas, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política. Quince días de México y del mundo (1960-1962)*” en *Historia Mexicana*, LXVIII:3, 2019, pp. 1205-1252.

se insertan las publicaciones que estudiaré, a continuación presento una breve revisión de algunos de los referentes y antecedentes para situarlas en su espacio y su tiempo, en su horizonte de enunciación.

Las revistas político-culturales de los años cincuenta tenían algunas características en común. La primera de ellas fue que hicieron posible “la constitución del escritor en intelectual”. Claudia Gilman enumera algunas más, que resultan operativas para abundar en este punto: 1) suponen la difusión de la palabra intelectual en una dimensión pública; 2) son un espacio para la polémica, discurso constituyente de intelectuales, de las que son actores privilegiados; sin embargo, también plantean problemas metodológicos, puesto que “la revista es siempre un actor incompleto y no da cuenta de la posibilidad de abordar el análisis institucional de la literatura”.³⁶

Uno de los primeros esfuerzos latinoamericanistas de una publicación periódica expresamente hecha para promover el intercambio cultural desde una visión continental fue la revista *Repertorio Americano*, fundada por el costarricense Joaquín García Monge en 1919. La idea de García Monge comenzó siendo una especie de boletín dedicado a reproducir textos publicados en otros medios americanos, a manera de “recortes” de diarios y revistas como: *Nosotros*, *La Nación*, *La Nota* e *Ideas* de Buenos Aires; *El Mercurio Peruano*, de Lima; *Revista de la Facultad de Ciencias y Letras*, *El Fígaro* y *El Universal*, de La Habana; *El Magazine de la Raza*, *La Reforma Social*, de Nueva York; *El Mercurio*, de Valparaíso y de Santiago de Chile; *Revista Universitaria* y *Cultura* de Bogotá; *Patria*, de Asunción.³⁷

Al satisfacer una necesidad comunicativa esencial para la conexión y circulación de ideas en la vida intelectual del continente, *Repertorio* fue un éxito y comenzó a tener colaboraciones inéditas de autores como Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, entre otros. Esto le permitió seguir en circulación, cada vez mayor, hasta la muerte de su editor en 1958. A la par de la difusión de textos literarios, *Repertorio* tenía un ideario político claro: si bien no colocaba al antiimperialismo al centro

³⁶ Claudia Gilman, *op. cit.*, p. 23.

³⁷ Mario Oliva Medina, “Revista *Repertorio Americano*: algunos alcances sobre su trayectoria, 1919-1958” en *Revista Izquierdas*, año 1, núm. 1, p. 4. Curiosamente, en este artículo no se menciona a ninguna revista mexicana entre las primeras colaboraciones a *Repertorio Americano*. Quizá esto se deba a que, como apunta Oliva Mendoza, en un primer momento la mirada de la publicación estaba sobre todo puesta en Sudamérica. Más tarde, varios autores mexicanos sí aportaron textos para la revista de García Monge.

de sus reflexiones, sí criticó a través de sus textos a varias dictaduras europeas y latinoamericanas durante el tiempo de su existencia. En este sentido, resulta relevante comprender lo que García Monge entendía como función de las revistas político-culturales: “las revistas sirven para que en ellas se exprese la generación pensante e ilustrada de un país o de un continente, lo que piensa y siente acerca de las múltiples incitaciones de la vida. Para ello ha de haber libertad, tolerancia y la inevitable acción de los pareceres que en las revistas se dan cita”.³⁸

En la identificación de una revista político-cultural como un foro para reflexionar y criticar “las múltiples incitaciones de la vida”, subyacía la noción de quiénes eran los sujetos que podían cumplir esta función: los intelectuales, en este caso llamados “la generación pensante e ilustrada”. Estos elementos, aunados a la intención de vinculación continental fueron retomados por *Cuadernos Americanos* a tal punto que en 1953, Jesús Silva Herzog, editor de dicha revista, organizó un homenaje continental para García Monge.

En América del Sur hubo algunas otras expresiones de los intelectuales en torno a la idea del “americanismo”, que había sido promovido por *Repertorio Americano* tan tempranamente desde Costa Rica. En Argentina, la editora Victoria Ocampo emprendió el proyecto de la revista *Sur* en 1931 con la intención de dar a conocer a algunos escritores europeos del siglo XX en América Latina, a la par de hablar “principalmente del problema americano, bajo todos sus aspectos, y en la que colaborarían todos los americanos que tengan algo adentro y los europeos que se interesen en América”.³⁹

A pesar de la consigna “americanista”, en *Sur* subyacía una idea que la diferenciaba de *Repertorio Americano* y aún más de *Cuadernos Americanos* y el resto de las publicaciones de aquella época. En *Sur* se consideraba que, ante la “desolación” del panorama cultural latinoamericano, era necesario tender un puente con Europa, principalmente con España: “la revista se ocupará del problema americano, el paisaje es un desierto o una zona sin oxígeno; el oxígeno viene de Europa”.⁴⁰

³⁸ Joaquín García Monge, *Cartas Selectas*, San José, ECR, 1983, p. 58. Citado en Oliva Medina, “Revista *Repertorio...*”, p. 18.

³⁹ Carta de Victoria Ocampo a José Ortega y Gasset, 1930. Citado en Nora Pasternac, “La revista argentina *Sur*: un cierto americanismo” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010, p. 246.

⁴⁰ Pasternac, *op. cit.*, p. 248.

Esta mirada hispanista en la revista argentina abrió el espacio para personajes como el mexicano Alfonso Reyes, quien se lamentaba de la condición “incompleta” del ser americano y su incapacidad de ser partícipe de la cultura europea. Sin embargo, algunos otros colaboradores como Jorge Luis Borges defendieron, en las mismas páginas de *Sur*, la independencia intelectual respecto de España; la autonomía frente a sus tradiciones; y la libertad para el uso de la lengua española, todo desde una postura fundamentalmente estética.⁴¹

Sur pretendía tener una orientación “no política” y ponderar su orientación literaria. Sin embargo, la discusión sobre ámbitos culturales inevitablemente conducía a tomar una postura que iba de lo estético a lo intelectual y a las implicaciones en el acontecer social como en la disputa entre el hispanismo y el latinoamericanismo.

A la luz de los otros “americanismos”, el hispanismo promovido por la revista argentina ocupa una posición particular frente al latinoamericanismo antiimperialista de otras publicaciones. Especialmente en comparación con *Cuadernos Americanos*, revista que optaba por una postura iberoamericanista, pero desde un punto de vista considerablemente menos vertical que el de este ejemplo. De cualquier forma, *Sur* continuó publicándose durante un largo tiempo, aunque cada vez con mayor espaciamiento entre sus números y menos textos inéditos, hasta los años noventa.

Otra manifestación sudamericana del latinoamericanismo, en este caso de una clara militancia que ya aparecía en su propio nombre, fue el semanario uruguayo *Marcha* de Carlos Quijano. Entre 1939 y 1974, la revista fue publicada bajo un modelo que conjugaba la prensa informativa y la de opinión, ideológica o difusora de ideas. Dichos elementos también guiaron en mayor o menor medida a *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, así como los “rasgos de discurso académico-científico, pero siempre volcado a la opinión pública”, “el latinoamericanismo antiimperialista” y “el socialismo no ortodoxo”.⁴²

Ya para los años sesenta, *Marcha* definía su vocación latinoamericanista en términos militantes: “La integración de América Latina no puede hacerse dentro del mundo

⁴¹ *Ibid*, p. 263.

⁴² Pilar Piñeyrúa, “La imaginación tituladora’: América Latina y el latinoamericanismo en los titulares y tapas del semanario *Marcha*” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010, pp. 401-403.

capitalista, occidental e imperialista. Debe hacerse contra ese mundo. (...) Será, en su marcha, una guerra”.⁴³ La claridad de la consigna no era una casualidad emergente. Sin duda el proceso de radicalización latinoamericana, inspirado en buena parte por la Revolución Cubana a lo largo de los años sesenta, influyó significativamente, pero desde su fundación y la asignación del nombre había una serie de objetivos políticos mucho más explícitos que en el resto de las revistas revisadas hasta ahora. El hecho de no haber partido de una plataforma institucional, como la universitaria de *Cuadernos* y la *Revista*, también le daba un margen de acción mucho más amplio a la publicación uruguaya. Así, cuando los actores intelectuales participantes en aquellas dos publicaciones mexicanas buscaban expresarse con una frontalidad equiparable a la de *Marcha*, en ocasiones optaban por hacerlo en espacios paralelos a su plataforma central y cuando no lo hacían así, corrían el riesgo de que se desencadenaran campañas anticomunistas en su contra.

Por otro lado, la mirada latinoamericanista también estuvo presente en Cuba desde antes del triunfo de la revolución de 1959. Incluso el poeta y libertador cubano José Martí construyó parte de su pensamiento político sobre la premisa de la unión regional en la segunda mitad del siglo XIX. Entre otros proyectos, la revista cubana-mexicana *Humanismo*, publicada entre 1952 y 1961 fue continuadora de esta línea. En su primera época, fue editada por su fundador, el peruano Mario Puga, en la Ciudad de México, hasta 1954, cuando la vendió a “un grupo de cubanos y venezolanos” encabezados por Raúl Roa García. Esta revista se componía principalmente por materiales de tres tipos: noticias políticas comentadas, trabajos monográficos de historia cultural latinoamericana y textos doctrinarios –que partían de “la autopercepción de *Humanismo* como un foro ni macarthista ni comunista”– centrados en el “carácter genuinamente nacional y americano de los procesos liberadores en curso y de los que podían proyectarse hacia el futuro”.⁴⁴

Es importante mencionar que, al triunfo de la Revolución Cubana en 1959, Raúl Roa ocuparía el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Por lo tanto, a partir de dicho momento fue relevado en la dirección por el venezolano Ildegar Pérez Segnini y por el puertorriqueño Juan Juarbe. A la par de esto, se prestó especial atención a discutir asuntos relativos a la Revolución Cubana y se incorporaron nuevos colaboradores, como el

⁴³ *Ibid*, p. 403.

⁴⁴ Andrés Kozel, “América Latina en *Humanismo* (México-La Habana, 1952-1961)” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina...*, pp. 342-344.

Che Guevara. *Humanismo* terminó por adoptar un tono apologético que se replicaba con algunas otras publicaciones como la revista también cubana *Casa de las Américas*. Ésta última formaba parte del proyecto cultural central del gobierno revolucionario, por lo que *Humanismo* terminó por ser innecesaria en dicho contexto y finalmente dejó de publicarse.

Para concluir esta primera parte del panorama latinoamericano de algunas de las revistas político-culturales contemporáneas a la reflexión sobre la Revolución Cubana en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, es importante mencionar a una de las más importante de las fundadas a partir del proceso revolucionario en la isla: la recién mencionada *Casa de las Américas*. Esta publicación nació a la par de la institución homónima que la editaba, punta de lanza del proyecto cultural revolucionario cubano.

La Casa de las Américas fue fundada el 28 de abril de 1959 bajo la dirección de la excombatiente Haydée Santamaría. Dentro del proyecto de la Casa se incluía una biblioteca, un premio literario anual, una editorial, una revista y un área dedicada a la investigación humanística y artística.⁴⁵ La institución funcionó como un organismo validador de posturas políticas y culturales, inicialmente de los artistas y escritores cubanos. Conforme la Casa comenzó a adquirir renombre como organizadora de la vida intelectual latinoamericana, a través de la gran diversidad de eventos que promovía, también se convirtió en legitimadora del compromiso revolucionario de los intelectuales del resto del continente. Las páginas de la revista *Casa de las Américas* también abrieron el espacio para una gran diversidad de textos literarios, ensayísticos, políticos y reseñas de arte y cultura.

Tanto la revista como la propia Casa de las Américas fueron claras expresiones del aspecto cultural de la Guerra Fría. Su creación podría haberse inspirado en la disputa que había comenzado a finales de los años cuarenta entre el Congreso por la Libertad de la Cultura –respaldado por Estados Unidos– y el Consejo Mundial por la Paz –promovido por el bloque soviético–, que colocaron las discusiones al respecto de las premisas para la creación literaria al centro del debate a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Mientras tanto, en América Latina varios regímenes autoritarios y represivos se instalaron a partir de los años cincuenta: los golpes de Estado de Fulgencio Batista en Cuba, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Alfredo Stroessner en Paraguay, Carlos Castillo Armas en Guatemala

⁴⁵ Idalia Morejón Arnaiz, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Educación y Cultura, Asesoría y Promoción, 2010, p. 67.

o la primera dictadura antiperonista en Argentina, así como las Juntas Militares en Bolivia, Chile, Uruguay y Argentina a principios de los setenta. En este contexto, se situaba el entusiasmo intelectual latinoamericano por una institución de inspiración revolucionaria como la Casa de las Américas, que aparentemente ofrecía las libertades y condiciones negadas en buena parte del resto del continente.⁴⁶

A pesar de la cercanía que muchos intelectuales mexicanos tuvieron con la Casa de las Américas y su revista, en general las publicaciones político-culturales mexicanas no asumieron este tipo de militancia por consigna, salvo excepciones como en algunos momentos de *Política*. Para completar la segunda parte de este balance, hace falta revisar ahora el contexto mexicano en la segunda mitad del siglo XX.

La exploración del “ser nacional” de *Sur* no fue exclusiva de Argentina. En México hubo un grupo conocido como “Hiperión” (es decir, “Los hijos del sol”)⁴⁷ abocado a la llamada “filosofía de lo mexicano”, de fuertes tintes oficialistas. Principalmente buscaban caracterizar al sistema político del gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) como una emanación casi necesaria de la cultura mexicana. Mediante referentes que convertían al “ser mexicano” en uno “emotivo, sentimental, reservado, desconfiado, inactivo, desganado, melancólico, simulador... irresponsable... machista, dispendioso, relajiento, incapaz de expresar sus inconformidades... que imita lo extranjero por sentirse inferior o insuficiente... que desprecia la vida humana...”.⁴⁸ Paradójicamente, se asemejaba

⁴⁶ La Casa de las Américas definitivamente no puso fin a las disputas culturales de la Guerra Fría. Sin embargo, sí reubicó la discusión en el plano regional, pues la revista *Mundo Nuevo* –auspiciada por Estados Unidos y en cierta medida derivada del Congreso por la Libertad de la Cultura– comenzó a rivalizar directamente con los postulados del compromiso revolucionario cubano desde su primer número de julio de 1966. Para una revisión detallada de las polémicas entre las revistas *Casa de las Américas* y *Mundo Nuevo*, ver: Idalia Morejón Arnaiz, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Educación y Cultura, 2010. Para un panorama más extenso sobre la Guerra Fría y, en específico su vertiente cultural, ver: Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Boston, Harvard University Press, 2015; Rafael Rojas, *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*, México, Taurus, 2018; Vanni Pettinà, *La Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.

⁴⁷ Entre los “hiperiones” (1948-1952) estaban varios autores como Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez McGregor, Salvador Reyes, Fausto Vega, y posteriormente también Leopoldo Zea, un poco más joven que los demás. Todos ellos vinculados de una u otra manera con la UNAM. Sus publicaciones tuvieron un espacio natural en la Facultad de Filosofía y Letras, donde varios habían sido formados, cercanos al filósofo transterrado español José Gaos. Aunque al disolverse dicho grupo, algunos participaron ocasionalmente en revistas como *Cuadernos Americanos* o la *Revista de la Universidad*.

⁴⁸ Ana Santos Ruiz *Los hijos de los dioses. El Grupo Filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano*, México, Bonillas/Artigas, 2015. Citada en Pedro Salmerón, “La mexicanidad al servicio del PRI” en *La Jornada*, 9 de agosto de 2016.

bastante a las ideas negativas propuestas en *Sur* sobre el ser americano y la necesidad de inyectarle aires europeos.

Algunos de los personajes cercanos a la “filosofía de lo mexicano” fundaron varios proyectos culturales y literarios, que finalmente se separaron de la línea oficialista. Tal fue el caso de la revista *Medio siglo*, fundada en 1953 por jóvenes próximos a la Facultad de Derecho, incitados por su director, Mario de la Cueva. Entre estos emprendedores se encontraban: Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Sergio Pitol, Porfirio Muñoz Ledo, Arturo González Cosío, Genaro Vázquez Colmenares, Carlos Monsiváis, Sergio García Ramírez, Juan Bañuelos, Salvador Elizondo y Javier Wimer, entre otros.

A la postre, los escritores contemporáneos de esta publicación serían llamados “La Generación de Medio Siglo”, y aunque compartieron algunos espacios e intereses con personajes como el grupo “Hiperión”, también se aproximaron personalmente o por vía de sus lecturas a críticos del sistema mexicano como el escritor José Revueltas. Asimismo, algunos de ellos fueron atraídos por las consignas antiimperialistas y apoyaron, inicialmente desde la revista *Medio siglo*, movimientos contestatarios o regímenes nacionalistas como el de Jacobo Árbenz en Guatemala (derrocado por un golpe militar en 1954) o la propia Revolución Cubana en 1959, algunos de manera menos episódica y fugaz que otros. Pero, especialmente, tomaron distancia de la Revolución Mexicana “al considerarse testigos de su evidente deterioro simbólico” y fueron críticos de su proceso de corrupción y anquilosamiento.⁴⁹ Los temas anteriores fueron bastante recurrentes en *Cuadernos Americanos* y en la *Revista de la Universidad de México*, por lo que se reconoce una cierta identidad de inquietudes generacionales.

Algunos de los personajes de la “Generación de Medio Siglo” tuvieron también algunas iniciativas directamente encaminadas a “oponerse a la llamada tendencia nacionalista”. Tal fue el caso de la *Revista Mexicana de Literatura*, fundada y dirigida inicialmente por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo en 1955, la cual buscaba ser un medio de difusión de la literatura universal a través de traducciones de autores desconocidos en México, o bien la inclusión de textos inéditos de autores mexicanos. En ella se discutieron temas de cultura y artes desde la perspectiva universalista, mucho más

⁴⁹ Ricardo Pérez Montfort (coord.), *México Contemporáneo 1808-2014. La Cultura*, México, El Colegio de México/Fundación Mapfre/Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 194.

enfocada en lo estético que en lo político; una línea que compartiría con los primeros años de la *Revista de la Universidad de México* bajo la dirección de Jaime García Terrés (1953-1965), hasta que comenzara su intenso proceso de politización a partir de 1959.

Otra vertiente de las revistas político-culturales fue la de los suplementos literarios. En México, uno de los más relevantes, por la capacidad organizativa de sus colaboradores, fue *México en la Cultura*, inserto cada fin de semana en el periódico *Novedades* bajo la dirección del editor y periodista Fernando Benítez entre 1949 y 1961. En esta revista se publicaron textos sobre artes plásticas, música, literatura y cine. Personajes ligados a las revistas previamente mencionadas se encontraron con algunos otros, que terminaron por conformar, dentro de la publicación de Benítez, lo que Luis Guillermo Piazza llamaría “La Mafia”, dadas las efectivas redes de intercambio de capitales que se movían ahí entre editores, autores y algunos funcionarios.⁵⁰ Entre los colaboradores estuvieron: Alfonso Reyes, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Carlos Valdés, Emmanuel Carballo, Elena Poniatowska, Emilio García Riera y José de la Colina, por mencionar sólo algunos de quienes paralelamente también participaban en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad*.

México en la Cultura vivió una acelerada politización a finales de los cincuenta. A dicho proceso se le ha atribuido la medida de censura del director del periódico *Novedades*, Ramón Beteta al despedir a Benítez en 1961. Parece ser que Beteta desaprobaba el uso que Benítez le daba al suplemento, sobre todo a partir de 1959, como un instrumento de discusión política y defensa de la Revolución Cubana.⁵¹ Junto con el director, varios de los colaboradores de *México en la Cultura* se mudaron a la revista *Siempre!*, en donde continuaron con la línea de la publicación hasta 1973, ahora bajo el nombre de *La cultura en México*.

A la par de la gran profusión de publicaciones de reflexión estética, política, literaria e intelectual, medios de comunicación como la radio y el cine diversificaron los auditorios desde principios de los años cincuenta, pero también incorporaron nuevos actores a las decisiones de quién podía hablar y de qué. A la par del gobierno, se consolidaron varios núcleos de intereses empresariales, a los que ciertas discusiones les resultaban

⁵⁰ Luis Guillermo Piazza, *La Mafia*, México, Joaquín Mortiz, 1968.

⁵¹ Víctor Manuel Camposeco, *México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria y testimonio crítico*, México, CONACULTA, 2015.

problemáticas. Por lo que marginaron a lo que quedaba de cierta “cultura contestataria y crítica” de la posrevolución, y optaron por impulsar un folklor patriotero y regionalista⁵² desprovisto de reivindicaciones políticas y eso sí, cargado de intereses económicos considerablemente rentables.

Aún así, el proyecto cultural del gobierno mexicano también incorporó a la UNAM como una prioridad. La construcción de la Ciudad Universitaria a principios de los años cincuenta, sin duda hizo explícito el lugar que ocupaba dicha institución en la sociedad mexicana. Esto no solo planteaba un importante foro para las voces que desde ahí emitían sus opiniones, sino también un sitio de disputa entre distintas facciones que consideraban a la Universidad como un motín político, social y económico. Las tensiones relativas a la Guerra Fría, especialmente en su aspecto cultural, no fueron ajenas a este espacio, cuya preminencia lo convertía en el sitio ideal para defender el libre intercambio de ideas, o bien atacar desde la intolerancia.

Este era el contexto, en general, en el que estaba inserta la plataforma universitaria que publicó *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* durante el periodo entre 1959 y 1961. Las transformaciones o cambios puntuales de dichas publicaciones, su organización, colaboradores, temas y espacios en los que sucedieron las reflexiones en torno a la Revolución Cubana serán revisados en los capítulos 1 y 2 de esta investigación. Sin embargo, resultaba importante señalar los rasgos que tenían en común o las diferenciaban de algunas publicaciones señeras que fueron antecedentes o contemporáneas a ellas, para remarcar preocupaciones o aproximaciones en común. Es decir, los elementos que permiten considerar a *Cuadernos* y a la *Revista* como revistas político-culturales en las que se discutieron temas como: las novedades literarias, el latinoamericanismo, la cultura mexicana, la política internacional, la situación del México contemporáneo, o la vigencia y el concepto mismo de revolución, especialmente a partir del contraste entre la Revolución Mexicana y la novedad del triunfo de la Revolución Cubana, a partir de las medidas radicales tomadas por esta última.

4. Notas sobre la estructura de esta tesis

⁵² Pérez Montfort, *op. cit.*, p. 187.

Tras haber planteado el contexto histórico e historiográfico en el que esta investigación se inscribe, me parece importante explicitar algunos asuntos sobre la estructura de este trabajo. Con esto, también considero poder aportar algo al respecto de las posibles ausencias o énfasis planteados en algunos aspectos del gran universo de temas a los que podría referirme al hablar de “las perspectivas intelectuales mexicanas sobre el triunfo de la Revolución Cubana desde una plataforma universitaria: *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*” entre 1959 y 1961.

Para seguir el curso propuesto por lo aquí enunciado he dividido la tesis en cinco capítulos. En el primer de ellos abordo la trayectoria del fundador de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, y cómo ésta determinó ciertas ideas que se convirtieron en ejes rectores de la revista, como el iberoamericanismo, más tarde latinoamericanismo, y el compromiso intelectual. A la reconstrucción del proceso de fundación y funcionamiento de *Cuadernos* subyace la noción de “mapa de representantes” de Rafael Rojas, a la que ya me referí. De tal manera que sea haga comprensible el curso de las discusiones de la revista en el que la Revolución Cubana se insertó al momento de su triunfo.

En el segundo capítulo abordo los vínculos familiares y amistosos que le permitieron a Jaime García Terrés construir una amplia red de colaboradores en torno a su puesto como director de la *Coordinación de Difusión Cultural*. Posteriormente, hago una revisión de su postura sobre el compromiso intelectual a lo largo de los años cincuenta y cómo ésta orientó la concepción de su proyecto de cultura universitaria, a la cual estaba incorporada la *Revista de la Universidad de México*. Con esto, pretendo enfatizar las modificaciones y revalorizaciones que la Revolución Cubana implicó tanto para las discusiones desarrolladas en la *Revista* –también dirigida por García Terrés– como en la postura del funcionario sobre la responsabilidad del intelectual. Estos primeros dos capítulos permiten observar la configuración de la plataforma intelectual universitaria desde la cual se posicionaron los discursos sobre la Revolución Cubana, que analizo en los siguientes tres capítulos de la tesis.

En el tercer capítulo abordo las distintas aristas reflexivas detonadas por el triunfo, en 1959, de la Revolución Cubana en *Cuadernos* y en la *Revista*. El gran eje conductor es la aspiración a que el proceso en la isla pudiera revitalizar a la Revolución Mexicana. Por lo tanto, destaco los argumentos encaminados a emparentar ambos procesos y los proyectos

alternos derivados de esta expectativa, como la efímera revista *El espectador*, publicada por algunos colaboradores de la *Revista de la Universidad de México*. Esto también me permite poner atención al tránsito en las posturas sobre el compromiso intelectual y sus implicaciones en los contenidos de las revistas, como el extenso análisis que propongo sobre “El diario de un escritor en La Habana” de Jaime García Terrés. Con esto, busco enfatizar el tránsito del discurso de García Terrés al posicionarse como un intelectual comprometido, a raíz de sus vivencias en la isla y los capitales que esto le permitía poner en juego.

En el capítulo cuarto enfoco la mirada en 1960 y comienzo por los procesos institucionales de vinculación con la Cuba revolucionaria, como la visita del presidente cubano Osvaldo Dorticós a la UNAM y los distintos tipos de publicaciones que ésta detonó en *Cuadernos* y en la *Revista*. Esto también coincidió con el cincuenta aniversario de la Revolución Mexicana, por un lado y con el proceso de radicalización de las medidas revolucionarias en la isla, por el otro. A la vez, en el contexto de la Guerra Fría, se exacerbaban los discursos anticomunistas especialmente de parte de Estados Unidos, por lo que se activó también la discusión intelectual en torno a la proximidad o no de una intervención armada de dicho país en Cuba.

Finalmente, en el quinto capítulo abordo el último año considerado por este estudio, 1961. El gran eje conductor fue la discusión en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* en torno a la invasión estadounidense a Bahía de Cochinos en abril de aquel año y la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana por parte del gobierno cubano. Si bien éste fue el momento en que los discursos de defensa de la Revolución Cubana se hicieron más frontales y explícitos, también hubo que replantearlos y reestructurarlos. La declaración del carácter socialista de la revolución no sólo implicó el estallido del conflicto diplomático entre la isla y Estados Unidos, sino también la exacerbación del anticomunismo en contra de cualquier referencia a Cuba en México. Por lo tanto, la defensa intelectual de la revolución tuvo que desviarse para concentrarla en defender a la UNAM de las acusaciones de una parte de la prensa sobre la supuesta infiltración comunista en la institución, a partir de sus publicaciones en favor de la Revolución Cubana.

Este trabajo se nutre también de la comparación entre el desenvolvimiento de *Cuadernos Americanos* y el de la *Revista de la Universidad de México* en el contexto de las discusiones sobre el triunfo de la Revolución Cubana, así como entre las figuras de sus directores Jesús Silva Herzog y Jaime García Terrés, respectivamente. Para esto, parto de la consideración que el historiador March Bloch hacía al respecto de la historia comparada desde 1928: “es necesario, por tanto, que existan dos condiciones para que, históricamente hablando, haya comparación: una cierta similitud entre los hechos observados –hecho que en cierta forma es implícito ya de por sí– y una cierta diferencia entre los medios en que ambos han tenido lugar”.⁵³ Como se verá, las diferencias entre las procedencias y espacios de acción de ambas revistas, sus colaboradores y directores, me permitieron enfatizar dos modelos de intelectual mexicano actuando en el contexto de la Guerra Fría cultural latinoamericana desde una plataforma intelectual común.

Si bien la comparación facilita destacar elementos importantes para complejizar las explicaciones del periodo que estudio, también presentó algunos problemas, como las diferencias entre el tipo de fuentes utilizadas para estudiar cada uno de los casos. Por un lado, para García Terrés, el acceso a su archivo en la Biblioteca de México, así como a los documentos personales y cartas –amablemente facilitado por su esposa Celia Chávez y Marilú Ramírez–, me permitieron trazar un perfil más completo y con más aristas del personaje; por el otro, la lamentable pérdida del archivo de Silva Herzog y *Cuadernos Americanos*, implicaron trabajar con documentos mucho más depurados, como sus memorias y epistolarios, editados y publicados. Sin embargo, la aproximación que propuse para enfatizar el examen de las autoconcepciones como intelectuales y su proyección convirtió a este obstáculo en un rubro más de análisis de mi investigación, con miras también a “llegar a discernir las influencias ejercidas entre sí por esos grupos”.⁵⁴

Además de los archivos personales antes mencionados, también trabajé con documentos de otros archivos institucionales, como el Archivo General de la Nación (principalmente el fondo de la Dirección Federal de Seguridad y la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales), el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México

⁵³ March Bloch, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas (1928)” en March Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2015, p. 115.

⁵⁴ *Ibid*, p. 121.

(particularmente el Fondo de la Coordinación de Difusión Cultural), la Capilla Alfonsina, y el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (tanto su biblioteca como el Fondo “Folletos Cuba”). Por otro lado, la Hemeroteca Nacional me ayudó a reconstruir y contextualizar algunos de los debates intelectuales aquí expuestos. La digitalización de ambas revistas por parte de la UNAM facilitó enormemente la buena consecución de este trabajo, especialmente cuando la crisis sanitaria de la Covid-19 provocó la suspensión de nuestro trabajo habitual en repositorios como un asunto colateral a la tragedia humana que representó la pandemia a mucha mayor escala. Finalmente, las entrevistas y conversaciones con Celia Chávez, Alonso García Chávez, Jesús Silva-Herzog Márquez, Marilú Ramírez, e investigadores como Xavier Guzmán Urbiola, Alberto Híjar, Rafael Rojas, Ricardo Pérez Montfort, Álvaro Vázquez Mantecón, Ignacio Sosa, Aimer Granados, Alejandro Araujo, Mario Santiago Jiménez, Rafael Vargas y mi tutora Daniela Gleizer, fueron fundamentales para comprender el periodo que decidí estudiar, por lo que estoy enormemente agradecido con todos ellos y las posibilidades que abrieron para que encaminara el rumbo de mi trabajo, mediante la consulta de sus textos, bibliotecas, archivos, documentos, orientaciones, consejos y recuerdos.

El balance de apenas tres años de un largo proceso revolucionario –que cumplió 61 de su inicio este año– no pretende de ninguna manera trazar prerrogativas sobre la forma de ser intelectual o de militar en un movimiento. Mi intención es que este trabajo sirva a quien lo lea como un repositorio de preguntas y reflexiones sobre algunos asuntos que parecían estar dados cuando me aproximé por primera vez a este tema. La densidad de este corto periodo de tiempo permite entrever el dinamismo que tienen los conceptos cuando operan en la discusión pública y ponen en juego la propia legitimidad de actores como los intelectuales. El aparente encanto por la revolución, el consecuente “compromiso” y los virajes que le sucedieron, los vaivenes y las reorientaciones del discurso, sin duda tenían algo que ver con lo que pasaba en aquella isla del Caribe. Pero es aún más probable que reverberen también algunos ecos en la manera en que, conforme a sus intereses, los detractores se hacen simpatizantes y los entusiastas pasan a ser enérgicos críticos, en momentos autodenominados una, dos, tres, cuatro o más veces... como revolución, reforma, refundación o transformación, haya sucedido entre 1959 y 1961 o, como dice Silvio Rodríguez, “hasta el largo día de hoy”.

Capítulo 1. *Cuadernos Americanos*: iberoamericanismo y compromiso intelectual

En este capítulo presentaré a los intelectuales mexicanos y a los transterrados españoles que participaron en la organización de la revista *Cuadernos Americanos* a lo largo de 1941, para finalmente lanzar su primer número en enero de 1942. Posteriormente hablaré del proceso mediante el que Jesús Silva Herzog, director de la publicación, junto con su equipo y colaboradores, lograron posicionar a *Cuadernos* como un espacio idóneo para la discusión de temas políticos, sociales y culturales, en el que más tarde se insertó el debate en torno al triunfo de la Revolución Cubana a partir de 1959.

He nombrado “mapa de representantes” al panorama de intelectuales que aquí presento, retomando el concepto que Rafael Rojas planteó en su texto *Traductores de la utopía*.⁵⁵ Rojas propone la reconstrucción de un “microcosmos” de debates y representaciones en torno de una serie de conceptos en un momento y espacio específicos. En este caso, los conceptos colocados al centro de la vocación de los *Cuadernos* eran el iberoamericanismo y el compromiso intelectual. El momento en que surgió estaba dominado por la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas, por lo que el compromiso intelectual era la expresión de la necesidad de alinear esfuerzos en contra del fascismo en cualquiera de sus manifestaciones: política, social o cultural.

Dado que, en este tipo de proyectos editoriales, el papel del director de las publicaciones es fundamental, dedicaré algunos apartados a la figura de Jesús Silva Herzog, Director-Gerente fundador y hasta su muerte en 1985, de *Cuadernos Americanos*. Por lo tanto, será importante revisar el proceso de conformación de su pensamiento “de izquierda”, los vínculos con los intelectuales mexicanos que participaban en la plataforma universitaria –la cual él mismo ayudó a construir– y con los intelectuales iberoamericanos que colaboraron, poniendo especial atención en los cubanos, dado el interés de esta tesis en las reflexiones intelectuales sobre la Revolución Cubana desde la plataforma universitaria.

1. *Cuadernos Americanos*: mapa de representantes

En la primera mitad del siglo XX, viajar a París era una especie de rito iniciático para los intelectuales. La mayor parte de los mexicanos contemplados en este trabajo estuvo en

⁵⁵ Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

Europa al menos una vez en su vida, algunos incluso cumplieron con tareas diplomáticas o asistieron a reuniones culturales o artísticas. Tal es el caso de Alfonso Reyes, quien en su respectiva incursión europea de 1914 pasó también por España, donde estableció vínculos cercanos con personajes como Marcelino Menéndez Pelayo, José Ortega y Gasset, Ramón del Valle Inclán y Ramón Gómez de la Serna, sobre todo a partir de los contactos referidos por su gran amigo, el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña.⁵⁶ Por ello, cuando los transterrados españoles llegaron a México, algunos ya tenían contacto con intelectuales mexicanos como Reyes y otros aprovecharon este terreno previo para insertarse en los espacios de confluencia e intercambio de iniciativas culturales.

Por otro lado, la participación del economista Jesús Silva Herzog en el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas como encargado del informe sobre el estado de la industria petrolera en 1937 también lo puso en contacto con los distintos grupos del exilio español, que comenzaron a llegar en aquel sexenio (1934-1940). Esta posibilidad, aunada a su interés en las instancias culturales, lo llevaron a establecer una relación estrecha con varios de los transterrados.

Como recuerda el propio Silva Herzog, fue en febrero de 1941 cuando los escritores españoles León Felipe y Juan Larrea, junto con el periodista mexicano Bernardo Ortiz de Montellano –que actuó como enlace entre ambas partes– fueron a visitarlo para compartirle sus intenciones de reanudar la publicación de la revista *España Peregrina*⁵⁷, un espacio de expresión de los republicanos, ahora desde México. Al día siguiente, Silva Herzog se volvió a reunir con ellos y les propuso “la aventura de hacer una revista nueva de ámbito continental”; el nombre de *Cuadernos Americanos* lo sugirió Alfonso Reyes. Para financiarla, Silva Herzog activó las redes de sus contactos personales, pidiendo pequeñas contribuciones individuales, y así finalmente se firmó un contrato de fideicomiso que “duraría 30 años, pasando después los bienes que existiesen a la Universidad Nacional Autónoma de México”.⁵⁸

⁵⁶ Liliana Weinberg, “Revistas culturales y formas de sociabilidad intelectual. El caso de la primera época de Cuadernos Americanos. La edición de una revista como operación social” en *Revistas culturales 2.0* Eberhard Karls Universität Tübingen, 12 de marzo de 2014. Disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/liliana-weinberg-revistas-culturales-y-formas-de-sociabilidad-intelectual-el-caso-de-la> (consultado el 3 de agosto de 2019)

⁵⁷ Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI, 1972, p. 246.

⁵⁸ *Ibid*, p. 247.

Una versión alterna a esta historia es la del español transterrado Juan Larrea, quien a la postre ocuparía el cargo de Secretario de la revista. En su narración la idea de “la creación de una gran revista, la más importante revista en lengua castellana que, en aquel momento en que ardía Europa por sus cuatro costados, fuese producto de la estrecha colaboración creadora de hispanoamericanos y españoles, con miras a preparar el advenimiento de una cultura más universal, más humana”⁵⁹ fue pensada por los propios españoles y no por Silva Herzog y Reyes. Además, Larrea incorporaba otra variación, la petición de apoyo económico al gobierno del presidente Manuel Ávila Camacho (1940-1946) para la publicación, aunque no presenta pruebas para demostrar que así hubiera sido.

Lo que sí puede comprobarse, especialmente a raíz de la transferencia efectiva de la revista a la UNAM cumplido el plazo acordado, es que la Universidad se conformó como la plataforma de los intelectuales que colaboraron en *Cuadernos Americanos*. Por un lado, los propios intelectuales españoles que la nutrirían eran, en su mayoría, profesores en distintas escuelas de la Universidad Nacional, y por el otro, debido a los espacios de acción de Silva Herzog, es muy probable que los patrocinadores estuvieran igualmente vinculados a dicha institución. La UNAM era un núcleo fundamental de la vida intelectual en México a mediados del siglo XX. Si bien Silva Herzog ocupó la posición de director, en torno suyo se formó una “junta de gobierno” de espíritu iberoamericano.

Tal como la investigadora Liliana Weinberg destaca, la ‘junta de gobierno’ fue resultado de la confluencia de distintas redes en su conformación. Estaba integrada por Pedro Bosch Gimpera (1891– 1974), arqueólogo, historiador y ex rector de la Universidad de Barcelona; Daniel Cosío Villegas, entonces director general del Fondo de Cultura Económica; Mario de la Cueva (1901–1981), especialista en derecho del trabajo y derecho constitucional, así como rector de la Universidad Nacional de México; Eugenio Ímaz (1900–1951), filósofo del exilio, profesor de la Universidad de México y además gran traductor; Juan Larrea, escritor, editor y ex secretario del Archivo Nacional Histórico de Madrid; Manuel Márquez, académico y ex decano de la Universidad de Madrid; Manuel Martínez Báez (1894–1987), especialista en salud pública y entonces presidente de la Academia de Medicina de México; Agustín Millares Carlo (1893–1980), paleógrafo y

⁵⁹ Ana González Neira, “Cuadernos Americanos y el exilio español: nacimiento de una revista universal (1942–1949)” en *Cuadernos Americanos*, núm. 127, 2009, pp. 11-30, citada en Weinberg, “Revistas culturales y formas de sociabilidad intelectual...”

latinista, ex catedrático y secretario de la Universidad de Madrid, integrado hacia 1939 como académico a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional en México; Bernardo Ortiz de Montellano (1899–1949), periodista y escritor mexicano que representó el enlace con las figuras vinculadas a la Secretaría de Educación Pública y con revistas literarias como *Contemporáneos* y *El hijo pródigo*; Alfonso Reyes, por entonces ya presidente de El Colegio de México, y Jesús Silva Herzog, director-gerente de la nueva publicación, por entonces además director de la Escuela Nacional de Economía.⁶⁰

Lo curioso es que a pesar de la constante insistencia sobre el contacto entre lo hispano y lo americano, es decir, lo “iberoamericano”, al final se optara por la propuesta de ponderar lo “americano”, incluso en el título de la revista. Al parecer esto tiene una explicación política y Liliana Weinberg lo detalla en términos de apuntalar el acercamiento y alianza entre México y Estados Unidos,⁶¹ que cabía dentro de lo “americano”, pero no en lo “iberoamericano”. Esto era defendido por Reyes en el contexto de la alianza de “las dos Américas” en contra del nazismo, el fascismo y el franquismo.⁶² Además, situaba a la revista en una tradición compartida con otros proyectos culturales centroamericanos y sudamericanos predecesores, especialmente los *Repertorios americanos* del costarricense Joaquín García Monge.

El lanzamiento del primer número de *Cuadernos Americanos*, correspondiente a enero-febrero de 1942, se celebró con una cena el 29 de diciembre de 1941 en el restaurante Prendes, de dueños españoles, ubicado en la esquina sur del Palacio de Bellas Artes en la Ciudad de México. A partir de esta primera reunión se instituyó un encuentro anual, en el que confluyeron los círculos de colaboradores y patrocinadores de la revista como una manera de reafirmar alianzas. Muchos fueron los personajes que se movieron con soltura entre *Cuadernos* y la *Revista de la Universidad de México*, entre ellos el director de la segunda, Jaime García Terrés, lo cual remarca la condición de plataforma intelectual común de la UNAM.

⁶⁰ Weinberg, “Revistas culturales y formas de sociabilidad intelectual...”

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Desde luego, el “panamericanismo” –promovido por Estados Unidos– no era una novedad para ese entonces, pues fue uno de los ejes del antifascismo de los años treinta, en el contexto del ascenso de este tipo de ideologías principalmente en Europa, en Alemania, Italia y España. Más tarde, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el propio presidente mexicano Manuel Ávila Camacho (1940-1946) lo adoptó como una orientación de su gobierno.

El formato de *Cuadernos Americanos* era de medio tabloide (16 x 23 cm) y unas doscientas páginas en promedio, es decir, cercano al formato de un libro, y tenía pastas de cartón impresas a color. Uno de los rasgos distintivos fueron las características “olas” de colores en su portada, que hacían referencia al Océano Atlántico que comunicaba la península ibérica con el continente americano. Su tiraje en los años que estudiamos (1959-1961) rondó, cada bimestre, los dos mil ejemplares y mantuvo un precio de 15 pesos por ejemplar. Sus secciones principales en aquella época fueron: “Nuestro Tiempo”, en la que se hacían reflexiones sobre asuntos políticos, sociales o económicos contemporáneos; “Hombres de Nuestra Estirpe”, en la que en cada número se le rendía homenaje biográfico a algún autor iberoamericano; “Aventura del Pensamiento” de vocación ensayística; “Presencia del Pasado”, en la que se presentaba reflexiones históricas; y “Dimensión Imaginaria”, dedicada a textos o reflexiones relativas al mundo literario. En cada una de ellas, en distintos momentos se tocaron aspectos relativos a la Revolución Cubana.

2. *Cuadernos Americanos* en América (Latina): aspectos materiales de la revista y distribución continental

Aquellos ritos celebratorios de fin de año y principios de *Cuadernos* apenas podían ocultar el ajeteo de los preparativos para que la revista alcanzara lectores más allá del convite en el Prendes. Durante la cena, Silva Herzog como director de la revista, conversó con otro miembro de la junta de gobierno de la publicación, Daniel Cosío Villegas, director del Fondo de Cultura Económica (FCE) entre 1943 y 1947, para establecer un arreglo sobre la distribución de *Cuadernos* a través de los medios de los que disponía el Fondo, de cuya “junta editorial” Silva Herzog también formaba parte.

Para formalizar la negociación, Silva Herzog envió una carta el último día del año 1941, y obtuvo como respuesta el 17 de enero de 1942, de parte de Cosío Villegas, las condiciones mediante las que el Fondo aceptaba el acuerdo. Éstas estipulaban una compleja estructura de adelantos provisionales y pagos semestrales. La norma básica era que el FCE pagaría a *Cuadernos Americanos* el 50% del precio de cada ejemplar que se vendiera al precio de 2.50 pesos en México –aún no los 15 de finales de los cincuenta y principios de los sesenta– o 0.60 dólares en el extranjero. Las suscripciones anuales implicaban

condiciones más favorables para *Cuadernos* pues de los 12 pesos o 3 dólares anuales, el Fondo sólo se quedaría con el 30%.⁶³

Aceptadas las condiciones, Daniel Cosío Villegas echó a andar la maquinaria de sus conexiones apenas un par de días después. El 20 de enero de 1942 comenzó una campaña con varias decenas de cartas y ejemplares de la revista enviadas a sus amigos y conocidos intelectuales del continente americano, para invitarles a colaborar. Cada carta tenía un mensaje más o menos personalizado, pero en términos generales decían: “una revista más, pero ésta sí gran revista: Cuadernos Americanos”, “si logramos respuesta, haremos de verdad una revista americana, que tanta falta nos ha hecho y nos hace”, “justifica el llamado que estamos haciendo a todos los americanos de corazón”. Algunos de los destinatarios eran Germán Arciniegas, Embajador de Colombia en Argentina; el escritor Mariano Picón Salas; los escritores venezolanos Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt, quienes a la postre serían presidentes de su país, uno a finales de los cuarenta y el otro a finales de los cincuenta; el costarricense Joaquín García Monge, editor de *Repertorio Americano*, una de las revistas que inspiraron la vocación de *Cuadernos*; o Victoria Ocampo, de la revista *Sur*, con la que *Cuadernos* establecería estrechos lazos hasta comerciales, anunciándose la una a la otra. La lista es bastante larga. Desde luego, a algunos como el crítico literario y filólogo español asentado en Argentina, Amado Alonso, se les convocaba con particular insistencia: “Por Dios, Amado, escriba usted para nosotros”; o a Gabriela Mistral, con quien Cosío Villegas intentaba posicionar a *Cuadernos* en la lista de prioridades de la escritora chilena –más tarde, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1945–: “Sé de sobra que a usted todo el mundo le pedirá que escriba; pero esperamos tener mejores títulos nosotros”.⁶⁴ Con lo anterior no busco más que echar un rápido vistazo a los mecanismos de solicitud de colaboraciones en *Cuadernos*, que apuntaban directamente a algunas de las figuras más prominentes de la vida artística, cultural y política de América Latina.

A la par de la búsqueda de colaboradores, Cosío Villegas también dio inicio a la distribución de la revista en una gran cantidad de librerías del país y del resto de Latinoamérica, aunque aún no en Estados Unidos. En cierta medida, esto contradecía el

⁶³ Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica (AHFCE) – CUADERNOS AMERICANOS, Leg. 1, Fs. 9, 10.

⁶⁴ AHFCE – CUADERNOS AMERICANOS, Leg. 1, Fs. 12-17, 48-64.

presunto trasfondo ideológico de lo “Americano” pro estadounidense en los *Cuadernos*, sugerido por Alfonso Reyes, y enfatizaba el espíritu iberoamericano de la publicación.⁶⁵

La estrecha colaboración entre *Cuadernos Americanos* y el Fondo de Cultura Económica continuó en el plano internacional. Incluso las librerías del FCE se encargaron de vender directamente las revistas a partir de 1945.⁶⁶ Sin embargo, en el plano nacional no fue así, pues aparentemente hubo una serie de desavenencias entre los trabajadores de uno y otro espacio que hicieron reventar el trato. Aún así, tras la ruptura del convenio en mayo de 1942, las relaciones entre Cosío Villegas y Silva Herzog continuaron igual de cercanas. Esto último ejemplifica los distintos niveles y jerarquías en los procesos de intercambio intelectuales y de productos culturales, que dificultan pensar en las redes como dinámicas “entre iguales”. En este caso, las rencillas entre las bases operativas de una empresa y la otra no implicaban gran cosa para los intelectuales que las dirigían. Los conflictos por temas monetarios entre ambas instancias continuaron, pero tanto Silva Herzog como Cosío Villegas continuaron participando y colaborando activamente en ambos espacios hasta mucho tiempo después.

Comprender las jerarquías, posiciones, e instancias de negociación de capitales sociales y culturales con los que un intelectual va trabajando y negociando a lo largo de su vida, requiere, como señalan Imízcoz y Arroyo, revelar la “pluralidad de sus dimensiones,

⁶⁵ Algunas de las librerías en México fueron: “La Literaria” en Mérida, Yucatán; la “Moderna” en Jalapa, Veracruz; “El Crédito Literario”, en San Luis Potosí; la “Cosmos” en Tampico, Tamaulipas; la “Moderna” en Monterrey, Nuevo León; la “Ideal” en Torreón, Coahuila; la “Font” en Guadalajara, Jalisco; la “Palas Atenea” en Chihuahua, esto además de las librerías de la Ciudad de México, para las cuales probablemente no hubiera necesidad de que mediara una carta. AHFCE – CUADERNOS AMERICANOS, Leg. 1, Fs. 19-32. En el resto del continente: la librería “Cosmos” en Guatemala; “Lehmann” en San José, Costa Rica; la del Sr. José Brower en Panamá; la del Sr. Francisco Carmona Nenclares en Caracas, y a la Editorial “Losada” en Buenos Aires. El Caribe también fue especialmente relevante para la revista y para Cosío Villegas, como atestigua la cantidad de librerías cubanas, en comparación con el resto de los países que recibieron la revista: la “Editorial Victoria”, la “Librería Económica”, la “Librería Cultural S.A.” y la del Sr. Valentín García, todas en La Habana. A República Dominicana llegó a la “Librería Dominicana”, en la capital Santo Domingo. AHFCE – CUADERNOS AMERICANOS, Leg. 1, Fs. 33-46.

⁶⁶ El esquema operativo de distribución de *Cuadernos Americanos* estuvo inicialmente más asociado al Fondo de Cultura Económica que a la UNAM. Lo cual pone un acento al punto de partida de la revista, asociada de manera cercana con la esfera de los exiliados republicanos y El Colegio de México –soporte del FCE–. En estos vínculos, Juan Larrea y Alfonso Reyes, entre otros, tuvieron un papel fundamental, aunque conforme pasaron los años, la revista terminó por ser mucho más cercana a la UNAM, como es evidente incluso ahora, pues es esta institución la que directamente la edita, por decisión de Silva Herzog desde su fundación.

sus solidaridades, tensiones, negociaciones y conflictos”.⁶⁷ Por ello, y retomando la condición jerárquica y vertical en el campo intelectual mexicano, considero necesario hacer un recuento de los distintos espacios intelectuales y políticos que conformaron la trayectoria del director de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, a la par de un repaso por las relaciones e intercambios –con especial énfasis en el ámbito epistolar– que Silva Herzog estableció con intelectuales de distintos países del continente americano. A través de esto, es posible atender a la formación, desarrollo y transformación de sus convicciones sobre la responsabilidad intelectual y la consigna iberoamericanista como ejes del proyecto cultural que comandaba.

3. Jesús Silva Herzog: los meandros de “un hombre de izquierda”

A Jesús Silva Herzog, hombre de izquierda en sus propias palabras, le gustaba decir: “cada año que pasa soy más de izquierda” y se quejaba a veces: “lo que más me enfada de que me llamen ‘rojillo’ es el diminutivo; rojo se debe decir”.⁶⁸ Severos embates como su casi total ceguera, en buena medida derivada del nitrato de plata con el que le quemaron los ojos a manera de funesto tratamiento equivocado para la pus en su tercer día de vida, no fueron obstáculos para que ocupara posiciones y responsabilidades diversas. Silva Herzog estuvo a cargo de la dirección de instituciones, representaciones diplomáticas, cátedras, y fue autor de una gran cantidad de libros, aún sin haber concluido la secundaria ni contar con una carrera universitaria en sentido tradicional.⁶⁹ Poca falta le hizo la validación institucional, gracias a su propia determinación y a un círculo de personas en torno suyo, que actuaron como lectores en voz alta, transcripores y una larga lista de solidarios amigos y discípulos. En esta sección busco enfatizar los referentes que guiaron a Silva Herzog a interesarse por la economía política, América Latina y el pensamiento de izquierda. Para cumplir con tal propósito, haré una breve revisión de su tránsito por la administración pública, la academia y las instancias de diplomacia cultural.

⁶⁷ José María Imízcoz Beunza y Lara Arroyo Ruiz, “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas” en *REDES. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, núm. 4, diciembre de 2011, p. 99.

⁶⁸ Fernando Carmona, “Jesús Silva Herzog, cada vez más actual” en *Problemas del desarrollo*, vol. XXII, núm. 85, abril-julio 1991, p. 233.

⁶⁹ Georgina Naufal Tuena, “Jesús Silva Herzog, los dilemas de su tiempo” en *Comercio exterior*, febrero de 2001, p. 173.

El interés intelectual de Silva Herzog comenzó en la literatura, a la par de los negocios. A sus veinticinco años, en 1917, hizo unos cuatro mil dólares vendiendo frascos de mercurio en Nueva York, con lo que posteriormente compró medicinas para revender en México. Este dinero lo invirtió en formar una revista con los amigos letrados de su ciudad natal, San Luis Potosí, como Jorge Adalberto Vázquez y otros poetas y literatos. El semanario se llamó *Proteo* y apareció puntualmente entre mayo y diciembre de 1917 para discutir asuntos de arte y literatura. A la postre, su vocación por los impresos continuó, pero la política y la economía se colocaron ahora al centro, como en *Cuadernos Americanos*, en consonancia con su visión sobre el intelectual como responsable de “señalar los errores con sinceridad y buena fe, hacer crítica constructiva y ponderada”.⁷⁰

En 1918, Silva Herzog se mudó a la Ciudad de México. Ahí trabajó por primera vez como funcionario público, en este caso en el gobierno del Distrito Federal, donde además entró en contacto con escritores como Julio Torri y Efrén Rebolledo, quienes también trabajaban ahí. Esto nos da una pista sobre la manera en la que desde la burocracia también era posible generar redes intelectuales.

Más tarde, la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional lo recibió entre 1920 y 1923 para estudiar tres años de Economía Política con el profesor alemán Alfonso Goldschmidt; dos años de Ciencia de la Educación con Ezequiel Chávez; un año de Estética con Antonio Caso y un año de Historia del Arte con Carlos Lazo. Si bien todos ellos eran grandes maestros en sus respectivas disciplinas, parece ser que quien mayor impacto tuvo en Silva Herzog fue Goldschmidt.

El economista alemán había sido invitado por el filósofo mexicano José Vasconcelos –rector de la Universidad entre 1920 y 1921– para dar clases en México. Goldschmidt se había formado en la Universidad de Leipzig en Alemania, estuvo entre los fundadores del Partido Comunista alemán y durante su estancia en México militó en el Partido Comunista de México. Algunos consideran también que Goldschmidt fue “el primero en introducir el marxismo en el medio académico mexicano”.⁷¹ Precisamente, fue esto lo que le atrajo a Silva Herzog de su profesor de Economía, pues “en sus lecciones

⁷⁰ Jesús Silva Herzog, “Deberes del intelectual mexicano contemporáneo” en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXVI, no. 6, noviembre-diciembre de 1947, p. 65.

⁷¹ Óscar de Pablo, *La rojería*, México, Peguin Random House, 2018, p. 210.

exponía las teorías económicas de [Karl] Marx”, empezando por *El Capital*⁷², texto aún un tanto inaccesible en español por aquellos días, pues la traducción completa del libro fue hecha por el exiliado español Wenceslao Roces dos décadas más tarde, aunque no sin algunos errores.⁷³

Aquel tránsito disciplinar de la literatura a la economía en la formación de Silva Herzog tuvo un importante asidero en Alfonso Goldschmidt. Un claro ejemplo de esta influencia fue cuando el economista potosino comenzó a dar clases de Economía Política y Sociología en el nuevo local de la Escuela Nacional de Agricultura en Chapingo en 1924⁷⁴, en sus clases retomó varias de las lecturas hechas con su maestro alemán, entre ellas al propio Goldschmidt, Charles Gide, Andrés Molina Enríquez, Karl Marx y Friedrich Engels.

En Chapingo, además, Silva Herzog coincidió con el pintor Diego Rivera –conocido por su afinidad, al menos discursiva, con las ideas de izquierda–, quien se encontraba pintando los frescos de la *Capilla Riveriana* y con quien probablemente entabló algunas discusiones en torno a sus visiones sobre el marxismo, la Revolución Mexicana o la Rusa – a la que también llegó por Goldschmidt–, la educación, los artistas o los intelectuales, en sus viajes compartidos de “una hora de la estación de San Lázaro a Chapingo y otra de regreso tres veces a la semana”.⁷⁵

La progresiva especialización económica de Silva Herzog no contradecía su gusto por las letras, como evidenciaron también posteriormente los contenidos de *Cuadernos Americanos*. Como recuerda Georgina Naufal, Silva Herzog publicó su poema “Autobiográfica” diez meses después de comenzar su carrera magisterial. En el texto invitaba “a los poetas como él” a estudiar “ciencias biológicas y mucha economía social, a

⁷² Jesús Silva Herzog, *Biografías de amigos y conocidos*, México, Cuadernos Americanos, 1980, p. 166.

⁷³ “El éxito de esta versión se basa, si no estamos equivocados, en el elegante, cálido estilo español de Roces, quien en no pocos lugares redacta con tanta frescura e inspiración como si él fuera autor, no traductor de la obra. Desgraciadamente, una enorme cantidad de erratas y de errores de interpretación lisos y llanos — muchos más de los tolerables en la traslación de una obra tan compleja y extensa— hace que convenga utilizar esta versión con precauciones extremas, en cotejo frecuente con otras traducciones del libro” Pedro Scaron “Advertencia del traductor” en Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro Primero. El proceso de producción del Capital, México, Siglo XXI, 2010, p. XXI.

⁷⁴ Silva Herzog, *Una vida en...*, p. 79.

⁷⁵ *Ibid*, p. 80

cantar al indio que trabaja en el ejido, a los sindicatos, a Lenin y a Marx, a la justicia, a la razón”.⁷⁶

En sus vaivenes entre el servicio en la administración pública y la academia, otra de las grandes constantes en la vida de Silva Herzog fue su interés por lo transnacional y la búsqueda de nutrir vínculos con personas de procedencias diversas, como lo haría también en *Cuadernos Americanos*. Unos años antes, por ejemplo, cuando en 1928 fue nombrado jefe del Departamento de Biblioteca y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, para dirigir la que sería la primera biblioteca económica de México, convocó a una pléyade de extranjeros. Entre ellos los españoles Mona Teixidor y el bibliógrafo Francisco Gamoneda; el economista peruano Carlos Manuel Cox; y el escritor boliviano Tristán Marof, “los malquerientes llamaban al Departamento ‘La liga de las naciones’”.⁷⁷

Consistente con su curiosidad por otras regiones del mundo y el pensamiento marxista, Silva Herzog frecuentaba desde mediados de los años veinte la legación de la Unión Soviética en México. Tras haberse vinculado con distintos personajes cercanos a esta dependencia, en diciembre de 1928, el Secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada, le ofreció a Silva Herzog, en nombre del presidente Emilio Portes Gil, la legación de México en Moscú.⁷⁸

Al llegar a Rusia pudo contrastar en carne propia sus concepciones sobre el mundo soviético y comprobar si efectivamente se estaban aplicando en la realidad las tesis marxistas a las que se sentía tan afín; de ser así, la revolución bolchevique habría sido “el acontecimiento más importante de los últimos tiempos en la historia de la humanidad”.⁷⁹ Sin embargo, apenas comenzaba la implementación de los planes quinquenales y la nueva política económica de Lenin, por lo que “Moscú le pareció una ciudad de mendigos”.⁸⁰ Y aunque Silva Herzog reconoció “que llevaba dentro al pequeño burgués acostumbrado a

⁷⁶ Georgina Naufal Tuena, “Jesús Silva Herzog: sus primeros años” en Benito Rey Romay y Goergina Naufal Tuena, *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar. Homenaje en el centenario de su natalicio*, México, FCE/UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas, 1994, p. 40.

⁷⁷ Silva Herzog, *Una vida...*, p. 86.

⁷⁸ Henrique González Casanova, “Prólogo” en *Homenaje a Jesús Silva Herzog en Cuadernos, Cuadernos Americanos*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1985, vol. CCLXIII, p. 24.

⁷⁹ Naufal Tuena, “Jesús Silva Herzog: sus primeros años”, *op. cit.*, p. 44.

⁸⁰ González Casanova, *op. cit.*, p. 24.

una vida diferente”⁸¹, sus vivencias en la Unión Soviética le hicieron a renunciar a cualquier tipo de dogmatismo y abrazar la heterodoxia, aunque no dejó de considerarse a sí mismo marxista, socialista y de izquierda.⁸² El economista dejó la embajada cuando el gobierno del presidente Emilio Portes Gil rompió relaciones con la URSS en 1930. Vivencias como ésta pueden explicar el constante interés mostrado en los textos de *Cuadernos Americanos* hacia este tipo de temáticas, además, claro, el economista buscó rodearse de colaboradores afines a su pensamiento, tal como lo hizo en las instancias administrativas que dirigió.

Tras la experiencia en la URSS, Jesús Silva Herzog volvió a México para contribuir a la elaboración del plan de estudios de la licenciatura en Economía de la Universidad Nacional (1929-1930) y comenzó a ser profesor de Historia del Pensamiento Económico en la Escuela Nacional de Economía en 1931, ambos asuntos son elocuentes de la importante posición que ocupó desde entonces en la UNAM. Dichas labores se alternaron con otras asignaciones gubernamentales, como en 1937, cuando fue nombrado perito en el conflicto petrolero para presentar al gobierno de Lázaro Cárdenas un informe sobre la industria petrolera y las posibles formas de darle una solución al conflicto con las empresas estadounidenses.⁸³ Es decir, una aplicación en el mundo de la política de sus conocimientos académicos; el entrecruce entre ambos espacios fue también una constante en los textos de *Cuadernos Americanos*, incluyendo aquellos relativos a la discusión o defensa de la Revolución Cubana.

A finales de febrero de 1938, Silva Herzog viajó a Nueva York para prevenir al embajador mexicano, Francisco Castillo Nájera, del posible desenlace que tendría el desacuerdo en materia petrolera entre ambos países: “una mañana, en el Hotel Roosevelt leyó en el *New York Times* que México había expropiado las empresas petroleras. Esa misma tarde tomó el ferrocarril en la estación Pennsylvania para volver a la patria”.⁸⁴

Ya por estos años los exiliados españoles comenzaban a llegar a México, y en su espacio de desenvolvimiento intelectual, entre el servicio público y la academia, Jesús Silva Herzog comenzó a tener contacto con varios de ellos. Probablemente lo que le atrajo al

⁸¹ Silva Herzog, *Una vida...*, p. 111.

⁸² Una parte de su testimonio y balance sobre sus vivencias en la Unión Soviética puede encontrarse en su texto *Aspectos económicos de la Unión Soviética*, publicado originalmente en 1930, pero reeditado recientemente por el Colegio Nacional.

⁸³ González Casanova, *op. cit.*, p. 24.

⁸⁴ *Ibid*, p. 30.

economista fue la oportunidad de construir un proyecto cultural y político más grande aún que aquellos en los que hasta ese momento había podido participar.

Indudablemente, las experiencias que Silva Herzog vivió a lo largo de las décadas que someramente revisamos, influyeron en la configuración de los espacios desde los cuales el economista potosino decidió finalmente plantear una plataforma para expresar colectivamente visiones y apreciaciones sobre la realidad y el papel activo que en ella podía tomarse. De ahí que *Cuadernos Americanos* tuviera una profunda vocación por la diplomacia cultural y la discusión de las implicaciones del compromiso intelectual. Esto, a la par de la proyección iberoamericana como una vía de posicionamiento desde la trinchera intelectual.

4. Jesús Silva Herzog y lo americano de sus *Cuadernos*: compromiso intelectual e iberoamericanismo

A la par del iberoamericanismo, el otro gran eje rector de *Cuadernos* fue el del compromiso intelectual con la crítica a la realidad. Esto quedó claro desde el primero número bimestral (enero-febrero) de la revista, que salió a la luz pública en enero de 1942. En consonancia, Silva Herzog publicó el artículo “Lo humano, problema esencial” en el que afirmaba que “no puede negarse que el capitalismo fue un régimen creador, pero así en pretérito perfecto y no en presente”⁸⁵ y agregaba que “desde fines del siglo pasado el capitalismo dejó de ser instigación al progreso”.⁸⁶ En este tipo de afirmaciones se entreveía la formación de Silva Herzog en el pensamiento marxista; aun cuando, en casos como éste, fueran fragmentos un tanto esquemáticos del mismo. Sin embargo, el economista también se mostraba crítico de la Unión Soviética: “el éxito de ese régimen socialista no puede negarse; pero ello ha costado sacrificios inmensos, la crueldad y los erros inevitables no han sido escasos y todavía se encuentra distante de la victoria definitiva”.⁸⁷

Estas críticas, tanto al sistema capitalista como al que por entonces parecía antagonizar económicamente con él, el socialismo de la Unión Soviética, se ubicaban en un momento particular durante la Segunda Guerra Mundial. Apenas a mediados de 1941 la

⁸⁵ Jesús Silva Herzog, “Lo humano, problema esencial” en *Cuadernos Americanos*, vol. I, no. 1, enero-febrero 1942, p. 11.

⁸⁶ *Ibid*, p. 12.

⁸⁷ *Ibid*, p. 14.

URSS había comenzado a participar del lado de los Aliados, y en diciembre Estados Unidos había hecho lo propio. Esto colocaba a ambos presuntos antagonistas del mismo lado, con un enemigo en común: el fascismo y las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón). Como ya mencioné previamente, buena parte de la sugerencia de Reyes de nombrar “Americanos” a los *Cuadernos* revestía una noción de aproximación entre “las dos Américas” (la anglosajona y la iberoamericana). Silva Herzog, en cambio, lo llevaba al terreno del latinoamericanismo, por encima de la convergencia con el país norteamericano:

En esta hora en que la ruina y la desolación amenazan invadirlo todo, es preciso que se oiga un grito salvador cuyo eco atraviese los mares y se repita de montaña en montaña. Ese grito no lo puede lanzar la Europa torturada, ni quizás tampoco los Estados Unidos porque lo apagarían las voces imperativas de los financieros; tiene que brotar de gargantas americanas, de nuestra América, de “la *América Nuestra* –como dijo Darío– *que tenía poetas desde los viejos tiempos de Nezahualcóyotl*. (...) El ideal supremo estriba en que del hombre nazca el superhombre. La ciencia y el arte deben aspirar a esa ilimitada finalidad.⁸⁸

La labor de *Cuadernos Americanos* quedaba así establecida claramente desde la primera publicación hecha por su director en ésta, la “Revista del Nuevo Mundo” como se anunciaba: incidir en la realidad concreta a través de la “ciencia y el arte”, desde América (hispana/latina) pues se trataba del último reducto de humanidad. Además, le asignaba a la región la capacidad de promover el nacimiento del “superhombre” y *Cuadernos* la de ser la guía para llevarlo a cabo. Finalmente, el artículo concluía con la propuesta de que, ante el fracaso capitalista y los errores del socialismo, habría que generar una nueva alternativa: “al panamericanismo de Estados Unidos había que oponer el iberoamericanismo”⁸⁹, para así “actualizar el sueño de Bolívar e influir por vez primera en forma decisiva en el drama de la historia universal.”⁹⁰

⁸⁸ *Ibid*, p. 15.

⁸⁹ Naufal Tuena, “Jesús Silva Herzog, los dilemas...”, p. 175.

⁹⁰ Silva Herzog, “Lo humano...”, p. 16.

Este primer artículo reunía, por un lado, dos de los elementos básicos del pensamiento de Jesús Silva Herzog: el iberoamericanismo y el compromiso intelectual con la realidad. Por el otro, también planteaba a estas ideas como el aglutinante de quienes participaban en *Cuadernos Americanos*. En resumen, se trataba de una exhortación a la militancia a través de la escritura para los intelectuales iberoamericanos, tanto los transterrados como los latinoamericanos.

Al “iberoamericanismo” añadió Silva Herzog una connotación antiimperialista, al plantearlo como una oposición al “panamericanismo de Estados Unidos”. Idea que contrastaba significativamente con aquello de *Cuadernos Americanos* como unión de la América Latina con la “otra”, la anglosajona, y de paso nos permite cuestionar la idea de que la “guerra fría intelectual” fuese exclusivamente un fenómeno de posguerra. Como aquí se evidencia, aun cuando Reyes promoviera el encuentro de “las Américas”, Silva Herzog mantenía su discurso cercano a la temprana izquierda latinoamericana. Esto no implicaba una ruptura en la junta editorial, ni mucho menos. De nuevo, como mencioné al referirme al desencuentro comercial entre *Cuadernos* y el Fondo de Cultura Económica, había para Silva Herzog asuntos más pragmáticos que la operación logística o la ideología. La diplomacia cultural implicaba para el economista potosino mantener alianzas cupulares que le permitieran, entre otras cosas, continuar promoviendo proyectos, enunciar algunas de sus ideas libremente y mantenerse cercano a los círculos de poder.

A través de colaboraciones, invitaciones, discusiones, encuentros y consignas, Silva Herzog estructuró en *Cuadernos* una red de intercambios, conexiones, viajes, amigos, presentaciones y diálogos epistolares con una gran diversidad de intelectuales. Especial relevancia tuvieron los cubanos “de izquierda”, lo cual contribuye, por un lado, a explicar el gran entusiasmo que más tarde le produjo al director de *Cuadernos* el triunfo de la Revolución Cubana en 1959; y por el otro, permite afirmar que el tipo de vínculo de Silva Herzog y *Cuadernos Americanos* con Cuba y su revolución era distinto al de Jaime García Terrés y la *Revista de la Universidad de México*, como se verá más adelante. No sólo ambos directores pertenecían a generaciones distintas, sino que el momento y los motivos de la aproximación también tenían diferentes fechas. Aún así, ambas revistas coincidieron como foro para un grupo de actores afines, que desde la plataforma que les ofrecía la UNAM, expresaron sus reflexiones sobre la Revolución Cubana.

A continuación, haré un breve recuento de los vínculos epistolares y presenciales de Jesús Silva Herzog con varios destacados intelectuales cubanos. Desde luego, *Cuadernos Americanos* fue la plataforma que le permitió al economista potosino trazar estas conexiones, a partir de colaboraciones, invitaciones a publicar, visitas y claro, elementos de la cotidianidad de una amistad.

El antropólogo e historiador cubano Fernando Ortiz Fernández, que por la importancia de sus estudios sobre la cultura cubana ha sido llamado “El tercer descubridor de Cuba” (después de Cristóbal Colón y Alejandro de Humboldt) dirigió una carta a Jesús Silva Herzog en los últimos días de diciembre de 1943.⁹¹ En ella, Ortiz le comentaba cuánto le había impresionado su artículo sobre la Revolución Mexicana publicado en el número anterior de *Cuadernos Americanos*: “La Revolución Mexicana en crisis”.⁹² Esto es relevante porque habla del interés de los intelectuales de la isla por el proceso de transformación en México. Más tarde, los intelectuales mexicanos voltearían a ver a la Revolución Cubana y la convertirían en uno de sus referentes para criticar la de su país.

Silva Herzog afirmaba en su artículo que “la crisis de la Revolución Mexicana es de una extraordinaria virulencia, es ante todo –digámoslo una y mil veces– una crisis moral con escasos precedentes en la historia del hombre”.⁹³ La gravedad de este diagnóstico no era sólo por lo que literalmente señalaba sobre la descomposición del sistema político mexicano, sino por la significación que implicaba atacar al gran mito fundacional de la modernidad mexicana, por un lado, y al gran referente de la revolución “exitosa” en América Latina por el otro. Quizá haya sido esto lo que impresionó a Fernando Ortiz.

El diagnóstico negativo de Silva Herzog no era, empero, una sentencia de muerte. Aún había una solución y era posible avanzar con ella, siempre y cuando se diera una nueva estructura a la sociedad, en la que “lo humano sea el problema esencial, en la que el goce de la existencia sea para el mayor número posible de individuos, en la que la ciencia, la técnica y el arte tengan por finalidad lograr el bien del hombre y su propia superación”. A este modelo, Silva Herzog le daba el nombre de “democracia socialista”⁹⁴, y sólo a través de ella

⁹¹ Carta de Fernando Ortiz a Jesús Silva Herzog, Habana, diciembre 29, 1943 en Jesús Silva Herzog, *De su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981, p. 254.

⁹² Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis” en *Cuadernos Americanos*, Vol. XI, No. 5., septiembre-octubre 1943, pp. 32-55.

⁹³ *Ibid*, p. 50.

⁹⁴ *Ibid*, p. 53.

sería posible sacar a la Revolución Mexicana de su crisis, retomando sus principios a cabalidad.

Fernando Ortiz le anunció a Silva Herzog que reproduciría parcialmente el citado artículo en su revista de divulgación *Ultra* en La Habana en febrero de aquel año por ser “provechoso para todos los países de América”. El cubano aprovechaba la conexión con el economista mexicano para intentar posicionar un texto suyo. Le preguntaba al economista si veía posibilidades de que el Fondo de Cultura Económica o alguna otra editorial pudiera publicar en México su libro previamente editado en Cuba, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, pues esperaba darle así mayor circulación.

Es importante destacar que el archivo epistolar con el que contamos para revisar la correspondencia de Jesús Silva Herzog es peculiar. Editado por la propia revista en los años ochenta, su contenido es parcial e incompleto. En muchos casos, como en el que aquí acabo de presentar, no contamos con la copia de la respuesta del economista mexicano. Además, entre ésta y la siguiente carta con el cubano, median más de tres años. Comoquiera la correspondencia es elocuente. Por un lado, habla de la circulación latinoamericana de *Cuadernos Americanos* y de la discusión que ésta desataba incluso en temas aparentemente nacionales, que aquí evidencian su carácter e interés continental. Por otro lado, habla también de la capacidad de Silva Herzog para estructurar en torno suyo una red de intercambios, favores mutuos, peticiones y reciprocidades, que sin duda fue fundamental para posicionar sus ideas y su proyecto cultural en *Cuadernos*.

No como una respuesta directa a la carta citada, sino como una larga prolongación del intercambio intelectual entre Silva Herzog y Ortiz, tenemos la misiva que el mexicano le dirigió al cubano a finales de marzo de 1947. En ella, el economista le recordaba al antropólogo una de las premisas centrales de su pensamiento, el compromiso en contra del imperialismo: “es un deber indeclinable de los intelectuales limpios de América Latina, mantener alerta a sus pueblos frente al poderío norteamericano”.⁹⁵ Así, la plataforma de colaboraciones de *Cuadernos Americanos* era también un espacio propicio para la invitación a militar bajo ciertos principios intelectuales, o bien para confirmar afinidades ideológicas, de las que quizá dependieran ciertas prebendas y concesiones al respecto de la participación en la publicación.

⁹⁵ Carta de Jesús Silva Herzog a Fernando Ortiz, marzo 27, 1947 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 257.

Por aquellos mismos años, Jesús Silva Herzog comenzó a desarrollar cataratas en uno de los ojos. Para su suerte –aún cuando fue pasajera–, el médico oftalmólogo le ofreció no sólo retirarle la catarata, sino además hacerle un injerto de córnea para mejorar su visión, muy afectada desde que el economista era un pequeño niño.⁹⁶ Esta operación le otorgó una agudeza visual de la que no había disfrutado nunca antes, por lo que entre 1947 y 1948 programó viajar por América Latina: “El objeto del viaje es tan solo el de conocer nuestros países, conversar con sus gentes interesantes y dar conferencias”.⁹⁷ Así, le anunció a Fernando Ortiz en aquel marzo de 1947 que la primera parada sería La Habana.⁹⁸

En correspondencia con las peticiones y favores recíprocamente otorgados entre el intelectual cubano y el mexicano, Silva Herzog le propuso a Ortiz dictar un par de conferencias en la Universidad de La Habana sobre la Revolución Mexicana, aquel tema tan atractivo para el cubano. Aprovechaba también para recordarle a Ortiz que además de ser catedrático de la UNAM era uno de los quince miembros de la Junta de Gobierno de esta y que viajaba en su representación⁹⁹, lo cual podría hacernos suponer que este tipo de actividades de diplomacia cultural eran patrocinadas por la propia UNAM.

La primera visita de Silva Herzog a La Habana quedó cariñosamente registrada en sus memorias, en las que evocó que “los cubanos y las cubanas son simpaticuísimos, de sangre muy liviana, aun cuando a veces no se les entiende bien lo que dicen”.¹⁰⁰ Aquel paso de Silva Herzog por la isla caribeña le permitió estrechar lazos con Fernando Ortiz, y entrar en contacto con algunos otros personajes de la izquierda cubana. Uno de ellos fue Jorge Mañach, biógrafo de José Martí, a quien conoció en el “Pen Club” cubano. Mañach lo contactó con el escritor comunista Juan Marinello, con quien no pudo reunirse, pero sí inició un intercambio epistolar. Marinello había estado exiliado dos veces en México, primero en 1933, durante la dictadura de Gerardo Machado en Cuba; y entre 1936 y 1937, lo que le permitió estrechar lazos con algunos intelectuales mexicanos, a quienes, sin embargo criticó por su despolitización, posiblemente producida por la persecución a la militancia de izquierda en el país. A lo largo de los años treinta, llegó a México una gran

⁹⁶ González Casanova, *op. cit.*, p. 34.

⁹⁷ Carta de Jesús Silva Herzog a Fernando Ortiz, marzo 27, 1947 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 257.

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ Silva Herzog, *Una vida...*, p. 323.

cantidad de exiliados cubanos¹⁰¹, entre ellos: las hermanas Teresa y Caridad Proenza, Ramón Grau San Martín, Mirta Aguirre y su hermano Sergio Noel, Ofelia Domínguez y algunos más que tuvieron un papel relevante en la construcción del régimen revolucionario a partir de 1959 en Cuba.

Es probable que Silva Herzog le haya dejado noticias a Marinello de sus intenciones de visitarlo, pues en diciembre de 1947 el comunista cubano se disculpaba por su ausencia. En la misma carta aprovechaba para reconocer el valor de *Cuadernos Americanos*: “Son excelentes, de lo mejor que haya visto la luz en América. Han logrado ustedes un tipo de revista en la que se hermanan y completan la seriedad de la tarea con la encantadora variedad” y afirmar su interés en sumarse como colaborador.¹⁰² La afirmación del cubano reivindicaba además “la seriedad de la tarea”, refiriéndose al compromiso intelectual con la realidad, manifiesto en las páginas de la revista. Esto comprueba que el compromiso era un distintivo de *Cuadernos* incluso antes de la Revolución Cubana, a diferencia de la *Revista de la Universidad de México*.

En su respuesta, de enero del año siguiente, 1948, Silva Herzog contextualizaba el interés de la línea editorial a la que le pedía a Marinello ajustarse, acorde con los principios antiimperialistas e iberoamericanos: “dentro del tono de *Cuadernos* hemos iniciado una campaña a favor de la Paz y en cierta medida en contra de los plutócratas que en estos momentos gobiernan a la nación vecina”.¹⁰³ Aunque no queda muy clara la situación en Estados Unidos a la que Silva Herzog se refiere, es probable que se tratara del creciente anticomunismo durante la presidencia de Harry Truman (1945-1953). Pero más allá de eso, Silva Herzog reconocía en la voz de Marinello la potencialidad iberoamericana que *Cuadernos Americanos* buscaba en sus colaboradores para incidir en la realidad del continente: “el artículo de usted [...] de seguro reflejará la opinión no sólo de los grupos avanzados de Cuba sino de todos los hombres progresistas de América Hispánica”.¹⁰⁴

¹⁰¹ Sebastián Rivera Mir, *Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2018, pp. 345-347.

¹⁰² Carta de Juan Marinello a Jesús Silva Herzog, La Habana, diciembre 28, 1947 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 190.

¹⁰³ Carta de Jesús Silva Herzog a Juan Marinello, Ciudad de México, enero 23, 1948 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 191.

¹⁰⁴ *Idem*.

Unos años después, en septiembre de 1953, Silva Herzog comenzó a planear su segunda visita a Cuba. Desde luego se dirigió a su ahora buen amigo Fernando Ortiz para coordinar su visita. Acompañado de algunos ejemplares de *Cuadernos Americanos* que Silva Herzog decía haber retirado de los propios archivos de la revista para enviárselos al cubano, le anunciaba: “si los dioses olímpicos no disponen otra cosa” a finales de noviembre se pasaría algunos días en La Habana.

Por las memorias de Silva Herzog puedo intuir que finalmente no concretó su segunda visita, pues de este año recuerda solamente haber ido al Congreso Latinoamericano en Santiago, Chile y visitado Guatemala, Ecuador y Panamá. En este último país centroamericano conoció a quien por entonces era el embajador mexicano allá: Rafael Fuentes.¹⁰⁵ Unos cuantos años más tarde, el hijo del embajador, Carlos Fuentes, saltaría a la fama por su libro *La región más transparente* (1958) y se integraría de lleno a la plataforma intelectual universitaria como un activo colaborador de *Cuadernos Americanos* y de la *Revista de la Universidad*.

Si bien el golpe de Estado de Fulgencio Batista en Cuba en 1952 no parece haber despertado mayor revuelo en la plataforma intelectual universitaria¹⁰⁶, aquél que derribó al gobierno progresista de Jacobo Árbenz en Guatemala (1951-1954) sí motivó la formación de un Comité de Amigos de Guatemala. La base principal de esta organización eran catedráticos y funcionarios académicos de alto nivel profundamente ligados a la UNAM, como Pedro de Alba, quien era presidente de la organización, y los vicepresidentes Ignacio Chávez, Alfonso Caso, Ignacio González Guzmán y el propio Silva Herzog.¹⁰⁷ Sin embargo, al director de *Cuadernos Americanos* le indignó que al llegar exiliado a México, Arbenz no le agradeciera a los más de 100 integrantes del comité la “actitud desinteresada

¹⁰⁵ Jesús Silva Herzog, *Mis últimas andanzas 1947-1972*, México Siglo XXI, 1973, p. 32.

¹⁰⁶ En realidad el gobierno al que Fulgencio Batista derrocó en 1952, el de Carlos Prío Socarrás no gozaba de especial popularidad ni en Cuba ni en el resto de América Latina, pues había constantes denuncias sobre su corrupción y malversación de los fondos públicos, quizá esto haya disminuido la repercusión internacional de aquel golpe de Estado.

¹⁰⁷ Según los recuerda Jesús Silva Herzog en sus *Biografías de amigos y conocidos* (México, Cuadernos Americanos, 1980), Pedro de Alba (1887-1960) fue un diplomático y escritor que dirigió la Facultad de Filosofía y Letras hasta 1929, cuando dirigió la Escuela Nacional Preparatoria; Ignacio Chávez, entre muchas otras cosas, fue el creador del Instituto Nacional de Cardiología en 1944 y más tarde fue Rector de la UNAM entre 1961 y 1966; Alfonso Caso fue un arqueólogo, indigenista e historiador que fue Rector de la UNAM entre 1944 y 1945; y por último, Ignacio González Guzmán fue director de la Facultad de Medicina (1944-1946) y del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM (1940-1965).

en defensa de su patria”.¹⁰⁸ La molestia de estos personajes se debía quizá a que esperaban algún tipo de retribución por sus muestras de solidaridad, pues habían puesto en juego sus capitales sociales y culturales como intelectuales participando activamente en la política.

Un par de años después del desencuentro entre Arbenz y aquel Comité, en 1956, el decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, Raúl Roa, invitó a Jesús Silva Herzog a presentar una serie de tres conferencias en noviembre de aquel año. A partir de este momento se abrió un nutrido canal de comunicación entre ambos universitarios, que probablemente procedía de algún tipo de vinculación durante la estancia de Roa en México entre finales de 1953 y mediados de 1955.¹⁰⁹ Su intercambio epistolar nos permite tener una noción del panorama cubano al que Silva Herzog tenía acceso en los años de mayor actividad del Ejército Rebelde en Cuba y la consecuente respuesta represiva del régimen de Fulgencio Batista.

En el contexto de la visita a Cuba de Silva Herzog en 1956, en la revista cubana *Carteles* le hicieron una entrevista. Al ser cuestionado sobre la vigencia de la Revolución Mexicana, volvió un poco a su texto de 1943 sobre la revolución “en crisis”: “toda revolución tiene su periodo de gestación, desarrollo y muerte. Y estimo que, aunque nuestra Revolución no cumplió todos sus objetivos, ya cerró su ciclo”. El mexicano expresaba así la necesidad de renovar los referentes revolucionarios, casi como una premonición de lo que llegaría a ser la Revolución Cubana: “hoy hacen falta nuevas fórmulas, objetivos e ideas”.¹¹⁰

¹⁰⁸ Silva Herzog, *Mis últimas andanzas...*, p. 34.

¹⁰⁹ Enrique de la Osa, *Visión y pasión de Raúl Roa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

¹¹⁰ Silva Herzog, *Mis últimas...*, p. 56.

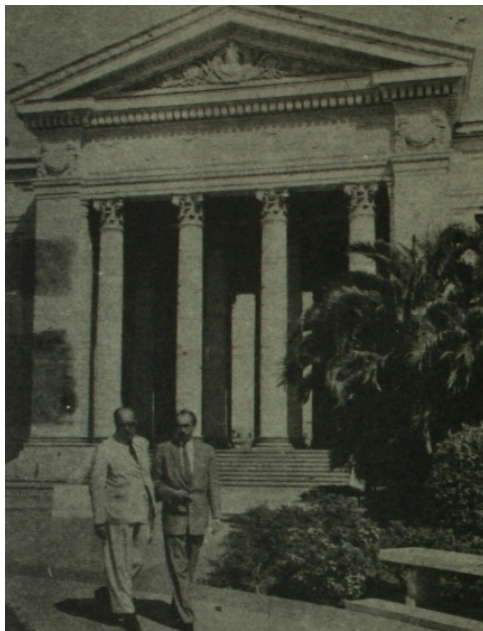


Fig. 1. Jesús Silva Herzog y Raúl Roa en la Universidad de La Habana, 1956.

Fuente: Cuadernos Americanos

El pensamiento de izquierda defendido por Silva Herzog al menos desde aquel artículo de 1943 “La Revolución Mexicana en crisis”¹¹¹, invitaba a formular nuevos sistemas y modelos desde el presente y la situación específica de los problemas contemporáneos. Esto parecía encontrar en la Universidad de La Habana a su auditorio ideal en aquel 1956, pues hay que recordar que buena parte del Movimiento 26 de julio – uno de los principales núcleos organizativos de la Revolución Cubana–, estuvo conformado por estudiantes o graduados de esta misma institución: uno de ellos fue el abogado Fidel Castro, a la postre longevo líder revolucionario. Por aquellos días en los que Silva Herzog dictaba conferencias, Castro zarpó junto con 82 expedicionarios desde Tuxpan, Veracruz, hacia Cuba, el 25 de noviembre de aquel año. El accidentado desembarco sucedió el 2 de diciembre de 1956 en la Playa de las Coloradas, al oriente de la isla.

Fue la confluencia entre los universitarios habaneros y el Movimiento 26 de julio lo que desde los primeros días de diciembre de 1956 llevó al gobierno de Fulgencio Batista a desatar la represión en contra de los estudiantes. A finales de enero de 1957 Raúl Roa le escribía con preocupación a Silva Herzog al respecto:

¹¹¹ Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana en crisis” en *Cuadernos Americanos*, Vol. XI, No. 5., septiembre-octubre 1943, pp. 32-55.

La Universidad no funciona desde diciembre. Está rodeada por la policía y, salvo a los profesores, se prohíbe el acceso a ella. Las garantías constitucionales han sido suspendidas y se vive a merced del azar. Los muertos aparecen por racimos cada mañana, los petardos se suceden a granel, las cárceles están repletas, las casa vigiladas, los registros a toda hora. En Oriente se vive en plena guerra civil.¹¹²

Dado que la Universidad de La Habana se había convertido en un sitio clave para la organización en contra del régimen, la represión se dirigió con especial atención a su sede en el centro de La Habana. A raíz de esto, Raúl Roa y su familia depositaron sus esperanzas en que el hijo “Raulito” pudiera salir de la isla para cursar sus estudios en la Universidad de Columbia en Nueva York. Por otro lado, Roa también lamentaba tener que cancelar su asistencia al festejo de las bodas de plata académicas de Silva Herzog en la Facultad de Economía de la UNAM.

Desconocemos la respuesta por parte de Silva Herzog, pero un mes más tarde, el 28 de febrero, Raúl Roa le anunciaba, primero, la secrecía con la que le dirigía la carta, vía un amigo que saldría para Nueva York por esos días. A la par de las trágicas ejecuciones que narraba con pena, se mostraba optimista al referirse por primera vez directamente a los guerrilleros del Movimiento 26 de julio: “Los jóvenes parapetados en la Sierra Maestra prosiguen su épica lucha con posibilidades de prolongarla indefinidamente. Inútiles han sido los esfuerzos del gobierno para domeñarla”.¹¹³

Como parte de la represión del régimen de Batista, Roa escribía que había sido objeto de un asalto en su casa por parte de soldados del régimen armados con fusiles y ametralladoras, los cuales lo interrogaron y se llevaron “varios libros, papeles y cartas, entre éstas una suya”.¹¹⁴ Roa le anotaba a Silva Herzog que probablemente el régimen cubano ya estaba enterado de sus simpatías y cercanías hacia los disidentes del régimen. Pero, sobre todo, lo que esta anotación revela es la constancia de la correspondencia que

¹¹² Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, enero 24, 1957 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 321.

¹¹³ Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, febrero 28, 1957 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 323.

¹¹⁴ *Idem.*

ambos intelectuales mantenían y el valor que para Roa tenían, pues las almacenaba en su acervo personal. Probablemente la carta sustraída a la que se refiere Roa sea la que media entre las de enero y febrero del cubano.

Más de un año después, a mediados de junio de 1958, Silva Herzog narraba a Roa que recién regresaba de un viaje por Argentina, Perú, Costa Rica y El Salvador con su esposa Esther. En su carta criticaba el estado de la Argentina posterior a la gestión de Juan Domingo Perón (1946-1955) por haber sido “descapitalizad[a] por Perón y socios” y expresaba su temor a lo que podrían hacer las fuerzas armadas, a las que caracterizaba como “la mayor desgracia de varios países latinoamericanos”, “desleales y canallas” y “una improductividad que pesa sobre la productividad”.¹¹⁵

La carta de Silva Herzog contrastaba notablemente con las dos previas de Roa. La soltura con la que Silva Herzog emitía sus severas opiniones acerca del militarismo latinoamericano es elocuente de la libertad de expresión que gozaba, al menos en sus comunicaciones personales, en comparación con la situación del cubano.

Al concluir su carta, Silva Herzog remataba con un entusiasmo similar al que Roa depositaba en los combatientes de Sierra Maestra: “traigo una impresión optimista sobre el porvenir de nuestra América”, decía. Y fundamentaba su esperanza en la insatisfacción respecto del presente: “es un optimismo que se proyecta en el futuro; es una fe en el porvenir, porque las condiciones actuales nos dejan un sedimento de cierta amargura”.¹¹⁶ Probablemente este tipo de abstracciones utópicas encontraron respuesta y concreción en el triunfo de la Revolución Cubana, abonando al entusiasmo que despertó entre buena parte de los intelectuales latinoamericanos.

Varios meses más tarde, Raúl Roa se dirigía a Silva Herzog para actualizarlo sobre la situación en Cuba.¹¹⁷ Cabe decir que en aquellos meses el ejército rebelde del M-26 de julio y sus aliados, ya avanzaba firmemente desde sus distintos enclaves, principalmente desde el oriente de la isla.

Roa destacaba el compromiso de *Cuadernos Americanos* con la realidad no sólo mexicana, sino iberoamericana y específicamente la cubana: “Los ideales que propugna

¹¹⁵ Carta de Jesús Silva Herzog a Raúl Roa, Ciudad de México, junio 17, 1958 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 325.

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, Cuba, septiembre 19, 1958 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 326.

Cuadernos Americanos son los mismos que defiende mi pueblo y, especialmente, la juventud universitaria, con heroica voluntad de cristalizarlos a precio de vida”.¹¹⁸ En estas líneas, Roa parecía resumir todas las aspiraciones de *Cuadernos*: la plataforma científica-universitaria desde la cual criticar la realidad, los principios firmes de libertad que guiaban sus ideales, la amplitud continental de los círculos de debate en torno a la revista y, especialmente, la visión de futuro como una bandera de la lucha intelectual.

Acercas de la ofensiva guerrillera contra Batista, Roa le enviaba las siguientes líneas a Silva Herzog, en las que remarcaba la conexión entre los estudiantes de la Universidad de La Habana con la ofensiva revolucionaria, al recordar aquel ciclo de conferencias de 1956 impartido por el economista mexicano:

¿Recuerda usted a aquel grupo de jóvenes con quien usted departió en el salón del seminario de nuestra Facultad? Algunos han muerto peleando en la Sierra Maestra; otros están presos; y uno, ese que aparece sentado con usted y mi hijo en un banco de la plaza de la Universidad (foto publicada en “Bohemia”) es hoy uno de los valerosos dirigentes de la juventud revolucionaria.¹¹⁹

¹¹⁸ *Idem.*

¹¹⁹ *Idem.*



Fig. 2. Jesús Silva Herzog en la Universidad de La Habana con dos jóvenes, aparentemente uno es el hijo “Raulito” de Raúl Roa y el otro un futuro dirigente (no identificado) del Ejército Rebelde, en 1956.

Fuente: Cuadernos Americanos

Después de este significativo y dramático recuerdo, Roa volvía a su habitual optimismo y se colocaba discursivamente del lado de las filas del Ejército Rebelde, ya muy cerca de derrotar al ejército de Batista: “Estoy vivito y coleando. Sigo optimista en cuanto al rápido desenlace de este drama horrendo, que cuesta ya más de quince mil vidas. Ninguna fuerza –por brutal que sea– puede, al cabo, con un pueblo en pie. Ese es nuestro caso”.¹²⁰

Aún así, a la par de sus consignas y esperanzas en el futuro, Roa continuaba con su precaución habitual, nuevamente conectando con Silva Herzog a través de su amigo en Estados Unidos. Esto enfatiza la importancia de Nueva York como una vía de contacto fundamental para las izquierdas latinoamericanas¹²¹: “Esta carta la pondrá en el correo un

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ Esto se analiza puntualmente en el texto de Rafael Rojas, *Traductores de la utopía. La Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, 279pp.

amigo que va a New York, ya que de otro modo no traspasaría la censura, sin contar la reacción contra mi persona”.¹²²

Este era el panorama sobre Cuba al que Jesús Silva Herzog tenía acceso unos cuantos meses antes del triunfo de la Revolución Cubana el 1 de enero de 1959, personalmente trazado por uno de los que sería un personaje fundamental al convertirse en Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno revolucionario.

El tipo de diplomacia cultural que Silva Herzog estableció a partir de *Cuadernos Americanos* llevó el significado de “americano” a un plano de conexiones con personajes destacados de la izquierda iberoamericana, especialmente visible a partir de sus vínculos con Cuba, los cuales enfatizan el fuerte vínculo del director de *Cuadernos* con este país desde antes de la Revolución Cubana. Este es un importante factor de diferenciación con respecto a la *Revista de la Universidad de México* y su director Jaime García Terrés, los cuales tuvieron en el triunfo revolucionario cubano al catalizador del compromiso intelectual y la aproximación a la isla.

5. Jesús Silva Herzog y su posición en la Universidad

Es importante hacer una breve anotación sobre el papel que jugó Jesús Silva Herzog en la UNAM para enfatizar la posición que le permitió consolidar el tipo de vínculos antes analizados en su red intelectual iberoamericana y especialmente con Cuba.

Previamente hablé de su paso por la Facultad de Altos Estudios en los años veinte, donde comenzó una formación más estructurada principalmente en Economía. Sin embargo, fue hasta principios de los años cuarenta cuando obtuvo su título de licenciado *ex officio* en dicha disciplina.¹²³ Esto como una condición de posibilidad para lo que seguiría: ser nombrado director de la Escuela Nacional de Economía (1940-1942). A partir de ahí, creó en 1940 el Instituto de Investigaciones Económicas y la revista *Investigación Económica* en 1941, como un órgano de difusión de las investigaciones en curso del Instituto. Además, entre 1945 y 1962 formó parte de la Junta de Gobierno de la UNAM.

¹²² Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, Cuba, septiembre 19, 1958 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 327.

¹²³ Víctor Díaz Arciniega, “Don Jesús: su bienhechora tutela. *Notas para una historia de la casa*” en Benito Rey Romay y Goergina Naufal Tuena, *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar. Homenaje en el centenario de su natalicio*, México, FCE/UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas, 1994, p. 92.

Como una pequeña pero esclarecedora anotación adicional, tenemos la carta de abril de 1948 de Silva Herzog al entonces Rector de la UNAM, Salvador Zubirán (1946-1948). Tras enviarle un informe de sus labores al frente de la Rectoría, Zubirán le solicitaba al economista sus impresiones al respecto.¹²⁴

En respuesta, Jesús Silva Herzog abordó con detalle cada punto del informe, desde asuntos meramente administrativos hasta temas relacionados puntualmente con la manera en que funcionaban los estudios en la institución universitaria. Especial énfasis puso el economista en los principios centrales de su propio pensamiento, así como estos orientaban la existencia de *Cuadernos Americanos*, sugería que también deberían permear a la Universidad en su conjunto:

Yo creo que la UNAM debiera *latinoamericanizarse*, ampliar los horizontes de su espíritu para que efectivamente hable por él la raza; nuestra Universidad debe ser mexicana –sin exagerar esto demasiado–, iberoamericana y humanista; humanista en el sentido de defender y luchar en su campo de actividad por los supremos intereses del hombre.¹²⁵

El iberoamericanismo (aquí asimilado a lo latinoamericano) abanderado por Silva Herzog, el compromiso intelectual y la institución universitaria como una plataforma para la realización de ambos ideales eran el planteamiento central de la respuesta al rector. A través de un hábil empleo de la diplomacia cultural, el economista lograba emparentar estas ideas con el inefable lema vasconcelista: “Por mi raza hablará el espíritu”, para justificar e intentar posicionar sus ideales.

Más adelante, Silva Herzog se refería a la *Revista de la Universidad*, sobre la que expresaba: “me parece bien como un órgano mensual de difusión de ideas y de información”, pero inmediatamente agregaba que le resultaba “pobre como portavoz, como órgano de una institución de cultura tan importante como es y como debe ser nuestra Casa

¹²⁴ Carta de Jesús Silva Herzog a Salvador Zubirán, México, D.F., abril 5, 1948 en Silva Herzog, *De su archivo...*, p. 421.

¹²⁵ *Idem*. Subrayado mío.

de Estudios”.¹²⁶ El director de *Cuadernos Americanos* sugería una revista de la Universidad básicamente a imagen y semejanza de sus *Cuadernos*:

La Universidad debiera tener una publicación trimestral, una revista de unas 300 páginas, bien presentada, en la que se ofrecieran al lector el resultado de los trabajos científicos, de las investigaciones y estudios que realizan sus maestros e investigadores más destacados que son seguramente los más altos exponentes de la cultura nacional.¹²⁷

Si bien esta idea no llegaría a concretarse del todo, probablemente sí sembró la simiente para lo que sucedería a principios de la siguiente década, cinco años después de que Silva Herzog expresara sus opiniones como catedrático consolidado y miembro de la Junta de Gobierno. En 1953, un joven funcionario llegó a tomar las riendas de la Coordinación de Difusión Cultural y desde ahí replanteó la *Revista de la Universidad de México*, convirtiéndola en un referente ineludible para la cultura y las artes. Esto implicó también la reformulación del proyecto mismo de “cultura universitaria”, desde la plataforma intelectual de la UNAM. Su nombre era Jaime García Terrés.

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ *Idem.*

Capítulo 2. La UNAM como plataforma para un proyecto cultural a mediados del siglo XX: La *Revista de la Universidad de México*

El “Cachorro de la Revolución”, como el líder sindical Vicente Lombardo Toledano llamó al quincuagenario presidente Miguel Alemán en alusión a su “juventud” por contraste – había nacido en 1900, pero no pertenecía a la generación de los combatientes revolucionarios–, colocó en el centro de su proyecto a su alma mater: la UNAM. Esto fue visible en la incorporación a su gabinete de una buena cantidad de universitarios egresados de la “Máxima Casa de Estudios”, pero también al destinar una mayor cantidad del presupuesto a su financiamiento y, especialmente, a la construcción de la Ciudad Universitaria.¹²⁸

En 1951 el propio Miguel Alemán inauguró la Ciudad Universitaria, aún cuando algunas obras no estaban del todo terminadas. Pero el simbolismo del acto de mudar la Universidad Nacional del centro de la ciudad a la sureña periferia implicaba también una incorporación al proyecto de “modernidad” promovido desde el gobierno: “dejaba atrás los edificios coloniales del Centro de la ciudad de México y como parte de la expansión de la metrópoli, se desplazaba hacia la periferia, como lo estaban haciendo el conjunto de nuevas construcciones dirigidas esencialmente a los sectores medios urbanos que iniciaban en esa década su expansión acelerada”.¹²⁹

Con este cambio de espacio, también había cierto refrendo del ideal de autonomía de la institución, un tanto más alejada –al menos físicamente– del centro neurálgico del poder político, aunque tampoco se debe obviar que esto revestía, de paso, una intención de desincentivar la organización de los universitarios al enviarlos a los suburbios sureños. Como se verá, esto resultó en una paradoja, pues finalmente obtuvieron un espacio propio, que terminó por estar más que integrado en la mancha urbana. Esto sucedía en un momento en que la ciudad experimentaba un particular crecimiento demográfico, que “suponía una efervescencia socioeconómica y cultural que podría resumirse en una clave: el

¹²⁸ Pérez Montfort (coord.), *México Contemporáneo 1808-2014...*, p. 190.

¹²⁹ Ricardo Pozas Horcasitas, “La década de los sesenta y la UNAM” en José Manuel Covarrubias Solís (coord. VI coloquio), *La UNAM en la historia de México. Tomo VI, De la apertura de cursos en Ciudad Universitaria al final del rectorado de Javier Barros Sierra. La época del optimismo en el siglo XX (1954-1970)*, México, UNAM, 2011, p. 99.

desbordamiento de la ciudad plebeya”.¹³⁰ Además, por aquellos años, acudir a la Universidad implicaba cierta posibilidad de ascenso social, por lo que se colocaba como un baluarte para la sociedad mexicana y, desde luego, para la legitimidad del régimen priista.

La Ciudad Universitaria germinó como un espacio de relativa libertad, en palabras de Daniel Cosío Villegas: “así, sin buscarlo ni quererlo, la Universidad Nacional ha acabado por desempeñar la función necesaria y nobilísima de permitir a un grupo de hombres pensar y expresarse con independencia del gobierno”.¹³¹ Y el que Cosío Villegas dijera “hombres” no es casual, pues la cultura mexicana continuaba siendo conservadora y machista –como sus películas–, aún en espacios presuntamente alternos a la oficialidad, como la UNAM. Esto lo testifica la desproporción entre el número de “intelectuales” hombres y de “intelectuales” mujeres publicando en las revistas vinculadas a la Universidad o participando en las distintas instancias culturales promovidas desde la institución universitaria.

A diferencia de *Cuadernos Americanos*, la *Revista de la Universidad de México* no fue planeada desde su inicio como una revista cultural o de reflexión política. En 1930, cuando fue presentado el primer número, su función, al ser un “Órgano de la [Universidad Nacional Autónoma de México] UNAM”, se concentraba en cumplir, básicamente, las labores informativas y administrativas de una gaceta: dar a conocer comunicados y disposiciones oficiales y publicar convocatorias, además de considerar la colaboración de profesores y estudiantes como un componente central para ensayos y artículos de opinión. Más tarde, en 1936 comenzó su segunda etapa, ahora bajo el nombre de *Universidad / Mensual de Cultura Popular*, e incorporó más colaboraciones de columnas, entrevistas y reseñas, así como eventuales poemas, partituras, y textos sobre arquitectura y cine.

Para 1946, comenzaron a perfilarse las características que definirían a la publicación a partir de los años cincuenta. La consigna era convertirse en “un diáfano reflejo de las inquietudes culturales del país”, ponderando ya no las colaboraciones de profesores y alumnos, sino de escritores y artistas “de renombre”, un proceso al que Jaime García Terrés puso especial énfasis al hacerse cargo de ella. La *Gaceta de la Universidad* relevó las

¹³⁰ Ariel Rodríguez Kuri, *Museo del universo. Los juegos olímpicos y el movimiento estudiantil de 1968*, México, El Colegio de México, 2019, p. 26,

¹³¹ Daniel Cosío Villegas, “El intelectual mexicano y la política” en Gabriel Careaga, *Los intelectuales y el poder*, México, SepSetentas, 1972, p. 133.

funciones como órgano oficial de la *Revista* a partir de 1954 y abrió el camino para su reconfiguración como espacio de reflexión cultural, y más tarde política.

La *Revista de la Universidad de México* que aquí estudio nació como parte del proyecto cultural de Jaime García Terrés al ser nombrado titular de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM en 1953 por el rector Nabor Carrillo. Por lo tanto, en este capítulo comenzaré tratando la construcción de su carrera como intelectual y funcionario universitario. Esto, a través de un repaso de los vínculos construidos en las distintas posiciones que ocupó entre 1947, cuando fue nombrado consejero del Instituto Nacional de Bellas Artes y 1953, cuando comenzó sus labores como funcionario universitario.

Es importante señalar que hay diferencias significativas entre la manera en la que Jesús Silva Herzog construyó su carrera como intelectual y director de *Cuadernos Americanos* y respectivamente la forma en la que Jaime García Terrés lo hizo y llegó a dirigir la *Revista de la Universidad de México*. Para empezar, hay una diferencia generacional de treinta años entre ambos. Lo anterior implica, una formación y concepción del ser intelectual significativamente distintas, pues hubo también una diferencia de clase entre los dos personajes. Por un lado, Silva Herzog nació en una familia sin demasiados recursos, incapaz incluso de resolver sus problemas médicos –que le ocasionaron estragos por el resto de su vida–. Por el otro, García Terrés nació en el seno de la élite mexicana consolidada desde principios del siglo XX, por lo que sus vínculos familiares lo colocaron en una posición privilegiada, que le permitió construir redes muy temprana y efectivamente. Al respecto de la vinculación con Cuba y su revolución, los elementos anteriores también marcaron una serie de particularidades en cada uno.

Como se revisó en el capítulo previo, la construcción de vínculos de Silva Herzog y *Cuadernos Americanos* con Cuba tenía algunas décadas de respaldo y no eran ajenas a la formación marxista y las convicciones de “izquierda” del economista. En el caso de García Terrés y la *Revista de la Universidad de México* este proceso adquiriría impulso hasta el triunfo de la Revolución Cubana. Por lo que estas diferencias posibilitan remarcar el impacto de dicho proceso en el mundo intelectual mexicano a través de la *Revista*, dada la gran cantidad de cambios que operaron en ella y de la prolongación de una discusión en el caso de *Cuadernos*.

Lo anterior no implica que todo sean divergencias entre ambas revistas. Como ya he señalado, el hecho de que ambas publicaciones formaran parte de una plataforma intelectual en común implicaba una gran cantidad de permeabilidades y transferencias. Asuntos perceptibles no solo en los nombres de los colaboradores, sino también en el hecho de tener algunos principios en común, especialmente a partir de 1959, como el compromiso intelectual, el antiimperialismo, el latinoamericanismo y, principalmente, ser ambas un amplio foro para discutir y defender a la Revolución Cubana.

Si bien Jaime García Terrés no tuvo como principal interés orientar la línea política de la *Revista* como Silva Herzog sí lo hizo con *Cuadernos Americanos*, la conducción del proyecto cultural universitario también implicó un particular tipo de liderazgo. La construcción de una amplia red de colaboradores en Difusión Cultural le permitió a García Terrés maniobrar con soltura una vez que el “compromiso intelectual” se instaló como un interés ordenador de la revista. Las distintas y cambiantes aproximaciones del poeta funcionario a dicho principio entre los cuarenta y los cincuenta también entraron en diálogo con el propio proceso de politización de la *Revista* a partir de 1959.

Los cambios en la concepción del intelectual expresados por García Terrés fueron a la vez reflejo –o quizá motivo– de los que operaron en la *Revista*. El viraje en las posturas del director y los colaboradores de la *Revista de la Universidad*, coincidentes con el triunfo de la Revolución Cubana, me llevan a sugerir que dicho acontecimiento actuó como catalizador para el interés de este grupo de intelectuales por participar en la esfera pública y la discusión política a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.

1. Jaime García Terrés: un joven funcionario

La traductora, coleccionista, y en algún momento, funcionaria y librera, Celia Chávez recuerda haber pasado su infancia en el jardín pedregoso de su escuela, el Colegio Oxford en la colonia Roma, a principios de los años cuarenta.¹³² Ahí estableció amistad con “las hermanas Romandía”, principalmente con Lorenza. A través de ella conoció también a gente cercana a la familia Romandía, como los Azcárraga, dueños de varias estaciones de radio en México por aquellos años, como la XEW.

¹³² Celia Chávez de García Terrés, *Cajoncitos de la memoria*, México, Era/Artes de México, 2010, p. 10.

Perteneciente “a todas las aristocracias”, como la de ser hija del afamado médico cardiólogo Ignacio Chávez (rector de la UNAM entre 1961 y 1966), el escritor José Emilio Pacheco también decía de Celia Chávez que formaba parte “entre otras [élites], de la más selecta y reducida de todas: la incomparable belleza”.¹³³ Celia provenía de una familia de costumbres bien arraigadas. Uno de los hábitos era que las niñas fueran a una escuela de “señoritas”, como el Colegio Oxford y los niños a una de “muchachos” como el Colegio México. Tal cual, Celia pasaba sus días en el Oxford y su hermano Ignacio en el México. Pero a mitad del camino desde o hacia estas escuelas, y como punto de reunión de los jóvenes de la colonia Roma, estaba el Parque Río de Janeiro, donde las tensas fronteras conservadoras entre hombres y mujeres eran más elásticas.

Fue en aquel Parque donde Celia Chávez recuerda haber conocido al primo de las Romandía, un joven estudiante del Colegio México, llamado Carlos Fuentes, con quien entabló una cercana amistad dando paseos en bicicleta por la colonia.¹³⁴ Pasaron varios años antes de que Chávez y Fuentes volvieran a encontrarse, ahora en París, a principios de los años cincuenta. Pero las amistades “aristocráticas” de la familia Chávez no concluían en los apellidos Romandía, Azcárraga y Fuentes. Las mediaciones de relaciones de las ramas paterna y materna introdujeron a Celia en un mundo de personajes “famosos” o “reconocidos” en la vida social de la Ciudad de México. Además de los ya mencionados, otro de los linajes era el de los García Terrés, con los que Celia Chávez emparentaría en 1960 al contraer matrimonio con el entonces director de la *Revista de la Universidad de México*: Jaime García Terrés.

Los padres de Jaime García Terrés, Trinidad García Aguirre y Elisa Terrés Villaseñor provenían de dos familias de prosapia mexicana desde finales del siglo XIX. El padre de Trinidad fue el historiador y editor Genaro García¹³⁵ y el padre de Elisa fue el médico José Terrés. En 1924, del matrimonio de Trinidad y Elisa nació su primogénito Jaime.¹³⁶ La infancia del pequeño García Terrés transcurrió entre la colonia Juárez, la Cuauhtémoc y las Lomas de Chapultepec.

¹³³ José Emilio Pacheco, “Celia” en *Celia ¡80 bien bailados!*, México, Edición de autor, 2010, p. 13.

¹³⁴ Entrevista del autor con Celia Chávez, lunes 3 de junio de 2019.

¹³⁵ *Vid.* Carmen Ramos Escandón, “Genaro García, historiador feminista de fin de siglo” en *Signos históricos*, núm. 5, enero-junio 2001, pp. 87-107.

¹³⁶ Sergio González Rodríguez, “Jaime García Terrés, cronología” en *Biblioteca de México*, núm. 96, noviembre-diciembre de 2006, p. 42.

La familia de Jaime García Terrés mantenía contacto con personas de distintas esferas de la cultura mexicana. Una de ellas era la del recién fundado en 1934 Fondo de Cultura Económica. Su director Daniel Cosío Villegas y su esposa Emma eran muy cercanos a los García Terrés. De hecho, Jaime recordaba haber conocido a Cosío Villegas siendo apenas un niño de diez años, mientras jugaba con los hijos de Don Daniel.¹³⁷

El bachillerato lo estudió Jaime García Terrés en el Colegio Morelos de los hermanos maristas a principios de los años cuarenta, en donde conoció a uno de sus grandes referentes de la adolescencia, “el Chato Noriega”, su maestro de literatura. “El Chato” introdujo a Jaime a las reuniones sabatinas de tomar mate en la casa del “Padre Valdez”. Ahí se organizaban tertulias literarias en las que también participaba quien a la postre sería un gran amigo de Jaime y colaborador fundamental tanto de *Cuadernos Americanos* como de la *Revista de la Universidad de México*, Enrique González Casanova. Esta fue, junto con la de Cosío Villegas, una de las conexiones intelectuales más tempranas de García Terrés.

Al terminar el bachillerato con los maristas en 1942, Jaime García Terrés pasó a la Escuela de Derecho de la UNAM, en el edificio Mascarones, en el rumbo de Santa María la Ribera. Ahí aprovechó también para escaparse y tomar algunas clases en Filosofía y Letras, donde conoció al futuro escritor José Luis Martínez y al que se convertiría en uno de los grandes editores del Fondo de Cultura Económica, Joaquín Diez-Canedo. Diez-Canedo había llegado como parte de los transterrados españoles y fue un importante vínculo entre ellos y García Terrés.¹³⁸

Por aquellos años, García Terrés se acercó también al consagrado escritor Alfonso Reyes. Su intención era buscar un autógrafo en el famoso texto del regiomontano, *Visión de Anáhuac*. Reyes lo hizo en los siguientes términos: “A Jaime García Terrés, deseándole que entre las leyes y las letras nunca se sienta defraudado”.¹³⁹ Desde entonces, el autor de la *Cartilla moral* lo apadrinó de manera bastante cercana. En cierta manera, la rúbrica condicionó una advertencia para el joven abogado en formación de definir claramente la ruta profesional que aspiraba seguir.

¹³⁷ Entrevista de Adolfo Castañón a Jaime García Terrés, Director del FCE por el medio siglo de la editorial, septiembre de 1984. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8/Exp. Entrevistas, p. 7.

¹³⁸ *Ibid*, p. 10.

¹³⁹ *Ibid*, p. 5.

Un año después de concluir las materias de su licenciatura en Derecho, en 1947, Jaime García Terrés se encontró, al llegar a casa de sus padres, con un viejo amigo de la familia. Se trataba del músico Carlos Chávez, ahora director de la institución fundada por él mismo en 1946: el Instituto Nacional de Bellas Artes. El compositor era un habitual comensal en las cenas familiares de los García Terrés. Esto enfatiza el vínculo familiar como punto de partida de García Terrés para introducirse en las altas esferas de la burocracia cultural mexicana, un sitio privilegiado desde el cual construyó y afianzó redes, vínculos, plataformas y relaciones de intercambio de capitales culturales, sociales, políticos y económicos.

En aquella cena con los García Terrés, Carlos Chávez invitó a Jaime a trabajar al INBA, primero como Consejero del Instituto y al año siguiente como Subdirector General (1948-1949) y director de la revista *México en el arte*. Pero más allá del listado de responsabilidades que pudiéramos aquí hacer del joven funcionario, resulta elocuente traer a colación una carta que le dirigió su amigo Pablo González Casanova –hermano de Enrique, amigo de infancia de García Terrés– desde París a finales de noviembre de 1948. Esto, para comprender las relaciones y expectativas en las que García Terrés se encontraba inmerso mientras desempeñaba su primera asignación como funcionario cultural.

En su correspondencia, lo primero que Pablo González Casanova le decía a García Terrés es que había estado al tanto de sus pensamientos y actividades gracias a su hermano Enrique. Lo prevenía de molestarse por considerar indiscretas las narraciones del mayor de los González Casanova: “Enrique me ha contado algo de lo que haces y de lo que piensas. (Jaime no lo regañes.) Tengo que aclarar este paréntesis: no regañes a ninguno de tus amigos cuando le quite el velo al más insignificante de tus misterios”.¹⁴⁰ Más adelante, hacía énfasis en la personalidad hosca de Jaime, pero se alegraba de que ésta fuera mejorando: “Me dice algo así como que cada vez eres más tratable y más humano (eso puede ser que te halague) y me dice que cada vez tienes más fe y estás más preocupado”.¹⁴¹ Estas palabras revelan intimidad, como la que la mayor parte de los integrantes del mapa de colaboradores en torno al funcionario referían sobre él, sin dejar de lado las relaciones claramente jerárquicas en términos operacionales de la *Revista*. Este tipo de aspectos son

¹⁴⁰ Carta de Pablo González Casanova a Jaime García Terrés, París, Francia, 13 de noviembre de 1948. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

¹⁴¹ *Idem*.

clarificadores de las relaciones personales que subyacían a la conformación de redes intelectuales en la plataforma intelectual de la UNAM.

Inmediatamente, la carta pasaba a preguntar por la tesis en curso de Jaime García Terrés. Aquella tesis de Derecho conjugó los dos intereses que Alfonso Reyes le preconizaba al joven abogado-poeta que debería reconciliar. Su solución fue hablar sobre *La responsabilidad del escritor*. Título que anunciaba su preocupación en torno del “compromiso” que un artista podía o no asumir con respecto a la situación social en que se desenvolvía. Este texto que, al año siguiente de la misiva mencionada, publicaría García Terrés en una edición de autor, le permitía llevar sus inquietudes literarias al terreno de la “obediencia” a la ley del mundo del derecho, desde la perspectiva de la ética del creador.

El resto de la narración del mayor de los González Casanova era un relato pormenorizado de sus actividades europeas, desde sus paseos por Inglaterra en donde recordaba haberse sentido incómodo en un primer momento, porque su “espíritu de indito desarrapado se rebelaba” en Oxford, hasta sus cursos de filosofía en La Sorbonne y de historia del arte en el Museo del Louvre, a la par de la escritura de su tesis doctoral.

Para concluir su carta, el sociólogo mexicano asentado en París lamentaba que García Terrés no pudiera ir a Europa por haberse retrasado con su examen de licenciatura – probablemente a causa de sus labores como funcionario cultural–. Lo que más le producía emoción a González Casanova era que en París “por más que uno quiera esconderse en la concha burguesa se le echan a uno encima y se la hacen caracol”.¹⁴² Por lo que el rito iniciático del “intelectual” latinoamericano de visita en Francia parecía tener un corolario: la posibilidad de adquirir conciencia de clase. Todo esto, en el contexto de la reconstrucción francesa tras la Segunda Guerra Mundial y la fundación de la Cuarta República en mitad de huelgas, elecciones y conflictos políticos internacionales.

Unos meses después de esta premonitoria comunicación transatlántica entre los dos jóvenes intelectuales en formación, Jaime García Terrés recibió de la Embajada francesa una invitación para ir a estudiar unos meses a París. Tras concluir y hasta publicar su tesis de Licenciatura en Derecho, García Terrés les tomó la palabra. El joven funcionario dejó su puesto en el INBA y tomó rumbo hacia la capital francesa a principios de 1950. Esto habla de las amables condiciones en las que un personaje como García Terrés construyó su

¹⁴² *Idem.*

carrera intelectual: con un libro publicado, una importante posición en el INBA, y una estancia patrocinada en París por el gobierno francés. Todo esto a los 26 años. Sin duda, eran condiciones significativamente distintas a las de Jesús Silva Herzog. En buena medida, puede ser que esto haya condicionado sus distintas aproximaciones a asuntos como “la izquierda” o el compromiso intelectual.

Carlos Chávez, maestro y jefe de García Terrés en el INBA, se despidió afectuosamente de él al enterarse de su decisión de aceptar la beca francesa por medio de una carta que le dirigió desde Florencia: “Me entero de que, según lo convenido, ya tiene Ud. listo su viaje a Europa. Siento que deje Ud. El Instituto y me alegro de que venga a Europa. Será malo para el Instituto y bueno para usted”.¹⁴³ La puerta seguiría abierta para Jaime a su regreso de Francia.

Coincidentemente, por aquellos días de 1950, Celia Chávez acompañaba a su padre, el médico Ignacio Chávez, a recibir el Doctorado Honoris Causa de parte de La Sorbonne.¹⁴⁴ Pero antes de partir hacia Europa, la madre de Celia recibió una llamada telefónica de la madre de García Terrés, Elisa Terrés. Su intención era pedir a los viajeros que le entregaran al joven poeta unos “calcetines de lana”, “aprovechando que iban para allá”.¹⁴⁵

Finalmente, Celia Chávez y Jaime García Terrés se encontraron en París, calcetines de por medio, recorrieron la ciudad juntos y comenzaron a salir en grupo con el resto del círculo de Chávez en la ciudad europea. Entre ellos estaba su viejo amigo Carlos Fuentes, que “como a muchos jóvenes de entonces, les enloqueció la hija del doctor Chávez”¹⁴⁶, así como Octavio Paz –por entonces segundo secretario de la Embajada de México en Francia–, Jorge González Durón, Alfredo Gómez de la Vega y, por supuesto, Pablo González Casanova, quien seguía por allá.

En París, además de estrechar vínculos con sus jóvenes congéneres intelectuales mexicanos viviendo el viaje iniciático, Jaime García Terrés estudió Estética en la Universidad de París y Filosofía Medieval en el Colegio de Francia. Sin embargo, su mayor aprendizaje probablemente haya sido en las noches de bohemia paseando por las calles, los

¹⁴³ Carta de Carlos Chávez a Jaime García Terrés, Florencia, Italia, octubre 30, 1949. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

¹⁴⁴ Entrevista del autor con Celia Chávez, lunes 3 de junio de 2019.

¹⁴⁵ Chávez de García Terrés, *Cajoncitos...*, p. 20.

¹⁴⁶ Carlos Fuentes, “Celia en 1951” en *Celia ¡80 bien bailados!*, México, Edición de autor, 2010, p. 11.

café y los “boîtes” parisinos con aquel grupo, que lo acompañaría por el resto de su vida en sus proyectos culturales. Años más tarde, en 1960, ya de vuelta en México, Jaime y Celia contraerían matrimonio, teniendo como testigo a Daniel Cosío Villegas, amigo cercano a las familias de ambos.¹⁴⁷

A su regreso a México, en 1951, Jaime García Terrés retomó su amistad con el grupo de intelectuales conocido como “Los Divinos”, presuntamente nombrado así por el escritor Alí Chumacero¹⁴⁸ a finales de los cuarenta. Este clan estaba integrado por los compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de García Terrés, Joaquín Diez-Canedo y José Luis Martínez, así como el intelectual del exilio español Max Aub, Henrique González Casanova, José Alvarado, Abel Quezada, Juan Soriano, Alberto Isaac, y el propio Chumacero, entre otros; a ellos se sumaron los amigos que García Terrés hizo en Europa. A la postre, esta heterogénea camarilla “empujó y fortaleció el proyecto cultural que desde la Universidad encabezó García Terrés y sería también a partir de entonces, el que arroparía y apoyaría la carrera literaria de Paz”.¹⁴⁹ Sus puntos de reunión eran bares y restaurantes de la Zona Rosa o la colonia Roma de la Ciudad de México, en los que organizaban tertulias sabatinas.

Además de sus viejas amistades, García Terrés también retomó su trabajo en el INBA, ahora como jefe del Departamento Editorial, donde permaneció hasta 1953. Fue en aquel año cuando el rector de la UNAM, Nabor Carrillo, lo invitó a incorporarse a la Universidad como titular de la Dirección General de Difusión Cultural. Con esto comenzó un proyecto para reformular la propuesta cultural de la institución universitaria, encaminándola hacia la experimentación y la vanguardia artística. Para ello, se valió de las relaciones que había hecho en sus anteriores posiciones y, especialmente, durante su estancia en París. Ejemplo de lo anterior fue la incorporación de varios de aquellos personajes a distintas instancias culturales de la Universidad, como el caso de Carlos

¹⁴⁷ Jaime García Terrés, *Iconografía*, México, FCE/UNAM/Colegio Nacional, 2003, p. 33; Entrevista del autor con Celia Chávez, lunes 3 de junio de 2019.

¹⁴⁸ Rafael Vargas, “Notas sobre una amistad” en Octavio Paz, *El tráfago del mundo. Cartas de Octavio Paz a Jaime García Terrés 1952-1986*, México, FCE, 2017, p. 17. Por cierto que algunos miembros de este grupo eran bastante irreverentes con el resto de los miembros, como el caso de Huberto Batis, quien decía que García Terrés “se sentía el más ‘divino’ de todos”. Huberto Batis, “El Grupo Alatorre, “Los Divinos” y López Mateos”, *Confabulario de El Universal*, 6 de febrero de 2016, (<http://confabulario.eluniversal.com.mx/el-grupo-alatorre-los-divinos-y-lopez-mateos/>) Consultado el 21 de marzo de 2019.

¹⁴⁹ Vargas, *op. cit.*, p. 18.

Fuentes, quien se sumó a la Secretaría de Redacción de la *Revista de la Universidad de México* en noviembre de ese mismo año.

García Terrés recordaba en una entrevista con Álvaro Matute en los años ochenta, que cuando le encomendaron la Dirección de Difusión Cultural la limitante era que contaban con un presupuesto muy reducido.¹⁵⁰ A decir del funcionario, los sueldos oscilaban entre 800 y 1200 pesos, excepto el del director que era ligeramente mayor y rondaba los 1500 pesos. “Eran sumas miserables. Entonces, se me ocurrió compensar a mis colaboradores haciendo elásticos sus horarios. Les decía: ‘Basta que vengas una hora diaria para que nos pongamos de acuerdo en lo que vas a hacer’”.¹⁵¹

La libertad con la que los colaboradores podían congeniar su trabajo en la *Revista de la Universidad de México* con el resto de sus labores atrajo a cierto perfil de intelectuales y artistas asociados con tendencias vanguardistas en la cultura y las artes. Trabajar en distintos proyectos manteniendo como su plataforma principal a la UNAM, le dotó de libertad creativa a este grupo. Así, el proyecto conducido por García Terrés revigorizó las propuestas y las posibilidades de innovación de la cultura universitaria. Además, les permitió, desde ahí, explorar algunas tendencias de la cultura latinoamericana, como a partir de 1959 lo fue la Revolución Cubana y el compromiso intelectual.

En ese sentido, es elocuente la manera en la que Carlos Monsiváis caracterizó las labores de conducción de García Terrés al frente del proyecto cultural universitario. El escritor enfatizaba la gran habilidad de dirigencia intelectual del poeta, sin dejar de lado los vínculos familiares que habían impulsado su carrera como funcionario: “García Terrés viene del establishment cultural, de esa institución paralela a la vida política, de resonancias tan vigorosas e impalpables, pero no obstante su formación en la solemnidad, o gracias a ella (nunca lo sabré), entiende admirablemente el momento cultural y suscita el movimiento que se requería”.¹⁵² En cierta medida, la punta de lanza de dicho proyecto fue la *Revista de la Universidad de México*. En ella pudo conjuntarse la vanguardia artística con la discusión acerca del papel social del intelectual como dos aristas de un mismo asunto: la cultura universitaria poniendo atención a las tendencias culturales contemporáneas. Desde luego, la

¹⁵⁰ Jaime García Terrés y Álvaro Matute, “Los espacios de la literatura”, p. 19. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8

¹⁵¹ *Idem.*

¹⁵² Carlos Monsiváis, “Jaime García Terrés: ‘¡Cantad, cantad en mí, diferentes hermanos!’” en *Biblioteca de México*, núm. 96, noviembre-diciembre de 2006, p. 18.

Revolución Cubana fue un catalizador para ambos asuntos a partir de su triunfo en 1959. A la postre, el proyecto de Jaime García Terrés incorporó este tema como uno de los ejes de debate en la *Revista*.

2. La Revista de la Universidad de México y el proyecto cultural de Jaime García Terrés: plataforma intelectual para una nueva generación

El inicio de las labores de Jaime García Terrés al frente de la Dirección de Difusión Cultural (1953-1965) coincidió con el traslado del campus de la UNAM a Ciudad Universitaria, a principios de los años cincuenta. Este nuevo espacio diseñado enteramente para ser habitado por los “universitarios” ofrecía a los profesores, investigadores, estudiantes, artistas e interesados en la cultura: “un nuevo espacio cultural: es decir, que involucraba al conocimiento, al arte, a los ejercicios de la técnica, a las vinculaciones humanas. Así devino, incluso espontáneamente, una nueva interrelación entre arte y pensamiento, entre creatividad, acción, registro y creación”.¹⁵³

El proyecto renovador de la cultura universitaria planteado por García Terrés implicaba la integración y reactivación de las labores en espacios ya existentes como las Escuelas de Artes Plásticas, de Arquitectura, de Economía, de Derecho y de Medicina, la Facultad de Filosofía y Letras, el Museo Universitario de Ciencias y Artes, Radio Universidad, y la Casa del Lago. En dichos recintos se llevaban a cabo eventos como conferencias, ciclos de cine, la *Poesía en voz alta*, el *Jazz Palabra*, charlas y encuentros públicos entre jóvenes intelectuales y sus mayores ya consumados, lo cual fomentaba el contacto interdisciplinario e intelectual.

La Imprenta Universitaria y sus ediciones, así como la *Revista de la Universidad de México* fungieron como el puntal donde eran fijadas las crónicas o reflexiones derivadas de los acontecimientos culturales previamente enlistados. En la *Revista* se promovían los eventos y comenzaban o se prolongaban las discusiones acontecidas en los recintos universitarios. En consideración de Alberto Dallal, esto convirtió a la UNAM de aquellos

¹⁵³ Alberto Dallal, “Las artes y la cultura en la Universidad” en José Manuel Covarrubias Solís (coord. VI coloquio), *La UNAM en la historia de México. Tomo VI, De la apertura de cursos en Ciudad Universitaria al final del rectorado de Javier Barros Sierra. La época del optimismo en el siglo XX (1954-1970)*, México, UNAM, 2011, p. 110.

años cincuenta “en el mayor espacio formativo del público nuevo”¹⁵⁴, antes del auge de la industria cultural en las décadas siguientes impulsada por los medios de comunicación masiva.

En la *Revista de la Universidad* hubo espacio para “el ensayo político, el sociológico, el filosófico y aparecieron los géneros especializados de la crítica del teatro, música, literatura, artes plásticas y demás”.¹⁵⁵ Todo esto desarrollado en buena medida por autores, artistas y escritores jóvenes, como el propio Jaime García Terrés, José Luis Martínez, Juan García Ponce, Carlos Valdés, Carlos Fuentes, Juan Vicente Melo, Rubén Bonifaz Nuño, Víctor Flores Olea, Rosario Castellanos, Cristina Pacheco, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Emmanuel Carballo, Carlos Monsiváis, y Vicente Rojo. Además, claro, de aquellos vinculados al grupo de “Los divinos”, amigos cercanos del director de la publicación, como Alí Chumacero, Pablo y Henríque González Casanova, Joaquín Diez-Canedo, Enrique González Rojo, Eduardo Lizalde, Huberto Batis, Max Aub, José Alvarado, Abel Quezada, Juan Soriano, Alberto Isaac, entre muchos otros. Además, estos personajes, inmersos en las redes de intercambio de capitales culturales, sociales, políticos y económicos del mundo intelectual mexicano, también colaboraban en otras publicaciones como *México en la cultura*, suplemento de *Novedades* o *Cuadernos Americanos*. Por si fuera poco, también convivían de cerca con autores consagrados de generaciones anteriores, como Alfonso Reyes u Octavio Paz, quienes en no pocas ocasiones trazaron algunas de las directrices temáticas de la *Revista*.

La *Revista de la Universidad* de la era García Terrés (1953-1965) era impresa en tamaño tabloide, lo cual hacía lucir sus portadas en un amplio formato. Éstas estaban casi siempre compuestas por fotografías relacionadas con los contenidos de la publicación, o bien diseños especiales hechos por artistas como Leonora Carrington o Juan Soriano. El precio del ejemplar mensual entre 1959 y 1961 era de dos pesos, considerablemente menor al de *Cuadernos Americanos* (15 pesos). Dicha diferencia implica también un tipo de publicación con una expectativa de lectores y circulación más amplia y menos especializada que aquella.

¹⁵⁴ Monsiváis, “Jaime García Terrés...”, *op. cit.*, p. 18.

¹⁵⁵ Dallal, *op. cit.*, p. 112.

Las secciones de la *Revista* eran más o menos fijas, que sólo variaban en números especiales, y eran: Ensayos; Poesía; Entrevistas; Ficción; algunas columnas como “La feria de los días” de Jaime García Terrés o “Corriente Alternativa” de Octavio Paz”; Documentos – de vocación analítica histórica, geográfica, sociológica o económica–; aquellas dedicadas a reflexionar temas relativos al arte y la cultura (Artes Plásticas, Música, Cine, Teatro); Libros; y Anaquel, en las que se revisaban y reseñaban publicaciones recientes. Algunas tenían autores fijos, como las columnas o las reseñas de libros, y en las demás variaban, igual que en *Cuadernos Americanos*.

La convivencia entre escritores y artistas de distintas generaciones al interior de la publicación universitaria resultaba especialmente interesante. Por un lado, los mayores tenían una sólida plataforma para publicar constantemente, referir a sus conocidos “publicables” o publicados –en dinámicas de diplomacia cultural– o defender sus posturas “colectivamente”. Por el otro, los más jóvenes tenían un espacio para formarse o foguarse literariamente a la par de sus colegas, como recordaba el escritor Carlos Valdés: “la revista fue su escuela y su medio de expresión; le[s] sirvió más que una formación académica para sus fines”.¹⁵⁶

Pero el aspecto didáctico no se limitaba a los confines del piso diez del edificio de Rectoría, donde las oficinas de Difusión Cultural se encontraban. El objetivo de la dependencia a cargo de Jaime García Terrés, en sus propias palabras, se proponía: “provocar la inquietud de los estudiantes y sugerirles cauces y atenciones de un orden cultural que a menudo se aleja del saber especializado que ellos cultivan”.¹⁵⁷ Y a la par de promover el interés cultural entre los universitarios, el proyecto buscaba llevar hacia fuera de la Universidad y sus aulas aquello innovador que se creaba, se discutía o se reflexionaba tomando como plataforma a la Universidad. Por cierto, algo no muy alejado de lo que Jesús Silva Herzog imaginaba a finales de la década anterior y que ahora García Terrés concretizaba de una u otra manera en los cinco mil ejemplares mensuales en promedio que la *Revista* tiró en el periodo bajo su cargo (1953-1965), según la contraportada de los ejemplares revisados para este trabajo.

¹⁵⁶ Huberto Batis, “4. Nos tocó ayudar a los nuevos. Carlos Valdés por Huberto Batis” en Huberto Batis, *Por sus comas los conoceréis*, México, Conaculta, 2001, p. 94.

¹⁵⁷ Jaime García Terrés, y Emmanuel Carballo, “Diálogo sobre Difusión cultural y otros temas marginales” en *México en la cultura*, 6 de febrero de 1955 (p. 91). Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime.

Sin embargo, uno de los aspectos en los que se diferenciaba la *Revista* dirigida por García Terrés de los *Cuadernos Americanos* de Silva Herzog era narrado así por Juan García Ponce, uno de los colaboradores de la plataforma universitaria: “durante el periodo que estuvimos con Jaime García Terrés, había predominado un criterio antinacionalista, de cultura abierta, dando importancia al arte por encima de su posible contenido social... una revista abierta, descarada y totalmente elitista”.¹⁵⁸ Este planteamiento es consistente al analizar el proceso de “politización” vivido por la revista a partir de 1959. La Revolución Cubana convertida en tendencia cultural y, en cierta medida, legitimadora de la condición de intelectual “crítico”, fue un punto de partida para modificar las nociones de compromiso intelectual tanto del director de la *Revista* como de algunos de los colaboradores.

Sobre la ponderación entre arte y contenido social, en torno al papel social del intelectual hablaré en el siguiente apartado, pero para ahondar en el asunto del elitismo no sólo en el contenido sino en el propio funcionamiento de la *Revista*, me parece oportuno retomar las palabras de García Terrés cuando recordaba que quienes hacían la publicación consideraban “importante mantener la institucionalidad de la *Revista*”.¹⁵⁹ La ambigüedad de esta declaración podía servir como una justificación para tomar decisiones editoriales de manera un tanto veleidosa, conforme al difuso concepto de “institucionalidad” universitaria para excluir o incluir ciertas opiniones. Desde luego, los límites de dicha institucionalidad eran en realidad flexibles, probablemente en función de los capitales que podía obtener el grupo de la plataforma intelectual universitaria posicionando unos u otros temas o enfoques.

Al respecto de lo “institucional”, Huberto Batis recordaba que la mayoría de los espacios culturales e intelectuales de los años cincuenta –como la propia *Revista*, podemos suponer–, tenían una estructura muy vertical y ortodoxa, visible desde la manera en la que se hablaba, con “un lenguaje muy respetuoso de las jerarquías”.¹⁶⁰ Aún cuando Difusión Cultural de la UNAM se preciaba de ser un “territorio libre”¹⁶¹ para la innovación artística y cultural de la década, García Terrés tenía claro que “siempre hay que establecer una

¹⁵⁸ Juan Antonio Rosado y Adolfo Castañón, “Los años cincuenta: sus obras y ambientes literarios” en Manuel Fernández Perera (coord.), *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/CONACULTA/Universidad Veracruzana, 2008, p. 276.

¹⁵⁹ García Terrés y Matute, *op. cit.*, p. 6.

¹⁶⁰ Batis, “11. Dale, dale, dale...”, p. 62.

¹⁶¹ Monsiváis, *op. cit.*, p. 18.

jerarquía y respetarla”, por lo que “el director tenía que reservarse la última palabra en algunos casos”.¹⁶²

La jerarquía y centralización de las directrices de una publicación o un proyecto cultural no eran algo exclusivo de la *Revista* ni de García Terrés, como enfatice en el caso de Silva Herzog y *Cuadernos Americanos*. Como tampoco era solamente interés de la segunda revista el esfuerzo por vincularse con Iberoamérica, quizá la variación sea el sentido e intención con que cada una lo hizo.

La correspondencia de García Terrés es, igual que la de Silva Herzog, fragmentaria, y probablemente así lo sean la mayoría de los acervos epistolares de intelectuales de esta época. Sin embargo, en el acervo del primero fue posible hallar al menos tres ejemplos de los vínculos internacionales que el director de la *Revista* consolidó en la segunda mitad de los años cincuenta.

El primer ejemplo se trata de la ya por entonces ganadora del premio Nobel de Literatura (1945) Gabriela Mistral. En 1955 ella se dirigió a García Terrés para sugerirle agregar a las ceremonias de homenaje a Alfonso Reyes a las que la UNAM la convocaba, el obsequio de la edición de “un libro del Maestro a los mejores alumnos de Literatura que estudian en nuestras Universidades y Colegios”. Esto, motivado por el alto precio de las publicaciones de Reyes, algo común a los libros en general, en el continente americano.¹⁶³ El que García Terrés fuera el depositario de dicha petición evidencia la destacada posición que el Departamento de Difusión Cultural de la UNAM –a cargo también de la *Revista*– jugaba en la vinculación latinoamericana de la Universidad. Si bien el costo de las publicaciones obstaculizaba la circulación continental, García Terrés estaba en posibilidad –al menos a ojos de Mistral– de superar ese tipo de obstáculos e impulsar el intercambio.

En una manifestación más del intercambio de capitales y favores entre la red de intelectuales vinculados a la UNAM, está el segundo ejemplo. El director teatral en formación, Héctor Mendoza, se dirigió a García Terrés en 1958 para pedirle un favor: escribir al teatro Old Vick en Inglaterra para refrendar la negociación que el director de Difusión Cultural había hecho previamente para que aceptaran al dramaturgo. “Bueno, pues quisiera que, si no es mucha lata para ti, les escribieras una carta recordándoselo y

¹⁶² García Terrés y Matute, *op. cit.*, pp. 28-29.

¹⁶³ Carta de Gabriela Mistral a Jaime García Terrés, (sin lugar), marzo 25 1955. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

diciéndoles que yo me voy a poner en contacto con ellos”.¹⁶⁴ Esto revela, por un lado, la eficacia de las conexiones internacionales del poeta funcionario, pero también del cobijo que sus allegados sentían al acudir a él. García Terrés se convirtió en una de las figuras tutelares para un grupo de intelectuales y artistas, algunos ya bien posicionados y otros en formación. Al comenzar la década siguiente, los sesenta, estos personajes llegarían a ser importantes representantes de la cultura y las artes, contribuyendo a la movilización de capitales culturales y sociales, a la par de las innovaciones vanguardistas promovidas por el propio proyecto de cultura universitaria de García Terrés.

Por último, tenemos la carta del escritor barcelonés Juan Goytisolo como evidencia de la capacidad de la *Revista de la Universidad* para funcionar como una plataforma intelectual nacional e internacional. La conexión iberoamericana adquiriría aquí un sentido profundo con el agradecimiento a la oferta de colaboración para la publicación universitaria a Goytisolo. El objetivo era romper la censura a la que la dictadura franquista sometía al narrador catalán: “Le adjunto un cuento –prohibido por la corona española– y dos artículos sobre la Picaresca– el segundo de los cuales tampoco puede ser publicado en España”.¹⁶⁵ En este sentido, la declaración de García Ponce respecto a la ponderación del arte por encima del contenido social en la *Revista* adquiere cierto matiz, pues en este caso se evidencia un entrecruce de ambas variables. Aún así, haría falta que llegara el triunfo de la Revolución Cubana al año siguiente para que ejemplos como el de Goytisolo no fueran apenas una anécdota.

3. Jaime García Terrés y la función social del intelectual en los años cincuenta

A la par de sus cargos, García Terrés mantuvo una constante reflexión sobre las implicaciones del ser intelectual y la manera en que éste debía relacionarse con la sociedad. Así lo hizo en uno de sus textos más tempranos, *La responsabilidad del escritor* (1949). El poeta consideraba como una posibilidad que “el escritor influye sobre la sociedad sólo por accidente; que su preocupación no es ésta, y que, por consiguiente, no puede vincularse a

¹⁶⁴ Carta de Héctor Mendoza a Jaime García Terrés, (sin lugar), 18/VII/58. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

¹⁶⁵ Carta de Juan Goytisolo a Jaime García Terrés, París, 15-1-58. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

una consecuencia no buscada por él”.¹⁶⁶ En ese sentido, ponderaba a la literatura como “realización de belleza”.¹⁶⁷

Una vez que se hizo director de la *Revista de la Universidad* –una de sus responsabilidades como titular de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM–, comenzó a publicar ahí su columna “La feria de los días”. En ella retomó la reflexión sobre el escritor/intelectual y sus compromisos, iniciada en su texto de 1949.

“La feria de los días” era para García Terrés la manera en la que la *Revista* tomaba “una posición ante la marcha de los días”.¹⁶⁸ Como parte de las dinámicas verticales de la publicación universitaria, este posicionamiento de la *Revista* en su conjunto era escrito por una sola persona: el director. Pero don Jaime consideraba que esto no implicaba algún tipo de distorsión, pues, aunque “se convirtió en una sección muy personal, no por ello representaba menos la posición de la revista y el equipo que lo hacía”.¹⁶⁹

El referente directo para “La feria de los días” era la sección “The Talk of the Town” de la revista estadounidense *The New Yorker* –de lo cual dejan constancia los recortes en el archivo personal de García Terrés–. Aquella sección de la revista estadounidense le resultaba especialmente interesante al poeta por su capacidad de conciliar “cierta sofisticación” y “un sentido del humor un poco aristocrático”.¹⁷⁰

Así, es posible observar que las convicciones políticas de Jaime García Terrés distaban de ubicarse en el espectro “de izquierda” marxista en el que el director de *Cuadernos Americanos* Jesús Silva Herzog se inscribía a sí mismo. García Terrés no tuvo aproximaciones de diplomacia cultural y política al socialismo ni tampoco se destacó por su formación en esta línea, como Silva Herzog. Por lo tanto, es evidente que García Terrés partió de una convicción distinta, casi siempre bogando en torno a la moderación por encima del compromiso al reflexionar sobre la “función social” de los intelectuales a lo

¹⁶⁶ Jaime García Terrés, *Sobre la responsabilidad del escritor*, México, edición de autor, 1949, p. 25. García Terrés consideraba al escritor como una de las manifestaciones posibles de la labor intelectual, por lo que podemos decir que este autor utiliza ambas categorías como equiparables.

¹⁶⁷ *Ibid*, P. 27. El contrapunteo entre el escritor vinculado a la sociedad y como esteta concluye con un “alegato que preconiza el libre ejercicio de la literatura: ni cortapisas de origen político, ni trabas jurídicas protectoras de las buenas costumbres han podido ser admitidas” (p. 117). Por lo que puedo afirmar que García Terrés ubica al ser escritor más cercano a la segunda posición enunciada que a la primera, es decir, como un productor de belleza, que no forzosamente establece algún tipo de un compromiso social.

¹⁶⁸ García Terrés y Matute, *op. cit.*, p. 23.

¹⁶⁹ *Ibid*, p. 27.

¹⁷⁰ *Ibid*, p. 23-24.

largo de los años cincuenta. A raíz del triunfo de la Revolución Cubana en 1959 sus referentes, motivaciones y discursos tomarían, por un momento, un rumbo ligeramente más radical. Sin embargo, sus consideraciones más tempranas fueron fundacionales de su postura y se mantuvieron como una constante, lo cual es apreciable en los vaivenes que tuvo a lo largo del periodo contemplado por este estudio.

Resulta difícil situar claramente las experiencias clave –además de la Revolución Cubana– que detonaron las reflexiones de Jaime García Terrés acerca del ser intelectual. Aún así, podemos ubicar que en 1954 el médico Ignacio Chávez invitó a García Terrés a unirse al Comité de Amigos de Guatemala en contra del golpe de Estado al presidente Jacobo Arbenz ese mismo año, al que ya nos hemos referido antes. Sin embargo, aunque el poeta firmó en los comunicados de dicha organización, no modificó significativamente lo que pensaba sobre la ponderación del “arte por el arte” en aquel momento.

Dos años después de dicho Comité, en septiembre de 1956, García Terrés escribió: “la literatura vale, especialmente, como expresión, como creación. Cabe desde luego su enjuiciamiento ideológico, mas este tendrá que ejercitarse fuera del campo de lo literario”.¹⁷¹ A pesar de esto, el poeta tuvo varios vaivenes en sus posicionamientos al respecto. Unos meses antes, en enero de ese mismo año había planteado que “el escritor ha de ser un creador de nuevos caminos, un descubridor de nuevas riquezas, aun cuando para esto deba enfrentarse a la inercia espiritual de los últimos destinatarios de su faena. (...) Su meta será el estimular antes que complacer”.¹⁷² En este punto, García Terrés consideraba que la producción intelectual podría ser potencialmente provocadora y estimulante para hallar “nuevos caminos” (o modelos políticos, diría quizás Silva Herzog), no necesariamente limitados a la creación artística.

Lo anterior adquiere relevancia cuando García Terrés apuntaba que “no se trata de pedir al escritor una determinada propaganda, ni de juzgar su obra a la luz implacable de alguna estrategia social”, dado que “el mero escribir es ya un acto de plena ciudadanía”.¹⁷³ Dicho razonamiento otorgaba a la creación literaria implicaciones que rebasaban el

¹⁷¹ Jaime García Terrés, “La Feria de los Días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XI, núm. 1, septiembre de 1956, p. 3.

¹⁷² Jaime García Terrés, “La Feria de los Días: Valor dudoso, Misión del escritor” en *Revista de la Universidad de México*, vol. X, núm. 5, enero de 1956, p. 3

¹⁷³ Jaime García Terrés, “Literatura y política” (1956) en *Obras III, La Feria de los Días*, FCE, México, 1997, p. 567.

universo diegético y apuntaba a un acto político: ser ciudadano. Sin embargo, no terminaba de definir en qué consistía dicha ciudadanía. Estos planteamientos oscilantes y a ratos contradictorios fueron una constante en las reflexiones tempranas de García Terrés sobre el tema.

Otra ocasión que se le presentó a García Terrés para pronunciarse sobre la realidad y sus problemas fue la carta que el artista Diego Rivera –viejo amigo también de otros personajes vinculados a la UNAM, como Jesús Silva Herzog– le dirigió a mediados de 1957. Rivera comenzaba con ánimo internacionalista: “Al Sr. Jaime García Terrés y a todos los artistas y hombres de cultura del mundo”, pidiéndole unirse al llamado por la “suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas termonucleares”. Rivera argumentaba que “la continuación de ellas no puede llevar sino a un final seguro: la guerra atómica general con la consiguiente destrucción humana en masa”.¹⁷⁴ Ya fuera por el puesto administrativo que ocupaba o por adjudicarle algún tipo de militancia o compromiso, la misiva del pintor reconocía en García Terrés a un personaje cuyos pronunciamientos podrían tener cierta injerencia en la sociedad.

Aún cuando no podemos conocer la respuesta de García Terrés a Rivera, algo comenzaba a modificarse en el pensamiento del poeta. Ya fuera por la progresiva importancia del compromiso como premisa de los intelectuales latinoamericanos o por un proceso personal de toma de conciencia, el discurso de García Terrés al respecto de la función social del intelectual iría tomando un tono cada vez menos tímido. Ya para 1958, en “La feria de los días” hizo una alusión directa al texto que había escrito casi una década antes: “Más sobre la responsabilidad del escritor”. En esta columna asignaba al escritor en México la misión de combatir la mentira, pero asignaba puntualmente los límites para sostener dicha “lucha”: “hay que tener en cuenta, de otro lado, que las únicas revoluciones valederas son las que operan en el espíritu”.¹⁷⁵

El espacio específico en el que tendrían que librarse las batallas quizá se relacionaba con la incertidumbre de García Terrés sobre sus capacidades para realmente influir. Al respecto, se preguntaba si la participación del intelectual “en la cosa pública” era posible al

¹⁷⁴ Carta de Diego Rivera a Jaime García Terrés, (sin lugar), 25 de julio de 1957, Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

¹⁷⁵ Jaime García Terrés, “La feria de los días: Más sobre la responsabilidad del escritor” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XII, núm. 8, abril de 1958, p. 3.

no tener otras “armas sociales” que el lenguaje y el pensamiento. En un planteamiento que recuerda el elitismo de la cultura universitaria planteada por García Ponce, el funcionario comenzaba diciendo del intelectual: “sus especiales atributos lo separan de la masa”. Pero posteriormente introducía un matiz un tanto contradictorio: ser “un auténtico escritor, en la cabal faena literaria, [...] no excluye una deuda a la sociedad”.¹⁷⁶ Esta difícil conciliación entre las herramientas del escritor, que lo separan de su interlocutor ideal –la masa– y la “responsabilidad” de aproximarse a la sociedad, planteaban, en cierta manera, una inherente imposibilidad de realización.

Sin embargo, unos meses después, en noviembre de 1958, García Terrés se expresaba en términos altamente positivos sobre la participación de los intelectuales franceses en la vida pública de aquel país: “Francia ha contado, y sigue contando en abundancia, con hombres capaces de enjuiciar la situación nacional de acuerdo con el criterio propio de cada uno de ellos, y sin compromiso con lo que cada uno de ellos estima falso y nocivo”. Más adelante, ponderaba explícitamente uno de los hechos fundacionales de la participación social de los intelectuales occidentales: el caso Dreyfus y el compromiso derivado de la “responsabilidad social de los intelectuales”. García Terrés reivindicaba a los galos a partir de rescatar el salto a la tribuna pública en defensa de los desvalidos: “en el fondo, los actuales inconformes resultan legítimos herederos de la gran tradición del dreyfusismo”.¹⁷⁷

En el último mes de 1958 la actividad intelectual reflexiva de García Terrés sobre asuntos políticos aumentó su intensidad. A principios de diciembre, el periódico *Excélsior* puso en diálogo sus visiones y las de Carlos Fuentes sobre “la transmisión de poder”, es decir, acerca de la toma de protesta de Adolfo López Mateos como presidente de México. Es interesante que incluso en la opinión pública (no solamente dentro de la Universidad) García Terrés y Fuentes eran considerados como parte de un mismo sector intelectual con posibilidades de pronunciarse sobre la realidad y su acontecer. En este caso, en lo que

¹⁷⁶ Jaime García Terrés, “Los intelectuales y la política” en *Excélsior*, 20 de agosto de 1958, Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

¹⁷⁷ Jaime García Terrés, “Dignidad de Francia. Los Inconformes” en *Excélsior*, 12 de noviembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

ambos coincidían era que la principal encomienda del nuevo gobierno era garantizar la libertad de expresión.¹⁷⁸

A la siguiente semana, García Terrés hizo un balance del año que terminaba, diciendo que si bien el México de 1958 no era ya el México posrevolucionario, “el pueblo mexicano carece aún de la madurez requerida para una plena democracia”.¹⁷⁹ Y, finalmente, el último día del año cerraba así su columna: “vaya aquí un voto de agradecimiento y felicitación al Presidente de la República y al director de PEMEX”¹⁸⁰, a causa de la destitución del superintendente de las instalaciones petroleras en Poza Rica, Veracruz. Una especificidad que parece estar un tanto sobredimensionada para los términos en los que García Terrés solía expresarse sobre el acontecer. Sobre todo, este tipo de pronunciamientos contradecía un planteamiento que él mismo había hecho apenas unos meses antes, al criticar a aquellos intelectuales que establecían “un compromiso personal y directo dentro del mecanismo electoral o en la trama burocrática del gobierno”. Las características de este tipo de “compromiso” no eran nada distantes de sus vítores gubernamentales ahora en diciembre, próximos a una “abdicación de la libre dignidad de la inteligencia, y una escueta complicidad contra su eficacia”.¹⁸¹ García Terrés dejaba aquí completamente de lado la crítica al poder para dar lugar a una columna laudatoria a un par de funcionarios.

El tránsito entre 1958 y 1959 parecía reorientar sus vaivenes y fijarlos en una postura algo más concreta. Una “Autoentrevista” inédita no fechada (circa. 1959-1961) deja constancia de ello. Este texto introspectivo, por la forma categórica de sus afirmaciones podría ubicarse precisamente en la sacudida que implicó para García Terrés la Revolución Cubana. Hay algunos pensamientos que parecía tener en el tintero desde entonces y terminarían por aproximarlos públicamente a la definición de un intelectual comprometido, al menos discursivamente, a partir de aquel año de 1959. Este escrito muestra la postura

¹⁷⁸ “Dos intelectuales hablan de política” en *Excelsior*, viernes 5 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

¹⁷⁹ “Dos intelectuales hablan de política” en *Excelsior*, viernes 5 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960
Jaime García Terrés, “México, 1958” en *Excelsior*, 11 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

¹⁸⁰ Jaime García Terrés, “El Crepúsculo de los Caciques” en *Excelsior*, 31 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

¹⁸¹ Jaime García Terrés, “Los intelectuales y la política” en *Excelsior*, 20 de agosto de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.

que García Terrés expresaría al respecto del proceso en la isla en el periodo de tiempo contemplado por esta investigación (1959-1961).

La “Autoentrevista” de Jaime García Terrés llevaba por título: “¿Cuáles son sus intereses como escritor?”.¹⁸² En ella, comenzaba por afirmar que todo escritor es un escritor político, pues “basta que el escritor adopte una actitud, que proponga una imagen del mundo” para que “automáticamente se convierta en un juez –pasivo o activo; explícito o implícito– de la sociedad que ha experimentado”. Es decir, insistiendo categóricamente en la imposibilidad del intelectual de dissociarse con respecto a su medio social de desenvolvimiento y existencia, no apartado por su esfera “artística” de acción de las implicaciones sociales que ésta tiene.

Para el poeta funcionario el mecanismo de acción intelectual por antonomasia era la capacidad de manifestar su conciencia sobre los problemas sociales al “escribir y llenando cuartillas”. Lo cual asumía como “un simbólico testimonio personal de operación solidaria: de que no quiero quedarme callado en complicidad con este ambiente de mentira y silencio que nos invade desde hace muchos años”.¹⁸³ Sin duda, se trataba de una vehemente defensa de la responsabilidad intelectual de abogar públicamente por la verdad. Un asunto que se verá claramente en sus constantes alusiones a “desmentir las falsedades” al referirse a la Revolución Cubana.

Al hacer un análisis de la sociedad, García Terrés incorporaba algunas concepciones cercanas a una rudimentaria autocrítica de clase, al afirmar que: “Nuestras clases superiores resultan, desde el punto de vista humano, tremendamente improductivas: casi lo único que les interesa es ganar dinero y gastarlo sin beneficio real para nadie (No digamos ya para la nación)”.¹⁸⁴ Y se lanzaba a la yugular de sus costumbres “esnob” y timoratas. Presentaba así una especie de manifiesto para renegar de su propio espacio de procedencia –“eligiendo la clase a la que decide alinearse”, diríamos con Gramsci–: “Mantienen una vida vacía, dando brillo a sus conciencias satisfechas; educando a sus hijos en los prejuicios más irracionales

¹⁸² Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8/Exp. Entrevistas/Leg. “¿Cuáles son sus intereses como escritor?”

¹⁸³ *Ibid*, p. 2.

¹⁸⁴ *Ibid*, p. 3.

y provincianos; envidiando y aplastando a quienes intentan salir de semejante mediocridad. Mucha ‘decencia’, mucho santo temor al qué dirán, pero de humanidad, cero”.¹⁸⁵

La sociedad mexicana en su conjunto no parecía salir mucho mejor librada que “las clases superiores”. Así la describía categóricamente García Terrés en su “Autoentrevista”: “La sociedad mexicana me parece, por lo que hace a su manera de pensar y conducirse, un conjunto virtual de pequeños burgueses: pequeños burgueses propiamente dichos, pequeños burgueses venidos a más, y aspirantes a pequeños burgueses”.¹⁸⁶ Estas afirmaciones sorprenden sobre todo por el tono con el que fustiga con lapidarias categorías y se atreve a decir cosas que en sus columnas públicas expresaba de manera mucho más mesurada, o de plano contradictoria. Sin duda, el que se trate de un texto inédito explica en parte la soltura de sus caracterizaciones, lo cual no excluye que sea una aproximación a las reflexiones del escritor sobre la realidad en un momento en que se aceleró su proceso de politización, y subyacentes a los pronunciamientos que sí se publicaron.

Más adelante, García Terrés reconocía haberse inspirado para estas reflexiones en un artículo de Daniel Cosío Villegas publicado en 1947 en la revista *Cuadernos Americanos*, “Crisis de México”. Afirmación que clarifica sólidamente el espacio común de discusión entre ambas publicaciones, así como la circulación de ellas entre universitarios y personajes ligados a la cultura y el arte. Por otro lado, la referencia a este artículo es también la pista que me llevó a fechar el momento de su redacción, pues García Terrés decía: “yo sugeriría que ahora, doce años más tarde, lo volviera a reproducir” el periódico que en aquél entonces lo divulgó más ampliamente, *Excélsior*. Por lo tanto, el poeta escribía estas notas doce años después, es decir, entre 1958 y 1959, pues tenía el malentendido de que “La crisis de México” había sido publicado en 1946.

Más aún, al referirse a su propio desempeño en Difusión Cultural y la *Revista de la Universidad de México*, García Terrés planteaba que, en cinco años en funciones, es decir 1958/1959, “nadie me ha pedido cuentas de lo que digo o dejo de decir”. Así llegaba a una afirmación sobre la sustancial asignatura del intelectual universitario: “combatir siempre por la creación, la palabra y la verdad. Yo a través de ellas tres, por la dignificación del

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ *Idem.*

hombre”.¹⁸⁷ La efectividad de las “armas sociales” del escritor que unos años antes cuestionaba –el lenguaje y el pensamiento– era ahora reivindicada como la máxima aspiración de alguien en su posición.

Al ser García Terrés un sujeto tan inmerso, a sus treinta y cinco años, en las dinámicas del poder intelectual, seguramente varios componentes de su actuación entraban en contradicción en su interior, como diría Sartre. Es decir, una de las condiciones básicas del intelectual en su curso hacia la toma de conciencia y compromiso.

La estructura vertical de la publicación universitaria con García Terrés a la cabeza fue claramente expresada por él mismo, pero a la vez esta condición me permite afirmar que la *Revista de la Universidad de México* estaba atravesando a finales de 1958 por un proceso de politización (vía su director); en este sentido, la Revolución Cubana fue un catalizador de una fuerza indiscutible. Por lo tanto, será interesante revisar las opiniones, testimonios, discusiones y estudios publicados al respecto en la *Revista*. En muchos sentidos como una manera de los colaboradores de comprometerse con el proceso desde su plataforma intelectual asentada firmemente en “el espacio de libertad” que por entonces era la UNAM, sin dejar de lado la movilización e inversión de capitales sociales, culturales, políticos y económicos que este tipo de posicionamientos comenzaron a revestir.

¹⁸⁷ *Ibid*, p. 5.

Capítulo 3: El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 a través de la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos*

En el resto de los capítulos que componen este trabajo analizaré las reflexiones en torno a la Revolución Cubana del grupo de intelectuales vinculados a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) al que me he referido previamente. Abordaré aquellos textos publicados en *Cuadernos Americanos* y en la *Revista de la Universidad de México* que se refirieron a la Revolución Cubana directamente o que participaron en las discusiones en torno de ella. El periodo del estudio de la tesis abarca desde 1959, año del triunfo de la Revolución Cubana hasta 1961, cuando las autoridades cubanas declararon públicamente el carácter socialista de la revolución. Este tercer capítulo se ocupa de 1959 y el análisis girará principalmente sobre tres ejes que adquirieron vigor en la discusión pública en México alrededor del triunfo de la Revolución Cubana: la comparación entre la Revolución Cubana de 1959 y la Revolución Mexicana (cincuenta años después de 1910), la construcción de las utopías revolucionarias y el papel del intelectual en la sociedad.

El triunfo de la Revolución Cubana no tuvo un efecto de inmediato consenso entre los intelectuales vinculados a las publicaciones mencionadas o la propia UNAM. Tampoco hubo una línea común que pudiera llevarnos a concluir una postura ideológica unificadora, consistente y prolongada, como si de un grupo político se tratara al apoyar o descalificar un proceso. Precisamente, lo que busco es enfatizar la diversidad de opiniones y grados de proximidad al proceso revolucionario cubano por parte de los actores sociales y culturales inmersos en estas discusiones. En principio, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* durante el periodo estudiado fueron dos publicaciones con ciertas diferencias entre sí, pero que compartían una serie de personajes que transitaron en primera fila o tras bambalinas en ambos proyectos culturales, cuya plataforma común fue la UNAM. Cada uno de los actores puso en juego una serie de estrategias para reivindicar algunos aspectos del proceso en la isla, dependiendo de sus intereses personales o, en algunas ocasiones, colectivos. En tres años se evidencian los vaivenes de la opinión pública en torno al tránsito de la simpatía a la radicalización, en dicho lapso se intercalaron también momentos de mayores o menores reservas al respecto de los revolucionarios cubanos en el poder.

1. Diagnósticos y epitafios de la Revolución Mexicana a mediados del siglo XX

A finales de los años cincuenta, y especialmente a partir de la proximidad de los festejos gubernamentales por el cincuentenario del inicio de la Revolución Mexicana (1910), comenzaron a revivirse ciertos discursos que presagiaban la muerte de dicho proceso¹⁸⁸, convertido en “mito unitario” que sostenía en el poder al Partido Revolucionario Institucional (PRI) como su resultado último.

En los cuarenta comenzaron con mayor solidez los presagios del desfallecimiento de la Revolución Mexicana. Uno de los más constantes en señalarlo fue Jesús Silva Herzog en sus artículos publicados en *Cuadernos Americanos*: “La Revolución Mexicana en crisis” en 1943, “Meditaciones sobre México” en 1947 y “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico” en 1949. A la par, Daniel Cosío Villegas publicó “La Crisis de México” en 1947, en la misma revista.

Aunque hubo otros textos que se refirieron a la agonía de este proceso, los textos de Cosío Villegas y Silva Herzog estuvieron entre los que mayores repercusiones tuvieron en el ámbito intelectual mexicano. Ambos autores adquieren aún más relevancia para este trabajo si tomamos en cuenta que sus reflexiones estuvieron enmarcadas por el mapa intelectual explorado hasta este momento desde la plataforma universitaria, específicamente en la revista *Cuadernos Americanos*.

En “La Crisis de México” Daniel Cosío Villegas planteaba que “la Revolución había abandonado su programa cuando apenas comenzaba a cumplirlo”, pues la justicia social, principal bandera de la Revolución Mexicana, se había desvirtuado y el propio término de “revolución” carecía ya de sentido.¹⁸⁹

En términos similares, Silva Herzog escribió en “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico” que plantear dicha afirmación “no es necesariamente sostener una tesis reaccionaria como alguien maliciosamente pudiera suponerlo. No lo es porque la posición política depende fundamentalmente de las soluciones que se trate de dar a los problemas vitales del país”. Es decir que tenía precaución de situar su crítica en el espectro de la izquierda, en el que deseaba ser ubicado: “Si se dice que hay que desandar lo andado,

¹⁸⁸ Para profundizar sobre los antecedentes a las críticas aquí analizadas sobre la vigencia de la Revolución Mexicana, ver: Stanley Ross, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana? (3ª ed.)*, México, Premia Editora, 1981.

¹⁸⁹ Daniel Cosío Villegas, “La crisis de México” en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXII, no. 2, marzo-abril de 1947, pp. 29-51.

volver al porfirismo, se es reaccionario: mas si se afirma que hay que ir más allá del punto al cual pudo llegar la Revolución, que hay que superarla, entonces se es progresista y se está a la izquierda como lo está el autor de este trabajo”.¹⁹⁰ El autor hacía así un llamado a retomar la potencial radicalización de los postulados revolucionarios. Más tarde, dicha consigna sería retomada frecuentemente a la luz de las medidas implementadas por el gobierno revolucionario cubano a partir de 1959. Finalmente, Silva Herzog era lapidario al afirmar que “La Revolución Mexicana dejó ya de ser presente y ahora es pretérito”.¹⁹¹

Estas reflexiones fueron una constante en *Cuadernos Americanos*, aún cuando algunos textos aludieron a ellas más directamente que otros, la idea de la muerte de la Revolución Mexicana se hallaba latente y con mayor énfasis hacia finales de los años cincuenta. Esto puede observarse en el primer número de 1959, de enero-febrero, que terminó de imprimirse el 31 de diciembre de 1958, por lo que aún no podía reflejar un cambio de mirada a partir del triunfo de la Revolución Cubana del 1 de enero de 1959. Sin embargo, en este número se incluyó una sección titulada “Tres interrogaciones sobre el presente y futuro de México”, en la que, a manera de encuesta, les pidieron a varios intelectuales responder las preguntas: ¿Cuál es la situación actual de la Revolución Mexicana? ¿Cuál será la tarea principal de los grupos revolucionarios en el futuro inmediato? ¿Cuál debe ser –dentro de esa situación y de acuerdo con esta tarea– el papel de los intelectuales?¹⁹²

Entre los personajes ubicados como intelectuales que respondieron se encontraban algunos colaboradores asiduos de la *Revista de la Universidad de México*, específicamente su director Jaime García Terrés, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes y Enrique González Pedrero.

A Víctor Flores Olea lo recordaba Silva Herzog como estudiante de Derecho e Historia en la UNAM en la década de los cincuenta, misma institución en la que comenzó a dar clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en la Escuela de Economía, a su regreso de cursar estudios superiores en universidades europeas.¹⁹³ Flores Olea consideró,

¹⁹⁰ Jesús Silva Herzog, “La Revolución Mexicana es YA un Hecho Histórica” en *Cuadernos Americanos*, vol. XLVII, no. 5, septiembre-octubre de 1949, p. 16.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹² Víctor Flores Olea *et. al.*, “Tres interrogaciones sobre el presente y el futuro de México” en *Cuadernos Americanos*, Vol. CII, No.1, enero-febrero de 1959, p. 44.

¹⁹³ Silva Herzog, *Biografías de amigos y conocidos...*, p. 132.

al responder, que la Revolución Mexicana había comenzado a ser problematizada de manera demagógica, por lo que era necesaria una “toma de conciencia”, pues era fundamental que “el pueblo” mexicano irrumpiera en la vida política mexicana más allá del “puro acto intelectual”. En esto consistiría la “voluntad concreta de actuar en la historia” mediante la conversión de los intelectuales a ser “*orgánicamente* los intelectuales del pueblo de México”.¹⁹⁴

El hecho de que Flores Olea planteara exigencias “concretas” para solucionar los problemas del país, en realidad lo llevaban a afirmaciones un tanto etéreas sobre la condición y las posibilidades de los intelectuales. Sin embargo, es de destacar su concepción gramsciana del intelectual orgánico al servicio “del pueblo de México”.

Los problemas referentes a la toma de conciencia fueron abordados también por Carlos Fuentes, quien fustigó aún con mayor severidad en contra del régimen emanado de la Revolución Mexicana, al decir que “la única fuerza conservadora eficaz y activa que existe en nuestro país es la emanada de la propia Revolución, la que se esconde detrás de cierta retórica que, sin paradoja, podría denominarse ‘tradicional-revolucionaria’, y que se ubica, para todos los efectos reales, en la derecha mexicana vigente”.¹⁹⁵ Fuentes remataba responsabilizando al PRI de la perversión “tradicional-revolucionaria” y “la paralización de la revolución popular”.¹⁹⁶

Por otro lado, Jaime García Terrés era categórico en su sentencia de muerte: “Ya no cabe hablar de la Revolución Mexicana (el movimiento social conocido por ese nombre) como de un fenómeno actual”, en términos muy similares a los utilizados por Silva Herzog en “La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico”. La pérdida de vigencia se debía a que la revolución había devenido en burocracia ajena a la dinámica intrínseca a los procesos verdaderamente revolucionarios.¹⁹⁷

Por su parte, Enrique González Pedrero afirmaba que “para ser *Político* se necesita ser *Hombre* de ideas y, para tenerlas, se requiere ser Político –es decir, actuar sobre la realidad transformándola– con dignidad humana, de dimensión humana”.¹⁹⁸ González Pedrero trazaba así un modelo intelectual peculiar del “político”, uno que participaba en la

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 48.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 50.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 54.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 62.

discusión pública desde una posición que trascendía la crítica de la realidad y saltaba a no solamente señalar los defectos sino buscar la manera de solucionarlos y participar en dicho proceso. Este postulado de la acción “directa” del intelectual-político adquirió gran relevancia en la segunda mitad de los años sesenta en América Latina, a la par de la profundización del radicalismo revolucionario cubano.

A través de la revisión de estas respuestas podemos observar al menos tres líneas en común proyectadas tanto desde la figura de Silva Herzog, como desde las colaboraciones de los intelectuales de la *Revista en Cuadernos Americanos*: el inevitable anquilosamiento de la Revolución Mexicana, el necesario compromiso del intelectual con la sociedad y la transformación de la realidad.

Estos elementos nos sirven como corolario para pensar la disposición en la que se encontraban y las reflexiones que mantenían los intelectuales mexicanos vinculados a *Cuadernos Americanos* y a la *Revista de la Universidad* en los albores del fenómeno que los estremecería y, en muchos casos, los llevaría a encontrar respuestas radicalizando sus posturas: el triunfo de la Revolución Cubana el 1 de enero de 1959.

2. El año nuevo de 1959: triunfo revolucionario y despertar en Cuba

Tras el golpe militar del 10 de marzo de 1952 contra el presidente cubano Carlos Prío Socarrás, perpetrado por el general y expresidente cubano Fulgencio Batista, varios grupos de opositores se organizaron en contra de la dictadura. Algunos, como los miembros del Partido Ortodoxo, optaron por la vía electoral para continuar oponiéndose tanto a los restos del oficialismo de Prío, como al autoritarismo batistiano. Entre los ortodoxos, había jóvenes también ligados a la Universidad de La Habana que comenzaron a radicalizarse, y a algunos de ellos la vía armada les pareció la única alternativa restante para la conquista del poder. Finalmente, el 26 de julio de 1953, un grupo de guerrilleros precariamente armados, comandados por el joven abogado Fidel Castro, intentaron tomar por asalto el cuartel Moncada en Santiago de Cuba.

El asalto al Moncada y el resto de las acciones coordinadas con esta operación resultaron en un rotundo fracaso que cobró varias víctimas entre los guerrilleros y el encarcelamiento de los sobrevivientes. Los conocimientos jurídicos de Fidel Castro le permitieron reivindicar el “derecho a la rebelión popular contra el despotismo y la

tiranía”¹⁹⁹ en un discurso de defensa legal pronunciado en el mismo 1953, que más tarde se conocería como “La historia me absolverá”. Se trataba de una defensa constitucional de corte liberal que fue bien recibida por la opinión pública y revistió de cierta legitimidad política a Castro y los demás miembros del llamado Movimiento 26 de julio –en conmemoración de la fecha del asalto–.

Por su parte, Fulgencio Batista convocó a elecciones en 1954, de las cuales resultó ganador ante la ausencia de oponentes electorales fuertes, pues buena parte de la oposición se encontraban en el exilio tras el golpe militar de 1952. Un año después de los comicios, en 1955, los presos del asalto al cuartel Moncada fueron amnistiados. Castro y los demás miembros excarcelados decidieron venir a México, pues desde el inicio de la dictadura de Batista, un nutrido grupo de políticos cubanos había optado por utilizar la capital mexicana, Miami y Nueva York como centro de operaciones, “eran, entonces, las capitales del exilio antibatistiano”. Las redes tejidas previamente por estos personajes le permitieron a los moncadistas aprovechar las buenas conexiones con “altas esferas del gobierno de México y, también, con sectores de la opinión pública en Estados Unidos”.²⁰⁰

En México, Castro entró en contacto con María Antonia González, cubana casada con un mexicano. Su casa se había convertido en punto de encuentro de los cubanos que vivían o pasaban por el Distrito Federal.²⁰¹ Desde México, los revolucionarios prepararon su expedición guerrillera para derrocar a Batista. El primer manifiesto del Movimiento 26 de julio fue difundido gracias a la imprenta del mexicano Arsacio Vanegas, quien además les ayudó con la preparación física para la guerrilla.²⁰²

Fidel y sus acompañantes, entre quienes se encontraba ya el guerrillero argentino Ernesto “Che” Guevara, fueron detenidos el 20 de junio de 1956, acusados de violar las leyes migratorias mexicanas. A mediados de julio fueron liberados, y el expresidente mexicano Lázaro Cárdenas intercedió para que no fueran deportados y, en cambio, se les otorgara el asilo.²⁰³

¹⁹⁹ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015, p. 42.

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 59.

²⁰¹ Salvador E. Morales y Laura del Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en la perspectiva mexicana 1952-1958*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999, p. 198.

²⁰² *Ibid.*, p. 202.

²⁰³ *Ibid.*, p. 207.

Finalmente, en noviembre de ese mismo año, 82 expedicionarios del Movimiento 26 de julio zarparon del puerto mexicano de Tuxpan, Veracruz rumbo a Cuba en el yate “Granma”. Tras un accidentado desembarco se dirigieron a la Sierra Maestra, donde pasaron dos años combatiendo como guerrilleros al ejército de Batista, hasta que este último huyó derrotado el 1 de enero de 1959. México fue el primer país del mundo en extender su reconocimiento al nuevo gobierno revolucionario cubano, el 5 de enero de 1959.²⁰⁴

Si bien la política oficial mexicana operó rápidamente a favor del nuevo gobierno cubano, varios intelectuales mexicanos o asentados en México expresaron sus reservas al respecto del triunfo revolucionario en distintos espacios. Por ejemplo, el exiliado español en México, Max Aub escribió en su diario con fecha del 7 de enero, con una mezcla de dudoso optimismo y sospecha: “Las revoluciones o los sobresaltos hacia la libertad, suceden cuando un grupo está decidido a morir por conseguirla. Los que viven bien –si no a gusto– son incapaces de ella. Verbigracia, hoy, los argelinos, pero no los españoles. Quedan, además, los caudillos románticos –si hay quien los financie–, como Fidel Castro”.²⁰⁵

La ambigüedad de la nota de Max Aub, mezcló el reclamo hacia la pasividad española con la desconfianza frente a la Revolución Cubana. Esto lo hizo al cuestionar la autonomía financiera y la capacidad organizativa de Castro, a quien le dio el nada halagador adjetivo de “caudillo romántico”. Aún así, esta entrada en el diario de Aub es ilustrativa del interés por mirar hacia Cuba de parte de un destacado miembro de la plataforma intelectual organizada en torno de la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM encabezada por Jaime García Terrés y de *Cuadernos Americanos*. Un año después, en 1960, Aub comenzó a dirigir Radio Universidad, lo que hizo hasta 1966. Sin duda esa era otra de las trincheras de la construcción del proyecto cultural de la plataforma.

En los años cuarenta, Max Aub estuvo en Cuba en dos ocasiones. Sin embargo, el triunfo del movimiento revolucionario no lo interpeló para visitar la isla en 1959.²⁰⁶ Lo que

²⁰⁴ Teresa Casuso, *Cuba and Castro*, Random House, Nueva York, 1961, p.111.

²⁰⁵ Max Aub, *Diarios 1953-1966*, México, CONACULTA-Dirección General de Publicaciones, 2002, p. 147.

²⁰⁶ Si bien a Cuba no llegaron grandes contingentes de exiliados republicanos españoles, ni obtuvieron el apoyo y apuntalamiento institucional, como sucedió en México, la isla fue siempre un espacio importante para España –hay que recordar que a finales del siglo XIX, seguía siendo su último bastión colonial en América–. En los años treinta y cuarenta, los transterrados españoles llegaron a Cuba, a veces como segunda

sí pareció impactarlo significativamente fue la muerte del Che Guevara en octubre de 1967: “un héroe más en la cuenta de la historia. Hace tiempo que debió darse cuenta de que serviría más su muerte que su vida”, anotó en su diario el mismo 9 de octubre del asesinato del guerrillero.²⁰⁷ Y escribió una obra dramática inspirada en la muerte del Che, titulada *El Cerco*. Hacia el final de la década también fue a visitar a su hija radicada en La Habana.²⁰⁸ Lo anterior permite dar cuenta de que las reservas iniciales de Aub progresivamente dieron lugar al interés por la Revolución Cubana.

El propio García Terrés también mostró escepticismo al respecto de la Revolución Cubana. La entrada triunfal de los “barbudos” a La Habana no le causó mayor ilusión en un primer momento. En su columna “La feria de los días” de enero de 1959 cuestionaba: “El tirano Batista ha caído. Pero ¿qué es lo que queda en su lugar? ¿Acaso una verdadera democracia? No podemos asegurarlo”.²⁰⁹

Quizá la falta de certeza sobre lo que podría llegar a ser el nuevo régimen cubano fue lo que le llevó a empacar sus maletas apenas terminó aquel mes de enero de 1959 y abordar un avión con destino a La Habana. Como revisé en el capítulo anterior, la visión de García Terrés sobre la función del intelectual en la sociedad había transitado por varias posiciones a lo largo de la década. En este caso no sería la excepción, y su “Diario de un escritor en La Habana” fue prueba de un nuevo vuelco en su concepción. ¿Cuál es, entonces, La Habana del escritor Jaime García Terrés? Considero que es factible responder a esta pregunta a partir del planteamiento de Johann Gustav Droysen de que “lo que tenemos ante nosotros como material histórico es la expresión y la primera prueba de actos de voluntad”.²¹⁰ Por lo tanto, a través del rastreo e interpretación de dichos “actos de voluntad”, expresados en el uso de algunos conceptos, la retórica e incluso el formato mismo del “diario”, es posible aproximarnos a hablar de las motivaciones y representaciones del compromiso intelectual proyectados por García Terrés en su texto.

o tercera parada desde otros países como Francia o República Dominicana. El hecho de que su número fuera menor no le restó importancia, como demuestra la presencia de algunos intelectuales españoles en Cuba, como Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Juan Chabás, Manuel Altolaguirre o la propia hija de Max Aub. Jorge Domingo Cuadriello, *El exilio republicano español en Cuba*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

²⁰⁷ Max Aub, *Diarios 1967-1972*, México, CONACULTA-Dirección General de Publicaciones, 2003, p. 96.

²⁰⁸ Max Aub, *Enero en Cuba*, México, Joaquín Mortiz, 1969.

²⁰⁹ Jaime García Terrés, “La feria de los días: El despotismo y el caos” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 5, enero de 1959, p. 3.

²¹⁰ Johann Gustav Droysen, *HISTÓRICA. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, Alfa, 1983, p. 184.

Dado que García Terrés estaba a la cabeza de un grupo importante de intelectuales, su viaje –probablemente financiado como viaje de trabajo por la UNAM²¹¹– fue la punta de lanza para armar un número de la *Revista* que dirigía especialmente dedicado a la Revolución Cubana. El que la Universidad apuntalara este tipo de publicaciones –ya que este número de la revista no fue la única en su tipo– avivó un fuerte debate motivado por algunos sectores conservadores de la sociedad mexicana, afines al creciente anticomunismo latinoamericano de la posguerra.

A diferencia de *Cuadernos Americanos*, que no dedicó en estos años un número entero a la Revolución Cubana, el especial de la *Revista de la Universidad* salió de la imprenta en los primeros días de marzo de 1959. En él se reunieron 26 textos dedicados por completo a la Revolución Cubana, de los cuales seis fueron hechos especialmente para la edición y el resto fueron tomados de publicaciones periódicas cubanas, que probablemente García Terrés trajo consigo de su visita a la isla. Otras más eran apreciaciones extranjeras, principalmente estadounidenses y europeas, así como documentos producidos por la propia revolución y discursos de José Martí y Fidel Castro.

En la portada de la revista, con letras mayúsculas y rojas se anunciaba: “LA REVOLUCIÓN CUBANA”. Debajo, una foto de Fidel Castro levantando el puño, con una sonrisa que sostenía un puro y en la otra mano un fusil. Se anunciaban: “testimonios” de Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Carlos Fuentes y Víctor Trapote, así como “opiniones” de Manuel Cabrera, Leopoldo Zea, Jorge Portilla, Augusto Monterroso y Ernesto Mejía Sánchez (Fig. 3).

²¹¹ Sugiero esta posibilidad a partir de la naturalidad con la que Octavio Paz le escribe constantemente cartas a Jaime García Terrés para que invite a escritores o artistas extranjeros a la UNAM, con la condición de que se les pague la estancia en el país con recursos institucionales. Así que, siendo una práctica aparentemente tan cotidiana no resultaría extraño que en el Departamento de Difusión Cultural hubiera una partida para viajes de trabajo a la que pudiera haber acudido el director de la *Revista de la Universidad de México* para visitar Cuba en su condición de escritor-cronista. Octavio Paz, *El tráfago del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.



Figura 3. Portada del número de marzo de 1959 de la Revista de la Universidad de México, dedicada a la Revolución Cubana. Fuente: Archivo Histórico de la UNAM

Dada la importancia de este número de la *Revista de la Universidad*, de marzo del 59, para el proceso que busco exponer en este estudio, haré un recuento especialmente minucioso de algunos de los textos publicados en él. La trascendencia de esta edición, y con especial énfasis, del “diario” de García Terrés se extendió por lo menos hasta dos años después, en 1961, cuando la polémica al respecto de esta edición adquirió un tono especialmente tenso.

Los participantes en aquel polémico número de marzo del 59 de la *Revista* eran personajes diversos. Su relación con la Revolución Cubana era de distinto tipo y grado. Algunos de ellos mostraban gran entusiasmo por el proceso como Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero o el propio García Terrés. Mientras que algunos otros eran la prueba de los consolidados intercambios con el exilio antibatistiano en México desde principios de los años cincuenta, como el caso de Víctor Trapote.

Víctor Trapote Mateo era un exiliado español que llegó a México en 1942²¹², a sus 32 años, como asilado político, acompañado de su esposa Inés Minue Franco y su hija Irina Trapote Minue. Trapote Mateo era un ex combatiente de la Guerra civil que tenía por oficio el de escultor. Sin embargo, en 1956 la Dirección Federal de Seguridad –agencia de inteligencia del gobierno mexicano comandada por el capitán Fernando Gutiérrez Barrios–, afirmaba que Trapote también había sido “teniente coronel en el Servicio de Inteligencia del Ejército soviético, en el cual permaneció 15 años”.²¹³ Lo cual lo colocaba en la mira de los agentes de la dependencia estatal.

La ficha elaborada por Gutiérrez Barrios provenía del seguimiento del que Trapote fue objeto dada su proximidad al Movimiento 26 de Julio durante su paso por México a mediados de los cincuenta. Así lo recordaba en su artículo de la *Revista*, “Fidel Castro en México”: “por mi condición de luchador por la libertad en la guerra civil española y de asilado político en México, tuve la suerte –así lo consideré entonces contra la opinión de muchos que hoy lo cacarean también– de conocer a estos hombres”.²¹⁴

Trapote narró sus recuerdos sobre el momento en que conoció a Fidel Castro en un tono apoteósico, pues decía que Castro debía ser “el Héroe Nacional cubano después de la epopeya de Sierra Maestra”.²¹⁵ Esta descripción de Trapote sobre las implicaciones de la labor de Castro llegaba en un momento en el que las decisiones sobre los rumbos de la

²¹² Ficha de Víctor Trapote Mateo en el Registro Nacional de Extranjeros en México, Secretaría de Gobernación. Departamento de Gobernación, AGN (copia digital <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/detalle.form?nid=32603> consultada el 10 de marzo de 2019)

²¹³ Juan Veledíaz, “Vigiló Gutiérrez Barrios a espías cubanos y soviéticos” en *El Universal*, 3 de junio de 2002. <https://archivo.eluniversal.com.mx/primera/12559.html> (Consultado el 9 de diciembre de 2019)

²¹⁴ Víctor Trapote, “Fidel Castro en México” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 18.

²¹⁵ *Ídem*. Esta consideración sobre Castro como “el Héroe Nacional cubano” podría ponerse en perspectiva con la categoría de “caudillo romántico” que Max Aub le asignó a Castro. Al respecto, Trapote también escribió: “para quien no esté acostumbrado a tratar hombres de esta índole, Fidel Castro podía parecer un soñador utopista”. Quizá al escultor no le eran ajenas las consideraciones de su compañero de exilio.

Revolución Cubana estaban en disputa entre los más radicalizados miembros del Movimiento 26 de Julio –que pugnaban por leyes expropiatorias o redistributivas como la Reforma Agraria– y algunos de los elementos más moderados del nuevo gobierno, como el por entonces presidente Manuel Urrutia Lleó, a quien Fidel Castro llegó a acusar de ser un “febril anticomunista”.

El breve recuerdo de Trapote en su oficina estrechando la mano de Castro revestía tácitamente la intención de cuestionar el derecho de los moderados a tomar decisiones en Cuba por encima de los “barbudos”, como se refería a los combatientes del Movimiento 26 de Julio. Las simpatías y el compromiso de Trapote con los moncadistas quizá provenían de aquel 1956, cuando fue detenido y encarcelado junto con ellos en la Ciudad de México. Sobre esta reclusión, Trapote recordaba en su artículo que Fidel Castro “aprovechaba aquellas horas de inactividad forzosa para hacer que sus hombres estudiaran los problemas más latentes de la Revolución Mexicana”²¹⁶, con lo que remite a la perspectiva crítica de los cubanos al respecto de la revolución de 1910 para evaluar sus propias acciones y perspectivas.

Con una visión menos personal y alejada de la anécdota, Carlos Fuentes –amigo de García Terrés desde Francia y miembro de la Secretaría de redacción de la *Revista*– proponía un ensayo comparativo para contextualizar a la Revolución Cubana en su artículo “América Latina y Estados Unidos. Notas para un panorama”. Su texto comenzaba preguntándose y respondiendo: “¿Cuál ha sido la lección de Cuba? Destrucción del mito: la revolución contra el ejército es posible. Conciencia común: el programa de la Revolución Cubana es, en esencia, el de todos los pueblos latinoamericanos”²¹⁷.

Desde la primera línea de su análisis, Fuentes era categórico al actualizar el referente común que debieran seguir las luchas emancipadoras de todo el continente: ya no es la Revolución Mexicana, ahora es “La Revolución de Cuba”, que “ha triunfado con un programa que refleja los problemas de casi todas las naciones de América Latina”. Y en ese mismo sentido, “ha despertado la conciencia de los pueblos americanos; ha vuelto a plantear una serie de temas que, desde las épocas heroicas de la Revolución Mexicana, eran

²¹⁶ *Idem.*

²¹⁷ Carlos Fuentes, “América Latina y Estados Unidos. Notas para un panorama” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 11.

‘tabú’”.²¹⁸ Además, Fuentes añadía como estrategia el acercamiento de este tipo de movimientos a los sectores democráticos estadounidenses, con los cuales él mismo mantenía una estrecha amistad, especialmente destacada con Charles Wright Mills, promotor de la Revolución Cubana desde Nueva York.²¹⁹

Hacia el final de su ensayo, Fuentes insistía en que “México también está en crisis: el *statu quo* establecido en nuestro país a partir de 1940 cruje bajo el peso de nuevas fuerzas sociales que exigen cambios, liquidación de supervivencias anómalas, atención a los problemas populares aplazados, transformación de métodos políticos anticuados”. A partir del señalamiento de estas problemáticas, el autor planteaba la necesidad de “continuar el proceso revolucionario mexicano; consumir a partir de la realidad de hoy” – es decir, desde la perspectiva abierta por la Revolución Cubana– “la etapa revolucionaria concluida y aplazada”, y cerraba diciendo: “Cuba ha demostrado que la revolución democrática puede iniciarse en Hispanoamérica. Acaso a México toque demostrar que esa revolución también puede cumplirse”.²²⁰

El contraste entre la Revolución Mexicana y la joven y vigorosa Revolución Cubana triunfante planteaba dos situaciones en el ensayo de Fuentes. La primera era que el programa latinoamericano de reivindicaciones sociales había sido clarificado por el plan revolucionario cubano, lo cual implicaba un desplazamiento del referente continental de México a la isla. Pero en un segundo momento, Fuentes aclaraba que, si bien la vanguardia estaba en Cuba, también era útil tomarla como referencia para descongelar la Revolución Mexicana, que aún estaba en posibilidades de revivir y atender las exigencias del momento. Todo lo anterior tenía como condición de posibilidad la guía de la Revolución Cubana en el plano político, pero también requería del compromiso de los intelectuales para que pudiera llevarse a cabo.

En un compilado de opiniones breves incluido en la edición de marzo del 59 de la *Revista*, llamado “La Revolución Cubana vista desde México”, el profesor universitario mexicano Manuel Cabrera, el filósofo mexicano del grupo Hiperión, Jorge Portilla, el latinoamericanista mexicano Leopoldo Zea, el escritor nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez

²¹⁸ *Idem.*

²¹⁹ Rafael Rojas, *Traductores de la utopía: la Revolución Cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, FCE, 2017 y Charles Wright Mills, *Listen, Yankee: the Revolution in Cuba*, Nueva York, Ballantines Books, 1961.

²²⁰ Fuentes, “América Latina y Estados Unidos...”, p. 15.

y el narrador guatemalteco Augusto Monterroso. Los intelectuales expresaron sus perspectivas sobre “el instante revolucionario cubano” como Cabrera lo llamaba, elevándolo a una “lección de energía moral para el hombre de América” y faro orientador para el resto del continente.

No deja de llamar la atención el título de la sección, que aglutinó a escritores latinoamericanos de diversas procedencias bajo la condicionante de la plataforma desde la que expresan sus perspectivas: “vista desde México”. Así se insistía en la condición transnacional de la propia red intelectual en torno a la *Revista* y a la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM. A la vez, la reflexión sustentada en el latinoamericanismo era visible en sus intervenciones, como también lo era en la de Fuentes y hacia resonar una de las premisas de *Cuadernos Americanos*.

Para Portilla, la Revolución Cubana era “un triunfo insigne sobre dos grandes males del mundo hispánico: la desesperanza y la tontería”; Zea hizo un recuento genealógico de “una gran cadena revolucionaria que se ha venido extendiendo en toda la América”, con la que otorgaba justificación histórica a la revolución en la isla; Mejía Sánchez urgía a limpiar “la palabra que más necesitamos en esta América que aún habla español (...). El pueblo de Cuba sabe lo que es suyo y no se lo dejará quitar de las manos: el buen sentido de la palabra revolución”; y finalmente, Monterroso hablaba del protagonismo de los movimientos latinoamericanos, con especial énfasis en el cubano: “Pero la Historia es la Historia, y nuestros pueblos, que carecen de escuelas para aprenderla, están aprendiendo a hacerla, lo que no deja de ser mejor”.²²¹

En un ánimo más analítico y desde una aproximación económica, Enrique González Pedrero se concentró en hacer un balance de “La situación económica de Cuba” durante la dictadura de Fulgencio Batista. González Pedrero planteaba en la edición de marzo del 59 de la *Revista de la Universidad de México* la situación del “gasto público compensatorio” batistiano al borde de la crisis y lo contrastaba con las propuestas del nuevo régimen. Comenzó por las tesis económicas del Movimiento 26 de Julio y su puesta en marcha desde el gobierno por parte de los ahora funcionarios, Felipe Pazos y Regino Boti. Al respecto, afirmaba que no obstante la difícil situación, “Cuba tendrá oportunidad de demostrar que la

²²¹ Manuel Cabrera *et al*, “La Revolución Cubana vista desde México” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 16.

economía es política y es ciencia. Una ciencia cuyo objeto no debe ser el monopolio nacional en manos de unos cuantos”. El artículo cerraba con un fragmento del discurso de Fidel Castro en su toma de posesión como Primer Ministro el mes previo a que fuera publicado el número de la *Revista*: “ahora tenemos que trabajar todos y mucho, para salvar la revolución y producir riquezas y luego invertir esas riquezas para que el pueblo reciba el fruto de su trabajo... esperen... tengan confianza en nosotros...”.²²² Se trataba de una matizada visión optimista respecto a la situación en la Cuba revolucionaria, pero que no perdía la expectativa en el futuro derivada de los argumentos económicos desarrollados en el texto. En realidad, González Pedrero fue uno de los personajes más activos en la defensa y promoción de la Revolución Cubana al interior de la UNAM durante los primeros años posteriores al triunfo de ésta.

Después de que González Pedrero estudió la Licenciatura en Derecho en la UNAM en los años cuarenta, hizo una especialidad en el Instituto de Estudios Políticos de París a principios de los años cincuenta. Esto hace posible imaginar que González Pedrero también haya convivido con García Terrés, los González Casanova y Fuentes durante su estancia europea. Además, a lo largo de su vida mantuvo una estrecha colaboración en distintos proyectos de los círculos intelectuales vinculados a la UNAM y fue un frecuente columnista de la *Revista* y de *Cuadernos Americanos*. Para el momento en que escribió “La situación económica en Cuba” ya había contraído matrimonio con la escritora cubana Julieta Campos en 1954, con quien vivía en México y daba clases en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de la UNAM, posteriormente convertida en Facultad durante la gestión como director del propio González Pedrero entre 1965 y 1970.

González Pedrero también participó en la edición de *Cuadernos Americanos* de marzo-abril de 1959. Ahí publicó su crónica sobre el triunfo de la Revolución Cubana bajo el título de “La caída de otra dictadura”. El mexicano se encontraba en La Habana desde el 20 de diciembre de 1958, once días antes de la huida de Batista, cuando “todo el mundo tiene desconfianza de todos y de todo”.²²³ Una anécdota ilustraba el desfase inicial con el que un intelectual mexicano vivió aquellos momentos:

²²² Enrique González Pedrero, “La situación económica de Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 11.

²²³ Enrique González Pedrero, “La caída de otra dictadura” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CIII, no. 2, marzo-abril de 1959, p. 25.

Cuando uno de mis amigos cubanos me informa de la consigna de no celebrar las Pascuas de la manera acostumbrada y que el pueblo habanero está siguiendo al pie de la letra aquella orden, me parece absolutamente ridículo (...). Y, sin embargo, al ver la forma en que La Habana responde a esta solicitud, al ver la demostración absoluta de solidaridad del pueblo con la palabra de la orden revolucionaria, comienzo a comprender que la autoridad, que el poder, ya no está en La Habana; que el poder respaldado en las bayonetas y en los tanques ya no es *el poder*. Y así lo comprendió también Batista.²²⁴

El escepticismo inicial del intelectual mexicano fue rápidamente sustituido por la lectura en clave política que hizo a la medida decorativa, una especie de traducción para dotar de sentido a su crónica. El aspecto simbólico expresado por la abstención de decorar y colocar árboles de navidad era una forma de referir el ambiente que se vivía en Cuba en las postrimerías de la dictadura de Batista, durante los últimos días de diciembre de 1958. La población estaba atenta para colaborar con los guerrilleros, quienes la mantenían informada a través de la estación clandestina *Radio Rebelde*. Más adelante, para dotar de efecto dramático a la narración sobre los mecanismos de difusión y propaganda del Movimiento 26 de julio, González Pedrero apuntaló la anécdota con una descripción de los volantes que llamaban a realizar este tipo de boicot:

Circulan de mano en mano, con peligro físico para los que las portan, pequeñas esquelas con una foto que pronto publicarán todos los diarios de Cuba: una niña de sólo algunos meses horriblemente desfigurada, con los pulmones de fuera, víctima de un bombardeo a una población campesina indefensa. Al lado, una lista de nombres de algunos de los veinte mil muertos por la dictadura. Y una sola leyenda: “Cubano, no celebres con júbilo esta Navidad. La patria está de luto”. Se extiende, además, la consigna de las “Tres C”: *no compras, no cine, no cabaret*.²²⁵

²²⁴ *Idem*.

²²⁵ *Ibid.*, p. 28.

Posteriormente, González Pedrero recordaba la frase con la que el 1 de enero de 1959, estando en Cuba, lo despertó una llamada telefónica para avisarle que Batista había huido: “el animal se fue”.²²⁶ Tras la sorpresa inicial, vino el llamado de Fidel Castro, “máximo líder de la Revolución” a la huelga general hasta que los “barbudos” se hicieran completamente del poder, como sucedió el 3 de enero: “Fidel Castro, que ha llegado a Camagüey, en la primera etapa de su *marcha de la victoria* hacia la capital, insta a todos a volver al trabajo. La radio y la televisión transmiten las órdenes. El cese de la huelga ha sido dictado. La revolución está en el poder”.²²⁷

Ocho días después del primero de enero, la Caravana de la Libertad entró a la capital cubana. Y por si fueran pocas las referencias de González Pedrero al apabullante triunfo rebelde, añadió a las capacidades militares de los “barbudos” la también superior efusividad celebratoria de los habaneros:

La llegada de Castro a La Habana es, llanamente, apoteótica. Los periódicos norteamericanos califican el recibimiento de los habaneros como superior al que el pueblo norteamericano tributara, al final la Segunda Guerra Mundial, a los generales MacArthur y Eisenhower. Esto lo dice todo. La peregrinación es lentísima, pues el pueblo todo quiere saludar al líder de la revolución triunfante. Flores, aplausos, vivas, abrazos y hasta besos de madres agradecidas...²²⁸.

“Un sol de trópico calienta aún más el entusiasmo popular”, decía Enrique González Pedrero para casi finalizar su crónica, en la que dejaba traslucir prístinamente su entusiasmo e ilusión por la joven revolución triunfante dirigida por Fidel Castro: “Y ahí va. Él solo, en medio de sus amigos cubanos, en medio de su pueblo”.²²⁹ En perspectiva, el tono vivencial, anecdótico y sin duda laudatorio en términos emocionales de González Pedrero en *Cuadernos Americanos*, se distingue significativamente del detallado y técnico

²²⁶ *Ibid*, p. 30.

²²⁷ *Ibid*, p. 33.

²²⁸ *Ibid*, p. 34.

²²⁹ *Ibid*, p. 35.

estudio que presentó en la *Revista de la Universidad de México*, titulado “La situación económica de Cuba”²³⁰, revisado previamente.

El viaje de González Pedrero planteó un tema interesante en términos de quién y cómo podía ir a Cuba en aquel momento. Si bien su militancia en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) implicaba una serie de condiciones que quizá le dieron ventajas económicas en comparación con sus congéneres universitarios, aún no ocupaba posiciones demasiado relevantes en la política. Sería bueno poder acceder a historias más puntuales y cotidianas sobre este tipo de detalles, pues aportarían información para conocer las dinámicas de sociabilidad e intercambio de recursos entre los intelectuales del grupo estudiado. Sin embargo, de quien sí conocemos los detalles del viaje es del por entonces joven poeta chiapaneco Eraclio Zepeda.

Eraclio Zepeda recordaba que en los años cincuenta, en su época de universitario, tomaba clases de francés en la Universidad Militar Latinoamericana con el republicano español transferrado Alberto Bayo. “Una mañana apareció la gran noticia en los periódicos, comunista español, el coronel Bayo, entrenaba a los revolucionarios cubanos. ¡Un escandalazo! Y el coronel Bayo desapareció”.²³¹ Zepeda recordaba que él y sus compañeros sintieron una gran simpatía por aquellos cubanos contemporáneos suyos, “estábamos acostumbrados a que los hechos importantes los realizaran personas mayores, y de pronto los muchachos se ponían en primera fila”.²³² Tal fue el entusiasmo de Zepeda que envió, junto con el escritor panameño Nils Castro, una carta a un cubano conocido suyo –de quien no dijo el nombre– comunicándole sus intenciones de participar en la guerrilla cubana, aunque esto no terminó por concretarse.

Sin embargo, ya en 1959, Zepeda fue invitado a conocer Cuba junto con otros jóvenes intelectuales, como Jaime Labastida, Jaime Shelley, Nils Castro, Roberto Bravo Garzón y Enrique Florescano, entre otros.²³³ Aunque no está claro quién les extendió la invitación, más adelante veremos que la Embajada cubana en México tuvo una activa participación, a través de su representante José Antonio Portuondo, en este tipo de

²³⁰ Enrique González Pedrero, “La situación económica de Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.

²³¹ Mario Nandayapa, *Los pasos de Laco. Entrevista a Eraclio Zepeda*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/Juan Pablos Editor, México, 2012, p. 31.

²³² *Idem.*

²³³ Nandayapa, *op. cit.*, p. 32.

intercambios culturales. Zepeda también recordaba su encuentro en La Habana con su exprofesor Alberto Bayo y varios eventos y mítines del nuevo régimen cubano a los que asistió, que por entonces servían para dar a conocer la decisión de las expropiaciones públicamente. Recordaba: “Cuando regresé a México sentí que era una obligación contar a la gente lo que había visto en Cuba. Y ofrecí charlas en universidades y sindicatos”, decía Zepeda.²³⁴

Este par de anécdotas de Eraclio Zepeda ilustran claramente dos elementos al respecto del entusiasmo de los intelectuales mexicanos al visitar o reflexionar sobre Cuba en aquel momento: el primero es la identificación con la juventud de los autores de la Revolución Cubana por parte de una también joven generación de escritores y artistas; y el segundo es el compromiso de comunicar, promover y defender públicamente al proceso en la isla en las instancias que permitían hacerlo: si bien no queda claro en cuáles sindicatos era posible hablar de estos temas, las universidades y especialmente en la UNAM hubo una plataforma y un espacio donde esta discusión tuvo un gran auge.

Aún cuando en esta anécdota de Eraclio Zepeda no queda muy claramente establecido el mecanismo que les permitió llegar a Cuba a él y al resto de los personajes que mencionó, un momento posterior lo aclara. Zepeda recuerda que durante una de las conferencias en las que hablaba de la Revolución Cubana en la Universidad de Xalapa, se le acercó el Embajador cubano José Antonio Portuondo para invitarlo a dar clases en la Universidad de Oriente. Zepeda aceptó y así comenzó su vida como catedrático en 1961, a los 24 años en la ciudad de Santiago de Cuba. Probablemente este tipo de invitaciones personales a la isla fue común en los eventos públicos que discutían la situación de Cuba, quizá también organizados, o al menos respaldados, por la legación cubana en México.

Las conferencias y las charlas públicas eran por entonces la manera más rápida y directa de comunicar los eventos a los que los intelectuales consideraban importante prestarles atención. Varios de los autores que colaboraron en la *Revista de la Universidad de México* y en *Cuadernos Americanos* también utilizaron las charlas públicas como medio de comunicación y debate inmediato, ante la tardanza con que los debates sucedían en los impresos –por ejemplo, el triunfo de la Revolución Cubana, que se exponía en marzo del 59 en ambas, había sucedido un par de meses antes—. Uno de ellos fue el propio González

²³⁴ *Idem.*

Pedrero, quien, además de sus contribuciones a la *Revista* y a *Cuadernos*, en su condición de académico universitario asumió la tarea de presentar el 9, 11 y 13 de febrero de 1959 una serie de tres conferencias sobre la Revolución Cubana apenas triunfó. El profesor universitario planteó sus presentaciones como un compromiso intelectual con la revolución. Las tres charlas eran la respuesta, en formato académico, a “la insidiosa campaña antirrevolucionaria que, en nuestro país –el primero en realizar la revolución democrático-nacionalista en América Latina, hoy tan lejana– intereses ajenos a lo nuestro hicieron prosperar en algunas fuentes de información, con la consiguiente desorientación de una parte de la opinión pública”.²³⁵ Como se observa, al entusiasmo del triunfo revolucionario le vino aparejada la descalificación y el descontento por parte de otros sectores de la sociedad mexicana distintos a los intelectuales aquí estudiados.

En las conferencias, González Pedrero hacía un recorrido histórico de las condiciones previas a la Revolución Cubana, el proceso revolucionario del Movimiento 26 de julio y, finalmente, las políticas y proyectos del gobierno revolucionario. El interés de la UNAM por comprender y darle un espacio de expresión a los intelectuales observando a la Revolución Cubana quedó patente, además, con la prontísima publicación de estos tres coloquios en un libro. La presentación de éste, hecha por el mismo González Pedrero insistía en su concepción de la responsabilidad como universitario expresada en lo que era, sobre todo, una defensa de la Revolución Cubana desde la Universidad:

Cumplo pues, con mi país, al informar desde nuestra Universidad lo que ocurrió en Cuba y, con Cuba, al explicar con la mayor objetividad posible lo que allí aconteció. Que el cumplimiento de esta doble obligación –que como mexicano y como latinoamericano me ha impuesto– disculpe los errores que, involuntariamente, se hayan podido deslizar.²³⁶

De hecho, en la misma edición de marzo-abril de 1959 de *Cuadernos Americanos* en la que González Pedrero había publicado “La caída de otra dictadura”, el escritor y pintor peruano, Felipe Cossío del Pomar, apuntalaba esta concepción de González Pedrero sobre la

²³⁵ Enrique González Pedrero, *La Revolución Cubana*, México, UNAM-Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1959, p. 9.

²³⁶ González Pedrero, *La Revolución Cubana*, pp. 9-10.

Universidad, ya que como entidad pública y social, afirmaba, tenía como misión: “laborar en la formación de un público político, fomentar en los jóvenes asociaciones políticas donde puedan desarrollar sus tendencias e ideas”.²³⁷

Sin duda, lo anterior enfatiza la consideración de la Universidad como plataforma ideal para hablar sobre la situación política en general y específicamente sobre Cuba y su revolución. Alineado a esta consideración también se encontraba Pablo González Casanova, director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, quien apoyó la publicación de las conferencias de González Pedrero en el mismo 1959. La cercanía entre los González Casanova y la plataforma intelectual de la *Revista de la Universidad de México* tenía sus antecedentes en los vínculos desde jóvenes entre ellos y Jaime García Terrés, como se revisó en el segundo capítulo de este trabajo. Otro de los hermanos, Enrique González Casanova, fue Coordinador de la *Revista* de 1953 a 1961 y titular de la Dirección de Publicaciones de la UNAM de 1955 a 1961.²³⁸

Para terminar de hablar sobre la publicación de marzo de 1959 de la *Revista de la Universidad de México* dedicada a la Revolución Cubana, retomemos el que se convirtió en el artículo central de dicha edición: el “Diario de un escritor en La Habana”. El autor fue el propio director de la revista, Jaime García Terrés; y debido a su condición de funcionario, esta pieza se convirtió en la que atrajo mayores críticas de la opinión pública en los años sucesivos.

El texto de Jaime García Terrés fue publicado en el formato de “diario”. Se trataba de una reconstrucción de la experiencia vivida, caracterizada por la inmediatez y la incorporación de cierto grado de ficción para llenar vacíos. Una narración basada en el registro cronológico, una “experiencia escrita del tiempo”²³⁹ que incorporaba la expectativa de “sinceridad” hacia quien escribe y condiciona la recepción del lector al anclarse en “referentes extraliterarios”²⁴⁰: es decir, se sustentaba en la supuesta veracidad de lo narrado. Como un punto de partida para comprender la intención de García Terrés al utilizar este tipo de discurso literario: esperaba que le creyeran y ser un referente de “lo que sucedió” a

²³⁷ Felipe Cossío del Pomar, “Política y Universidad” en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1959, año XVIII, vol. CIII, no. 2), p. 37.

²³⁸ Paz, *El tráfago del mundo...*, p. 166.

²³⁹ Karmen Ochando Aymeric, “El último silencio (El Diario de campaña de José Martí)” en *Guaraguao*, año 4, núm. 11, 2000, p. 48.

²⁴⁰ Maurice Blanchot, *El espacio literario*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 23.

partir de “lo que vio y lo que vivió”. El funcionario universitario buscaba autorepresentarse como un tipo de intelectual distinto al que hasta entonces había sido: apolítico, en pos de uno comprometido con la sociedad y ya no solo “por accidente”, que adquiriría nuevamente notoriedad en América Latina a partir del triunfo de la Revolución Cubana.

En este sentido, el “Diario de un escritor en La Habana” de Jaime García Terrés es elocuente de varios asuntos, como: la concepción y uso del compromiso intelectual a partir de la Revolución Cubana; el ejercicio de la representación de las “prácticas intelectuales” por parte de García Terrés; y del tipo de reflexiones echadas a andar a partir del interés en la Revolución Cubana por parte de la plataforma intelectual universitaria.

Una revisión de los lugares que García Terrés mencionó haber visitado en su estancia de catorce días en La Habana permite hacerse una idea del espacio intelectual construido por el escritor en su relato. Su “diario” inició el 2 de febrero de 1959 con la afirmación de que “la revolución no está en las calles”. De tal manera que el autor lleva la experiencia del proceso revolucionario a una serie de consideraciones abstractas, al ubicarla en “los ánimos, en las conciencias, en los planes para el futuro y en los modos de afrontar el presente”.²⁴¹ Así, García Terrés parece anunciar y justificar desde un inicio el espacio en donde se ubicarán sus acciones, que como veremos, raramente será “en las calles”.

El martes 3 de febrero paseó por restaurantes, cines y bares cercanos “a la calle 23”²⁴² del por entonces aburguesado Vedado. Al día siguiente, 4 de febrero, García Terrés abrió una narración de cuatro días en la que la mayoría de sus actividades –casi todas– se desarrollaron al interior del hotel en el que se hospedaba, el Habana-Hilton (Fig. 4), uno de los más lujosos de aquellos tiempos en la capital cubana.

²⁴¹ Jaime García Terrés, “Diario de un escritor en La Habana” en *Revista Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 3.

²⁴² *Idem.*



Figura 4. Recuerdos en el archivo personal de Jaime García Terrés de su estancia en el Hotel Habana-Hilton en La Habana, Cuba, en febrero de 1959.

Fuente: Biblioteca de México, Fondo Jaime García Terrés.

Entre conversaciones con intelectuales cubanos como el ex director del periódico *El Mundo*, Luis Botifoll, familiares y colaboradores de Fidel Castro como el mexicano Guillén Celaya o el republicano Alberto Bayo, funcionarios de alto rango como Alfredo Guevara – quien presidiría al mes siguiente la fundación del Instituto Cubano de Artes e Industria Cinematográficos (ICAIC) –, García Terrés recorrió desde la recepción del hotel el 4 de febrero hasta el piso 25 “ante el panorama nocturno de La Habana, que se admira desde el bar” el 6 de febrero. Es significativo que hasta este punto, aquello que llamó la atención del poeta y que consideró como el lugar de un escritor al visitar una ciudad en proceso revolucionario fuera su hotel, donde se encontraban “los suyos”: sus contrapartes intelectuales, funcionarios, celebridades o bohemios del bar.

El 7 de febrero, García Terrés comenzó el día leyendo el periódico en su hotel, tal como ilustró dicho hábito –no sin un toque irónico– una de las caricaturas de Andrée Burg en la *Revista* (Fig. 5) y más tarde salió a dar la vuelta por el Parque Central.



Figura 5. Caricatura de Jaime García Terrés leyendo periódicos en el hotel Habana Hilton, hecha por André Burg para la Revista de la Universidad.

Fuente: Archivo Histórico de la UNAM

Al día siguiente, el 8 de febrero, la invitación de una alta funcionaria del gobierno revolucionario le hizo salir de su hotel y su barrio, en fallida búsqueda de Fidel Castro: “llevamos un pase firmado por Celia Sánchez, que nos abrirá todas las puertas”.²⁴³ Blasonar dicha condición operaba en dos sentidos: por un lado, queda claro el interés de García Terrés por hacer un recuento de los dignatarios con los que estableció relaciones, quizá como una manera de recalcar su posición, hablando con “sus iguales”. Por otro lado, esto permite considerar también que una de las contadas formas de hacer que García Terrés saliera de su hotel era tener la oportunidad de continuar realizando actividades que asumía de “escritor”, a donde fuera que se dirigiera.

Este planteamiento se apuntala con su anécdota del 10 de febrero, cuando recuerda haberse encontrado con el periodista colombiano Hugo Latorre Cabal quien “no ha resistido la tentación de conocer por sí mismo la realidad cubana”, a unas cuadras del Parque Central –de vuelta en el barrio que García Terrés frecuentaba–. Juntos fueron a tomar una copa en La Bodeguita del Medio (fig. 6), un sitio popular y famoso por ser una atracción turística desde antes de la Revolución, según Peter Moruzzi²⁴⁴, pero que Jaime García Terrés

²⁴³ *Ibid*, p. 6.

²⁴⁴ Peter Moruzzi, *Havana Before Castro: When Cuba was a Tropical Playground*, Layton, Gibbs Smith, 2008, pp. 92-94.

consideró: “algo así como una *boîte* genuinamente cubana, frecuentada por personajes de las letras y de la política; no demasiado –y es una inexplicable fortuna– por los turistas”.²⁴⁵

García Terrés asumía que el hecho de estar en La Habana permitía conocer “la realidad” del proceso revolucionario de toda la isla, a pesar de que su experiencia se había limitado a unas cuadras de los barrios del centro de la capital y algunos de los 25 pisos de su hotel. Por otro lado, en la disputa entre lo “real”, lo “auténtico” y lo “genuino”, García Terrés comenzó por reafirmarse como algo más que un turista al visitar “ese” espacio que le correspondía al ser un “personaje de letras”. Sin embargo, para validar a la Bodeguita del Medio –que, hay que insistir, era desde entonces uno de los sitios turísticos por antonomasia en La Habana– la equiparó con un bar parisino, una *boîte*. Aludía así a su experiencia de una década antes en París, referente común de los “suyos”, a quienes estaba dirigiendo su “diario” y buscando la aprobación de su experiencia personal como lo que “un escritor” tendría que hacer en La Habana.



Figura 6. De derecha a izquierda: Jaime García Terrés, el dueño de la Bodeguita del Medio, el cantante y compositor cubano Carlos Puebla y Hugo Latorre Cabal, en 1959.

Fuente: Alba C. de Rojo, Jaime García Terrés. Iconografía, México FCE/El Colegio Nacional/UNAM, 2003, p. 30.

²⁴⁵ García Terrés, “Diario de un escritor en La Habana”, p. 7.

Finalmente, también en la Bodeguita, García Terrés tuvo un encuentro con un “Señor Powell”, colaborador de un diputado estadounidense, quien lo increpó:

Me pregunta: “cómo es posible que el gobierno mexicano (“un gobierno liberal y progresista”) tolere “la campaña pro-dictatorial de algunos periodistas mercenarios”. Es una interrogación que no aguarda respuesta de mi parte. Powell se muestra en verdad indignado, y sigue hablando sin que se le interrumpa.²⁴⁶

¿Era este encuentro con Powell una de esas casualidades en las que el escritor intervenía en la sociedad, que García Terrés planteaba en 1949? ¿O se trataba, efectivamente, de un vuelco en la postura del intelectual? Parece difícil ubicarlo por completo en alguna de las dos opciones, pues la inexactitud de su reacción: “interrogación que no aguarda respuesta de mi parte”, lejos de exponer una postura clara o una opinión política formada por parte de García Terrés –más allá de la flor al gobierno mexicano “liberal y progresista”–, exhibe la superficialidad de la acción. Produjo indignación en el funcionario estadounidense, pero no es posible saber por qué. En la forma, su acción lo aproxima, de algún modo, al modelo del intelectual comprometido con la lucha revolucionaria de la isla, aunque se desconozca su motivación más allá de la “tentación de conocer por sí mismo la realidad cubana”.

El 12 de febrero, García Terrés entró al cine a ver documentales de la revolución y se dirigió a buscar a los líderes comunistas cubanos Mirta Aguirre y Carlos Rafael Rodríguez. El 13 compró discos y el 14 transcribió notas sobre el nombramiento de Fidel Castro como primer ministro. Finalmente, el 15 de febrero se despidió de La Habana, recalando que no habló con Fidel Castro o con otros líderes revolucionarios, aduciendo así haber “logrado una imagen, acaso menos espectacular, pero en todo caso nada oficial, más espontánea, más ‘vívida’, del drama cubano.”²⁴⁷ Paradójicamente, tal como se enfatizó a lo largo del presente análisis de La Habana de García Terrés, la mayor parte de sus interlocutores –en más de una ocasión concertados, no casuales– sí eran dirigentes, intelectuales o personajes estelares de la vida cultural y política cubana y americana.

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 8.

Así, la reivindicación de la experiencia personal por parte de Jaime García Terrés en su “diario” redactado como “escritor en La Habana” se convirtió en la formulación de una cartografía personal, velada como íntima y sincera por la condicionante de ser un “diario”. Sin embargo, el encierro de García Terrés en su hotel es aún más elocuente al respecto de su perspectiva sobre el proceso revolucionario desde el bar en el piso 25 del Habana-Hilton.

Por momentos, García Terrés parece justificar su propio encierro diciendo que la revolución no está en la calle, exaltando la experiencia al interior del hotel o la “autenticidad” de espacios cliché como La Bodeguita del Medio. Más allá de lo verdadera o falsa, auténtica o inauténtica que pudiera resultar la experiencia del funcionario universitario, el interés de este trabajo no está puesto en desmentirlo. Lo que se busca es evidenciar las “conexiones entre unos mecanismos de coerción y unos contenidos de conocimiento”²⁴⁸ —en palabras de Michel Foucault— vertidas en el “diario” a partir de los compromisos, implicaciones y concepciones del escritor. En este sentido, se trata de caracterizar el tipo de intelectual comprometido que García Terrés proyectó de sí mismo en su diario en torno a la Revolución Cubana y las experiencias posteriores que esto detonó, como la campaña anticomunista de 1961 que revisaremos en el quinto capítulo de esta tesis.

En la sección de reseñas de libros y revistas, a cargo de Mauricio de la Selva y Antonio Salgado, del tercer número de 1959 (mayo-junio) de *Cuadernos Americanos*, apareció un comentario sobre el número de la *Revista de la Universidad* que acabamos de glosar. Antes de citar varios párrafos de los textos de García Terrés, Monterroso y Fuentes, se afirmaba: “pensamos que sería de gran significación que las publicaciones periódicas de las Universidades latinoamericanas siguieran el ejemplo de *Universidad de México*, expresando en esta forma su júbilo por la reinstauración del régimen legal en uno de los países que más sangre joven ha abonado para conseguirlo”.²⁴⁹ Esta invitación no era sólo a la lectura del ejemplar de la *Revista*, sino un exhorto para que otras revistas “institucionales” se sumaran a apoyar a la Revolución Cubana. De tal manera que se confirmó que ambas revistas compartían no sólo colaboradores, sino también una serie de ideas que apuntalaban la labor intelectual como un trabajo fuertemente impregnado de causas políticas con las cuales comprometerse.

²⁴⁸ Michel Foucault, “¿Qué es la crítica?”, *Daimón, Revista de Filosofía*, no. 11, 1995, p. 13.

²⁴⁹ Mauricio de la Selva y Antonio Salgado, “Libros y Revistas” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CIV, no. 3, p. 299.

3. La Reforma Agraria: medidas cubanas y recuerdos mexicanos

Además de las reflexiones hechas desde México y las crónicas de los viajes a la Cuba revolucionaria, el número de marzo de 1959 de la *Revista de la Universidad de México* también publicó documentos. La mayor parte de ellos probablemente fueron tomados de los periódicos que Jaime García Terrés recolectó durante su estancia en La Habana.

Al consultar el archivo personal de García Terrés, almacenado en el Fondo Reservado de la Biblioteca de México José Vasconcelos, es posible comprobar que dentro de su método de trabajo para elaborar las publicaciones periódicas que dirigió estaba la costumbre de reunir recortes de periódicos y revistas de distintas procedencias. La sección Documentos de la edición de marzo del 59 se construyó precisamente así, con fragmentos tomados de diarios cubanos.

Dichos documentos provenían sobre todo del periódico cubano *Revolución*. Tal fue el caso del artículo “La reforma agraria” que comenzaba preguntando: “¿Pertenece Cuba a los cubanos?”²⁵⁰ El cuestionamiento era el provocativo inicio de un breve análisis sobre la propiedad agraria en Cuba, como una manera de evidenciar la necesidad de redistribuir la tierra para la producción y “contra el latifundio, uno de los factores genéticos del atraso semicolonial en que se ha mantenido a la economía cubana”.²⁵¹ La denuncia posteriormente daba lugar a celebrar el inicio de la repartición promovida por Fidel Castro, de quien se reivindicaba su autoridad como “líder máximo de la revolución. Y porque, además, ha acompañado las palabras con los hechos”. Al reparto agrario se le calificaba como una “gran tarea”: “la más alta quizá, de la Revolución triunfante”.²⁵²

De hecho, la Reforma agraria fue uno de los temas que mayores expectativas generaron en México.²⁵³ Especialmente por las comparaciones –algunas más explícitas que

²⁵⁰ “La reforma agraria”, *Revolución*, La Habana, 3 de febrero de 1959 en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959, p. 30.

²⁵¹ *Idem*.

²⁵² *Ibid*, p. 31.

²⁵³ En general, la ley cubana remitía a políticas redistributivas moderadas, acordes con los lineamientos de la ONU y la CEPAL, así como con la Constitución cubana de 1940 y la Ley Fundamental de 1959, en torno a la proscripción del latifundio. La premisa central era “redistribuir toda la propiedad privada que rebasara las 30 caballerías de tierra”. Y, “aunque la reforma agraria no implicaba un proyecto de estatización de la propiedad territorial, como el de la colectivización soviética, el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) se convirtió muy pronto en un organismo con una dirección predominantemente socialista”, con Fidel Castro a la cabeza del organismo. Rojas, *Historia mínima...*, p. 104.

otras— que se hicieron entre el proceso de reparto en la Cuba revolucionaria y el que había sucedido en México como resultado de la Revolución Mexicana, particularmente durante la presidencia del General Lázaro Cárdenas (1936-1940).

Uno de los personajes mexicanos a quien estos acontecimientos cubanos interpelaron fue a Jesús Silva Herzog, el director de *Cuadernos Americanos*. En el cuarto número de 1959, el potosino publicó en el número correspondiente a julio-agosto su artículo “La reforma agraria en México”, se trataba del esquema de un libro de próxima aparición. Aunque el interés de Silva Herzog por los temas de la reforma agraria no comenzó a raíz de la Revolución Cubana, la edición referida coincidía puntualmente con el momento de aprobación de la Ley de Reforma Agraria de Cuba el 17 de mayo de 1959. Si bien no hay referencias directas a dicho evento en el texto de Silva Herzog, la retrospectiva al reparto mexicano nos permite insistir en la mirada auto-reflexiva, que llevaba concluir el extravío de los ideales revolucionarios mexicanos, a la luz de los acelerados cambios en la isla.

En su texto, Silva Herzog analizó los distintos momentos de redistribución de la tierra del periodo colonial hasta el presente. El potosino enfatizó las diferentes características de cada momento y puso especial atención algunos periodos, como el de la presidencia de Lázaro Cárdenas. En la discusión pública, el General tenía una connotación particular de referente y brújula sobre los rumbos correctos y desviaciones de la Revolución Mexicana, probablemente eso explicaba que Silva Herzog hiciera una precisión sobre el ideario del michoacano: “el gobierno de Cárdenas puede clasificarse como de izquierda, pero de izquierda mexicana, de acuerdo con la trayectoria del movimiento social iniciado en noviembre de 1910”.²⁵⁴

Retomar las ideas de Cárdenas en torno de la reforma agraria de los años treinta le permitía a Silva Herzog reivindicar la “radicalidad” de la interpretación cardenista sobre la Constitución de 1917. Sin embargo, también enfatizaba que esto “no implica parentesco alguno con los movimientos revolucionarios de otras naciones²⁵⁵. Una alusión defensiva ante las descalificaciones por parte de los opositores al General que lo tachaban de “comunista” y pro-soviético. Dichas acusaciones aumentaron tras el reconocimiento que la

²⁵⁴ Jesús Silva Herzog, “La reforma agraria en México” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CV, núm. 4, julio-agosto 1959, p. 33.

²⁵⁵ *Idem*.

Unión Soviética le otorgó a Cárdenas en 1956: el Premio Lenin de la Paz. Cabe mencionar que la paranoia al respecto del “comunismo” de Cárdenas por parte de los sectores más conservadores de la sociedad mexicana se incrementó aún más a partir de sus expresiones de simpatía hacia la Revolución Cubana.

Tras exponer ampliamente el proyecto de Cárdenas, Silva Herzog pasaba a denunciar el abandono de este tipo de políticas, especialmente notable a partir de 1953. En consecuencia, Silva Herzog consideraba que lo fundamental era “reformular la reforma agraria”²⁵⁶, como una especie de purga de errores y reactivación de aquello que a su juicio era un baluarte de la “izquierda, pero de izquierda mexicana”.

La asociación entre Reforma agraria e izquierda se convirtió en un medio para establecer paralelismos entre la Revolución Cubana y la Mexicana. Además, este fue uno de los fundamentos para hacer llamados a comprometerse con la defensa del proceso de transformación en la isla. Este exhorto a la acción fue sobre todo hecho desde el plano intelectual, en algunos casos de manera discreta y velada, como Silva Herzog. Y en otros casos, de manera mucho más explícita y directa, como en el caso de la revista *El Espectador*.

4. *El espectador*: una experiencia editorial militante paralela

El espectador fue una fugaz revista publicada mensualmente entre mayo de 1959 y abril de 1960, resultado del entusiasmo que despertó la Revolución Cubana entre varios intelectuales vinculados a la *Revista de la Universidad de México* y a *Cuadernos Americanos*. Esta publicación les permitió expresarse paralelamente en un medio que aparentemente facilitaba hacer explícitas ciertas consideraciones políticas. Aún cuando el número de marzo de 1959 de la *Revista* demostraba la apertura de la UNAM para tratar este tipo de temas, veremos cómo con el paso del tiempo comenzó a causar escozor en algunos sectores el que este tipo de militancia se enunciara de manera frontal desde dicha institución.

El espectador era editado por un consejo editorial de dirección rotativa integrado por personajes de quienes ya se señaló su relación con la plataforma universitaria y las revistas abordadas en este estudio: Jaime García Terrés, Carlos Fuentes, Enrique González

²⁵⁶ *Ibid*, p. 41.

Pedrero, Francisco López Cámara, Luis Villoro y Víctor Flores Olea. Para el segundo número, en el que Fuentes ocupó el puesto de director en turno, en la carta editorial sin firma, titulada: “El fin y los medios” el grupo se posicionaba ideológicamente, y diferenciaba su participación intelectual en la esfera pública de aquella que correspondía a los militantes de organizaciones políticas, particularizando su “compromiso”:

El espectador se ha presentado como una revista de izquierda. ¿Qué puede significar tal afirmación? En primer lugar, que pretendemos que las páginas de nuestra revista participen en ese debate sobre los principios y problemas que tiene que afrontar la izquierda Mexicana (*sic*). No nos interesa tanto la definición —en abstracto— de la izquierda, como la precisión de los temas, de las ideas, en torno a los que la izquierda pueda devenir factor determinante de la vida política del país. Pero aclaremos: evidentemente no somos fundadores de partidos, ni somos vehículos de ninguna organización política. La organización política, como tal, no es una tarea que nos incumba directamente; ella puede y debe surgir solamente de las clases populares. Y esa labor, de momento, tiene que ver mucho más de cerca con los líderes que con los intelectuales.²⁵⁷

Examinar el tránsito de las reflexiones de Jaime García Terrés sobre el deber ser del intelectual y el escritor a la luz de este texto resultaría desconcertante si a la mitad no se colocara tanto la experiencia personal del poeta observando a la Revolución Cubana y las posturas de la red intelectual de la que formaban parte, como pudo observarse en la revisión del número de marzo de 1959 de la *Revista*.

La convergencia de Fuentes, González Pedrero y García Terrés en *El espectador* era también ilustrativa de la diversidad de espacios en los que la plataforma intelectual participaba para expresar distintos aspectos de su pensamiento. En este caso, la política se convirtió en una de sus prioridades, ya que decían: “pretendemos ir influyendo en la opinión pública, haciendo que participe en este debate político, que esté alerta de las cuestiones de nuestra vida pública. Tarea tanto más urgente cuanto que la opinión pública (*sic*), y en particular la opinión sobre política, acusa una indiferencia y un sopor alarmantes,

²⁵⁷ *El espectador*, vol. 1, núm. 2, junio de 1959, p. 3.

como resultado de los manejos de nuestra "prensa" tradicional".²⁵⁸ Así, una vez más denunciaban conjuntamente, como ya lo habían hecho García Terrés y González Pedrero en sus textos de marzo del 59 de la *Revista de la Universidad*, la opacidad en la actuación de la prensa mexicana.

Finalmente, apuntaban a hacer un ejercicio de definición del tipo de intelectual que este grupo buscaba ser a través de la participación en la opinión pública y la afirmación de sus convicciones de izquierda:

Que un grupo de intelectuales hayamos formado una revista como ésta casi no requiere justificación: queremos ver de frente la realidad del país, entender a nuestros contemporáneos, preocuparnos por los nuevos estilos de vida, reflejarlos y decirlos... Porque esto es ya un principio de transformación de la realidad. Tal vez pueda llamársele sentido de responsabilidad histórica.²⁵⁹

El tercer número de *El espectador* fue consecuente con la "responsabilidad histórica" al incorporar un reportaje sin firma sobre la Reforma agraria en Cuba, que funcionaba como un exhorto a la defensa de la Revolución Cubana en los términos que ya enunciamos a partir de las consideraciones sobre el texto de Silva Herzog:

El espectador piensa que México, como ningún otro país de América, se encuentra en la obligación histórica y moral de pronunciarse abiertamente, oficialmente, a favor de la Reforma Agraria cubana. ¿Qué hubiera dado México porque Hispanoamérica defendiera unitariamente nuestra propia lucha a favor de la justicia agraria? La solidaridad hispanoamericana ha de demostrarse con actos, no en discursos y conmemoraciones.²⁶⁰

El número, además, coincidía con el mes del aniversario del Movimiento 26 de julio festejado por primera vez desde el gobierno revolucionario. El General Lázaro Cárdenas asistió a la conmemoración, por lo que resulta casi premonitoria la elocuencia de las

²⁵⁸ *Idem.*

²⁵⁹ *Idem.*

²⁶⁰ *El espectador*, vol. 1, núm. 3, julio de 1959, p. 15.

fotografías seleccionadas para acompañar al artículo: del lado izquierdo del reportaje a ocho columnas, arriba, una fotografía de Fidel Castro rodeado de campesinos con sombreros, con el pie de foto: “la solidaridad hispanoamericana ha de demostrarse con actos” y del lado derecho, una fotografía del General Lázaro Cárdenas: “así hablaba ayer la Revolución Mexicana”. (Fig. 7)

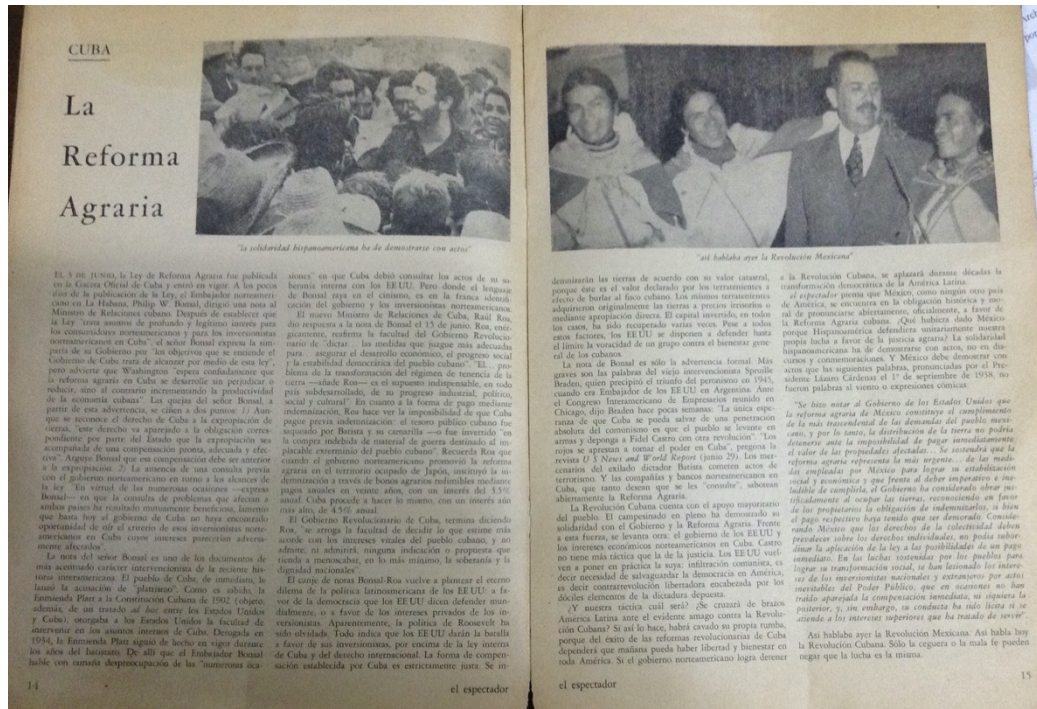


Figura 7. El artículo rompía lanzas por la continuidad histórica entre la Revolución Mexicana y la Cubana. A la primera le correspondía, ahora, la defensa de la segunda. Fuente: El espectador

El reportaje concluía precisamente con una frase que lejos de sepultar a la Revolución Mexicana la utilizaba como argumento para expresar la “obligación histórica de la defensa de Cuba y su Reforma agraria”, apelando a su vínculo directo con la mexicana de los años treinta: “Así hablaba ayer la Revolución Mexicana. Así habla hoy la Revolución Cubana. Sólo la ceguera o la mala fe pueden negar que la lucha es la misma”.²⁶¹

Sin embargo, este posicionamiento público no parecía agradar a todos los miembros de la red intelectual cercanos a García Terrés, lo cual también es expresivo de su heterogeneidad. En una tarjeta enviada desde la Embajada de México en Francia el 13 de

²⁶¹ *Idem.*

agosto de 1959, Octavio Paz se dirigía sarcásticamente al funcionario universitario en los siguientes términos:

Supongo, Jaime el Libertador, que los furores cívicos y las entrevistas y expediciones y reuniones no te impedirán, de vez en cuando, pensar en la poesía y, sobre todo, en escribirla.

Saludos cordiales.

Octavio²⁶²

Expresiones de desacuerdo como la de Octavio Paz fueron acumulándose, pues a varios sectores de la sociedad mexicana les molestaban las expresiones de simpatía por la Revolución Cubana emitidas desde la UNAM. Si bien desconocemos la respuesta dirigida directamente a Paz por parte de García Terrés, en diciembre de aquél año, el director de la *Revista* denunció en su columna “La feria de los días” una campaña “–a veces violenta de necia difamación en nuestro perjuicio, tratando de asociarnos a las más inverosímiles conspiraciones”.²⁶³ Al respecto, el funcionario defendía la necesidad de que la revista expresara públicamente sus principios políticos y periodísticos: “[la campaña contra la *Revista*] sólo sirvió para confirmar la urgencia y la significación de nuestra actitud; para movernos a continuarla; para seguir reclamando y ejerciendo el derecho de aportar, en la escasa medida de nuestras posibilidades, un contrapeso simbólico a la ola mercenaria de conformismo y mendacidad que embarga a nuestro país”.²⁶⁴

Con estas afirmaciones, García Terrés redondeaba el proceso de modificación en su concepción de la vida y labores de un intelectual. Lo que antes parecía ser sólo posible de manera accidental: incidir socialmente, ahora era no sólo un derecho, sino una obligación y convicción dada su lectura de la situación mexicana. La *Revista de la Universidad* había optado por incorporar la política a sus propuestas vanguardistas. Con ello, parecía responder explícitamente al llamado que el escritor estadounidense Charles Wright Mills

²⁶² Tarjeta sin fecha, en sobre de la embajada de México con sello de París, 13-8-1959 en Paz, *El tráfago del mundo...*, p. 50.

²⁶³ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIV, núm. 4, diciembre de 1959, p. 3.

²⁶⁴ *Idem.*

hacía en su artículo en el número de octubre de 1959 de la *Revista*: “La última oportunidad de los intelectuales”.²⁶⁵

Wright Mills hizo una revisión histórica desde la Ilustración hasta el momento en que escribía sobre las labores intelectuales. Hacia el final de su texto se preguntaba: “¿dónde se encuentra la *intelligentsia* que está llevando a cabo el gran discurso del Mundo Occidental y cuyo trabajo como intelectuales influy[e] entre los partidos y los públicos y [tiene] significación para las grandes decisiones de nuestro tiempo?”.²⁶⁶ El llamado retórico del escritor estadounidense era al compromiso intelectual con la situación de crisis contemporánea, pues les correspondía buscar respuestas a los problemas. En consecuencia Wright Mills reconocía la necesidad de que los “medios de comunicación en masa [estuvieran] abiertos a tales hombres”.²⁶⁷

Si bien Wright Mills se refería a “los hombres” en su llamado a la acción, quien respondió consistentemente a las interrogantes sobre la participación y el compromiso político de los intelectuales del estadounidense fue la cubana radicada en México Loló de la Torriente. Se trataba de una reportera del periódico *Novedades* y asidua colaboradora de la revista, quien publicó en *Cuadernos Americanos* el artículo “Realidad y esperanza en la política cubana”. De la Torriente comenzó por dirigir su artículo a una finalidad muy clara, la misma de la mayoría de los textos que hablaban sobre la revolución en Cuba, como un esfuerzo por desmentir a la prensa: “Al corazón de mucha gente sencilla que se pregunta qué pasa en Cuba”.²⁶⁸

El artículo de De la Torriente contrastaba las condiciones de vida en Cuba durante la dictadura de Batista con el nuevo panorama abierto por la triunfante Revolución Cubana. Con lo anterior, abonaba al ensalzamiento de Fidel Castro como artífice del proceso revolucionario: “producto de un ideal martiano fragante y vivo en el Dr. Castro y los bravos muchachos que con él corrieron la aventura de la muerte”.²⁶⁹ Además, destacaba valores similares al mencionado por Silva Herzog sobre Cárdenas “de izquierda, pero mexicana”, que en esta caso era: “la Revolución trata de *cubanizar a Cuba* reintegrándole las riquezas

²⁶⁵ Charles Wright Mills, “La última oportunidad de los intelectuales” en *Revista de la Universidad*, vol. XIV, núm. 2, octubre de 1959, p. 4.

²⁶⁶ *Ibid*, p. 6.

²⁶⁷ *Idem*.

²⁶⁸ Loló de la Torriente, “Realidad y esperanza en la política cubana” en *Cuadernos Americanos*, vol. CVII, no. 6, noviembre-diciembre de 1959, p. 35.

²⁶⁹ *Ibid*, p. 55.

que le pertenecen”.²⁷⁰ Este tipo de alusiones pretendían, en ambos casos, contrarrestar las acusaciones de tener ideas “extranjeras” o “exóticas”, como un eufemismo anticomunista para descalificar superficial y fácilmente.

De la Torriente retomó el mismo episodio narrado por González Pedrero en “La caída de otra dictadura”. Recordaba los últimos momentos del 31 de diciembre de 1959 como “la noche alucinante [que] se abría en un amanecer de esplendor”²⁷¹ y sobre la llegada de Castro a La Habana: “Fidel arriba a la Capital[,] millones de compatriotas lo esperan para verlo pasar. Las mujeres lloran. Los niños lo vitorean. Llueven flores sobre él y sus hombres. Nunca, otro recibimiento, tuvo carácter más espontáneo y caluroso”.²⁷²

El último apartado del artículo de Loló se llamó “Esperanza” y para ella era la palabra clave de lo que la Revolución Cubana motivó al interior de Cuba y más allá de sus fronteras, como a los intelectuales mexicanos que igual que De la Torriente se autodefinían “de izquierda”: “La Revolución Cubana tiene la importancia que le da su esencia martiana y su proyección continental. La forma en que se han articulado las ansias libertadoras de los pueblos de América constituye en realidad el ‘milagro fidelista’. Un soñador se entrega a una batalla gigantesca y la gana. La esperanza florece”.²⁷³

Inmediatamente después de la visión mesiánica sobre Fidel Castro como milagro para los pueblos americanos, De la Torriente emitía una severa crítica a las revoluciones del continente –quizá pensando específicamente en la Revolución Mexicana– y llamaba a aprender de aquellos intentos fallidos: “Todas las revoluciones en todas épocas han visto subir la resaca, pero las americanas han contemplado cómo persiste y socava debilitando las bases. No hemos de reincidir en viejos vicios”.²⁷⁴ Finalmente, concluía que ante la posible amenaza de actos contrarrevolucionarios, había “el deber de cuidar nuestra Revolución fortaleciéndola en el trabajo productivo y la solidaridad internacional”.²⁷⁵

La solidaridad internacional en defensa de la Revolución Cubana se convirtió en uno de los temas más reiterados entre la plataforma intelectual universitaria. La mirada retrospectiva hacia la Revolución Mexicana orientó la construcción de nuevas proyecciones

²⁷⁰ *Idem.*

²⁷¹ *Ibid.*, p. 58.

²⁷² *Idem.*

²⁷³ *Ibid.*, p. 63.

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 64.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 65.

utópicas en perspectiva de su contraparte cubana en 1959. Por otro lado, también dictó las prerrogativas que esto implicaba en términos de que la similitud entre ambos procesos implicaba comprometerse con la transformación cubana también desde la trinchera intelectual en México. Conforme pasó el tiempo, fue apagándose gradualmente la esperanza de que la Revolución Mexicana pudiera revivir y dio lugar a la búsqueda de adaptar o trasladar referentes de la Revolución Cubana a la situación mexicana. En esto último participaron aquellos intelectuales ya mencionados, que eventualmente vivieron una gradual radicalización durante 1960, como veremos a continuación.

Capítulo 4: La defensa del proceso de radicalización de la Revolución Cubana en 1960 en la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos*: anticomunismo, viajes y pronósticos de intervencionismo

El inicio del segundo año de gobierno revolucionario en Cuba tuvo como signo la consolidación en el poder del grupo más radical, aquel integrado por el Movimiento 26 de julio, que a la vez se aproximó a los viejos cuadros del Partido Socialista Popular cubano. Dicha configuración llevó a que 1960, llamado “Año de la Reforma Agraria” por el gobierno cubano, fuera también “el punto de arranque de la radicalización comunista”.²⁷⁶

Las tensiones entre los revolucionarios y gobiernos como el estadounidense se intensificaron en este periodo. Por un lado, se fortalecieron los vínculos entre Cuba y la Unión Soviética, como quedó claro con la visita, en febrero, del vicepresidente del Consejo de Ministros de la URSS, Anastas Mikoyan, que derivó en un “jugoso convenio de ‘intercambio comercial y pagos’”.²⁷⁷ Por el otro, la continuación de la Reforma Agraria iniciada el año previo, la nacionalización de propiedades extranjeras en el verano y la Ley de Reforma Urbana –que repartió viviendas entre los sectores más marginados de la población– mostraron los ánimos redistributivos del gobierno revolucionario.

En agosto de este mismo año, se llevó a cabo en San José, Costa Rica, la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA). En ella Estados Unidos promovió una declaración para condenar “la intervención de potencias extracontinentales en los asuntos de las repúblicas americanas”, como un intento de frenar la radicalización de la Revolución Cubana al acusarla de ser una maniobra soviética en el continente. Dicho pronunciamiento fue apoyado por casi todos los países miembros del organismo, excepto México. La respuesta soviética fue enviar cuarenta mil toneladas de material militar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Cuba.²⁷⁸

Si la ofensiva política, principalmente comandada por Estados Unidos, contra la Revolución Cubana se hizo cada vez más agresiva, la vertiente mediática de esta campaña

²⁷⁶ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015, p. 110.

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 114.

²⁷⁸ Vanni Pettinà, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018, p. 97.

adquirió un tono cada vez más afín al anticomunismo macartista²⁷⁹ y de ahí fue difundido, no sin cierta dosis de paranoia, al resto de América Latina. Para contrarrestarlo, el gobierno revolucionario cubano tomó diversas medidas desde su llegada al poder. Por ejemplo, la “Operación Verdad”, a principios de 1959, con la que Fidel Castro convocó a más de trescientos periodistas de varios países para entrevistarse con ellos en Cuba y, de paso, tratar de atraerse sus afectos y simpatías. Este tipo de acciones vincularon estrechamente a personajes del mundo intelectual y artístico, especialmente latinoamericano, con la isla. La conjunción de curiosidad, simpatía por el proceso y facilidad para aproximarse a él, generó una plataforma de validación y legitimidad entre estos sectores.

En México, la ilusión, entusiasmo y proyección hacia el futuro que el triunfo de la Revolución Cubana había generado entre la plataforma intelectual de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad*, dieron pie en 1960 a una mirada menos centrada en la celebración de la utopía y más aterrizada en la defensa puntual y concreta del proceso revolucionario ante la amenaza intervencionista de Estados Unidos, que finalmente sucedió en 1961.

En los textos publicados en ambas revistas puede observarse la defensa de la Revolución Cubana desde la tribuna intelectual universitaria, principalmente a partir de tres ejes: el primero fue apuntar claramente qué era aquello que amenazaba a la isla, principalmente el intervencionismo, el imperialismo y lo que consideraban “infundios” derivados del anticomunismo. El segundo eje contempló los argumentos para dicha defensa: referencias históricas que justificaban la adhesión (José Martí y la Revolución Mexicana, principalmente), el antiimperialismo derivado del latinoamericanismo, lo vanguardista de medidas como la Reforma Agraria, y sobre todo, a estas alturas, la demostración de que no se trataba de una revolución socialista o comunista, sino nacionalista, emparentándola con la mexicana. La diplomacia actuaba también desde las esferas gubernamentales mexicanas a la par de la UNAM, dada la invitación que

²⁷⁹ El “macartismo” vigente en Estados Unidos desde, por lo menos, los años cincuenta, llevó a cabo una feroz persecución en contra de todas aquellas personas sospechosas de tener algún tipo de simpatía por ideas más o menos progresistas o bien, directamente militar en el comunismo. Desde luego, algunos de los sectores más afectados por esta “cacería de brujas” –como fue llamada– fueron los intelectuales y los artistas. En Estados Unidos, el cine fue un foco de especial atención para el “Comité de Actividades Antiestadounidenses” del Senado, promovido por el senador Joseph McCarthy: acusaciones sin fundamento, interrogatorios, procesos judiciales y listas negras fueron la característica de esta etapa de intolerancia. Ver Román Gubern, *La caza de brujas en Hollywood*, Barcelona, Anagrama, 1987.

extendieron al entonces presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós para venir a México. Finalmente, la tercera línea postulaba los mecanismos con los que habría que defender a la Revolución Cubana: uno de los más importantes fue el compromiso intelectual, que implicaba, por ejemplo, viajar a la isla para hablar como testigo. En este capítulo trato de responder a las preguntas: ¿de qué?, ¿por qué? y ¿con qué?, este grupo de intelectuales defendía a la Revolución Cubana en sus argumentaciones en *Cuadernos* y en la *Revista*.

1. El anticomunismo como “malentendido”

El siglo XX mexicano estuvo caracterizado por las constantes tensiones entre el régimen posrevolucionario mexicano y las derechas asociadas al catolicismo, la defensa de la propiedad privada y la sociedad jerárquica, así como opuestas al nacionalismo y al comunismo. En distintos momentos, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, el gobierno permitió a distintos grupos de derecha ocupar espacios que previamente les había cerrado, pues como María del Carmen Collado señala, “el anticomunismo mexicano no nació a partir de la guerra fría, sino con la Constitución de 1917”.²⁸⁰

En general, se podría dividir al anticomunismo en dos etapas, siguiendo a Collado. La primera, entre 1917 y 1940, caracterizada por la oposición a las reformas contenidas en la Constitución de 1917. En este caso, las derechas, azuzadas por la Iglesia católica a través de organizaciones como los Caballeros de Colón y la Unión Nacional de Padres de Familia, anatemizaron con la intervención del Estado en la economía, las modificaciones a las formas de propiedad, el anticlericalismo y la defensa del Estado laico. La segunda, de 1959 a 1989 estuvo claramente asociada al temor de que se replicara en México un proceso como la Revolución Cubana. Así, al grito de “¡Cristianismo sí, comunismo no!”, las derechas se opusieron a la creación de los libros de texto gratuitos, el intervencionismo estatal y promovieron grupos de choque, como el Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO), principalmente en instituciones de educación superior públicas como la UNAM, donde el MURO operó apuntalado por diversos sectores de la propia Universidad con particular fuerza en los años sesenta y setenta.

²⁸⁰ María del Carmen Collado Herrera (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto Mora, 2015, p. 31.

El anticomunismo, desde luego, no fue un fenómeno únicamente mexicano, y en 1960 se exacerbó la disputa entre la denuncia de la radicalización de la Revolución Cubana en el discurso público estadounidense y latinoamericano y su respectiva defensa en espacios intelectuales como *Cuadernos* y la *Revista*. Quienes acusaban excesos en las políticas revolucionarias cubanas, proclamaban el peligro de las tendencias comunistas. Por su parte, los intelectuales simpatizantes del proceso en la isla argumentaban que las acusaciones de los detractores provenían de la paranoia “anticomunista” de aquellos.

En el primer número de *Cuadernos Americanos* de 1960, el latinoamericanista Leopoldo Zea abrió el número con un texto que buscaba situar el discurso anticomunista estadounidense en el marco de un prolongado intervencionismo de dicho país en América Latina, trazando una larga línea desde el siglo XIX a partir de la doctrina Monroe, hasta el presente: “podríamos decir que la guerra fría, contra el despotismo europeo en el pasado y contra el comunismo en el presente, han sido siempre buenas banderas para justificar la intervención norteamericana en Latinoamérica”.²⁸¹

Además de extender el periodo convencionalmente asignado a la Guerra Fría hasta poco más de un siglo antes del final de la Segunda Guerra Mundial, Zea acudía al ejemplo de la Revolución Mexicana para enfatizar la poca fiabilidad de las acusaciones anticomunistas: “La Revolución Mexicana, fue, ya abiertamente, presentada como una revolución comunista, pese a que ahora un embajador norteamericano la presenta como un modelo a seguir frente a revoluciones similares, que ahora resultan ser, también, comunistas”.²⁸² Si bien en 1959 la relación entre la Revolución Mexicana y la Cubana fue establecida por los intelectuales mexicanos como una vía para reactivar el letargo de la primera, Zea lo utilizaba ahora para confrontar comunismo y anticomunismo, igual que lo hizo Jesús Silva Herzog en su texto “¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro”.²⁸³

Tras hacer una revisión histórica de lo que llamó “comunismo” con distintas variantes –de Platón a la Unión Soviética–, Silva Herzog apuntaba a una conclusión cercana a lo planteado por Zea sobre “el hecho elemental, elementalísimo, de que la

²⁸¹ Leopoldo Zea, “Latinoamérica y la Guerra Fría” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CVIII, no. 1, p. 10.

²⁸² *Ibid*, p. 11.

²⁸³ Jesús Silva Herzog, “¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CVIII, no. 1, pp. 20-49.

discrepancia, el desacuerdo, la inconformidad con la organización económica, social y política, no implica ser comunista”.²⁸⁴ Este fue un argumento utilizado por distintos autores a lo largo de 1960 para defender a la Revolución Cubana aduciendo a que las medidas cada vez más radicales tomadas por el gobierno de la isla eran a lo mucho reformas de corte nacionalista. Se acusaba así una campaña de desprestigio basada en una serie de “malentendidos” por parte del paranoico anticomunismo estadounidense, incapaz de distinguir al verdadero comunismo.

2. La visita de Osvaldo Dorticós a México

Desde el gobierno mexicano también hubo algunas manifestaciones de solidaridad y apoyo a la Revolución Cubana, al menos en el plano discursivo, como Renata Keller apunta: “la amistad entre el gobierno mexicano y el cubano era superficial, más *performance* que sustancia”.²⁸⁵ Esto queda demostrado por el gran provecho discursivo que el régimen priista sacaba de emparentar la Revolución Mexicana, de la que se decía heredero, con la Cubana, a la vez que mantenía bajo vigilancia de los órganos de inteligencia a quienes manifestaban sus simpatías por el proceso en la isla. Tal vez como un mecanismo para apuntalar esta “apariencia”, en junio de 1960 el presidente cubano Osvaldo Dorticós acudió a la invitación del gobierno mexicano. Al aeropuerto fue a recibirlo el presidente mexicano Adolfo López Mateos.

En el cuarto número del año, *Cuadernos Americanos* publicó como primer artículo del tomo el discurso de bienvenida de López Mateos a Dorticós, seguido del correspondiente del presidente cubano y una serie de fotos de la visita del mandatario a México, con la nota a pie: “publicamos para conocimiento de nuestros lectores fuera de México”.²⁸⁶ De entrada era ya inusual que esta revista, enfocada en la discusión intelectual de personajes vinculados al mundo literario, universitario o artístico publicara un texto del presidente mexicano. Así que es interesante tratar de entender la función que cumplió esta publicación tanto en el tomo como para la discusión sobre los temas en torno a la Revolución Cubana, que han ocupado un lugar tan central en sus reflexiones.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 40.

²⁸⁵ Renata Keller, *Mexico's Cold War. Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, New York, Cambridge University Press, 2015, p. 85.

²⁸⁶ Adolfo López Mateos, “México y Cuba” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CXI, no. 4, p. 9.

En primer lugar, la nota a pie relativa a quién se dirigía el texto, era elocuente de la proyección que buscaban dar tanto al discurso de López Mateos como a la propia revista. Como se analizó previamente, la distribución internacional tuvo algunos vaivenes, pero fue siempre una consigna acorde con el propio nombre *Americanos* de la publicación. La frase “para nuestros lectores fuera de México” también enfatizaba el hecho de que en el país no sería necesario publicarlo, pues probablemente los lectores de *Cuadernos* estuvieron atentos –incluso presentes– en los distintos eventos en torno a la visita de Dorticós, lo cual hablaba de una expectativa de los editores sobre los lectores. Finalmente, el hecho de que el propio López Mateos pronunciara públicamente el apoyo del régimen priista a la Revolución Cubana podría haber servido como un argumento de validación frente al anticomunismo de los detractores de las simpatías de la revista por el proceso en la isla.

El discurso de López Mateos destacó algunos puntos frecuentes en la discusión sobre la defensa de la Revolución Cubana, tratados ampliamente por los diversos autores de *Cuadernos Americanos*. Uno de ellos era la denuncia del intervencionismo estadounidense, aunque no lo hiciera explícito: “este pueblo nuestro cree apasionadamente en la igualdad jurídica de los Estados y en el principio de la no intervención en los asuntos internos de los demás” y lo dirigía puntualmente al decir: “México, respetuoso de la autodeterminación de cada pueblo, está atento a Cuba y la comprende con fraternal interés”.²⁸⁷ Y más adelante, aprovechaba la oportunidad para validar su gobierno a través de las supuestas similitudes entre la Revolución Mexicana y la Cubana: “Nosotros que hemos recorrido etapas semejantes, comprendemos y valorizamos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo”, e incluso planteaba a una como guía y referente de la otra: “confiamos en que la Revolución Cubana, sea, como lo ha sido la Revolución Mexicana, un paso más hacia la grandeza de América”.²⁸⁸ Por supuesto, esto último iba a contracorriente de los análisis intelectuales que planteaban en sentido opuesto la inspiración, pues era el proceso en la isla el que guiaría y reavivaría, desde su radicalidad, a la estancada Revolución Mexicana, y no al revés, como el presidente mexicano pretendía.

Dorticós matizaba un poco la categórica afirmación del presidente mexicano y colocaba a ambos procesos casi a la misma altura, sin dejar de destacar la distancia

²⁸⁷ *Ibid*, p. 10.

²⁸⁸ *Idem*.

temporal que mediaba entre ellos: “sabemos que también, que el pueblo mexicano está cotidianamente atento al proceso de radicales y justas transformaciones por el que transita hoy la patria de José Martí, cuya Revolución es, por la profundidad de su calado y por sus vastas proyecciones americanas, hermana de la que amaneció en México en 1910”.²⁸⁹



Figuras 8 y 9. La visita de Osvaldo Dorticós al Fondo de Cultura Económica.

Fuente: Cuadernos Americanos

Tras la ceremonia oficial con López Mateos, el presidente cubano visitó algunos de los círculos intelectuales más ligados al apoyo a la Revolución Cubana, en un correspondiente acto de diplomacia cultural, en el Fondo de Cultura Económica (FCE) (figs. 8 y 9). En las fotografías con Dorticós aparecen, por ejemplo, el director del FCE, Arnaldo Orfila y el embajador mexicano en Cuba, Gilberto Bosques. El embajador cubano en México, José Antonio Portuondo, también participó en este evento, pues hay que recordar que él fue una de las piezas clave para la vinculación entre mexicanos y cubanos desde su posición. Como señalé en el caso de Eraclio Zepeda, fue Portuondo quien personalmente invitó a varios intelectuales a visitar la isla o incluso a colaborar ahí, encargándose de las gestiones necesarias desde la Embajada.

²⁸⁹ Osvaldo Dorticós Torrado, “Cuba y México” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CXI, no. 4, p. 11.

En las fotografías del acto de diplomacia cultural de Dorticós también aparece Jorge Carrión, un periodista entusiasta de la Revolución Cubana que apenas a unos meses del triunfo fundó la revista *Política* que, como ha revisado ya Juan Rafael Reynaga Mejía, se desplegó como un dispositivo de apoyo y defensa al proceso en la isla, rayando en la propaganda, incluso con ciertas pistas que conducen a elucubrar que era respaldada financieramente por la embajada a cargo de Portuondo.²⁹⁰

Es especialmente interesante la presencia del director de *Cuadernos Americanos*, Jesús Silva Herzog, pues en la primera de las fotografías aquí presentadas aparece justo en medio de Dorticós y su gran amigo Raúl Roa, ahora Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. La larga amistad entre el mexicano y el cubano, previamente narrada en este texto, desembocaba ahora en una imagen que condensaba las expectativas epistolares de liberación y reencuentro de ambos durante la represión de Fulgencio Batista, por un lado. Por el otro, evidenciaba también que detrás de los pronunciamientos políticos de apoyo a la Revolución Cubana había también fuertes relaciones personales que apuntalaron la defensa de este proceso en la mayor de las Antillas.

Otro de los grupos sociales en México que declaradamente apoyó a la Revolución Cubana fue el de los estudiantes, principalmente los del Instituto Politécnico Nacional y los de la Universidad Nacional Autónoma de México. Y dado que *Cuadernos Americanos* tenía en común con estos últimos la plataforma desde la cual elaboraban y presentaban sus discursos, se incluyó una fotografía del recibimiento popular-estudiantil a Dorticós. Una gran cantidad de pancartas con frases como “¡Viva Cuba!” denotaban el entusiasmo de los jóvenes al recibir a miembros del gobierno revolucionario cubano (fig. 10). En algunos de sus carteles también anunciaban la escuela de la que venían, como el caso de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas, lo cual enfatizaba que los productos culturales de apoyo al proceso en la isla tenían público y soporte también entre la comunidad universitaria.

²⁹⁰ Juan Rafael Reynaga Mejía, *La Revolución Cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, UNAM-UAEM, 2007.



Figura 10. Manifestación popular en apoyo al presidente cubano Osvaldo Dorticós con una nutrida presencia de estudiantes universitarios.

Fuente: Cuadernos Americanos

Más adelante aparecía una referencia visual a la reunión que el rector de la UNAM, Nabor Carrillo, sostuvo con Dorticós en el Auditorio de la Facultad de Medicina frente a varios cientos de estudiantes universitarios, que acudieron para expresar su apoyo a la Revolución Cubana (fig. 11). En dicha reunión, ocurrida el 13 de junio de 1960, Carrillo “acompañado por todos los funcionarios y directores de facultades, escuelas e institutos universitarios”²⁹¹ pronunció un discurso cuidadoso y un tanto reservado, quizá debido a las acusaciones que habían comenzado a pronunciarse al respecto de una presunta “infiltración comunista” en la Universidad. Estas acusaciones eran una manifestación más del anticomunismo ya instalado en el pensamiento de los grupos mexicanos conservadores.

²⁹¹ “Visita del presidente cubano” en *Gaceta de la Universidad*, vol. VII, Núm. 25, lunes 20 de junio de 1960, Núm. 305, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 1.



Figura 11. La visita del presidente cubano Osvaldo Dorticós a la UNAM.

Fuente: Cuadernos Americanos

El boletín de prensa emitido por la Dirección de Información y Prensa de la Universidad, adscrito a la Dirección General de Difusión Cultural, que Jaime García Terrés dirigía, presentaba el discurso de Nabor Carrillo en los siguientes términos: “el Dr. Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba, atendiendo a las invitaciones que recibió por parte de numerosos grupos estudiantiles para que visitara la Ciudad Universitaria, estuvo la mañana de hoy en nuestra máxima Casa de Estudios”.²⁹² El énfasis puesto por esta comunicación oficial en los responsables de la presencia de Dorticós en la Universidad era congruente con la medida del discurso del rector. Al atribuirle a los estudiantes la autoría de la invitación, las autoridades podían medianamente eludir las acusaciones de “infiltración comunista” que por estos momentos comenzaban a cobrar mayor fuerza. La comitiva cubana tuvo solamente dos eventos en la UNAM, la reunión de Dorticós con Carrillo y una conferencia de Raúl Roa sobre la Revolución en el Auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas.

²⁹² “Boletín de prensa 13 de junio de 1960”, Archivo Histórico de la UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, Dirección de Información y Prensa, Boletines de Prensa, Caja 5, Exp. 14 junio 1960, f. 14.

Ninguno de las anteriores fue un diálogo directo con alguno de los “numerosos grupos estudiantiles” que presuntamente habrían sido los convocantes.

El discurso de Carrillo comenzaba diciendo que la UNAM no era “sólo una casa de estudios” y destacaba “el contacto íntimo de la Universidad con las realidades del país”. Sin embargo, a lo largo de su texto no hubo ninguna mención directa a la Revolución Cubana o a alguno de los radicales procesos que acontecían en la isla caribeña. A lo que sí hizo referencia fue a la defensa frente al intervencionismo en el contexto de la Guerra Fría, la cual remitía a la famosa frase de Benito Juárez: “No basta una paz basada en el temor al poder ajeno. Aspiramos a la paz definida por un mexicano como el respeto al derecho ajeno”.²⁹³

Sobre la cautela universitaria que Carrillo manifestó, Jaime García Terrés ya había hecho algunas referencias en su columna “La Feria de los días” en el número de mayo de la *Revista de la Universidad de México*: “todo el mundo está expuesto, en los días que corren, a ser tachado de comunista notorio y peligroso. Pero existen ciertas cautelas (...). Doy en seguida unos cuantos consejos...”.²⁹⁴ Y en tono irónico, apuntaba algunos de los señalamientos hechos por la campaña anticomunista en contra de la UNAM: “¡Cuidado con la crítica a las instituciones! Pasen las censuras a la Universidad, culpable de albergar tantos ‘rojillos’: por lo demás sólo se admiten las críticas constructivas, es decir, carentes de importancia real”.²⁹⁵ Y concluía denunciando los ataques a la *Revista*: “nuestra revista acaba de ser acusada de insoportable rojismo, en Italia, por un señor argentino llamado J.R. Wilcock, debido a la distraída publicación en estas páginas de un ensayo sobre el amor, de Erich Fromm”.²⁹⁶

²⁹³ “Visita del presidente cubano” en *Gaceta de la Universidad*, Vol. VII, Núm. 25, lunes 20 de junio de 1960, Núm. 305, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 1.

²⁹⁴ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 9, mayo de 1960, p. 3.

²⁹⁵ *Idem.*

²⁹⁶ *Idem.* La referencia a Fromm se trataba de la traducción que Celia Chávez hizo de un capítulo de *The art of loving*: “El amor y su desintegración en la sociedad occidental contemporánea”, cuyas frases más “contestatorias” eran como la siguiente: “el hombre moderno se ha convertido en una mercancía; experimenta su energía vital como una inversión con la que debería obtener la máxima ganancia posible”. El texto fue publicado en un número de la revista dedicado a “El Amor”, por lo que el que la crítica de Wilcock –a la que desafortunadamente no pude tener acceso– parece un tanto fuera de lugar. Sin embargo, lo que sí se puede decir es que este parece el inicio de una serie de pronunciamientos defensivos en la *Revista* frente a las denuncias anticomunistas hechas en distintos espacios en contra de la UNAM, que irían subiendo de tono hasta llegar a una intensa polémica desarrollada en 1961. Erich Fromm, “El amor y su desintegración en la

La primera confrontación de García Terrés con las críticas anticomunistas, se ubicaba en el marco de la confluencia entre la diplomacia gubernamental que recibió a Dorticós y su contraparte, la diplomacia cultural, tuvieron un apuntalamiento discursivo mutuo. Por lo que los pronunciamientos presidenciales de apoyo a la Revolución Cubana funcionaron como un escudo oficialista ante la campaña anticomunista en contra de los intelectuales de la *Revista*.

La coincidencia de propósitos entre el régimen priista y los intelectuales vinculados a las dos publicaciones aquí analizadas no implicaban dejar de lado algunos comentarios sobre la vigencia de la Revolución Mexicana, a propósito de su cincuenta aniversario ese mismo año. En este punto es interesante decir que la *Revista de la Universidad de México* prestó un poco más de atención a esta conmemoración que *Cuadernos Americanos*. La Revolución Cubana pareció opacar considerablemente la discusión al respecto de este tema, pues estuvo más presente como contraste del proceso en la isla que por sí mismo.

3. Cincuenta años de la Revolución Mexicana en dos publicaciones periódicas vinculadas a la UNAM

En el marco de la conmemoración del cincuenta aniversario de la Revolución Mexicana se editaron al menos cuatro libros de cierta relevancia: *La revolución social de México*, de Manuel González Ramírez, la *Breve historia de la Revolución Mexicana*, de Jesús Silva Herzog, *La verdadera Revolución Mexicana* de Alfonso Taracena, y un texto más: “la Presidencia de la República impulsó la publicación en el Fondo de Cultura Económica de una obra en cuatro gruesos volúmenes intitulada *México. 50 años de Revolución*”.²⁹⁷ Ésta última contó con la participación de sesenta y dos autores, entre los que se encontraban Edmundo O’Gorman, Pablo González Casanova, Porfirio Muñoz Ledo, Emilio Portes Gil y Jaime Torres Bodet, entre otros. Cada volumen estuvo dedicado a una temática: economía, vida social, política y cultura. En el ámbito intelectual, este fue uno de los mecanismos del régimen priista para reivindicarse como heredero y continuador del proceso revolucionario.

sociedad occidental contemporánea” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIII, Núm. 10, junio de 1959, p. 10.

²⁹⁷ Guillermo Hurtado, “Historia y ontología en México: 50 años de revolución” en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 39, enero-junio de 2010, p. 118.

Por otro lado, otros intelectuales también expresaron sus perspectivas sobre el medio siglo transcurrido desde la revolución. Tal fue el caso de quienes colaboraban en la *Revista de la Universidad de México*. Jaime García Terrés publicó en “La feria de los días” de la edición de septiembre una reflexión sobre la abstención de México en la reunión de agosto de la OEA en Costa Rica. Ante la protesta promovida por Estados Unidos contra Cuba, García Terrés enfatizaba la doble cara del régimen priista: “por una parte, la política internacional de nuestro régimen ha querido mostrar en Costa Rica la justicia, la firmeza y la habilidad de sus mejores momentos. De otro lado, en lo interno, se prosigue rehuyendo el diálogo, endiosando la retórica, preconizando el estancamiento indefinido de las instituciones y los programas”.²⁹⁸ La ambivalencia que García Terrés describía no era más que una introducción a su reticencia hacia los “festejos” por el medio siglo de la Revolución Mexicana, y al respecto lanzaba las siguientes interrogantes: “¿No es hora ya de que los mexicanos vayamos aprendiendo a usar la cabeza? ¿No es hora ya de ir tratando de emprender, cualesquiera que sean las ideas que se profesen, un análisis honesto de la realidad contemporánea?”. Hasta aquí planteaba la necesidad de hacer un balance desideologizado del verdadero estado del proceso revolucionario mexicano, pero cerraba su invectiva con una pregunta que miraba hacia el futuro: “¿No es hora de buscar un camino sólido, positivo y eficaz, que reemplace nuestras actuales oscilaciones y vacilaciones?”.²⁹⁹ Así, la mirada que apuntara a modificar la situación mexicana necesariamente tendría que conducir a buscar nuevas rutas alternativas y derroteros, que posiblemente llevarían a observar las posibilidades de procesos afines, como la Revolución Cubana.

Llegado el mes de la conmemoración revolucionaria, noviembre, *Cuadernos Americanos* publicó, en su último número del año, un par de textos de Jesús Silva Herzog y François Chevalier sobre la Revolución Mexicana. En el caso del primero, “Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917)”, se trataba de la sección introductoria de su *Breve historia de la Revolución Mexicana*, sin embargo, no contenía ninguna reflexión claramente relacionada con la conmemoración. En el caso de Chevalier, si bien se enfocaba en observar el aspecto más radical de los componentes del proceso mexicano, “Un factor decisivo de la revolución agraria de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)”

²⁹⁸ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XV, núm. 1, septiembre de 1960, p. 3.

²⁹⁹ *Idem.*

tampoco aludía directamente a un balance del presente con perspectiva histórica³⁰⁰, sino a un trabajo monográfico sobre el proyecto del líder agrarista.

Silva Herzog había publicado aquel año una de las obras por las que a la postre sería más recordado, pues se convirtió en uno los textos canónicos sobre la Revolución Mexicana: la *Breve historia de la Revolución Mexicana*. Por lo tanto, resulta pertinente remarcar que, en el número de noviembre de la *Revista de la Universidad de México*, el economista también publicó un fragmento de su obra bajo el título homónimo de “Breve historia de la Revolución Mexicana”. Aquí abordaba los años previos (1908-1910) al fragmento que publicó en *Cuadernos Americanos*, acompañado de ilustraciones y titulares de periódicos de la época.³⁰¹

Una aproximación más enfocada en el balance del presente de la Revolución Mexicana fue la que presentó Enrique González Pedrero en su texto “50 años después”. En él hacía una invitación a la izquierda mexicana: “un análisis concreto de la actitud contemporánea de izquierda debe partir del proceso social iniciado en 1910 cuando adquirió, como posición política, un sentido moderno”³⁰² y se refería al estancamiento del proceso en los siguientes términos: “influyó tanto el pasado que a pesar de la fuerza renovadora, de lo revolucionario, la inercia le restó progresivamente velocidad hasta casi nulificarlo, hasta asimilárselo”.³⁰³ González Pedrero afirmaba que el mayor de los vicios de este proceso revolucionario era su proceder “desde arriba”, es decir, el centralismo político que imposibilitaba la comunicación con “los de abajo” y obstaculizaba defender sus intereses.

Después de marcar como eje al tránsito entre 1958 y 1959, “por dos acontecimientos políticos capitales: la lucha que los obreros comenzaron a librar a favor de su independencia sindical y el triunfo de la Revolución Cubana”, González Pedrero afirmaba categórico: “hemos visto cómo la Revolución Mexicana utilizó un método que ha

³⁰⁰ Jesús Silva Herzog, “Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917)” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CXIII, núm. 6, pp. 135-164; François Chevalier, “Un factor decisivo de la revolución agraria de México: ‘El levantamiento de Zapata’ (1911-1919)” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CXIII, núm. 6, pp. 165-187.

³⁰¹ Jesús Silva Herzog, “Breve historia de la Revolución Mexicana” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 3, noviembre de 1960, pp. 11-20.

³⁰² Enrique González Pedrero, “50 años después” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 3, noviembre de 1960, p. 4.

³⁰³ *Ibid*, p. 5.

comenzado a revelarse incapaz para resolver los problemas de nuestra época” y llamaba a resolver cuatro demandas para “actualizar la Revolución Mexicana, llenarla del contenido contemporáneo que le falta, darle nuevos alientos y vigorizarla para la lucha que tendrá que librar en un futuro que es ya casi presente”: democracia agraria, económica, sindical y política. Sólo así, la Revolución Mexicana sería capaz de trascender hacia el futuro, haciéndose responsable del papel “histórico” que le correspondía.³⁰⁴

Si bien estas evaluaciones a cincuenta años del inicio de la Revolución Mexicana no apuntaban tan explícitamente a la Revolución Cubana como guía de la manera en que lo hacía *El Espectador* el año anterior, los balances sí tomaban como esquema analítico el proceso de radicalización de la isla. El futuro posible para el proceso mexicano dependía de retomar y ahondar los procesos de transformación que habían quedado un tanto suspendidos o estancados con el paso de los años. El referente de las reformas cubanas era ineludible para los autores vinculados a la plataforma universitaria de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*.

4. Más viajeros en La Habana

Entre los exiliados españoles que llegaron a México, ya se ha señalado la importancia de aquellos vinculados con Alfonso Reyes y Jesús Silva Herzog, entre otros, que se unieron a proyectos intelectuales y académicos, como La Casa de España o *Cuadernos Americanos*. Sin embargo, para finales de los años cincuenta había un pequeño grupo de ellos que consideraban que aún había algunos temas y asignaciones pendientes, por lo que se asociaron para formar una nueva editorial, enfocada principalmente en textos políticos. El 5 de agosto de 1960 en las instalaciones de Imprenta Madero, ubicadas en Aniceto Ortega número 1358 en la Ciudad de México, se reunieron cinco socios: los hermanos Jordi, Francisco y Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín, para fundar Ediciones ERA –acrónimo de sus apellidos–.³⁰⁵ El libro que lanzó dicho proyecto fue *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez con un epílogo de Enrique González Pedrero, “La fisonomía de Cuba”.³⁰⁶

³⁰⁴ *Ibid*, pp. 7-9.

³⁰⁵ Los cinco socios eran exiliados españoles que habían pertenecido a las Juventudes Socialistas Unificadas en España, fundadas en 1936 en contra del fascismo. Jordi Espresate estuvo a cargo de la editorial hasta que se fue a Cuba en 1962. A partir de entonces, su hermana, Neus Espresate tomó las riendas hasta 2009. José Carlos Reyes Pérez, “*El sueño mayor de hacer libros*”: *Era. Cultura escrita en español y la difusión de las*

El hecho de que Editorial ERA eligiera publicar *La batalla de Cuba* en su lanzamiento enfatiza el tipo de reflexiones políticas que le interesaban. Dado el carácter reivindicativo del proceso cubano en el texto de Benítez, en esta publicación subyacía un cierto compromiso intelectual y editorial. Sin embargo, no hay que olvidar que apenas dos meses antes, en junio, el gobierno mexicano había recibido al presidente cubano Osvaldo Dorticós, en un acto oficial en el que Adolfo López Mateos celebró ampliamente la hermandad entre la Revolución Cubana y la Mexicana. Parecía un buen momento para estar del lado de los cubanos, pues la corrección política empataba de pronto con el compromiso intelectual “de izquierda”, lo cual no fue desaprovechado por los mexicanos al proyectar sus autoconcepciones como “intelectuales comprometidos”, en busca de obtener capitales que les permitiera negociar prebendas incluso con el propio régimen, al menos de manera esporádica y pasajera durante estos momentos. Desde luego esto también generó suspicacias entre algunos sectores anticomunistas, para quienes López Mateos “más que un nacionalista, era un izquierdista peligroso por sus simpatías con Cuba”.³⁰⁷

Entre los intelectuales mexicanos que supieron aprovechar bien este tipo de oportunidades estaba el autor principal de *La batalla de Cuba*, Fernando Benítez. El periodista se ubicaba al centro de una amplia red de contactos intelectuales y políticos, al ser el director de uno de los semanarios culturales más populares de aquella década: *México en la Cultura* del periódico *Novedades*. A pesar de que este personaje no se desenvolvía cotidianamente en la UNAM, llegó incluso a formar parte de la Junta Editorial de *Cuadernos Americanos* desde finales de 1961. Quizá fueron este tipo de posiciones las que le permitieron ser uno de los más de trescientos periodistas invitados por Fidel Castro a entrevistarse con él en La Habana, en el marco de la “Operación Verdad” en 1959. Fue en este contexto en el que Benítez comenzó su crónica de la Revolución Cubana.

La crónica del viaje de Benítez, *La batalla de Cuba*, vino a inscribirse en la serie de memorias de viajes a la isla revolucionaria de intelectuales mexicanos, inaugurada por Jaime García Terrés con su “Diario de un escritor en La Habana” en el número de marzo de 1959 de la *Revista de la Universidad de México*. Si bien el diario de García Terrés tuvo

ciencias sociales a través de una editorial. 1960-1989. Tesis de Maestría en Historia Internacional, CIDE, 2016, pp. 56-58.

³⁰⁶ Fernando Benítez, *La batalla de Cuba*, México, Ediciones ERA, 1960, 184 pp.

³⁰⁷ Collado, *Las derechas en el México contemporáneo...*, p. 25.

como eje conductor su autorepresentación como intelectual, Benítez no lo hizo tan explícito –aun cuando se trataba de la misma búsqueda de proyección que García Terrés– y dedicó de lleno su texto a la defensa de la Revolución Cubana, por demás elocuente desde el título elegido: *Batalla* en contra de “la prensa del continente y sus poderosas agencias de noticias [...] empeñadas en oscurecer los hechos y el significado de una revolución heroica”.³⁰⁸

La campaña mediática a la que se refería Benítez se conformaba a partir de las acusaciones anticomunistas que la prensa norteamericana, pero también mexicana y, en general, las latinoamericanas hacían de la Revolución Cubana, por lo que era importante, una vez más aproximarlos a los lectores mexicanos: “¿Por qué sentaron a Cuba en el banquillo de los acusados? Los mexicanos podríamos decir mucho acerca de ello, porque también nuestro país ha ocupado durante largos años la desagradable situación del acusado. En el tiempo de la Revolución, la prensa extranjera prácticamente agotó su reserva de condenaciones”.³⁰⁹ Defender al proceso en la isla era así casi una conmemoración de la propia Revolución Mexicana.

El texto de Benítez hacía constantes comparaciones entre lo que consideraba un prometedor futuro revolucionario y el pasado batistiano, al que llegó a caracterizar en los siguientes términos, sin duda hiperbólicos: “Yo he visto algunos campos de concentración de Hitler y creo que no son inferiores a las comisarías y a las cárceles de Batista”.³¹⁰ Enfatizando su condición de testigo observador de distintos rastros históricos buscaba dotar de legitimidad a su comparación, en primer lugar, y de justificar, de alguna manera, la letalidad con la que el nuevo régimen cubano fusilaba a los ex colaboradores de Batista –comparado con Adolf Hitler, por Benítez–. Rafael Rojas ha calculado la cifra en 553 ejecuciones en 1959 y más de 1330 para 1960, por parte del gobierno revolucionario en la isla.³¹¹ Dicha cantidad, sin duda, derivó en una igualmente abundante cantidad de críticas, por lo que Benítez dedicó varios párrafos a justificar la letalidad del castrismo.

“¿Por qué reclamamos piedad para los asesinos cuando no la tuvimos de sus víctimas?”, preguntaba Benítez. Y como respuesta enlistaba una serie de manifestaciones públicas en las que reproducía el clamor popular de venganza: “las voces gritan: ¡Que los

³⁰⁸ *Ibid*, p. 11.

³⁰⁹ *Ibid*, pp. 11-12.

³¹⁰ *Ibid*, p. 16.

³¹¹ Rafael Rojas, *Historia mínima...*, p. 110.

maten, que los maten!”. Este tipo de exclamaciones habían sido pronunciadas en un mitin convocado por Fidel Castro el 21 de enero de 1959 para tratar el tema de las ejecuciones a manera de “un gigantesco tribunal”³¹², al que también estuvieron invitados los periodistas de la “Operación Verdad”.

Hablar en favor de los fusilamientos implicaba una argumentación por lo menos polémica. Sin embargo, en lo que sí hubo un cierto consenso a la hora de emprender las distintas defensas intelectuales de Cuba fue en confrontar al anticomunismo. Benítez citaba una pancarta en la misma manifestación del 21 de enero que ponía: “CUBA LIBRE: NI COMUNISTA NI VENDIDA A LOS ESTADOS UNIDOS”. De esta manera introducía además el antiimperialismo para responder a la denuncia estadounidense de la injerencia soviética. Y para apuntalarlo, Benítez citaba al propio Fidel Castro en una conferencia de prensa al día siguiente del mitin: “Quiero aclarar aquí que yo no soy comunista, porque estoy seguro de que lo primero que van a querer decir después de esta campaña, es que nosotros somos comunistas. Nosotros antes que nada sentimos los intereses de nuestra patria y de nuestra América que es también una patria grande”.³¹³

Con la cita de Fidel Castro, Benítez introducía además dos elementos que serían muy útiles para las argumentaciones en defensa de Cuba una vez que el gobierno revolucionario se declaró formalmente socialista y desmentirlo en el papel ya no fue posible. El primer asunto era la defensa de los intereses cubanos, es decir, el nacionalismo como eje central de las políticas radicales y las confrontaciones contra el intervencionismo estadounidense. El segundo era el latinoamericanismo como consecuencia de un nacionalismo ampliado, que terminó por condensarse en frases como: “defender a Cuba es defender a América Latina” en nombre de la libre determinación de los pueblos a elegir su gobierno, independientemente de ya no poder desmentir la orientación comunista del gobierno cubano.

En la misma línea de defensa desde el no-comunismo cubano, el antiimperialismo y el latinoamericanismo, *Cuadernos Americanos* incluyó una crónica de la visita a Cuba del argentino Alfredo Palacios³¹⁴ en el quinto número de 1960 (septiembre-octubre). Dicho

³¹² Benítez, *op. cit.*, p. 22.

³¹³ *Ibid*, p. 27.

³¹⁴ El argentino Alfredo Palacios nació en Buenos Aires en 1878. Fue recordado por ser “el primer diputado socialista electo en todo el continente americano. Su actividad política y participación en movimientos

texto fue enviado por Palacios a la revista, acompañado de una carta en la que ofrecía al director Jesús Silva Herzog el trabajo, con la condición de que “por tratarse de un ensayo en que defiende al movimiento revolucionario, no [aceptaría] remuneración alguna”.³¹⁵

Aceptar el ofrecimiento de Palacios también le permitió a Silva Herzog expresar su visión sobre la Revolución Cubana al responder: “yo estoy enteramente identificado con el movimiento revolucionario cubano. Me parece que es un suceso de enorme trascendencia para toda la América Latina”. Y enfatizaba sus implicaciones latinoamericanistas: “Tal vez se esté jugando en la Isla el futuro inmediato de nuestros pueblos”. Remataba verbalizando su compromiso intelectual y el de su revista con los líderes de la isla revolucionaria: “No es necesario decirle que *Cuadernos Americanos* ha estado desde un principio con Fidel Castro y los suyos”.³¹⁶ A propósito de la visita de Dorticós a México, Silva Herzog también le compartió a Palacios su denuncia sobre la exacerbación del discurso anticomunista asociado al imperialismo estadounidense: “los lacayos de los Estados Unidos y los derechistas de toda laya están disgustadísimos, hablando de la infiltración comunista”.³¹⁷

Alfredo Palacios tituló a la crónica de su visita a Cuba: “Una revolución auténtica en Nuestra América”. Establecía una diferencia con los golpes de Estado a los que algunos críticos intentaban equiparar la Revolución Cubana, y además retomaba de José Martí la “Nuestra América” para referirse a todo el continente. El texto estaba centrado en la defensa de la revolución frente al anticomunismo, por lo que hacía referencia a personajes históricos, como en este caso: “Martí, siempre Martí, fue el inspirador de esta revolución que no se somete a ningún sistema y a ninguna doctrina y que sólo proclama el humanismo del mártir libertador”.³¹⁸

sociales le llevó a tener que exiliarse de Argentina en diversas ocasiones o a ser encarcelado, una de ellas durante el gobierno de Juan Domingo Perón en los cincuenta. Publicó más de cincuenta textos de historia, sociología, derecho y política. Fue profesor de una gran cantidad de universidades latinoamericanas, entre ellas: San Marcos, Lima, Cusco, Arequipa, México y Río de Janeiro. Gregorio Selser, “Alfredo Palacios” en Jesús Silva Herzog, *Biografía de amigos y conocidos*, México, Cuadernos Americanos, 1980, pp. 285-289.

³¹⁵ En septiembre, Silva Herzog envió un cheque de noventa dólares a Palacios, como pago por su artículo. Éste último lo devolvió a vuelta de correo. Este gesto reafirmaba el compromiso intelectual y los motivos militantes que habían llevado a Cuba a Palacios, invitado por Osvaldo Dorticós. Carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 15 de junio de 1960. *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981, p. 259.

³¹⁶ Carta de Jesús Silva Herzog a Alfredo Palacios, 21 de junio de 1960, *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981, p. 260.

³¹⁷ *Idem.*

³¹⁸ Alfredo Palacios, “Una revolución auténtica en Nuestra América” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CXII, no. 5, septiembre-octubre 1960, p. 17.

La narración de lo que Palacios había podido ver y conocer en Cuba estaba bajo el rasero del proclamado compromiso con la verdad y en contra de la difamación y la mentira de las campañas anti-Cuba: “he ido a Cuba para ver y relatar después objetivamente lo que he visto”. Sus observaciones sobre la Reforma Agraria, la alfabetización y el no-comunismo de la isla llegaban más o menos a las mismas conclusiones: “se trata de una revolución humanista, sin ideologías extrañas, única revolución profunda que puede realizarse en Nuestra América porque se fundamenta en postulados éticos”.³¹⁹ Además de sus propias observaciones, se apuntalaba con citas de otros personajes, conocidos por su moderación política, como José Miró Cardona –aún cuando para este momento ya había sido depuesto y sustituido por el propio Fidel Castro como Primer Ministro–: “Miró Cardona sobre Fidel Castro: ‘Es un defensor de la doctrina de José Martí, doctrina de la democracia, del amor al hombre y del nacionalismo cubano. Por eso Castro nunca se convertirá en dictador’”.³²⁰

La insistencia en el nacionalismo martiano de la Revolución Cubana llevaba a Palacios a clarificar el anticomunismo estadounidense como resultado de una política de castigo por las reformas radicales del gobierno cubano: “Ahora se alarma E.U.A. porque hay una revolución que afecta intereses norteamericanos, pero no advierte que esos intereses son los que han impedido el desarrollo de la potencialidad de Cuba”.³²¹ Dicho esto dotaba de sentido a una preocupación que el argentino manifestaba en su texto matizada por lo que percibía como una fuerte convicción popular con la revolución: “¿Se está preparando ahora la intervención a Cuba? Cuba está de pie. Los niños, las mujeres y los hombres defenderán la patria. Su lema es Patria o Muerte. Antes fue Patria y Libertad”.³²²

La Revolución Cubana logró construir en torno suyo un blindaje “ético” –para retomar las palabras de Palacios–, en algunos sectores del mundo intelectual latinoamericano. Sin duda, los viajes promovidos por la propia isla para ir a conocer el proceso de primera mano fueron una exitosa estrategia, que agregó algunos otros elementos conforme avanzó la década. Con los años, ya no se trató únicamente de visitar Cuba para contar “lo visto” y “lo escuchado”, sino para participar directamente en los procesos de

³¹⁹ *Ibid*, p. 31.

³²⁰ *Ibid*, p. 41.

³²¹ *Ibid*, p. 41.

³²² *Ibid*, p. 28.

transformación (por ejemplo, mediante la alfabetización), los concursos literarios, las reuniones musicales, los congresos internacionales y una gran diversidad de eventos que congregaron a todo tipo de personas, fomentando la construcción de “legitimidad” como principal defensa frente a los ataques externos.

Sin embargo, el incremento en las tensiones entre el gobierno revolucionario cubano y el gobierno de los Estados Unidos se percibía cada vez más amenazador entre los intelectuales de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad*. Tanto en el plano que directamente les afectaba con la paranoia anticomunista que García Terrés elocuentemente describía, como con la proximidad de una posible intervención directa estadounidense en tierra cubana. Estos asuntos fueron quizá también los que los llevaron a establecer contacto e intercambios en torno de este tema con algunos intelectuales estadounidenses. Las discusiones que tuvieron parecían premonitorias en algunos casos y en otros eran expresión de una mezcla de cinismo e inocencia con respecto a la invasión que el gobierno norteamericano ya preparaba para el año siguiente.

5. Diálogos latinoamericanos-estadounidenses en torno al intervencionismo

En la última carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, fechada en noviembre de 1960, el argentino transmitía al economista mexicano su convicción de que un ataque militar de Estados Unidos a Cuba no era algo de lo cual temer. Para Palacios lo más importante era continuar la defensa del proceso revolucionario cubano, como guía vanguardista latinoamericana: “el pesimismo es una enfermedad contagiosa. No habrá intervención armada. La declaración de Costa Rica [OEA] demuestra el temor que tienen los gobiernos de Nuestra América, en presencia de la unanimidad de los pueblos. Sigamos defendiendo a Cuba, que nos da el ejemplo de coraje y dignidad”.³²³ El optimismo mezclado con precaución de Palacios era compartido por algunos intelectuales estadounidenses al referirse a los planes intervencionistas de Estados Unidos en Cuba.

En esta última sección haré un breve recuento de las reflexiones críticas y diálogos que algunos intelectuales estadounidenses mantuvieron en *Cuadernos* y la *Revista* sobre el papel que consideraban debía tener tanto el mundo intelectual norteamericano como el

³²³ Carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 30 de agosto de 1960. *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981, p. 261.

propio gobierno estadounidense frente al proceso de radicalización en Cuba. La mayor parte de ellos sugerían ser cautelosos, pero algunos también dejaban asomar cierto tipo de entusiasmo por lo que dichas medidas podían significar para el resto del continente.

Uno de ellos fue Frank Tannenbaum, quien era conocido en la historiografía por ser “el primer intérprete extranjero de la Revolución de 1910” con sus trabajos: *The Mexican Agrarian Revolution* (1929), *Peace by Revolution* (1933) y *Mexico: The Struggle for Peace and Bread* (1950).³²⁴ El texto de Tannenbaum apareció en *Cuadernos* en el número de marzo de 1960 bajo el título de “La política en América Latina”.³²⁵ Este ensayo estaba centrado en criticar el “caudillismo” de Fidel Castro: “puede renunciar a su cargo de primer ministro, pero no a su autoridad personal. El caudillo gobierna por su mera presencia”.³²⁶

La relación de Estados Unidos con América Latina, a propósito del intervencionismo, era puesta en perspectiva por Tannenbaum a partir del creciente nacionalismo, sobre todo en su vertiente antiimperialista: “existe otra dificultad, y es que el nacionalismo ha tomado un sesgo antiextranjero y se ha convertido en consigna de los demagogos y de los políticos ambiciosos”.³²⁷ En el fondo, el texto de Tannenbaum era una crítica a la Revolución Cubana, que si bien no afirmaba categóricamente la necesidad de una intervención, sí hallaba señales de alerta en el tono nacionalista-latinoamericanista del creciente “caudillismo” de Castro. Esta perspectiva desde Estados Unidos y de ciertas miradas académicas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX terminaron por justificar, de una u otra manera, el intervencionismo estadounidense como un mal menor frente al que consideraron el mayor de todos: el comunismo, en este caso en forma de pregón “caudillista” y “nacionalista”.

Al otro lado de la precaución de Tannenbaum, se encontraba Charles Wright Mills. En la entrevista que le hicieron al sociólogo estadounidense para *Cuadernos Americanos*, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés y Enrique González Pedrero –por

³²⁴ Tannenbaum había sido un militante anarquista en su juventud. Más adelante, aunque no dejó de lado su militancia política, se enfocó en su carrera académica y llegó a fundar una gran cantidad de instituciones y espacios académicos, como los Seminarios de la Universidad de Columbia en Nueva York, donde también fue profesor de Historia Latinoamericana durante casi treinta años. Charles A. Hale, “Frank Tannenbaum y la Revolución Mexicana” en *Secuencia*, núm. 39, sep-dic 1997, pp. 127-128.

³²⁵ Frank Tannenbaum, “La política en América Latina” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CIX, marzo-abril 1960, pp. 91-117.

³²⁶ *Ibid*, p. 92.

³²⁷ *Ibid*, p. 103.

cierto, todos ex miembros de *El Espectador*– trataron principalmente tres temas: “Izquierda, subdesarrollo y guerra fría”.³²⁸

El diálogo de Wright Mills con los escritores mexicanos comenzó abordando el problema del intelectual y su compromiso, aún no sobre la Revolución Cubana, sino en general el papel de este tipo de personajes en el mundo. Mills hacía una diferenciación del ser intelectual en dos tipos: aquel que se desenvolvía en sociedades desarrolladas como la estadounidense, y quienes lo hacían en las subdesarrolladas, como las latinoamericanas. Mills consideraba que los primeros resultaban intrascendentes, “debido al ascendiente total de una ética comercial en las capas medias de la producción cultural”, es decir un criterio meramente acomodaticio y mercantil de la producción intelectual.³²⁹ Para el sociólogo, el rol intelectual era realmente relevante cuando “los intelectuales se colocan en la extrema izquierda revolucionaria precisamente cuando confluyen las siguientes circunstancias: subdesarrollo económico, pobreza abismal y gobierno autocrático”, es decir como sucede en los países subdesarrollados. Tanta era la idealización de la figura de los intelectuales por parte de Wright Mills que les asignaba una tremenda responsabilidad en el Tercer Mundo: “El único factor de transformación que veo en estos países es, en sentido amplio, la clase intelectual. Por lo tanto, si las revoluciones no tienen lugar, la culpa es del intelectual”, aunque remataba añadiendo un obstáculo más: “el tremendo poder económico desplegado por los Estados Unidos”.³³⁰

Tras hacer la radiografía puntual de sus expectativas sobre el intelectual tercermundista, Wright Mills pasaba a ocuparse de las limitaciones impuestas al país latinoamericano más próximo a cumplir dichas elucubraciones utópicas de liberación: Cuba. Desde luego, el principal obstáculo era el intervencionismo estadounidense. Para el sociólogo esto no era demasiado grave, pues consideraba que la cautela de Estados Unidos no le permitiría volver a hacer incursiones militares como lo había hecho en Nicaragua a principios del siglo XX o en Guatemala apenas un lustro antes, en 1954. Con un tono entre lúgubre y optimista, Mills decía: “Una vez que una revolución ha triunfado y comienza a ejecutar actos revolucionarios, la acción de los Estados Unidos sólo puede ser económica o

³²⁸ José Emilio Pacheco también elaboró una breve reseña sobre este coloquio: “Izquierda, subdesarrollo y guerra fría” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 9, mayo de 1960, p. 32.

³²⁹ Charles Wright Mills, “Izquierda, subdesarrollo y guerra fría. Un coloquio sobre tres cuestiones fundamentales” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CX, núm. 3, pp. 63-64.

³³⁰ *Ibid.*, pp. 65-68.

militar, no política. Se ha ido más allá de la política. En Cuba, desde luego, ha habido muchos pretextos, y habrá más para la intervención norteamericana. Pero no ha habido intervención y no creo que la habrá”.³³¹ Al año siguiente, el desembarco en Playa Girón se encargaría de desmentirlo.

En el mismo tono de Wright Mills, sobre la relación entre los intelectuales de distintas sociedades del mundo con la Revolución Cubana, el profesor de la Universidad de Harvard, Robert Paul Wolff escribió un texto para la revista francesa *Les Cahiers de la Republique* (julio-agosto, 1960), que fue traducido y reproducido por la *Revista de la Universidad de México* en su número de agosto de 1960. En este breve ensayo, el filósofo hacía un repaso sobre el tránsito de los medios e intelectuales en Estados Unidos, “decididamente favorables a Castro en un principio, ahora están reticentes, si es que no hostiles”.³³² La visión estadounidense apuntaba a que “el régimen revolucionario de Fidel Castro no corresponde en absoluto al tipo de democracia constitucional que los liberales podían apoyar sin reservas” y Wolff enfatizaba las amenazas que ya comenzaban a ser de intervención violenta, lanzadas desde la prensa de aquel país. El profesor de Harvard vaticinaba que las relaciones entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba terminarían siendo definidas por la proximidad de la segunda con la Unión Soviética. Paradójicamente, sería el propio gobierno norteamericano en 1961 el que se encargaría de precipitar dicha cercanía.

Entre los motivos que Wolff ubicaba para explicar el desplazamiento de la simpatía hacia la reserva y la hostilidad al castrismo estaban las ejecuciones a las que me he referido antes. Sin embargo, el filósofo lo contrastaba con otras acciones como la Reforma Agraria y el Instituto Nacional de Reforma Agraria y reprochaba a las izquierdas “liberales” estadounidenses: “hubiera podido esperarse que los liberales apoyasen, en Cuba, un programa y reformas por los cuales lucharan con tanto éxito en EE. UU. Sin embargo, negaron ese apoyo”.³³³

El distanciamiento de los liberales americanos, Wolff lo atribuía a “una falsa interpretación de la Revolución Cubana” desprendida también de una mala comprensión de

³³¹ *Ibid*, p. 68.

³³² Robert Paul Wolff, “Los liberales y Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIV, núm. 12, p. 20.

³³³ *Ibid*, p. 22.

“las estructuras económicas y sociales como subordinadas a las leyes y a la política”, lo cual llevaba a dar demasiada importancia a asuntos “accesorios de la democracia” como la libertad de prensa, las elecciones y el respeto a la ley. Wolff concluía que este proceso de distanciamiento liberal expresaba nada menos que “una profunda incapacidad de comprensión del mundo contemporáneo. Nuestra época es una época revolucionaria”.³³⁴

El argumento de la incomprensión del mundo contemporáneo por parte de los intelectuales estadounidenses se volvió recurrente sobre todo a partir de la fallida invasión financiada por Estados Unidos a Bahía de Cochinos en abril de 1961, con la intención de derrocar al régimen revolucionario cubano. A diferencia de los liberales estadounidenses a los que Wolff se refería en su artículo, la mayor parte de los intelectuales vinculados a *Cuadernos Americanos* y a la *Revista de la Universidad de México* tardaron un poco más en distanciarse de las simpatías por Cuba. De hecho, como se podrá ver a continuación, a partir de la declaración del carácter socialista de la revolución –como consecuencia de la intervención militar estadounidense–, los mexicanos comenzaron a rearticular los motivos por los cuales era necesaria la defensa de la Revolución Cubana. Algunos, como el latinoamericanismo, cobraron una renovada importancia, y desde luego, el anticomunismo comenzó una ofensiva aún más agresiva, así que fue necesario también reorganizar los discursos intelectuales para poder confrontarla.

³³⁴ *Idem.*

Capítulo 5. 1961. Anticomunismo, no intervención y “rojillos”: la defensa intelectual de la Revolución Cubana después de Bahía de Cochinos y la radicalización socialista en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*

*Vinieron con un criterio
de turista americano,
pero aquí, los milicianos
los esperaban en serio
Por allí vinieron
Pero allí quedaron
Por allí vinieron, los pobres
Pero allí quedaron*

Carlos Puebla, *Por allí vinieron* (1961)

Desde la segunda mitad de 1960 las tensiones entre Estados Unidos y Cuba comenzaron a aumentar significativamente, a partir el proceso de radicalización de las medidas revolucionarias en la isla, por un lado, y de la progresiva aproximación política y económica de la mayor de las Antillas a los países de la esfera de influencia socialista, por el otro. La VII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos (OEA) produjo un documento conocido como la Declaración de San José de Costa Rica, en el que el organismo –afín al gobierno estadounidense– condenaba “la injerencia soviética en Cuba”. Ante dicha acusación, Fidel Castro convocó a una “asamblea general nacional” en la que respondió a la OEA con la I Declaración de La Habana el 2 de septiembre de 1960.

El discurso de Fidel Castro en la I Declaración de La Habana preguntaba: “¿Qué ha hecho nuestro pueblo para merecer la Declaración de Costa Rica?” y se respondía: “¡Nuestro pueblo no ha hecho otra cosa que romper las cadenas!”.³³⁵ Y tras hacer un recorrido por los logros y avances de la Revolución Cubana desde el 1 de enero de 1959, negaba que China o la Unión Soviética trataran de poner en riesgo la unidad continental, la paz y la seguridad del Hemisferio, a la vez que reconocía y agradecía, ante el clamor popular el ofrecimiento soviético: “Que el pueblo de Cuba, reunido en Asamblea General Nacional declara que si la Isla de Cuba es invadida por fuerzas militares imperialistas, Cuba acepta la ayuda de la Unión Soviética”.³³⁶

³³⁵ Fidel Castro, “I Declaración de La Habana” en Fidel Castro, *Voz e imagen de la Revolución Cubana*, México, Ediciones del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales “José Martí”, 1965, p. 81.

³³⁶ *Ibid.*, p. 94.

Mientras esto sucedía, en Estados Unidos se preparaba ya un ataque militar que contradiría todas las optimistas previsiones hechas a lo largo de aquel año por intelectuales mexicanos y estadounidenses sobre la poca probabilidad de una intervención directa: "...En una reunión con su gabinete de seguridad, a mediados de marzo de 1960, el presidente de Estados Unidos ordenó al director de la Central Intelligence Agency (CIA), Allen Dulles, que iniciara la preparación de una fuerza armada de cubanos exiliados", su labor sería coordinarse con los grupos opositores en la isla para estallar "una guerra civil en contra de la deriva comunista".³³⁷

Así iniciaba 1961 en Cuba, con el afianzamiento de los lazos con la esfera socialista, la continuación del proceso de radicalización de las políticas revolucionarias y la hostilidad creciente de parte de Estados Unidos a nivel diplomático, mediático y ahora, los preparativos de una incursión militar. La conjugación de dichos elementos terminaría por desmentir la declaración que Fidel Castro hizo en octubre de 1960 en una rueda de prensa en la que consideraba que había llegado el momento de reducir el impulso radical del proceso: "la primera etapa de la Revolución se ha cumplido y que la Revolución entra en una segunda etapa, cuyos métodos, en la transformación económica y social, serán distintos. No habrá métodos drásticos, no se liquidarán intereses".³³⁸

Los bombardeos a tres terminales aéreas cubanas el 15 de abril de 1961 por parte de exiliados cubanos en aviones estadounidenses, la declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana por parte de Fidel Castro al día siguiente, en el sepelio de las siete víctimas de dichos ataques y la invasión a Playa Girón por un comando cubano entrenado por la CIA el 17 de abril, le dieron un vuelco tanto a la política regional como a los discursos de defensa de la Revolución Cubana por parte de los intelectuales mexicanos.

Hasta el año anterior las discusiones en la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos* habían girado en torno a negar que la revolución estuviera enfilándose hacia el comunismo, lo cual era apuntalado incluso por la declaración de Castro en octubre de 1960 en el mismo sentido. Después de abril de 1961 sería imposible sostener dicho discurso y se hizo necesario reelaborar los argumentos al respecto. Este capítulo se

³³⁷ Rafael Rojas, *Historia mínima de la Revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 2015, p. 114.

³³⁸ Fidel Castro, "La Revolución entra en una nueva etapa" en Nora Madan Rivas (ed.), *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*. TOMO I, Vol. 2 enero 1959-abril 1961, La Habana, Editora Política, 1983, p. 439.

centra en analizar los elementos incorporados a la defensa de la Revolución Cubana a partir de este momento por la plataforma intelectual universitaria estudiada.

1. Expresiones mexicanas en torno de las tensiones Cuba-Estados Unidos previas a la invasión de abril de 1961

Entre los vínculos exteriores de la plataforma universitaria de *Cuadernos Americanos*, Daniel Cosío Villegas fue uno de los personajes más relevantes en la operación de dicha revista. Como ya se anotó previamente, las gestiones para la difusión internacional de *Cuadernos* se hicieron a través del Fondo de Cultura Económica durante la gestión de Cosío Villegas en dicha editorial (1934-1948). Durante la siguiente década, el historiador inició su gran proyecto de la *Historia moderna de México*, en el que echó mano de una gran cantidad de colaboradores cuya labor dio lugar a una de las más ambiciosas empresas de la historiografía mexicana: siete tomos en diez volúmenes, que versarían sobre la historia política, económica y social del país de 1867 a 1910. Pero a finales de los cincuenta, Cosío Villegas fue nombrado delegado de México en el Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas (ECOSOC), una dependencia dedicada a estudios políticos, sociales y económicos integrada al organismo internacional.

Como parte de las labores de Cosío Villegas en el ECOSOC, debía asistir a la Asamblea General de la ONU y a las dos sesiones que se organizaban en primavera en Nueva York y en verano en Ginebra. Esto le permitió vincularse de cerca con la academia estadounidense.³³⁹ Derivado de dichas relaciones, en 1960 la Universidad de Nebraska lo invitó a dar una serie de conferencias sobre la historia de América Latina y la situación de sus relaciones con Estados Unidos. Éstas fueron publicadas al año siguiente por la misma institución organizadora.³⁴⁰

En dichas conferencias, Cosío Villegas abordó las problemáticas “estructurales” de América Latina, poniendo énfasis en “la poca cooperación” y la necesidad de “emparejarse” con el desarrollo occidental.³⁴¹ Posteriormente analizó la Revolución Mexicana a medio siglo y la comparó con la Revolución Cubana, diciendo que en América

³³⁹ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, pp. 221-227.

³⁴⁰ Daniel Cosío Villegas, *Change in Latin America: The Mexican and Cuban Revolutions*, Lincoln, University of Nebraska, 1961.

³⁴¹ *Ibid.*, pp. 2-20.

Latina no había habido otro evento tan relevante en el siglo que pasaba a su segunda mitad, hasta que llegó el proceso en la isla. Aún más, la comparaba con otras rupturas: “estrictamente hablando, creo que los únicos tres cambios que sobrepasan [a la Revolución Mexicana] en extensión y profundidad son las revoluciones comunistas de Rusia, China, y quizá Cuba”, sin embargo, destacaba que la mexicana había sido la primera en cuestionar al liberalismo dándole al Estado el papel principal en el “bienestar material y moral”.³⁴²

Tras ensalzar “lo que quedaba” de la Revolución Mexicana, Cosío Villegas pasaba a decir que “probablemente no todos los métodos de Cuba funcionarían en otros países latinoamericanos, y aún es más probable que ni siquiera fuera deseable emplearlos”.³⁴³ Así tras hacer un ambiguo reconocimiento a los –muy matizados por el historiador– logros de la Revolución Cubana, criticó duramente el apoyo de algunos sectores de la sociedad mexicana –especialmente los intelectuales– al proceso en la isla.

En el tono irónico que lo caracterizaba, Cosío Villegas decía que “daría cualquier cosa porque Fidel Castro, [Ernesto ‘Che’] Guevara y Raúl Roa probaran sus ideas en México”, ya que esta situación satisfaría dos inquietudes de una parte de la sociedad mexicana: el entusiasmo por Cuba y el rechazo a Estados Unidos. Proponía que los cubanos dirigieran al presidente mexicano Adolfo López Mateos críticas como las que habían hecho a los presidentes estadounidenses y lo mismo con los demás funcionarios del gobierno mexicano. Con esto, decía, al cabo de apenas un mes, “la simpatía en México por la Revolución Cubana se evaporaría como por arte de magia y ni siquiera el expresidente [Lázaro] Cárdenas se atrevería a defenderla públicamente”.³⁴⁴

La crítica de Cosío Villegas al discurso cubano partía de suponer que las simpatías mexicanas por la Revolución Cubana se desprendían fundamentalmente del antiimperialismo contra Estados Unidos, pero le asignaba una incuestionable legitimidad a López Mateos y su gobierno, del que por cierto él mismo formaba parte como diplomático. El planteamiento de Cosío Villegas partía del supuesto bastante cuestionable de que no se podría ser crítico del priismo mexicano a la vez que apoyar al proceso en la isla, al que también atacaba desde su propio anticomunismo: “nada podría evitar que un observador

³⁴² *Ibid*, p. 25.

³⁴³ *Ibid*, p. 44.

³⁴⁴ *Ibid*, pp. 47-48.

imparcial –alejado de estrategias, tácticas, intenciones y discursos– concluyera que los revolucionarios cubanos han importado el comunismo a su país”.³⁴⁵

Cosío Villegas también cuestionaba el hecho de que la imagen negativa sobre Estados Unidos había sido construida por Fidel Castro a partir de dedicar el “ochenta por ciento de sus palabras a difamar a Estados Unidos y un modesto veinte por ciento a discutir los problemas de la población cubana”.³⁴⁶ La crítica del diplomático era un correlato de la discusión mexicana, a la que buscaba sumarse a como dé lugar. Su postura, claramente opositora al proyecto revolucionario cubano, proponía la reconciliación entre ambas partes, desdibujando la parte “idealizada” de Cuba y matizando la “mala imagen” de Estados Unidos –anfitriones de Cosío Villegas–, en un momento en que esto aún parecía medianamente posible, previo a los ataques militares a la isla.

También desde Estados Unidos, el joven profesor argentino de la Universidad de Mississippi³⁴⁷, el economista Pedro C. M. Teichert, planteaba en el primer número del año de *Cuadernos Americanos* una visión bastante divergente de Cosío Villegas sobre lo matizable de las “buenas intenciones” estadounidenses: “Aunque los Estados Unidos han venido proclamando su repugnancia hacia los dictadores y su comprensión de las aspiraciones de las masas latinoamericanas, su absoluta repulsa de la Revolución Cubana es una plena negativa de esas declaraciones”.³⁴⁸ Al señalamiento de la contradicción política, Teichert sumaba la ignorancia que el país norteamericano profesaba hacia América Latina, su crítica al ser hecha desde su posición como académico en una institución estadounidense resultaba bastante elocuente: “El hecho de que la peor reacción a la política estadounidense-latinoamericana –o la falta de ella– haya ocurrido sólo a 145 kilómetros territorio de los Estados Unidos, no demuestra sino cuán poco sabía y sabe aún este país de sus vecinos más próximos y en general del proceso de crecimiento y desarrollo de los latinoamericanos”. Sin embargo, el argentino, al final de su crítica hacía un matiz al

³⁴⁵ *Ibid*, p. 45.

³⁴⁶ *Ibid*, pp. 48-49.

³⁴⁷ Byron White, “Pedro C. M. Teichert, Revolución económica e industrialización en América Latina, México: Fondo de Cultura Económica, 1961. 467 págs (reseña)” en *Revista De Ciencias Sociales*, núm. 2, 1962, p. 247. (Consultado en <https://revistas.upr.edu/index.php/rcs/article/view/9488> el 15 de abril de 2020)

³⁴⁸ Pedro C. M. Teichert, “La Revolución Económica y la industrialización de la América Latina” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXV, no. 2, p. 10. Este texto, además, al tratarse del prólogo de un libro del autor argentino, traducido por el Fondo de Cultura Económica, demuestra la continuación de los prolongados lazos entre la editorial y la revista, desde los tiempos de la fundación y dirección de la primera por parte de Daniel Cosío Villegas.

respecto de dicho desconocimiento, pues se deslindaba a sí mismo y a sus colegas y aprovechaba para reprocharle al gobierno estadounidense que “...no escucharon las advertencias de última hora de los profesores latinoamericanos residentes en el país”³⁴⁹, por ejemplo, del propio Teichert.

Los pronunciamientos al respecto de la necesidad de impulsar la profundidad del conocimiento sobre Cuba no eran algo exclusivo de las universidades estadounidenses, desde luego. Un ejemplo es un personaje que ha sido recurrente en casi todos los espacios de apoyo a la Revolución Cubana analizados por esta investigación, Enrique González Pedrero, uno de los primeros en publicar un texto sobre el proceso en la isla desde la plataforma universitaria, con su libro *La Revolución Cubana*³⁵⁰ editado por la Máxima Casa de Estudios en febrero de 1959. Ahora, desde la Editorial ERA, que previamente publicó *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez, González Pedrero presentaba una serie de ensayos a los que tituló *El gran viraje*.³⁵¹

En esta obra, González Pedrero hacía una revisión de distintas aproximaciones a la teoría marxista, la vigencia de la Revolución Mexicana y cerraba con un ensayo titulado “Fidel Castro y la Revolución”. En este último texto, el profesor universitario trataba de concretizar sus discusiones teóricas en la justificación de la defensa de la Revolución Cubana, por un lado, y de Fidel Castro, a quien colocaba como una especie de encarnación de dicho proceso, que: “a partir de esta Revolución, de nuestra revolución, una nueva época histórica ha comenzado a escribirse en América Latina”.³⁵² Es interesante señalar este punto en común incluso con Cosío Villegas: la consideración de que el proceso de radicalización en la isla era sin duda un parteaguas en la historia latinoamericana en este caso, o mundial incluso, junto con las revoluciones mexicana, china y rusa, en opinión del historiador mexicano.

La importancia de la Revolución Cubana para González Pedrero lo llevaba a afirmar que sería necesario reformular la manera en la que se entenderían los estudios históricos a partir de aquel momento, para ello era necesario “acostumbrarnos a comprender un nuevo tipo de historia”, una en proceso de construcción, pero no sólo en la

³⁴⁹ *Ibid*, p. 11.

³⁵⁰ Enrique González Pedrero, *La Revolución Cubana*, México, UNAM-ENCPyS, 1959.

³⁵¹ Enrique González Pedrero, *El gran viraje*, México, Ediciones ERA, 1961.

³⁵² *Ibid*, p. 161. Subrayado del autor.

actualidad, sino que: “historia es presente y, más aún, porvenir”.³⁵³ En ese sentido, un texto de “biografía social” como el que presentaba aquí el profesor universitario hablaría al mismo tiempo del pasado, el presente, y el futuro. El pasado como la justificación de que Fidel Castro llevara adelante la revolución. El presente como la necesidad de defender dicho proceso. El futuro como la guía para que el continente pudiera finalmente liberarse, siguiendo el ejemplo cubano.

El compromiso de González Pedrero con la isla revolucionaria le hacía justificar una necesaria parcialidad en su texto derivada de su contacto con “la realidad cubana, en las gentes, en los principios, en los libros”. A partir de ello, la consigna latinoamericanista implicaba que “como estoy de acuerdo con los campesinos, con los obreros, con los jóvenes de mi país; por eso soy un partidario objetivo de la Revolución Cubana”.³⁵⁴ El argumento estaba basado no en la defensa específica de elementos relativos a la radicalización cubana, sino en aquello que podía extrapolarse por comparación a México, pero también a América Latina; es decir, la defensa de la Revolución Cubana como “un principio” en proceso de realización y “necesario” para el resto.

La visión histórica de González Pedrero apuntalaba el compromiso con la lucha revolucionaria, y se hacía eco de la entrevista de Alejo Carpentier a Jean-Paul Sartre publicada por la *Revista de la Universidad* en febrero de 1961, en la que el francés afirmaba: “Me sorprende lo mucho que se habla del ‘comprometimiento’ del escritor, estos días, cuando lo cierto es que el escritor siempre está comprometido. Cuando dice la verdad, se compromete con la causa de la verdad. Cuando dice la verdad a medias, está comprometido con los que sueñan con una verdad a medias. Y cuando no escribe, también es comprometido. Comprometido con aquellos que quisieran ocultar una verdad”.³⁵⁵

Al compromiso sartreano, inherente a la producción literaria, González Pedrero sumó también genealogías que implicaban apoyar a la Revolución Cubana por mera identificación con otros personajes, de los cuales había heredado sus luchas, por ejemplo: “la revolución que habla nuestra propia lengua, que piensa como pensamos nosotros: la revolución que sintetiza todos los movimientos sociales latinoamericanos desde Bolívar

³⁵³ *Idem.*

³⁵⁴ *Ibid.*, p. 162.

³⁵⁵ Alejo Carpentier, “Una conversación con Jean-Paul Sartre” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 6, febrero de 1961, p.12.

hasta Zapata, la Revolución Cubana”.³⁵⁶ Esta línea sucesoria se perdía en el horizonte de un optimista y promisorio futuro, pues afirmaba que en unos cinco o diez años, Cuba solucionaría en su territorio todos los problemas que pesaban sobre las sociedades latinoamericanas: desempleo, analfabetismo, enfermedades y miseria. Por lo tanto, se tornaría irrenunciable aceptar su guía: “Cuba se convertirá no sólo en el ejemplo de dignidad que es ahora, sino un ejemplo de laboriosidad, lo que constituirá un nuevo motivo de atracción para los países subdesarrollados”.³⁵⁷ Sin embargo, todo dependía del compromiso que, como González Pedrero, los latinoamericanos asumieran para defender y argumentar en favor de la Revolución Cubana frente al imperialismo de Estados Unidos.

Para los intelectuales mexicanos, el ataque patrocinado por Estados Unidos a las bases aéreas y Playa Girón en abril de 1961 fue una respuesta a la amenaza que representó para la potencia norteamericana el luminoso y promisorio porvenir de la isla, basado en un cuestionamiento al modelo capitalista a apenas unos cuantos kilómetros de distancia, “en las propias narices de Estados Unidos”.

2. Bahía de Cochinos: el aterrizaje de los pronósticos

Si las tensiones entre Estados Unidos y Cuba habían ido aumentando gradualmente a partir de la progresiva cercanía cubana con los países del bloque socialista, principalmente la Unión Soviética, en el mes de abril de 1961 dicho enfrentamiento alcanzó un nivel no visto antes, a partir de una serie de ataques coordinados principalmente por la CIA y las consecuentes reacciones por parte de los revolucionarios cubanos. Más adelante, en octubre de 1962, la confrontación estuvo al borde de una guerra nuclear, cuando la Unión Soviética instaló misiles balísticos en Cuba, que tenían al territorio estadounidense en su rango de alcance. Finalmente, los misiles fueron desinstalados tras una serie de acuerdos y negociaciones entre los soviéticos y Estados Unidos, aunque las hostilidades norteamericanas hacia Cuba se extendieron por varias décadas más, hasta la actualidad. En esta sección revisaré el inicio de la escalada en estas confrontaciones.

El 15 de abril de 1961 un ataque con bombarderos ligeros B-26, de factura norteamericana, piloteados por exiliados cubanos que salieron de las bases de

³⁵⁶ *Ibid*, p. 197.

³⁵⁷ *Ibid*, p. 210.

entrenamiento de la CIA en Guatemala, arrojaron bombas sobre las pistas de los aeropuertos de Santiago de Cuba, San Antonio de los Baños y Ciudad Libertad, en La Habana. El fallido objetivo de destruir los Hawker Sea Fury cubanos, dejó comoquiera siete muertos y cincuenta heridos.³⁵⁸

En los funerales de dichas víctimas, al día siguiente, Fidel Castro pronunció un discurso en el que responsabilizó directamente a Estados Unidos y la CIA de los ataques y afirmó el carácter socialista de la Revolución Cubana. Dicha declaración comenzó con una reivindicación de la Unión Soviética y su “proyecto” en confrontación con el capitalista, para entonces dar lugar a las famosas palabras: “que lo que no pueden perdonarnos que estemos ahí, en sus narices y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos”.³⁵⁹ Posteriormente, establecía el carácter obrero y campesino de la revolución, colectivizando a dichos trabajadores bajo la categoría de “humildes” –sin duda con cierta carga cristiana–: “compañeros obreros y campesinos esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”. Finalmente, Castro hacía un llamado al compromiso: “Obreros y campesinos, hombres y mujeres humildes de la Patria, ¿juran defender hasta la última gota de sangre esta Revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes? (Gritos de “sí!”).³⁶⁰

Sin duda, esta manifestación era un golpe de timón definitorio para la ruta que la Revolución Cubana ya venía tomando desde mediados de 1960 en su aproximación a la esfera soviética. La filiación socialista de los revolucionarios cubanos era ahora explícita. Esto trajo distintos tipos de consecuencias, tanto en el plano de los simpatizantes, quienes tuvieron que replantear los discursos para defenderla, como en el de quienes se oponían a dicho viraje. Al día siguiente, el 17 de abril, “los primeros hombres rana en tocar tierra en cada una de las tres playas [de Bahía de Cochinos] fueron norteamericanos”³⁶¹, detrás de ellos venían exiliados cubanos entrenados por la CIA en lanchas de desembarco y varios bombarderos, con la intención de agitar una rebelión en contra del régimen recién declarado socialista en la isla. Sin embargo, estos grupos fueron interceptados por centenares de

³⁵⁸ Rojas, *op. cit.*, p. 118; Saverio Tuttino, *Breve historia de la Revolución Cubana*, México, Ediciones ERA, 1979, p. 227.

³⁵⁹ Fidel Castro, “Revolución socialista y democrática” en Fidel Castro, *Voz e imagen...*, p. 194; “16 de abril de 1961 - Fidel define el carácter socialista de la Revolución Cubana” https://www.youtube.com/watch?v=-FQRm9F_IVo (Consultado el 31 de marzo de 2020)

³⁶⁰ Fidel Castro, “Revolución socialista...”, p. 195.

³⁶¹ Tuttino, *op. cit.*, p. 230.

milicianos cubanos, el Ejército Rebelde y la aviación cubana. Además, se implementó un dispositivo de control social por toda la isla, “cualquiera que tuviese una actitud sospechosa con respecto a la revolución era arrestado”.³⁶²

Esta fallida invasión a Bahía de Cochinos, aniquilada por completo el 19 de abril, se convirtió en una mítica reivindicación cubana como una victoria fundacional en contra del imperialismo estadounidense. Las imágenes de Fidel Castro conduciendo un tanque –con un habano en la boca, desde luego– y muchas más de campesinos en armas defendiendo la revolución, adquirieron una potencia enorme al referir elocuentemente la figura del David cubano vencedor del Goliat de la invasión norteamericana, pues retóricamente “en las arenas de Playa Girón se decidía la permanencia de la Revolución Cubana y la invencibilidad yanqui en el continente”.³⁶³

A partir de estos sucesos comenzó un proceso de intensa militarización de la ciudadanía cubana con las milicias populares y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), a la par de una gran campaña de alfabetización concentrada en regiones potencialmente sediciosas, por lo que “la alfabetización coincidió con la contrainsurgencia organizada por el Ejército y las milicias”.³⁶⁴ Finalmente, después de que fueran alfabetizados unos 707 000 campesinos cubanos por jóvenes brigadistas, el 22 de diciembre de 1961 Fidel Castro declaró a Cuba “territorio libre de analfabetismo”.³⁶⁵

En algunos aspectos de la Revolución Cubana como la defensa miliciana y los proyectos educativos, hubo varios mexicanos participando de una u otra manera. Son elocuentes los casos de tres escritores: Juan José Arreola, quien fue invitado a la Casa de las Américas a impartir un taller literario en 1961, y le tocó presenciar a la distancia los bombardeos y la posterior invasión a Bahía de Cochinos; Eraclio Zepeda, de quien ya hablé antes al respecto de su vinculación con la Embajada Cubana y su invitación a ser profesor universitario, pero al haber tenido formación militar, según recordaba, participó marginalmente en el adiestramiento de algunos jóvenes para la defensa; y José Agustín, quien participó en las brigadas de alfabetización apenas unos meses después de que los

³⁶² *Ibid*, p. 231. Según apunta Rafael Rojas, unas cien mil personas fueron detenidas, a partir de los cálculos de Hugh Thomas y Jorge I. Domínguez. Rojas, *op. cit.*, p. 128.

³⁶³ Raúl Corrales, *Playa Girón*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 8.

³⁶⁴ Rojas, *op. cit.*, p. 121.

³⁶⁵ *Ibid*, p. 122.

milicianos cubanos derrotaran a los invasores.³⁶⁶ En este sentido, la invasión a Bahía de Cochinos presentó una nueva oportunidad para desplegar lo “vivencial” de la visita a Cuba de los intelectuales mexicanos, pero también para remarcar que había disidencias estadounidenses ante a la invasión a Cuba. La plataforma universitaria se abrió en este momento para proyectar dichas inconformidades al respecto de la política seguida por Estados Unidos.

El director de la *Revista de la Universidad de México*, Jaime García Terrés, quien en 1959 viajó a Cuba y escribió el “Diario de un escritor en La Habana”, expresó a lo largo de 1961 una serie de opiniones favorables a la Revolución Cubana en su columna “La feria de los días” en la revista universitaria y en algunos otros medios periodísticos. Esto sucedió sobre todo a raíz de la campaña anticomunista desatada en su contra y del recién nombrado rector este mismo año, el Dr. Ignacio Chávez, y será narrado en el último apartado de este capítulo. Sin embargo, desde mayo, García Terrés expresó su desaprobación a la invasión a Bahía de Cochinos y reconoció el valor del proceso en la isla.

La consigna de reinstaurar la Constitución cubana de 1940 –desconocida por Fulgencio Batista tras su golpe de Estado de 1952–, fue uno de los factores de unidad que permitieron a los distintos grupos combatientes lograr el triunfo de la revolución de 1959. A partir de esto, uno de los motivos que esgrimían algunos exiliados o disidentes dentro de la isla para sumarse a la invasión, era retornar a esta causa constitucionalista inicial, que había sido dejada atrás por el proceso de radicalización revolucionaria.³⁶⁷ Sin embargo, para García Terrés esto se trataba de una farsa: “los auténticos revolucionarios fueron tachados de traidores a una revolución cuyos orígenes ahora se proclaman sagrados, olvidando pasadas calumnias e intrigas contra esos propios orígenes”.

Esta declaración en “La feria de los días” colocaba a García Terrés en una posición de compromiso con la Revolución Cubana mucho más categórica que lo que expresaba en su “Diario de un escritor en La Habana”. Sin embargo, más adelante aparecen ciertas referencias expresivas del contexto en el que ahora lo hacía, en el que “el pueblo mexicano

³⁶⁶ Orso Arreola, *El último juglar: Memorias de Juan José Arreola*, México, Jus, 2010, pp. 417-429; Entrevista de Carlos Oria a Eraclio Zepeda para Proyecto Literatura 1/27, Clío (Transcripción); José Agustín, *Diario de brigadista. Cuba, 1961*, México, Lumen, 2010.

³⁶⁷ Rafael Rojas plantea que “La CIA era un soporte tan ineludible como incómodo, ya que la causa que los movilizaba provenía de los valores democráticos y nacionalistas de la Constitución de 1940”. Rojas, *op. cit.*, p. 129.

[...] manifestó una espléndida solidaridad con la hermana república agredida”, así como “los órganos del gobierno de México hicieron categóricas declaraciones en defensa de la no intervención”.³⁶⁸ En el marco de la intensificación de la campaña anticomunista como consigna contra el apoyo a la Revolución Cubana, el texto de García Terrés ejemplificaba la ruta seguida por varios intelectuales: no concentrarse en la defensa del proceso de radicalización, sino en el concreto principio liberal de la no intervención y la libre autodeterminación. Una fotografía al calce de la columna del director de la *Revista* mostraba a un grupo de milicianos cubanos manipulando artillería antiaérea en Playa Girón (fig. 12). Sutilmente, esto sugería un diálogo entre la defensa militar cubana y la defensa intelectual mexicana, como dos aristas de un mismo compromiso.



Figura 12. Contrapuntos entre la defensa miliciana de Cuba y la defensa intelectual de la Revolución Cubana en la plataforma universitaria.

Fuente: Revista de la Universidad de México

En el mismo número de la publicación en el que apareció esta columna de García Terrés, se incluía un artículo de la escritora cubana Julieta Campos sobre “La novela de la

³⁶⁸ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961, p. 3.

Revolución Cubana”, como un primer balance de la mistificación del proceso revolucionario en la isla, en el que se mostraba el vigor de la producción cultural en torno a dicha temática.³⁶⁹ Además, un par de cartas en la sección “Correspondencia” apuntalaban la postura de defensa de la Revolución Cubana tomada por la *Revista*, ambas de remitentes estadounidenses.

La primera carta, firmada por Mrs. Barry Stevens desde Berkeley, California comenzaba por hablar del “Diario de un escritor en La Habana” de García Terrés: “Quisiera haber visto lo que usted vio en Cuba; así podría hablar en voz alta de mi propia experiencia” y después confirmaba: “a veces pienso que un viaje a Cuba me haría sentir más joven y fuerte”. Esta introducción es relevante, puesto que por un lado da nociones de la difusión de aquel número de marzo de 1959 de la *Revista* y por el otro, nos permite aproximarnos al “efecto de realidad” que dicho diario tuvo sobre una lectora, si bien naïf, interesada en lo que ocurría en América Latina desde Estados Unidos. Posteriormente, Mrs. Stevens procedía a hacer algo similar a lo que los intelectuales mexicanos habían hecho para invitar a la defensa del proceso en la isla: comparar una revolución del pasado con la cubana. En este caso, ella acudía a referencias relativas a la independencia de las Trece Colonias para su argumentación: “Pagar impuestos y no tener representantes. Tal era la opresión. No quiero decir que no fuera motivo suficiente, sino que los cubanos han tenido muchas razones más que esa”. Desde dicha convicción, la carta californiana concluía así: “Por favor, informe a los cubanos que algunos de nosotros estamos tratando de ayudarles a lograr su libertad”.³⁷⁰

Este compromiso final se enlazaba con la siguiente carta, a la que la *Revista* tituló: “Los intelectuales estadounidenses contra la invasión” y estaba firmada por un colectivo llamado “The Fellowship of Reconciliation”. Algunos de los suscribientes eran: Erich Fromm, Charles R. Lawrence, H. Stuart Hughes, Charles Wright Mills, Norman Thomas, Amos Vogel, entre otros. En dicha carta interpelaban a sus conciudadanos y reclamaban al gobierno estadounidense por negar estar detrás de la invasión, por la inconsistencia de los reclamos a la Unión Soviética y por haber impulsado –con las presiones económicas y

³⁶⁹ Julieta Campos, “La novela de la Revolución Cubana” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961, pp. 6-7.

³⁷⁰ Mrs. Barry Stevens, 30 de enero de 1961, “Correspondencia” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961, p. 4.

políticas– la radicalización socialista de Cuba: “¿no se siente usted tan avergonzado como nosotros de que nuestro gobierno haya empleado tal política y continúe empleándola? (...) Le rogamos que abandone una política que es poco política e inmoral”.³⁷¹ Y cerraban con un exhorto que colocaba a Cuba en una situación ideal para mejorar la manera en la que se hacía política: “De alguna manera debe romperse el círculo vicioso de la violencia que engendra violencia. Para romper el círculo no hay mejor sitio ni mejor oportunidad que ahora en Cuba”.³⁷²

Las imágenes que acompañaban a la segunda carta también apuntalaron los argumentos de la “Fellowship of Reconciliation”. El énfasis que dicho colectivo ponía en

diferenciarse de “los otros estadounidenses”, es decir, de las malas decisiones del gobierno de dicho país y los invasores patrocinados por el mismo, eran representados en la primera fotografía. En ella se mostraba un grupo de sonrientes milicianos empuñando fusiles al escoltar a algunos hombres cabizbajos. Al pie apuntaba: “Prisioneros del ejército mercenario recién capturados”. Y remataba



Prisioneros del ejército mercenario recién capturados



Casas en ruinas, en Playa Larga, Cuba

ca y las represalias políticas, por parte de los Estados Unidos, han inducido al gobierno de Castro a llamar a los comunistas en su ayuda?

A pesar de lo que usted pueda ahora pensar sobre Fidel Castro y su régimen, ¿no se siente usted tan avergonzado como nosotros de que nuestro gobierno haya empleado tal política y continúe empleándola?

Nosotros no podemos perdonarlo.

Tal política ya ha ocasionado la muerte de cubanos de ambos partidos y nos está desprestigiando en todo el mundo. Está causando disgustos en Hispanoamérica, y nos ocasionará vergüenza a todos nosotros en el porvenir. Podría conducir a una desesperada y cruel guerra civil que podría aun iniciar la tercera Guerra Mundial.

Le suplicamos a nuestro gobierno que cambie inmediatamente de política. Le rogamos que abandone una política que es poco política e inmoral, a pesar de cualquier aspecto legal que quiera dársele. Pedimos que los dirigentes de nuestro gobierno hagan cumplir estrictamente nuestras leyes (las que ellos han jurado defender) sobre la organización de subversiones, y que busquen y traten de poner remedio a la situación por mediaciones y reconciliaciones.

Para que los hombres sobrevivan y prosperen, de alguna manera debe romperse el círculo vicioso de la violencia que engendra violencia. Para romper el círculo no hay mejor sitio, ni mejor oportunidad que ahora en Cuba.

Los invitamos a unirse a esta súplica.

THE FELLOWSHIP
OF RECONCILIATION
Nyack, Nueva York

Theodore Brameld, Henry J. Cadbury, William C. Davidson, Paul Deats, Kermit Eby, Harrop Freeman, Erich Fromm, Maxwell Geismar, Robert Gilmore, Kyle Haselden, Alfred Hassler, Robert Heilbroner, H. Stuart Hughes, Charles R. Lawrence, Sidney Lens, Robert Lyon, Lenore Marshall, Stewart Meacham, C. Wright Mills, Herman J. Muller, A. J. Muste, Victor Obenaus, Clarence Pickett, Darrell Randall, John Nevin Sayre, Howard Schomer, Dallas Smythe, I. F. Stone, Norman Thomas, Sidney Unger, Amos Vogel, George H. Watson, Kale Williams, Howard Yoder.

³⁷¹ “Los intelectuales estadounidenses contra la invasión” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961, p. 5.

³⁷² *Idem.*

con una corroboración de la “vergüenza” e “inmoralidad” que señalaban en la carta, al mostrar una casa completamente destruida tras el ataque a Bahía de Cochinos por los bombarderos estadounidenses (Fig. 13 Fuente: Revista de la Universidad de México).

Los bombardeos del 15 de abril y la fallida invasión a Bahía de Cochinos entre el 17 y el 19 de abril abrieron el espacio para diferenciar tanto los discursos como las identidades. En torno a los ataques militares, hubo cierto tipo de consenso implícito en que el argumento central era la “no intervención”, sin embargo, el elemento que detonó estos sucesos –la radicalización socialista– implicó la complejización de muchos más elementos, como se expone a continuación.

3. El carácter socialista de la Revolución Cubana y la reorientación de su defensa desde la plataforma intelectual universitaria en México

La frontal declaración del carácter socialista de la Revolución Cubana hecha por Fidel Castro en el sepelio de las víctimas cubanas de los bombardeos de exiliados financiados por la CIA del 15 de abril, obligó a que las discusiones sobre la Revolución Cubana no pudieran seguir enfocándose en la justificación nacionalista frente a la ofensiva anticomunista. Desde luego, el anticomunismo tuvo ahora mayor campo de acción para intensificarse, lo cual puso en la mesa de la discusión intelectual la “no intervención” en un primer momento, pero también otros tres elementos fundamentales: el antiimperialismo, el latinoamericanismo y la consecuente ejemplaridad de la lucha cubana para el resto de América Latina.

Progresivamente, a lo largo de los sesenta, Cuba incorporó cada vez más componentes de inspiración soviética. Sin embargo, en este temprano momento mantenía un interesante equilibrio entre el apoyo del gigante socialista y su libertad, al menos de forma discursiva, para tomar decisiones propias, cada vez más desafiantes para Estados Unidos. Algunas de ellas fueron el financiamiento, entrenamiento y apoyo a movimientos armados de liberación nacional en América Latina, la progresiva nacionalización de las industrias productivas clave, los desafíos diplomáticos en órganos como la ONU y la profundización de medidas como la Reforma Agraria y la Reforma Urbana.

Al respecto, la plataforma universitaria estudiada en este trabajo tuvo algunos virajes discursivos al incorporar los argumentos antes mencionados, pero también abrió el

espacio para textos de corte más periodístico e informativo que analítico, a diferencia de los años pasados. Frente a la campaña anticomunista que alcanzó incluso a la UNAM, la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos* pusieron sus páginas a disposición de organizaciones, políticos e intelectuales que encontraron en ellas un espacio para lanzar pronunciamientos y llamados a la unidad latinoamericana en defensa de Cuba, aprovechando el respaldo institucional que éstas les ofrecían.

Entre las expresiones de solidaridad más contundentes a raíz de los ataques a Cuba, en abril de 1961, estuvo el sonado (y criticado en varios medios de comunicación) intento del expresidente Lázaro Cárdenas de ir a defender la Revolución Cubana en el frente de batalla. Sin embargo, la suspensión de los vuelos a la isla no se lo permitió. En sus memorias, el General recuerda haber sido llamado por el presidente mexicano Adolfo López Mateos, quien censuró aquel evento, a lo que Cárdenas respondió, según anotaba: “me parece C. presidente que ante todo está primero la solidaridad que debe México en la defensa de la soberanía de los países latinoamericanos, como es hoy el caso de Cuba que está siendo agredida militarmente por el gobierno norteamericano”.³⁷³

En cierta medida, el anterior evento habría sido la culminación de un proceso de movilizaciones en defensa de la Revolución Cubana que Cárdenas comenzó en marzo de 1961 con la convocatoria a más de doscientos representantes de “dieciséis delegaciones latinoamericanas, observadores norteamericanos, representantes de la URSS, China y países africanos”³⁷⁴ a la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, en la Ciudad de México. Al respecto de esta reunión, *Cuadernos Americanos* abrió un espacio para que el convocante Cárdenas y un participante más de aquel evento, Jorge Carrión, hablaran sobre ella y comunicaran los acuerdos a los que habían llegado. La necesidad de defender la Revolución Cubana había estado al centro de todas las discusiones y era factor de consenso entre los asistentes al congreso.

“A todos los pueblos nos une el mismo deseo: combatir la guerra imperialista, para poder desarrollarnos integralmente”, fueron las palabras con las que Lázaro Cárdenas inauguró las sesiones. Como lo habían hecho los intelectuales de la plataforma universitaria en los años anteriores, Cárdenas acudió a la Reforma Agraria para apelar al

³⁷³ Lázaro Cárdenas, *Obras I-Apuntes*, Tomo III, México, UNAM, 1973, p. 214.

³⁷⁴ Carlos Illades, *El futuro es nuestro*, México, Océano, 2017, p. 104.

latinoamericanismo: “Los pueblos que habitan desde la Patagonia hasta la península de Baja California, aspiran a romper el latifundismo y las formas de servidumbre feudal, mediante la realización integral de la Reforma Agraria”.³⁷⁵ El expresidente se había convertido en una especie de representante de la izquierda dentro del sistema y máximo abanderado de los “auténticos” principios de la Revolución Mexicana, sobre todo a partir de uno de los logros de su mandato que ahora invocaba: el reparto agrario, que hasta aquel momento había sido el mayor en la historia del México Contemporáneo.

Los líderes de la Revolución Cubana fueron calificados como “incorruptibles” por Cárdenas y por lo tanto con una legitimidad absoluta para tomar decisiones tan radicales como fuera necesario, dado que “el Gobierno y el pueblo cubano son esencialmente pacifistas. Rechazan y combaten la guerra; pero defienden su Revolución”. Esta alusión apuntaba a la prevención frente a los probables ataques estadounidenses, que un mes más tarde se confirmarían en Bahía de Cochinos. Finalmente, el General invocaba al libertador Simón Bolívar para enfatizar la necesidad de la unidad latinoamericana en defensa de Cuba: “Solidaridad, defensa, unión de las repúblicas latinoamericanas, no para combatir ni conquistar a nadie, no para hacer la guerra, sino para defenderlas de peligros comunes”.³⁷⁶ Bolívar también se convirtió en un integrante central de los referentes, junto con Martí y los revolucionarios mexicanos –principalmente Emiliano Zapata, por los temas relativos al reparto agrario– para confirmar también históricamente la legitimidad de la defensa antiimperialista, latinoamericanista y la ejemplaridad de la Revolución Cubana como continuadora de las luchas de aquellos.

La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz fue también comentada en *Cuadernos Americanos* por Jorge Carrión, uno de los participantes en el evento, quien también era director de la revista *Política*, en la que paralelamente operó una consistente defensa de la Revolución Cubana. El texto, más una reseña de la reunión, recordaba que durante las conferencias inaugurales “estuvieron de acuerdo todos en ejemplificar con la revolución victoriosa de Cuba cómo un pueblo puede rescatar sus recursos y obtener su plena independencia política y económica derrotando los caducos mitos de la fatalidad geográfica y la invencibilidad del poderoso imperialismo

³⁷⁵ Lázaro Cárdenas, "La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz" en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961, p. 55.

³⁷⁶ Cárdenas, "La Conferencia Latinoamericana...", pp. 60-61.

norteamericano”. En este caso, Cuba adquiriría el papel de guía para el resto de los pueblos subdesarrollados no por la continuidad histórica, sino por la ruptura de ésta. Era a través de la demostración que el futuro podía diferenciarse del pasado si se seguía el ejemplo de los revolucionarios de la mayor de las Antillas. Proponer a la revolución en la isla como faro orientador implicaba reconocer que “al defender a Cuba contra toda agresión, los pueblos latinoamericanos saben que defienden su propio destino”.³⁷⁷ Dadas estas condiciones, Carrión presentaba como la primera resolución de la Conferencia la defensa de la Revolución Cubana “con utilidad para toda América Latina” basándose en el antiimperialismo, el latinoamericanismo y convertirla así, en un “arma de lucha de los pueblos”.³⁷⁸

La Conferencia fue la simiente para una serie de actividades respaldadas por Lázaro Cárdenas, que finalmente derivaron en agosto de ese mismo año en la formación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). La consigna central de este movimiento era “retomar el proyecto nacionalista de la Revolución Mexicana, apoyado por la izquierda de dentro y fuera del régimen”³⁷⁹ con 180 delegados de varios estados mexicanos. En su comité nacional estuvieron varios de los participantes en la Conferencia Latinoamericana unos meses antes, pero también varios de los colaboradores en la plataforma universitaria de la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos*, como: Jorge Carrión, Enrique González Pedrero, Carlos Fuentes y Francisco López Cámara. Por cierto, los tres últimos también fundaron junto con García Terrés, en 1959, la revista *El Espectador*, ya extinta para este momento.

A la par de los esfuerzos de defensa intelectual y activista de la Revolución Cubana en México, la postura oficial del gobierno también apuntaló la lucha en la isla. La invasión a Bahía de Cochinos fue una nueva oportunidad para proyectar una postura diplomática mexicana de solidaridad con Cuba –a pesar de las paradojas, como el llamado de atención a Cárdenas por parte de López Mateos, al que ya he aludido–. Luis Padilla Nervo, jefe de la delegación mexicana ante la ONU, publicó en el mismo número de *Cuadernos Americanos* en el que aparecieron los textos de Cárdenas y Carrión, un recuento sobre la postura que

³⁷⁷ Jorge Carrión, “La voz y el derecho de América Latina” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961, pp. 63-64.

³⁷⁸ *Ibid*, p. 67.

³⁷⁹ Illades, *op. cit.*, p. 105.

presentó México en la sesión del 18 de abril de las Naciones Unidas. En ella trataba de plantear a México como mediador entre Estados Unidos y Cuba, ateniéndose a la defensa de la no intervención, pues decía, “ningún principio podría ser más caro al pueblo mexicano”, y reconocía las similitudes del proceso cubano con la propia historia mexicana, “nuestras principales etapas históricas han tenido su origen en rebeliones armadas”. Finalmente, aprovechaba para incorporar una reafirmación del latinoamericanismo: “la vida política de Latinoamérica no habría tenido sentido histórico sin la revolución”.³⁸⁰

En este caso la postura de intelectuales, políticos, activistas y el gobierno mexicano parecían coincidir, al menos en las consignas utilizadas para defender a la Revolución Cubana en el contexto del incremento de tensiones con la esfera capitalista. Sin embargo, como ya se apuntaba en el capítulo previo, en Estados Unidos el divorcio entre las visiones llevó a los intelectuales a hacer pronunciamientos públicos para distanciarse de su gobierno, quizá en busca de cierta legitimidad, en un momento en que el compromiso de izquierda tuvo gran difusión entre quienes se ocupaban del arte y la cultura. *Cuadernos Americanos* de nuevo fue una tribuna para la proyección del anti-intervencionismo defendido por un grupo de norteamericanos.

En el cuarto número de 1961 de *Cuadernos Americanos* la edición reprodujo una carta firmada por varios profesores de la Universidad de Harvard que denunciaban el intervencionismo del gobierno estadounidense, “en vista de que no apareció en ningún diario de México y probablemente tampoco en numerosos diarios de nuestra América”.³⁸¹ Esta advertencia inicial retomaba la vocación “americana” de los *Cuadernos*, al plantearse como un órgano de difusión y comunicación interamericano de aquello que era importante ser comunicado, principalmente en términos políticos. Dicho apremio también implicaba un tipo de texto particular, en la misma línea de la mayor parte de los publicados este año, con el interés puesto más en transmitir información que en interpretaciones ensayísticas.

En la “Carta abierta al presidente Kennedy”, los casi setenta profesores de Harvard –entre ellos, Noam Chomsky, H. Stuart Huges, Timothy Leary, Herbert Marcuse, Barrington Moore Jr., Lewis Mumford, John Rawls y John van Doren– denunciaban algo

³⁸⁰ Luis Padilla Nervo, “Presencia de México en las Naciones Unidas. El caso de Cuba” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961, pp. 73-75.

³⁸¹ “Carta abierta al presidente Kennedy” en *Cuadernos Americanos*, *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVII, núm. 4, mayo-junio de 1961, p. 33.

similar a lo que Pedro C. M. Teichert acusaba en el primer número de *Cuadernos* de este año, el desconocimiento estadounidense sobre América Latina: “el intento de los Estados Unidos de destruir a Castro olvidó comprender el significado de la experiencia cubana y puso seriamente en peligro la prosecución de nuestros más vitales intereses en los asuntos mundiales”. Los académicos iban mucho más allá, dado que la invasión a Bahía de Cochinos había ya sentado un precedente que superaba toda especulación posible previa a abril del 61. En este sentido, los profesores seguían el razonamiento de Charles Wright Mills en *Listen Yanqui!*³⁸², quien decía que, si se rechazaba la política de cooperación y acercamiento a los revolucionarios cubanos, las hostilidades estadounidenses hacia la isla no harían otra cosa que llevarlos directamente a la esfera de influencia soviética. Decía: “...Nuestro gobierno actuó de tal modo que alentó esas tendencias hacia la dictadura y el antinorteamericanismo latentes en cada trastorno social latinoamericano. La determinación de los Estados Unidos de bloquear a Cuba hizo que el bloque soviético fuera el único soporte económico y militar de Cuba”.³⁸³

La carta al presidente estadounidense John F. Kennedy también daba cuenta de la movilización social, al menos en el plano universitario en Estados Unidos, pues había sido resultado de una “Reunión de Protesta sobre Cuba” en la Universidad de Harvard el 26 de abril de 1961, apenas unos días después de la intervención militar de la CIA en Cuba. Sin embargo, el apoyo que brindaban a Cuba tenía varias reservas, pues pedían que el gobierno norteamericano dejara de financiar los ataques de los exiliados cubanos, pero también promovían que se llamara a los revolucionarios cubanos a “separarse del bloque comunista”, además de calificar al gobierno de la isla como dictatorial y cercano al totalitarismo nacionalista. Estos matices también permiten emparentar las movilizaciones pro-Cuba en Estados Unidos con algunas de las mexicanas, en las que al hablar de Cuba y su situación, estaban en realidad refiriéndose a la de sus propios países y utilizaban a Cuba –aunque en no estuvieran “comprometidos” con la revolución– para posicionar las críticas a sus propios gobiernos nacionales.

La *Revista de la Universidad de México* publicó en su número de noviembre de 1961 el recuento hecho por Joseph G. Colangelo Jr. sobre el caso del profesor de la

³⁸² Charles Wright Mills, *Listen Yanqui!, The Revolution in Cuba*, New York, McGraw-Hill, 1960.

³⁸³ “Carta abierta al presidente Kennedy”, p. 33.

Universidad de California, Robert G. Colodny. Tras expresar sus simpatías por el proceso en la isla, Colodny fue calificado como comunista a causa de su participación en la Brigada Abraham Lincoln durante la Guerra Civil Española, juicio apuntado por su asistencia a “un ‘congreso pro paz’ de hispanoamericanos ligados con el comunismo, [que] fue planeado el mes pasado en la casa del antiguo presidente mexicano Lázaro Cárdenas”.³⁸⁴

El texto de Colangelo confirmaba así que hablar de la Revolución Cubana podía convertirse en un mero pretexto para expresar lo que realmente le preocupaba a uno u otro bando. Quienes criticaban a los gobiernos en turno utilizaban al proceso en la isla para señalar las carencias o errores de los gobiernos de sus propios países. Pero por otro lado, el anticomunismo aprovechaba cualquier declaración de proximidad o afinidad a Cuba para hacer un linchamiento y referir una prolongada militancia comunista.

Entrados de lleno en el debate entre el comunismo y el anticomunismo, Jesús Silva Herzog publicó un texto en el que partía de la denuncia a la invasión norteamericana en Bahía de Cochinos para hacer una revisión de “los comunismos” y concluía emparentándolos con las ideas cristinas, en un afán de reducir las acusaciones anticomunistas al absurdo. El director de *Cuadernos Americanos* comenzaba por retomar el símil entre las acciones estadounidenses y el nazismo alemán.³⁸⁵ El economista dirigía la crítica directamente al presidente estadounidense: “El discurso del Sr. Kennedy pronunciado el 20 de abril ante un grupo de periodistas norteamericanos, un día después del fracaso de la invasión a Cuba, se caracterizó por la violencia, el orgullo y la falta de meditación. Hay en ese discurso frases que recuerdan el lenguaje de Adolf Hitler”. Aunque Silva Herzog no detallaba qué le llevaban a hacer esta comparación, los elementos que consideraba que estaban detrás del ataque militar a Cuba apuntaban la comparación, y de paso tachaba de totalitario al bloque capitalista: “la defensa del mundo libre es la defensa de los intereses económicos de los plutócratas estadounidenses, es la defensa de la libre empresa, es la defensa de la sociedad capitalista. Lo demás son cajones de frases y de ideas

³⁸⁴ Joseph G. Colangelo Jr., “Macartismo en Pittsburgh” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XVI, núm. 3, noviembre de 1961, p. 26.

³⁸⁵ En el cuarto capítulo de este trabajo se revisó el texto de Fernando Benítez, *La batalla de Cuba*, México, Ediciones ERA, 1960. Este texto comparaba la dictadura de Batista y sus espacios policíacos con los campos de concentración del régimen nazi en Alemania.

retorcidas y falsas que arroja la propaganda sobre la gente incapaz de pensar por propia cuenta”.³⁸⁶

La campaña anticomunista derivada de Cuba era para Silva Herzog algo carente de contenido y estructurado únicamente para defender intereses económicos, alejados de cualquier consigna de libertad y suscritos por gente sin capacidad crítica. Este último punto podría relacionarse con el hecho de que la defensa que el economista hacía de Cuba partía de una defensa retórica de la “inconformidad” para desligar el hecho de que cualquier juicio a Estados Unidos o al sistema capitalista fuera considerada comunista. El ensayo citaba frases bíblicas que eran interpretadas como críticas al sistema capitalista, lo mismo que la encíclica papal *Rerum Novarum*, en la que se hallaban también consignas anti-capitalistas, por lo que cuestionaba: “Hay quienes piensan que hay frases del Pontífice que recuerdan ciertas ideas contenidas en *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels [...]. No vamos a cometer la tontería con apoyo en uno que otro pasaje [de] decir que el ilustre Pontífice fue comunista”.³⁸⁷ Hábilmente, el profesor universitario acudía a referentes típicos del anticomunismo, como el pensamiento cristiano (pre Concilio Vaticano II y aún posterior) para invalidar las críticas que presumían la filiación comunista de cualquier rastro de pensamiento no alineado a los intereses capitalistas o estadounidenses.

Aunque la Revolución Cubana ya se había declarado socialista para el momento en el que Silvia Herzog escribió este texto, el economista defendía el principio de la no intervención situado como una manifestación de la “inconformidad” compartida por los revolucionarios comunistas y quienes apoyaban el proceso. La publicación en *Cuadernos Americanos* era así un deslinde de los defensores intelectuales de la revolución, pues si se les tachaba de comunistas a ellos, tendría que hacerse lo mismo con la Virgen María, los apóstoles o el Papa, según la revisión de textos hecha en su ensayo, pues al final todos ellos coincidían en su inconformidad con respecto a los valores enarbolados por el capitalismo.

La defensa de la Revolución Cubana centrada en la contraofensiva frente al anticomunismo tuvo un giro que podía percibirse en el último número del año. Éste fue planeado como un número doble (el siguiente sería el primero de 1962) dedicado a trazar un “Panorama de la América Latina”. En ella fueron publicados dos textos que seguían de

³⁸⁶ Jesús Silva Herzog, “Reflexiones sobre política internacional” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVII, núm. 4, pp. 41-43.

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 46.

cerca la pauta del ensayo de Silva Herzog, sobre la reactivación del análisis conceptual por encima de la vocación meramente informativa al respecto del proceso en la isla.

En la presentación del “Panorama de la América Latina”, Silva Herzog confirmaba hacia dónde había dirigido su texto sobre la “inconformidad”: “en los últimos meses, de seguro a causa de la Revolución Cubana, los Estados Unidos por medio de sus embajadas han exportado la Guerra Fría a todos los territorios latinoamericanos con la complicidad del clero y de los sectores más reaccionarios de cada país”. Con esto, Silva Herzog colocaba directamente la edición de *Cuadernos Americanos* como una respuesta al anticomunismo latinoamericano –promovido por Estados Unidos– y como una manera de apuntalar la defensa del proceso de radicalización en la isla caribeña. Esto era también una defensa de la propia línea editorial de la revista, pues la plataforma universitaria de los intelectuales aquí estudiados era receptora directa de las acusaciones: “por medio de una propaganda artera y a través de todos los medios de difusión, se intenta satanizar a todo partidario de la Revolución Cubana, presentándolo por sólo ese hecho como delincuente”.³⁸⁸ En el contexto de la ofensiva anticomunista, ser socialista era un estigma, especialmente a la luz del macartismo, al que ya nos hemos referido.

La defensa de la Revolución Cubana en el primer tomo del “Panorama de la América Latina” corrió a cargo nada menos que del embajador cubano en México, José Antonio Portuondo. El texto del diplomático elaboraba un concepto de la nación cubana en el que se retomaba la noción sartreana del “ser-para-sí” como la manifestación máxima de la autoconciencia, en este caso a partir de la Revolución y de la I Declaración de La Habana de 1960. Portuondo ubicaba el origen de dicha “conciencia del ser cubano” en el siglo XVIII “entre los esclavos y campesinos libres”, pero afirmaba que quien efectivamente sentó las bases para ello fue José Martí. En contraposición, remitía directamente “la nación *fuera de sí*, surgida como consecuencia de la intervención norteamericana”, la primera, la del siglo XIX, que había convertido a Cuba “en una inmensa fábrica de azúcar, [que] dejó de ser un pueblo con características propias”.³⁸⁹

³⁸⁸ Jesús Silva Herzog, “Veinte años al servicio del mundo nuevo” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXIX, núm. 6, p. 16.

³⁸⁹ José Antonio Portuondo, “Cuba, nación Para sí” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXIX, núm. 6, p. 153.

La Cuba *fuera de sí* había agudizado su condición durante la dictadura de Batista. Sin embargo, gracias a que Fidel Castro pudo entrar en contacto “con la rica experiencia de la Revolución Mexicana” durante su exilio post-Moncada, había logrado “organizar y depurar lo aprendido”, es decir: por eso mismo pudo convertir lo que le había antecedido en la primera estrategia exitosa para alcanzar la identidad trazada desde por lo menos dos siglos antes: “el 1º de enero de 1959, a la caída de Batista, nació, con las raíces bien hincadas en la tierra, la *nación para sí*. Este es el patriótico y viril lenguaje que ha usado siempre la *nación para sí*, la Cuba surgida con la Revolución, decidida a rescatar su patrimonio nacional para beneficio de las grandes mayorías del país”. El resurgimiento de la Cuba “profunda” se convertía también en el principal factor de desafío a sus enemigos: “este es precisamente el lenguaje que no puede soportar ninguna potencia imperialista”.³⁹⁰ El embajador encontraba una clara manifestación de dicho lenguaje en la declaración del carácter socialista de la revolución: “mientras el coro reaccionario aullaba en su denuncia de que Cuba era ya socialista y [Cuba] así lo declaraba sin empacho. Pero Cuba había iniciado el camino hacia el socialismo desde mucho antes, desde que se dictó la primera ley revolucionaria”.³⁹¹ El valor revolucionario se ubicaba en quitarse la careta y asumir plenamente la dimensión de su radicalización socialista. En este punto, cabe recordar que uno de los aglutinantes de quienes se unieron a la invasión era que se habían desviado los principios “originales” de la revolución, como reinstaurar la Constitución de 1940, por lo tanto, la declaración de Portuondo apuntaba a desacreditar dichas acusaciones.

Las particularidades retóricas utilizadas por Portuondo, al escribir desde una plataforma intelectual mexicana, se expresaban en algunas alusiones a la Revolución Mexicana, sin duda como una manifestación de diplomacia cultural. En este sentido, el texto del embajador cubano llegó al punto de plantear al ex presidente mexicano

³⁹⁰ La insistencia de Portuondo en “el lenguaje de la revolución”, caracterizado como patriótico y viril apelaba a la valentía, el arrojo y en buena medida, la violencia, que caracterizaba a los estereotipos masculinos de la época. Dichos elementos encontraban correlato en una gran cantidad de referentes asociados a la Revolución Cubana, comenzando por los puestos más visibles de la dirigencia, ocupados en su mayoría por hombres fuertes, blancos y barbados. Sin embargo, esto no era muy distinto en el mundo capitalista. Al final, la contraposición trazada por Portuondo a partir de las características masculinas del proceso de radicalización en la isla eran operantes para el discurso vigente en la época. Entraban en un marco de referencia en el que la virilidad era un referente incluso para denunciar la opresión: “la explotación del hombre por el hombre”, como refería la I Declaración de La Habana. Fidel Castro, “I Declaración de La Habana” en Fidel Castro, *Voz e imagen de la Revolución Cubana*, México, Ediciones del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales “José Martí”, 1965, p. 93.

³⁹¹ Portuondo, *op. cit.*, p. 153.

Venustiano Carranza, en general no muy conocido por su radicalidad, como un ejemplo a replicarse en la ruta del antiimperialismo y lo citaba extensamente, “Cuba no exporta su Revolución, pero puede suscribir estas palabras de don Venustiano Carranza, pronunciadas en Matamoros, Tamps., el 29 de noviembre de 1915”:

“La lucha nuestra será comienzo de una lucha universal que dé paso a una era de justicia, en que se establezca el principio del respeto que los pueblos grandes deben tener por los pueblos débiles [...]”. Esta es la voz de la Revolución Mexicana, la iniciadora, la que supo despertar en todo el Continente y más allá, la justa rebelión de los pueblos oprimidos por el imperialismo; la voz que no pudo acallar el asalto pirata a Veracruz ni la Expedición Punitiva, claros anuncios de la invasión mercenaria a Playa Girón.³⁹²

El llamado internacionalista –específicamente latinoamericanista– de Venustiano Carranza hallaba eco en el presente cubano. Portuondo incluso elevó a la Revolución Mexicana a la metáfora de ser el faro orientador de la radicalización cubana. Sin duda, se trataba de un momento de excesos retóricos en la diplomacia entre ambos países, como se apuntaba también en el discurso del presidente mexicano Adolfo López Mateos y el cubano Osvaldo Dorticós en la visita del último en 1960. Las referencias, sin demasiado contexto o rigor, pero quizá con gran efectividad discursiva y emotiva, como la comparación entre Playa Girón y el intervencionismo estadounidense durante la Revolución Mexicana culminaban con la asimilación entre dos territorios controlados por Estados Unidos en ambos países: “Guantánamo, a cuya reintegración al territorio patrio tiene Cuba tanto derecho como México a la región injustamente usurpada del Chamizal”.³⁹³ La justificación de estos exabruptos de Portuondo se daba mediante la afirmación de que todos los agravios enumerados tenían un autor en común: “el imperialismo norteamericano”.

La cercanía entre la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana no era una novedad introducida tras Bahía de Cochinos. Lo que sí había cambiado era la interpretación

³⁹² *Ibid*, p. 171.

³⁹³ *Ibid*, p. 172.

que se hacía de uno y otro proceso para colocarlos como parte de una misma lucha que apuntalaba la defensa de la más reciente y radical por parte de los intelectuales mexicanos. Plantear a Carranza como un estandarte de la lucha antiimperialista parecía un tanto excesivo, sin embargo, era algo que podía ser definitivamente bien recibido por algunos mexicanos, como un incentivo para simpatizar con el proceso de radicalización cubana.

En el segundo tomo del “Panorama de América Latina” de *Cuadernos Americanos*, fue el profesor de la UNAM Pablo González Casanova quien continuó el discurso de aproximación entre México y Cuba en su texto “México: el ciclo de una revolución agraria”.³⁹⁴ En este caso, la defensa de la Revolución Cubana cumplía el papel de motivar a la reactivación en México de lo que Lázaro Cárdenas también señalaba como una de las primeras condiciones del cambio en las relaciones sociales: la Reforma Agraria.

La Revolución Mexicana aparecía en el texto de González Casanova como un proceso opacado, a diferencia de la estelaridad que Portuondo le otorgaba. Decía: “...hoy ha perdido su viejo prestigio revolucionario, sobre todo desde que la Revolución Cubana ha pasado a un primer plano en la lucha contra el imperialismo, por la Independencia Nacional y por la justicia social. El juicio está hecho: México ya no es el ejemplo de América Latina”.³⁹⁵ A partir de dicho balance, que por comparación entre ejemplaridades revolucionarias concluía dando por hecho el anquilosamiento de la Revolución Mexicana. El profesor universitario lanzaba la pregunta orientadora de su texto: “¿Por qué México no hizo una revolución socialista como la cubana?”.³⁹⁶

La respuesta a esta pregunta era multicausal. Entre los motivos estaban: “el atraso de la ciencia de las revoluciones”, “los fantasmas ideológicos”, “la geografía política”, “las condiciones internas”, “la estructura semifeudal” y la falta de “medios de comunicación rápida como la radio, la televisión”. El severo juicio llegaba a afirmar un completo proceso de contrarrevolución y reacción: “la Revolución Mexicana ha regresado al punto de partida prerrevolucionario, a ciertas formas sociales del porfirismo”, sin embargo, reivindicaba el momento cardenista como uno en el que se había “recuperado su ímpetu revolucionario”.³⁹⁷

³⁹⁴ Pablo González Casanova, “México: el ciclo de una revolución agraria” en *Cuadernos Americanos*, año XXI, vol. CXX, no. 1, enero-febrero de 1962, pp. 7-29.

³⁹⁵ *Ibid*, p. 7.

³⁹⁶ *Ibid*, p. 11.

³⁹⁷ *Ibid*, pp. 11-13

El proceso cíclico apuntado por González Casanova en el título de su artículo se extrapolaba a los momentos de revolución-contrarrevolución en el caso mexicano, sin embargo, no caracterizaba al proceso como algo muerto, sino más bien detenido. Una de las causas a las que atribuía esto era que la Guerra Fría –es decir, el anticomunismo– había convertido “ciertas ideas concretas y concretamente aplicables a los clásicos de la Revolución Mexicana” en “ideas exóticas”, el ejemplo más claro de ello era precisamente el reparto agrario mexicano y la Reforma Agraria cubana. Por lo tanto, retomaba a Lázaro Cárdenas, quien según apuntaba González Casanova había “señalado el camino correcto: apoyar a las instituciones y organizar al pueblo”, pero el profesor universitario explicaba las motivaciones detrás de esto, pues consideraba que dicha conciliación funcionaría para presionar por: “la implantación de medidas que aceleren la dinámica del desarrollo en México dentro del capitalismo, sentando las bases de una genuina fuerza democrática que, en la hora del socialismo, presente los pilares políticos y culturales para la aparición un socialismo democrático”.³⁹⁸

La estrategia delineada por González Casanova en este texto coincidía, casi premonitoriamente con el concepto que años más tarde Jesús Silva Herzog llamó “democracia socialista”. Para González Casanova, el socialismo democrático partiría de lo que él planteaba como una consigna cardenista, en la que lo fundamental era “la organización de las fuerzas populares, independientes e institucionales”, pues de ellas “depende el futuro y la recuperación de una revolución que se ha detenido”. Por su parte, Silva Herzog, una década más tarde proponía en la Cámara de Diputados mexicana: “Una mayor intervención del Estado en la economía, llegar hasta el capitalismo de Estado y después, aprovechar la coyuntura propicia desde el punto de vista internacional, para llegar al Socialismo (...) un socialismo en que no se prive al hombre de la libertad de pensar, de creer, de actuar”.³⁹⁹

En términos generales, la utopía inspirada por la Revolución Cubana entre los intelectuales mexicanos se prolongó al menos diez años más después de la fecha en la que cierra este estudio. Esto sucedió no sin matices, pero tampoco sin abandonar una línea de pensamiento que apostaba por una radicalización “moderada”, ya fuera socialista-

³⁹⁸ *Ibid*, p. 29.

³⁹⁹ Jesús Silva Herzog, “Por una Democracia Socialista” en *La larga marcha de un hombre de izquierda*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1972, p. 280.

democrática o democrática-socialista. Desde luego, esto no era aceptable para varios sectores de la población y medios de comunicación mexicanos, por lo que la plataforma intelectual universitaria fue objeto de una intensa ofensiva anticomunista, especialmente a raíz de la llegada a la rectoría de la UNAM del Dr. Ignacio Chávez. El núcleo específico de dichos ataques, en este caso, fue el hecho de que la Revolución Cubana se constituyera una matriz de reflexiones en la *Revista de la Universidad de México*. Sin embargo, así como se analizó en este capítulo la doble función del proceso cubano, como objeto de defensa o crítica para referir problemáticas locales, en los ataques y defensa de la *Revista* también parecían filtrarse otro tipo de negociaciones y disputas políticas no solamente referidas a la confrontación ideológica de la Guerra Fría.

4. ¿Es usted rojillo?: La polémica sobre la infiltración comunista en la UNAM en torno a la presencia de la Revolución Cubana en la *Revista de la Universidad de México*

La participación de la CIA en la Guerra Fría no se limitó a financiar invasiones armadas como la de Bahía de Cochinos y a vigilar a los disidentes estadounidenses. En el terreno intelectual latinoamericano también tuvo una presencia particular, desde la cual instrumentó campañas anticomunistas. Una de ellas estuvo dirigida al director de la *Revista de la Universidad de México*, Jaime García Terrés y a su suegro, el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, por sus supuestas filias soviéticas y principalmente castristas. Sobre todo, a partir de la publicación del número de marzo de 1959 de la *Revista*, dedicado a la Revolución Cubana.

De hecho, la ofensiva anticomunista contra los personajes vinculados a la plataforma intelectual universitaria estudiada en este trabajo, coincidió con algunos problemas internos en la UNAM que se manifestaron fehacientemente en el proceso de elección de Ignacio Chávez como rector en 1961. Desde que fue nombrado el 19 de enero hasta que tomó protesta el 13 de febrero hubo varias movilizaciones de grupos estudiantiles y políticos que incluso llegaron a ocupar la Rectoría y Radio Universidad, como protesta ante el nombramiento, pues argumentaban, “Chávez no era humanista, sino tan sólo ‘un sabio’”.⁴⁰⁰

⁴⁰⁰ Abel Barahona, “Su inconveniente, ser un sabio”, *Excélsior*, México, 21 de enero de 1961. Citado en: Celia Ramírez López y Raúl Domínguez Martínez, “Entre la utopía y la realidad, el rectorado de Ignacio

Al interior de la junta de gobierno de la UNAM también se desataron protestas por el nombramiento de Chávez. El Dr. Mariano Vázquez “repudió la elección” mediante una carta con la que también renunció a la junta. Vázquez expuso los siguientes motivos: “1) ni se exploró ni se prestó atención a los escritos enviados por universitarios; 2) el licenciado Gabino Fraga había cesado en sus funciones nueve días antes de la elección, esto es el 10 de enero, y sin embargo votó y 3) otro miembro de la junta votó no por su convicción explícita, sino por la mayoría” y agregó que todo lo anterior había sido posible ya que “un grupo amafiado (sic) se ha adueñado de la mayoría de los puestos en la Junta de Gobierno”.⁴⁰¹

Por su parte, los rumores decían que otro de los opositores a la designación, el Dr. Efrén del Pozo, también miembro de la junta de gobierno, estaba detrás de las protestas, a pesar de que las criticó públicamente, quizá como una estrategia para deslindarse.⁴⁰² Al respecto de las movilizaciones, García Terrés escribió en “La feria de los días” de la *Revista de la Universidad de México* de febrero una defensa del proceso de designación de Chávez y enumeró distintos agravios, como la toma de las instalaciones universitarias y “una lluvia de piedras, en la madrugada, contra el domicilio particular del rector designado”.⁴⁰³

Finalmente, Chávez asumió el cargo e implementó diversos mecanismos de control político, “desde la complicidad de algunas sociedades de alumnos, que colaboraban con denuncias, hasta la conducción cerrada de ‘algunas oficinas clave para el manejo de hilos políticos como las de Personal, Máquinas, Archivo y Educación Física” y, probablemente, golpeadores profesionales, “porros”.⁴⁰⁴ Aún así, una huelga estudiantil terminó por provocar su renuncia en 1966.

A la llegada de Ignacio Chávez a la rectoría, la UNAM atraviesa por un problema serio: la sobrepoblación, en apenas cinco años, de 1961 a 1965, la matrícula aumentó de 60 mil a 75 mil alumnos, rebasando las capacidades físicas y magisteriales de la institución. En

Chávez” en Raúl Domínguez-Martínez, *Historia general de la Universidad Nacional siglo XX. Un nuevo modelo de Universidad. La UNAM ente 1945 y 1972*, México, UNAM-IISUE, 2013, p. 325.

⁴⁰¹ Mariano Vázquez, “Por qué renuncié a la Junta de Gobierno de la UNAM” en *Excélsior*, 8 de febrero de 1961, p. 14.

⁴⁰² Lilia Romo Medrano, *Un relato biográfico. Ignacio Chávez, rector de la UNAM*, México, El Colegio Nacional, 1997, p. 223.

⁴⁰³ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 6, p. 3.

⁴⁰⁴ Ramírez López y Domínguez Martínez, “Entre la utopía y la realidad...”, *op. cit.*, p. 409.

el proyecto de Chávez, se contemplaron varias medidas encaminadas a solucionar este problema, que entraron en contradicción con varios sectores universitarios. Entre ellas estuvieron: prolongar el bachillerato de dos a tres años, regularización de la planta docente, construcción de nuevas instalaciones y ampliación de las existentes, y aumento de los días laborados. Adicionalmente, una de las más polémicas fue la implantación del examen de selección, pues fue vista como una medida elitizante en un momento en el que la sociedad veía a la Universidad como una vía de ascenso social, apuntalada por la consigna estatal de “democratizar la educación”.⁴⁰⁵

Entre las organizaciones que promovieron la huelga en contra de Ignacio Chávez aparece una que da pistas sobre el trasfondo de la confrontación en términos de las facciones políticas relacionadas con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) al interior de la UNAM. La Federación de Estudiantes de la UNAM (FEUNAM), “es ‘alemanista’, perteneciente al Frente Cívico de Afirmación Revolucionaria (FCMAR), el ala derecha y anticomunista del PRI nacida en agosto de 1961 en torno a las figuras de los ex presidente Miguel Alemán y el general Abelardo Rodríguez para combatir al Movimiento de Liberación Nacional (MLN), formado 15 días antes, y ‘a la conjura del comunismo internacional apoyada por los traidores a la patria mexicana’”.⁴⁰⁶

La cercanía del FCMAR con otras organizaciones vinculadas a las derechas como el Movimiento Universitario de Renovada Orientación (MURO) abona también a comprender la intensificación de la campaña anticomunista en contra de Chávez en 1961 y de la acción que finalmente llevó a removerlo de la rectoría cinco años después. Según el testimonio de Sergio Romero “el Fish” –un porro que pasaba información sobre la organización universitaria a Manuel Díaz Escobar, subdirector de Servicios Generales en el Departamento del Distrito Federal y participó activamente en contra del movimiento estudiantil de 1968–, la huelga de 1966 contra Chávez estuvo indiscutiblemente asociada con los sectores más reaccionarios y cercanos al PRI dentro y fuera de la UNAM:

La deposición (del rector Chávez) –declara Sergio Romero *el Fish* en 2004– fue patrocinada desde la Secretaría de la Presidencia de Díaz Ordaz, específicamente en la oficina del secretario particular, por las diferencias que

⁴⁰⁵ Ignacio Chávez de la Lama, *La madre de todas las “huelgas”: La UNAM en 1966* (2ª ed.), México, UNAM/UANL, 2015, pp. 25-44.

⁴⁰⁶ *Ibid.*, p. 38.

éste, Emilio Martínez Manatou, tenía con Chávez desde el movimiento médico de 1965. Señalado como ‘porro’ y ‘gopleador’, recibía entonces apoyos de miembros antichavistas de la Junta de Gobierno de la UNAM. Entre ellos señala a Raúl Pous, Edmundo O’Gorman y el alemanista Luis Garrido.⁴⁰⁷

Lo anterior no sólo sugiere los sectores universitarios desde donde se promovían las campañas en contra de Chávez, sino que también explicita el uso pragmático que se hacía de los argumentos políticos para revestir confrontaciones más personales que ideológicas. Como se verá, en el caso de los críticos de García Terrés y Silva Herzog sucedió algo similar. Por lo que es posible decir que la autorepresentación intelectual se dio en las dos esferas de la oposición entre el compromiso intelectual y sus detractores. En ambos casos, se evidencian los subyacentes intereses por mover y negociar capitales políticos, económicos, culturales y sociales, más allá de la defensa de principios o valores.

Lo anterior se expresó también, desde 1961, con las reservas de algunos intelectuales en torno de las decisiones tomadas por Chávez al llegar a la rectoría. Entre ellas, la de refrendar a García Terrés en la Dirección de Difusión Cultural, a finales de marzo, y la de aumentar significativamente su presupuesto. El escritor y periodista, Rubén Salazar Mallén y que para 1936 participó en la organización de la Acción Popular Mexicana de inspiración fascista, escribió en julio de 1961 en su columna de *El Universal*, “Gota a gota...” que la dependencia a cargo del poeta “había estado en poder de unas palomillas de politicastros que sólo buscaban ayudarse unos a otros”.⁴⁰⁸

A Salazar Mallén le producía sospecha el “trato preferente” otorgado por la rectoría a Difusión Cultural, ya que había aumentado su presupuesto “de un millón ochocientos mil pesos a cuatro millones de pesos”. Con esto, el periodista denunciaba la supuesta connivencia entre suegro y yerno, en este caso manifiesta en términos de presupuesto institucional. Salazar Mallén aprovechaba también para descalificar la labor de García Terrés: “se espera, por eso, que el Departamento de Difusión Cultural desempeñe una labor

⁴⁰⁷ *Ibid*, p. 43.

⁴⁰⁸ Rubén Salazar Mallén, “Gota a gota...” en *El Universal*, 26 de julio de 1961.

mucho más eficiente que la mediocre labor que hasta ahora había venido desempeñando, aunque no debido a la cortedad de su presupuesto”.⁴⁰⁹

Así como el rector Chávez confirmó la importancia del Departamento de Difusión Cultural a cargo de García Terrés, esposo de su hija Celia, también se reafirmó la disposición de la plataforma universitaria como un foro desde donde expresar el apoyo de los universitarios a la Revolución Cubana. En este contexto, el profesor Ramón Ramírez Gómez, de la Escuela Nacional de Economía publicó su libro *Cuba: Despertar de América. Ensayo económico-social* como un número extraordinario de la revista *Investigación Económica*, fundada y dirigida por Jesús Silva Herzog. Sin embargo, una nota firmada por “La Gerencia” (sic) de la publicación, parecía prevenir los ataques de los que la Universidad ya estaba siendo objeto: “Es obvio decir que aun cuando la obra se publica con el patrocinio de la UNAM, los conceptos vertidos en la misma son de la exclusiva responsabilidad del autor”.⁴¹⁰

El texto era un ensayo bastante técnico, apuntalado por alusiones a los documentos que Ramírez Gómez recopiló en su viaje a Cuba de ese año, como Francisco López Cámara, prologuista del libro, lo enfatizaba: “Porque a Cuba no se puede ir de simple turista. Se va allá a estudiar, a aprender, a presenciar con la mente amplia y entusiasta lo que un pueblo puede hacer en su propio beneficio”.⁴¹¹ El ensayo comenzaba con una amplia descripción geográfica, económica y social de Cuba antes y después de la Revolución. Especial atención y detalle le ponía a las Reformas Urbana, Educativa y Monetaria y reivindicaba cómo “ante la presión de las fuerzas imperialistas, se amplía y de revoluciones nacionales se convierten en revoluciones de carácter internacional”. Dicha condición llevaba a Cuba también a ser ejemplar pues era “un gran estímulo, además, para los pueblos de Latinoamérica por las características que todos ellos tienen en común y porque el camino para liberarse de la presión imperialista y de sus aliados nacionales, posiblemente no ha de ser otro que la acción revolucionaria”.⁴¹²

⁴⁰⁹ *Idem.*

⁴¹⁰ Ramón Ramírez Gómez, *Cuba: Despertar de América. Ensayo económico-social*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1961, p. VI.

⁴¹¹ Francisco López Cámara, “Prólogo” en Ramón Ramírez Gómez, *Cuba: Despertar de América. Ensayo económico-social*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1961, p. IX.

⁴¹² *Ibid.*, pp. 194-219.

Aún cuando la publicación era posterior a la invasión de Bahía de Cochinos, Ramírez Gómez se mostraba optimista e invitaba a la necesidad de defender a Cuba como una oportunidad para reafirmarla de nuevo como ejemplar para el resto de los pueblos, ya no sólo latinoamericanos, sino todos los oprimidos. Este texto fue resultado de una conferencia que el profesor presentó en la Escuela de Economía el 26 de julio de 1961, en el marco de la conmemoración del asalto al cuartel Moncada. En aquel evento, un grupo de estudiantes liderados por Luis Felipe Coello Macías y Guillermo Vélez Pelayo se presentaron para interrumpir, lo que ellos llamaron “el acto comunista”.⁴¹³ Tras la trifulca, Coello Macías y Vélez Pelayo fueron expulsados.

A la par de dicho evento, las agrupaciones “Frente Estudiantil Universitario”, “Grupo Revolucionario ‘Santos Degollado’”, “Asociación Revolucionaria de Estudiantes”, “Grupo Cultural ‘Venustiano Carranza’” y “Movimiento Estudiantil Democrático” organizaron una protesta en Ciudad Universitaria, en la que al grito de “Cuba, sí. Rusia, no”, quemaron un muñeco de cartón que representaba a Fidel Castro, a quien acusaban de haber traicionado a la Revolución Cubana.⁴¹⁴ Por otro lado, la noche de ese mismo día se inauguró el Instituto Mexicano de Relaciones Culturales “José Martí” en Tokio 63, Colonia Juárez, en la Ciudad de México, con la presencia del embajador cubano en México José Antonio Portuondo, Pablo González Casanova –director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM– y el presidente del nuevo organismo, el historiador tabasqueño, Agustín Cué Cánovas.⁴¹⁵

La expulsión de Coello y Vélez de la UNAM fue respondida con la formación del Comité General Pro Defensa de la Libertad de Cátedra y Expresión Universitaria, desde donde se denunció el “apoyo a los rojos” del rector Chávez. A la defensa de los jóvenes expulsados se sumaron algunos columnistas y articulistas, como Eduardo Hornedo, del periódico *Novedades*; Juan Durán y Casahonda, gerente de la estación de radio XEQ; Rubén Salazar Mallén; Íñigo Laviada, articulista de *Ovaciones* y *Excélsior* y Rodrigo García Treviño—un trotskista cercano a Vicente Lombardo Toledano y al sindicalismo

⁴¹³ Mario Virgilio Santiago Jiménez, “Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975” en María del Carmen Collado Herrera (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto Mora, 2015, p. 201.

⁴¹⁴ “Repudio al Castrocomunismo hecho por estudiantes universitarios en México”, *El Universal*, 27 de julio de 1961, p. 1.

⁴¹⁵ “Las relaciones culturales con Cuba se fortalecerán”, *Novedades*, 27 de julio de 1961, p. 7.

oficialista⁴¹⁶-. Algunos de ellos, aprovecharon para criticar la presunta “rusofilia” del rector Chávez y de García Terrés, como Rodrigo García Treviño, quien comenzó una campaña mediática en contra del Director de Difusión Cultural de la UNAM, acusándolo de “agente del castrismo” a causa de los textos sobre la Revolución Cubana publicados por la *Revista de la Universidad de México*. Finalmente, Coello y Vélez fueron reintegrados a la Universidad, sin embargo, esto estuvo bastante lejos de lograr contener la ofensiva anticomunista.

La respuesta a la publicación del texto de Ramírez Gómez llegó también en forma de un folleto firmado por Gustavo Narrina, aparentemente un seudónimo del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada.⁴¹⁷ El que este personaje sea el autor de la crítica al texto de Ramírez Gómez no es un asunto menor, pues se trataba de la cabeza de uno de los grupos empresariales más poderosos del país en aquellos años, el Grupo Monterrey. Por entonces, la campaña de la CIA tenía como objetivo era “infiltrar organismos empresariales para fomentar el anticomunismo (como si hubiese sido necesario)”.⁴¹⁸ Por una vía o por la otra, el anticomunismo tenía uno de sus bastiones entre los empresarios, por lo que en cierta medida el folleto de Narrina era una crítica sectorial a la libertad política que se fomentaba en la UNAM y el hecho de que, efectivamente, funcionara como una plataforma para la discusión y defensa intelectual de la Revolución Cubana.

El primer señalamiento de Narrina fue afirmar que “la Escuela Nacional de Economía está dominada por los elementos comunistas o de extrema izquierda”, para después criticar la factura de la revista, que le parecía excesivamente cuidada, pues tenía “inusitadas pastas a dos colores”. Por supuesto, lo central era que Ramírez Gómez dedicara

⁴¹⁶ Daniela Spenser, “*Unidad a toda costa*”: *La Tercera Internacional en México durante la Presidencia del General Lázaro Cárdenas*, México, INEHRM/CIESAS, 2007, p. 473.

⁴¹⁷ “En más de una ocasión don Eugenio escribió artículos para la revista *El Abanderado* de la Cervecería Cuauhtémoc, y recientemente descubrimos que en 1962 redactó un libro titulado “Economía Política”, publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas AC., con el seudónimo de Gustavo Narrina. Por lo menos 5 de sus 10 mil ejemplares se conservan en el Archivo Eugenio Garza Sada, con la versión inicial y correcciones a máquina de su autor”. Publicado por el Centro de Información Empresarial de Nuevo León, parte del Centro Eugenio Garza Sada, en Monterrey (<https://centrocien.wordpress.com/2015/10/16/el-unico-libro-escrito-por-eugenio-garza-sada/>) Consultado el 13 de abril de 2020. Años más tarde, Garza Sada se convertiría en el objetivo de una operación de secuestro de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Una serie de errores organizativos condujeron a que el empresario regiomontano terminara asesinado aquella tarde del 17 de septiembre de 1973.

⁴¹⁸ Guillermo Sheridan, *Paseos por la calle de la amargura y otros rumbos mexicanos*, México, Penguin Random House, 2018, p. 247.

“tanto tiempo, esfuerzo y dinero de la Universidad” en hacer “propaganda en favor de un régimen comunista (de eso ya no hay la menor duda) como el establecido en Cuba”.⁴¹⁹

La crítica de Garza Sada a *Cuba: despertar de América* apuntaba a la “falta de veracidad y objetividad” del texto, que ubicaba en sus fuentes e interpretaciones. Sin embargo, constantemente hacía alusiones a lo que realmente parecía interesarle, el hecho de que la Universidad permitiera este tipo de proyectos y además los financiara: “Los gastos de este libro de auténtica y abierta propaganda, seguramente habrían sido financiados por la Universidad, igual que los gastos de viaje a Cuba del autor, del prologuista, etc.”.⁴²⁰ Como veremos a continuación, esta crítica era prácticamente igual a la que Rodrigo García Treviño dirigió a García Terrés y al rector Ignacio Chávez, acusándolos de agentes de la Unión Soviética y de la Revolución Cubana.

El mismo 26 de julio de las manifestaciones en Ciudad Universitaria dirigidas por Coello y Vélez en contra de las conmemoraciones del asalto al cuartel Moncada, Rodrigo García Treviño escribió en el periódico *Excélsior* la columna “¿La Universidad contra la Nación?”. En ella, reprodujo las denuncias sobre “la alarmante y extensa actividad comunista” en la UNAM publicadas en “un número más del boletín político ‘confidencial’ que dirige el periodista Manuel Larenas Velasco”. “Larenas Velasco” era uno de los seudónimos asignados por la CIA al poeta, historiador y abogado potosino Manuel Calvillo, quien había sido secretario de Alfonso Reyes.⁴²¹

Las denuncias de “Larenas Velasco” reproducidas por García Treviño comenzaban acusando a Ignacio Chávez de permitir que quien dirigiera la Universidad fuera, en realidad, “su yerno, el rusófilo Jaime García Terrés”. A partir de ahí, aludía a tres elementos que serían una constante en las diversas acusaciones de la polémica: 1) la invitación a un ciclo de conferencias en la Facultad de Derecho y en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM que buscaban reflexionar en torno a textos de Karl Marx, Lenin, Stalin y Mao Tse-Tung; 2) el programa “Temas de nuestro tiempo” en Radio Universidad,

⁴¹⁹ Gustavo Narrina, *Comentarios sobre el libro “Cuba, despertar de América” de Ramón Ramírez Gómez (Ensayo Económico y Social)*, México, s/e, 1962, pp. 3-4. Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, Fondo: Folletos Cuba, Caja 2.

⁴²⁰ *Ibid.*, p. 6.

⁴²¹ Cuando la CIA decide utilizar los servicios de Calvillo como escritor y como informante, dispone aprovechar su trato con intelectuales de izquierda, pero recomienda cuidar sus pasos, sobre todo su relación con gente “como Jaime García Terrés” quien, según un reporte de 1959 “está a sueldo de la Embajada Soviética por sus escritos para la revista *El Espectador*”. Sheridan, *op. cit.*, pp. 245-249.

por tratarse, según el denunciante de “propaganda castrista e históricamente antiestadounidense, para gloria y provecho del imperialismo ruso”, especialmente a partir de haber equiparado las figuras de Benito Juárez y Fidel Castro en su lucha contra el imperialismo francés y estadounidense respectivamente; 3) el ejercicio de la libertad de cátedra universitaria utilizando textos marxistas para la enseñanza. El principal argumento del ataque contra la Nación, según García Treviño era que: “el México auténtico, el que vive y piensa para México, ha definido con claridad su postura contra el fascismo rojo soviético”.⁴²²

A la siguiente semana, García Treviño continuó la ofensiva en su columna “Obras son Amores, Señor Rector”. En ésta, recordaba las palabras del rector Chávez en la Escuela Nacional de Economía el 28 de julio, en las que invitaba a los estudiantes a ponderar el estudio por encima de la política, las cuales el columnista tachaba de incoherentes, refiriéndose a un proceso de elección estudiantil, según él amañado en favor de un estudiante “rojillo”. García Treviño atribuía la componenda a la influencia de “don Jesús Silva Herzog, el principal promotor de la infiltración comunista en la Universidad, con quien el señor rector está asociado (...) en virtud del apoyo que con los suyos le dio para ser elegido.”⁴²³

La acusación contra Silva Herzog era bastante superficial, pues su interés por el marxismo era claramente visible en su trayectoria, y nunca fue algo que el economista ocultara. Como se ha revisado en este trabajo, Silva Herzog fundó una gran cantidad de instituciones en las que la lectura de los clásicos de la economía política –que tanto alarmaban a García Treviño– formaban parte de los programas, además claro de la apertura para discutir temas asociados a “la izquierda” en *Cuadernos Americanos* y la gran cantidad de textos ahí publicados en favor de la Revolución Cubana. Sin embargo, el hecho de que la denuncia se quedara en su asociación con el rector evidencia que más allá de la angustia por la “infiltración de agentes comunistas” en la Universidad, había otro tipo de motivaciones que alentaban la ofensiva y tenían que ver con asuntos relativos a la confrontación entre facciones al interior de la UNAM. Por cierto, los ataques a Silva Herzog serían rápidamente

⁴²² Rodrigo García Treviño, “¿La Universidad contra la Nación?” en *Excelsior*, 26 de julio de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴²³ Rodrigo García Treviño, “Obras son Amores, Señor Rector” en *Excelsior*, 2 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

abandonados en la polémica y el director de *Cuadernos* ni siquiera se molestó en responderlos.

Más adelante en “Obras son Amores, Señor Rector”, García Treviño dejaba entrever una de las principales motivaciones del ataque: “Ahora en las direcciones de control de la Universidad, que para el caso son las más importantes, hay más elementos comunistófilos que en tiempos del doctor Carrillo Flores. De la de Escuelas Incorporadas, por ejemplo, fue destituido Manuel Calvillo, un liberal avanzado”.⁴²⁴ Calvillo no era nada menos que el autor del primero de los ataques –citado en la primera columna de García Treviño con su seudónimo “Larenas Velasco”– en contra de Chávez, García Terrés y su supuesto castrismo y “rusofilia”.

El hecho de que Chávez hubiera destituido a Calvillo de su puesto administrativo universitario podría haber sido interpretado por la CIA –o desde el propio enojo del escritor– como una especie de purga ideológica. Aunque, en el fondo, probablemente no se tratara de otra cosa que el típico reparto de puestos con la renovación de autoridades que suele suceder en la mayoría de los ámbitos burocráticos mexicanos y, específicamente, en los universitarios. Comoquiera, la polémica recurre al uso de la Revolución Cubana –a favor y en contra– para argumentar en torno de asuntos menos relacionados con el tema en concreto y más con negociaciones políticas, económicas o sociales en el mundo intelectual y fuera de él.

El 3 de agosto apareció en la edición vespertina de *Excélsior*, llamada *Últimas Noticias*, una nota sin firma en la que se denunciaba: “la revista de la Universidad Nacional de México ha sido convertida prácticamente en una sucursal de ‘Revolución’, el órgano del régimen castrista, pues en sus columnas se alaba a Cuba y se critica a los Estados Unidos”. En el artículo, además se retomaban dos columnas “La feria de los días” de Jaime García Terrés, a quien, de nuevo, se le llamaba insistentemente “el yerno del rector Ignacio Chávez”, como en los ataques anteriores. La primera columna había aparecido en mayo en la *Revista de la Universidad de México*, en la que García Terrés condenaba la invasión de Bahía de Cochinos; la segunda era la de junio en la que el director de la *Revista* declaraba

⁴²⁴ *Idem.*

ser un “hombre de izquierda” y se glosaban algunas secciones de esta, para afirmar que García Terrés “incitaba a la violencia”.⁴²⁵

El periódico *Excélsior* continuó la ofensiva contra Ignacio Chávez y Jaime García Terrés y colocó el ataque del 4 de agosto en su “Página Editorial”, de nuevo sin firma, expresando así una noción de postura oficial y colectiva del diario. El texto comenzaba por recordar la edición de marzo de 1959 de la *Revista* dedicada al triunfo de la Revolución Cubana: “no sin estupor y alarma la sociedad leyó, hace dos años, la revista ‘Universidad de México’, órgano de la UNAM, cuyas páginas, en su totalidad estaban dedicadas al elogio de un guerrillero audaz y aventurero como Fidel Castro”.⁴²⁶ Aparentemente, en este caso, lo alarmante del castrismo no era su relación con el comunismo, sino su audacia y carácter aventurero. Sin embargo, más adelante *Excélsior* retomaba el anticomunismo al elevar los contenidos de la *Revista* al nivel de “traición a la patria”: “Tan malévola y pernicioso es la tarea que llevan al cabo (sic) los directores de ‘Universidad de México’ que no podemos menos de considerarla como una verdadera traición a la patria (...). Si la lee y permite que siga la propaganda antimexicana, indica que el propio doctor Chávez es el jefe del comunismo en el seno de la UNAM”.⁴²⁷

Posteriormente, la “Página Editorial” insistía en el castrismo y las incitaciones a la violencia de García Terrés en su columna de junio, y a partir de ello afirmaba *Excélsior* que se trataba de una conjura antigubernamental: “dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México está siendo engendrada la deslealtad al Presidente de la República y a las instituciones constitucionales de México”. Finalmente, se retomaban las acusaciones de García Treviño contra Radio Universidad, lo que llevaba a confirmar que se estaba desarrollando en la Universidad una “subversión literaria, hecha con el dinero del pueblo mexicano”, a las órdenes de la Revolución Cubana, pues “mañana –cuando Castro lo ordene–, puede convertirse en otro género de epicentro”.⁴²⁸

Ignacio Chávez respondió a las acusaciones hechas por *Excélsior* en dos comunicados periodísticos. El primero de ellos apareció en *Novedades* el lunes 7 de agosto,

⁴²⁵ “La Revista de la UN, convertida en sucursal del órgano castrista”, *Últimas Noticias*, 3 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴²⁶ “Página Editorial” en *Excélsior*, 4 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴²⁷ *Idem.*

⁴²⁸ *Idem.*

el cual afirmaba que estaba fraguándose una campaña en contra de la UNAM, pues en realidad él desde la rectoría estaba “luchando por combatir todo sectarismo, lo mismo el de extrema izquierda que el de extrema derecha”.⁴²⁹ El segundo fue una carta que dirigió a Gilberto Figueroa, gerente general del *Excélsior*, que fue reproducida por dicho periódico el 8 de agosto. El rector comenzaba por desmentir que las conferencias denunciadas por García Treviño se hubieran llevado a cabo en la UNAM y lo caracterizaba, en cierta forma, como un anticomunista paranoico: “incurre en lo que está de moda: llamar a todo mundo rojillo, rusófilo, comunistófilo, sin preocuparse de que estos cargos caigan sobre personas que están tan lejos de merecerlos, como él de ser un escritor sereno e imparcial”.⁴³⁰

Las constantes alusiones a la Revolución Cubana en los distintos espacios universitarios eran justificadas por Chávez en dos sentidos. Primero, aducía que entre mayo y junio de ese año, 1961, “fue candente el problema de la invasión de Cuba”, por lo que se habían organizado varios eventos, pero que, en el fondo “no hicieron más ni hicieron menos de lo que hizo el propio Gobierno de México: manifestar su repulsa a una política de intervención y su apoyo a la libre determinación de un país”.⁴³¹ En este punto, cobraba sentido el hecho de que *Cuadernos Americanos* hubiera reproducido íntegro el discurso de López Mateos en la visita de Osvaldo Dorticós en 1960, pues se reafirmaba el respaldo institucional de una postura de aproximación a Cuba compartida entre los intelectuales y el gobierno. Esta coincidencia de simpatías, sin embargo, no había sido explicitado por la *Revista*, hasta ahora, en voz del rector. Finalmente, Chávez se refería a las acusaciones sobre la columna de García Terrés presuntamente invitando a la violencia como una descontextualización injustificada que mermaba el verdadero sentido del texto.

Inmediatamente, al día siguiente, el 9 de agosto, *Excélsior* publicó una nueva columna, sin firma, en la que se desaprobaba la argumentación que había hecho Chávez en su carta. Primero, *Excélsior* se refería a la coincidencia entre las posturas de la *Revista* y el gobierno mexicano, pues “el Gobierno de México no da el subsidio anual de ciento veinticinco millones para que la Universidad le haga corro (sic)”. El ataque estaba ahora plenamente centrado en el anticomunismo: “lo que el país está exigiendo –y es lo que el

⁴²⁹ “Enérgica Réplica del Rector a los que lo Impugnan” en *Novedades*, 7 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴³⁰ “‘Lucho contra todo sectarismo’: dice el rector de la UNAM, doctor Chávez” en *Excélsior*, 8 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴³¹ *Idem*.

doctor Chávez no puede ni quiere hacer— es que la UNAM deje de ser un centro de propaganda comunista” y sobre García Terrés insistían: “Excélsior ha puntualizado que el director del órgano oficial de la UNAM es prosoviético [... y] es yerno del rector”.⁴³²

Jaime García Terrés finalmente entró al debate el 9 de agosto, por medio de su columna “Inventario” en *Novedades*. Si Chávez leía el ataque como una “campana contra la Universidad”, para García Terrés iba aún más allá, pues decía: “en el fondo de este juego sucio no hay tanto la tentativa de combatir una afirmación o a una persona, cuanto la de asfixiar —recurriendo si es preciso, a las armas de mayor bajeza— la libre expresión”, pues afirmaba que todos los señalamientos en su contra se trataban de tergiversaciones que lo convertían a él “en defensor de aquello mismo contra lo que siempre [había] luchado”. Posteriormente, defendía la objetividad de los textos referentes a la Revolución Cubana y retomaba el argumento de Chávez sobre la coincidencia de posiciones con el gobierno mexicano.⁴³³ No está de más recalcar que, en el fondo, García Terrés tenía razón al afirmar que las posturas que le imputaban no podían estar más alejadas de su usual moderación y distanciamiento con cualquier tipo de radicalidad de izquierda, como se ha apuntado a lo largo de este trabajo.

El 10 de agosto *Excélsior* respondió a Ignacio Chávez con un reportaje en el que daba cuenta de la postura del Frente Universitario Anticomunista⁴³⁴, quienes se centraban en la primera frase de Chávez para decir que: “en un rector universitario es criticable su afán de combatir sectarismos, puesto que no es ese su papel (...). Inadvertidamente ha confesado su militancia política con olvido reprobable de su función académica”.⁴³⁵ El columnista Santiago Sierra Carrillo repetía lo anterior usando casi las mismas palabras, pero añadía un argumento en favor de un cierto tipo de sectarismo: “Chávez, pese a los méritos que puedan reconocérsele como cardiólogo, no alcanza a distinguir entre el celo por

⁴³² “Sólo para salir del paso” en *Excélsior*, 9 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴³³ Jaime García Terrés, “Inventario. La Revista de la Universidad y la mala fe de quienes la calumnian” en Jaime García Terrés, *Obras III. La feria de los días [1953-1994]*, pp. 246-248.

⁴³⁴ El Frente Anticomunista Universitario fue una agrupación fundada en los años cincuenta por jóvenes católicos cercanos a la Compañía de Jesús y vinculados al Yunque y Los Tecos, organizaciones también conservadoras, nacionalistas y anticomunistas. Hay fuentes para afirmar que el FUA tuvo su origen en Guadalajara, Jalisco, y algunas otras para remitirlo a Puebla. Luis Ángel Hurtado Razo, “Las caras de El Yunque u Orquesta, un acercamiento al actuar de una sociedad reservada-secreta” en *Historia y Grafía*, año 22, núm. 44, enero-junio 2015, pp. 189-217.

⁴³⁵ “Habla Chávez, pero no detiene la campaña roja, dice el FUA” en *Última Noticias*, 10 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

una secta que es justa, que no es agresiva, y el sectarismo de los que pretenden imponer por la fuerza un criterio liberticida y genocida a la sociedad acobardada”.⁴³⁶ A pesar de la ambigüedad de la frase, Sierra Carrillo objetaba en favor de un tipo de tolerancia política que discernía entre unos fanatismos “justos” y otros “injustos” e impositivos. El alegato había ido reduciendo el nivel de argumentación y comenzaba a enmarañarse en la defensa de lo indefendible con tal de continuar golpeando al presunto comunismo universitario.

García Terrés continuó su deslinde a la semana siguiente en el mismo espacio editorial “Inventario” de *Novedades*, en el que reafirmaba su posición centrista y sin ningún tipo de compromiso político al considerar éste como una “perversión del ejercicio intelectual, de los métodos de lucha”, pues decía, “no logro admitir que la verdad se convierta en un mero instrumento de partido, cualquier que éste sea”. Este par de afirmaciones redondeaban su postura inicial sobre el intelectual. Si bien el poeta y funcionario había atravesado por un proceso de cierta aproximación –discursiva– a la izquierda, a partir del triunfo de la Revolución Cubana, con empresas como el número de marzo del 59 dedicado a ésta o la formación de la revista *El Espectador*, en el fondo parecía haberse mantenido lejos de una politización real, aun con la clara conciencia de la necesidad de posicionar discursos para el intercambio de capitales culturales, sociales, políticos y económicos en el mundo intelectual.

Así como en su “Diario de un escritor en La Habana”, García Terrés recordaba haber encarado al colaborador de un senador estadounidense cuando le cuestionó el apoyo mexicano a Cuba sin realmente transmitir en qué había consistido la confrontación, dicha ambigüedad aparecía ahora para distanciarse ligeramente de la revolución en la isla: “Pero vayamos a los hechos concretos: así como había que condenar el pasado intento de intervención en Cuba, hoy me alarma la forma en la que ha sido tratado por el gobierno cubano, no hace mucho, uno de los más leales y desinteresados servidores de aquella revolución, el ingeniero mexicano (sic) Alfonso Gutiérrez”.⁴³⁷ En realidad, Alfonso Gutiérrez fue un empresario petrolero español exiliado en México que contribuyó primero con dinero suyo y recolectándolo de algunos otros empresarios mexicanos para la causa

⁴³⁶ Santiago Sierra Carrillo “Foro de Excelsior. Objeta la Tesis del rector Ignacio Chávez” en *Excelsior*, 10 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

⁴³⁷ Jaime García Terrés, “Inventario. Algunas citas. La mentira heroica” en Jaime García Terrés, *Obras III. La feria de los días [1953-1994]*, pp. 249-250.

revolucionaria cubana –durante el periodo de Sierra Maestra–, y como Director General del Instituto de Petróleo Cubano, una vez que triunfó la revolución. Sin embargo, conforme la influencia soviética comenzó a aumentar en la isla, Gutiérrez tuvo diferencias con las nuevas decisiones implementadas, rompió con Castro y regresó a México.⁴³⁸ Sin embargo, García Terrés no detalló nada de esta información en su columna –en la que omitió que Gutiérrez era un exiliado republicano–, aunque sí utilizó la vaga referencia para defender su propia postura intelectual centrista y “objetiva” frente a la campaña anticomunista armada en contra suya y del rector.

La intervención final de Rodrigo García Treviño, del 17 de agosto, fue una respuesta a la carta de Chávez publicada por *Excélsior* diez días antes. El periodista comenzaba por hacer un cotejo del diseño editorial de la invitación a las conferencias marxistas –desmentidas por Chávez– y la tipografía y el papel de otros materiales publicados por la Imprenta Universitaria, como la *Revista de la Universidad de México* para afirmar que “en ambas, el emblema de la casa de estudios tiene un defecto idéntico, imperceptible a simple vista, pero apreciable con lente de aumento”. Este argumento, aunado a algunos anuncios en la Gaceta, lo llevaban a confirmar que las conferencias sobre textos de izquierda habían tenido lugar en la Ciudad Universitaria. De nuevo, en este punto puede observarse la reducción de los argumentos a un plano bastante alejado de la confrontación intelectual. La insistencia sobre los coloquios implicaba que había temas o textos que, en la visión de García Treviño, no debían ser tratados en los espacios universitarios. Paradójicamente, estos criterios también estaban presentes de cierta forma en la defensa del rector Chávez, pues lejos de argumentar en favor de la libertad de cátedra y de expresión, se había concentrado en negar la existencia de este tipo de eventos. Al periodista de *Excélsior* le resultaban tan alarmantes las discusiones sobre la izquierda, que afirmaba: “debe considerársele como en vísperas de la Segunda Guerra Mundial se consideró al nazismo, cuya presencia en los centros de cultura habría sido inconcebible”, en referencia a la Unión Soviética como tema de conversación en la UNAM.⁴³⁹

⁴³⁸ Juan Alberto Cedillo, “Mi padre viajaba a Cuba con un saco forrado de dinero para Fidel Castro”: Cecilia Pérez” en *Proceso*, 21 de diciembre de 2016. (Consultado en: <https://www.proceso.com.mx/testimonio/2016/12/21/mi-padre-viajaba-cuba-con-un-saco-forrado-de-dinero-para-fidel-castro-cecilia-perez-175737.html> el 29 de octubre de 2020)

⁴³⁹ Rodrigo García Treviño, “Está usted equivocado, señor rector” en *Excélsior*, 17 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

En un correlato bastante exacerbado del texto de Santiago Sierra Carrillo, *Excélsior* nuevamente cargaba contra Chávez desde el anticomunismo con una carta firmada por la poeta Margarita Michelena –o una homónima suya–. Parecía como si el periódico hubiera modificado su estrategia de las columnas sin firma a las cartas como medio de golpeteo contra la UNAM. Michelena comenzaba con argumentos fiscales para remarcar las responsabilidades de la Universidad, entre ellas, la primera “mantenerse fiel a la estructura jurídica –vale decir moral e ideológica– del Estado”. Esto, justo antes de lanzar una diatriba en contra de la autonomía universitaria y la libertad de cátedra, pues decía que justificaba toda suerte de “abusos y transgresiones” como conceder a “las autoridades, maestros y alumnos pleno derecho a contradecir con hechos y palabras el orden jurídico y social aceptado por la mayoría”. A la censura defendida por García Treviño, Michelena sumaba la abolición de dos de los pilares de la Universidad Nacional: la autonomía y la libertad de cátedra, pues consideraba que al no estar esta plena y homogéneamente alineada a la “ideología” estatal, incurría en una falta a los contribuyentes que la sostenían con sus impuestos.

La principal molestia de Michelena retomaba el argumento inicial de la polémica, la asignación de puestos administrativos y académicos a ciertos perfiles de funcionarios y profesores asociados a la defensa de la Revolución Cubana:

Un foco de agitación política, adoctrinamiento sectario y propaganda prosoviética, ahora vertida preferentemente por el canal que había abierto el castro-comunismo, del cual son públicos y fervientes abanderados aquellos funcionarios y maestros con mayores privilegios y más amplias posibilidades de acción y control incluyendo en la lista al propio licenciado García Terrés, hijo político de usted a quien, dicho sea de paso, para precaverse contra toda posible imputación de nepotismo, y en honor al prestigio de usted como persona seria y a la gravedad de su investidura, debió pedir oportunamente la renuncia.⁴⁴⁰

⁴⁴⁰ Margarita Michelena, “Foro de Excélsior. El Bisturí en la Universidad” en *Excélsior*, 17 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

Los procesos de contratación o despido de funcionarios universitarios habían quedado, como en la primera columna de García Treviño, al centro del debate. Para este momento, el asunto ideológico sobre el comunismo o castrismo de las publicaciones o programación de eventos universitarios habían quedado fuera de foco. La polémica en torno a la infiltración comunista en la UNAM se reducía ahora al reclamo inicial del despido de Manuel Calvillo y en una especie de venganza –hasta ahora no explicable del todo–, la exigencia de la renuncia de García Terrés.

Quizá a causa de la reducción al absurdo de la discusión sostenida desde el *Excélsior* contra Chávez y García Terrés o bien porque con la reincorporación de Coello y Vélez a la Universidad, parecía dejar el pleito medianamente zanjado, el director de la *Revista de la Universidad de México* optó por abordar irónicamente el tema en su columna “La feria de los días” en la *Revista* de septiembre de aquel año. En ella publicó un cuestionario lleno de sarcasmo en el que preguntaba “¿Es usted rojillo?”, pues decía, “todo el mundo es sospechoso de ser rojillo”. Entre las preguntas, estaban algunas referidas al uso de términos como “libertad de expresión”, “libertad de cátedra”, “justicia social”, “rusófilo”, “comunistoide”, “fascismo rojo”, “doctrinas exóticas”, entre otros. También cuestionaba “¿le parece que todos los refugiados españoles tienen la hoz y el martillo tatuados bajo la camisa?”; “¿usa corbata?”; “¿le agrada pensar con su propia cabeza?”; “¿Duda usted de la exactitud de alguno de los axiomas siguientes? A) La Revolución Cubana es el mal absoluto. B) *Time is money*. C) Todos los socialistas se van al infierno. D) Cualquier tiempo pasado fue mejor E) La Universidad está en garras de los comunistas F) El cliente siempre tiene razón”; “¿Desayuna usted en Sanborn’s?”; “¿Responde usted con frecuencia a cuestionarios como éste?”. A partir de sus respuestas, el lector podría ir sumando los puntos acumulados para medir su nivel de “rojillo”.⁴⁴¹

En el fondo, a pesar de que el cuestionario estaba propuesto como un abordaje juguetón y sarcástico del tema, era un excelente condensado de los argumentos esgrimidos por la campaña anticomunista para calificarlos a Chávez, García Terrés, y en un primer momento también a Silva Herzog como “rojillos”, “rusófilos”, “agentes del comunismo” y demás categorías enumeradas en la columna del director de la *Revista*.

⁴⁴¹ Jaime García Terrés, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XVI, núm. 1, septiembre de 1961, p. 3.

“¿Es usted rojillo?” parecía zanjar momentáneamente el debate sobre el comunismo en la Universidad y entre los intelectuales. Pero, la verdad, es que la ofensiva se prolongaría ampliamente y en diversos espacios no limitados a la UNAM. Calvillo no quitó el dedo del renglón para continuar con las acusaciones de comunistas a diestra y siniestra sobre varios intelectuales mexicanos, especialmente aquellos vinculados a la plataforma universitaria de la *Revista de la Universidad de México* y *Cuadernos Americanos*, como puede apreciarse en la “lista negra de comunistas mexicanos, o radicados en México” que Calvillo elaboró para la CIA⁴⁴². En ella aparecían: Jesús Silva Herzog, Pablo y Henríque González Casanova, Jorge Carrión, José Emilio Pacheco, Vicente Rojo, Juan Vicente Melo, Jorge Ibarguengoitia, Carlos Fuentes, Emmanuel Carballo, Francisco López Cámara, Max Aub, Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Leopoldo Zea, Augusto Monterroso, Renato Leduc, y desde luego, Jaime García Terrés, quien a mediados de la década de los sesenta tuvo incluso problemas para entrar a Estados Unidos a causa de aparecer en “la lista negra”. Aparte de él, muchos de los “fichados” participaban en las publicaciones en aspectos editoriales directamente o como colaboradores, pero coincidían en orbitar dicho espacio cultural de una u otra manera y haber participado en las discusiones o la defensa de la Revolución Cubana en la plataforma.

⁴⁴² Sheridan, *Paseos por la calle de la amargura*, p. 247.

Reflexiones finales

El argumento central desarrollado en este trabajo fue que al examinar la reflexión intelectual en torno al triunfo de la Revolución Cubana también es posible comprender la manera en la que funcionaba la red en que la discusión se desarrolló, así como sus relaciones internas y externas. En este caso, la plataforma intelectual universitaria, que se expresaba a través de *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, formó redes intelectuales, proyectó sus autorepresentaciones a través de discursos y finalmente estructuró una defensa de la Revolución Cubana por medio de distintos mecanismos intelectuales instrumentados en las publicaciones, que les ayudaron a ganar posiciones para sus intereses particulares.

A partir de las reservas que mencioné en la introducción al respecto de estudiar la Guerra Fría en América Latina simplemente como la historia de los ajustes de este continente a las confrontaciones entre el bloque alineado a Estados Unidos y la esfera socialista liderada por la Unión Soviética, este estudio buscó enfatizar la importancia del actor central para América Latina en el periodo estudiado, 1959-1961: Cuba. Esto, desde las implicaciones que el triunfo de la Revolución Cubana tuvo para el debate intelectual en México, específicamente a través de las dos revistas de proyección continental estudiadas, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*, y la plataforma universitaria que las posibilitó.

El periodo abordado por este estudio, 1959-1961, permite observar con especial puntualidad la latinoamericanización de la Guerra Fría en el plano cultural. Si bien es incuestionable la presencia de Estados Unidos y la Unión Soviética en dicha guerra, su confrontación no está en el centro de las discusiones sino hasta que se relaciona con Cuba y las decisiones tomadas por su gobierno revolucionario. Por lo tanto, considero que es coherente con la búsqueda de atraer la atención historiográfica a las acciones propiamente desarrolladas en Latinoamérica: una revolución y el debate en torno a ella como eje de las pesquisas y la argumentación. Específicamente, a partir del debate suscitado en México al respecto.

El concepto de plataforma intelectual que utilicé para comprender el entrecruzamiento institucional de las revistas y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) permitió, primero, observar la construcción y el tejido de redes

intelectuales desde dos perspectivas distintas, la de *Cuadernos* y la de la *Revista de la Universidad*, gracias al “mapeo” como herramienta historiográfica propuesto por Beatriz Sarlo y Rafael Rojas; en segundo lugar, la manera en que dichas redes fueron puestas en acción por los sujetos en los debates y argumentaciones proyectados a través de los soportes materiales de las revistas, como sugiere Aimer Granados. Finalmente, a través de la lectura sociohistórica de las revistas, también descrita por Beatriz Sarlo, fue posible comprender los intereses de los intelectuales al elaborar sus textos, derivados del intercambio de capitales sociales, políticos, culturales y económicos. Principalmente, en el intercambio de estos capitales, se discutía la legitimidad del “ser intelectual” a través de la consigna predominante del compromiso.

Las redes intelectuales de la plataforma universitaria de *Cuadernos* y la *Revista de la Universidad* se mostraron como instancias de circulación de ideas, actores, reflexiones y posturas ante la realidad. Las producciones culturales que posibilitaron fueron resultado del vínculo entre los intelectuales y un contexto específico que les interpeló a buscar la manera de intervenir para defender a la Revolución Cubana, revitalizar a la Revolución Mexicana, expresar su “compromiso”, defender su constructo de objetividad y finalmente, defenderse a sí mismos de la campaña anticomunista dirigida, al final del periodo estudiado (1961) hacia su propia plataforma. Es decir: se revisó el tránsito que va de la defensa de un proceso radical a la necesidad de establecer ciertos matices, que fueron apremiantes debido a la contradicción entre dos instituciones imbricadas en este caso: las revistas político-culturales universitarias estudiadas y la Universidad, en el contexto del debate social en torno a su politización.

En este sentido, la polémica en torno a la infiltración comunista en la UNAM evidenció también las prioridades y valoraciones de los capitales puestos en juego por algunos de los intelectuales que participaron en los debates sobre la Revolución Cubana. En el caso específico de Jaime García Terrés, pudo observarse casi un ciclo completo en su postura sobre el compromiso, partiendo del análisis de sus textos de los años cincuenta, en los que se mostraba reservado ante la posibilidad de que el escritor se politizara, se evidenció la ruptura que generó el triunfo de la Revolución Cubana, que lo llevó a participar en *El espectador*, un proyecto intelectual autodefinido “de izquierda”; y finalmente, los ataques dirigidos contra él y su auspicio en la *Revista de la Universidad* a

textos simpatizantes del proceso en la isla, lo cual le hizo volver a afirmarse públicamente como un sujeto alejado de la política y concentrado en la literatura. O al menos no en ese tipo de política, pues en 1965 asumió el cargo de embajador en Grecia.

Podemos afirmar que el distanciamiento de “la izquierda comprometida” por parte de García Terrés se debió a que había establecido una serie de compromisos de una índole más “oficial”, comenzando por la institución universitaria, cuya defensa le interpelló más para su definición como intelectual que la de una causa como la Revolución Cubana, pues no era ésta la consigna de su proyecto personal como intelectual. Lo cual no significa que no lo capitalizara, al menos entre 59 y 61, como se observó en esta tesis.

Esto contrasta con la experiencia de Jesús Silva Herzog. Tomemos en cuenta que la diferencia generacional y de clase, así como de espacios de sociabilidad –la procedencia y vinculación con las élites, en el caso de García Terrés, y la conjugación entre el trabajo académico y político, en Silva Herzog– entre ambos personajes también matiza los compromisos que uno y otro podían o debían adquirir en las redes, así como los capitales a los que tenían acceso. Como pudo observarse en la polémica sobre la infiltración comunista, los ataques dirigidos a él y a su propio proyecto se esfumaron rápidamente. En *Cuadernos Americanos* subyacía la noción del compromiso intelectual desde el momento de su fundación, debido a su contexto particular relacionado con la guerra civil española, y desde luego, a la formación del director. Podemos decir, por lo tanto, que las esferas de influencia del economista alcanzaban un espectro de la política oficial mucho más amplio, al haber sido funcionario en distintos momentos, como en el sexenio de Lázaro Cárdenas, y se prolongó hasta los setenta, cuando su trayectoria fue reconocida por el poder legislativo.

Observar contrastadamente la articulación de las revistas y las posturas de sus directores en torno de la Revolución Cubana, permitió también pensar en dos modelos de intelectual mexicano actuando en el contexto de la Guerra Fría cultural latinoamericana, a través de la capacidad diferenciada de movilización de capitales en espacios específicos. Esto implicó también considerar a la plataforma universitaria como un marco permeable entre ambas publicaciones. Así, *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* se conformaron como un espacio común de conformación de redes, intercambio de capitales, expresión y posicionamiento de ideas, a través de la plataforma universitaria que en un momento las posibilitó y en otro, exigió a la *Revista* y a García Terrés replantear su

estrategia, mientras que evidenció el amplio margen de acción de *Cuadernos* y Silva Herzog.

La atención puesta en el debate sobre la Revolución Cubana, por encima del propio proceso en la isla o de la materialidad de las revistas, implicó formular una periodización específica para comprenderlo. En ocasiones ésta coincidió puntualmente con los virajes en la radicalización del gobierno revolucionario, consecuente con la defensa de las posturas. Sin embargo, también permitió visualizar el hecho de que el debate estuvo determinado, sobre todo, en función de los intereses y necesidades de los intelectuales en México, no forzosamente por un “compromiso” irreductible a favor de la defensa de la isla revolucionaria. En muchas ocasiones las referencias a la Revolución Cubana eran en realidad la verbalización de la esperanza de que la Revolución Mexicana pudiera reactivarse. Pero también esas referencias manifestaron la oportunidad para expresar su “compromiso intelectual”, el cual les permitió incorporarse a una esfera de debate en boga. Esto les otorgaba capital para posicionar discursos, publicar textos o participar en discusiones que los proyectaran públicamente.

La plataforma intelectual posibilitada por la UNAM generó una serie de contradicciones –enunciadas desde la introducción– entre la Universidad y las dos revistas, pero hay una que se evidencia con mayor puntualidad: aquella concerniente a la disputa entre la objetividad y la subjetividad, entre el compromiso y la defensa de la verdad. Como pudo observarse, esta tensión entre los criterios de validación de una esfera como la académica y aquellos del campo intelectual, implicó la necesidad de formular una argumentación a medio camino entre ambas. Esto se apuntó en distintos momentos de la tesis, como en aquellos textos que emparentaban el testimonio con la verdad para defender a la revolución de las calumnias y mentiras de la prensa. Enrique González Pedrero formuló aquella figura en la que la posibilidad testimonial de aproximarse a la verdad era lo que convertía al compromiso en una renovada condición de “compromiso objetivo”. En este sentido, el contacto con Cuba implicaba la adquisición no sólo de capital político, social y cultural, sino también la formulación epistemológica de un conocimiento superior a través del mencionado compromiso. Por lo tanto, la reconciliación entre la labor intelectual académica y la labor intelectual política se daba al utilizar el conocimiento para defender una causa. Desde luego, esto no fue común a todos los personajes pertenecientes a la

plataforma intelectual que estudiamos, pero sí da lugar a poder formular una especie de intelectual “tipo” en torno al que oscilaron aquellos que confeccionaron las “perspectivas intelectuales mexicanas sobre el triunfo de la Revolución Cubana desde una plataforma universitaria: *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*” entre 1959 y 1961.

Este intelectual “tipo” se caracterizó por: 1) su vinculación con la UNAM como plataforma material, por un lado, en el sentido de recibir un pago por dar clases o por colaborar en el Departamento de Difusión Cultural; y por el otro, al adquirir la legitimidad de su proyección como intelectual a través de la institucionalidad que lo respaldaba, aún cuando esto tuviera contradicciones implícitas. 2) Su afirmación del “compromiso intelectual” como eje rector de sus acciones discursivas al respecto de la Revolución Cubana en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México*. 3) Su interés por incorporarse a una discusión en boga que le permitía introducirse a un espacio para intercambiar capitales para proyectar sus ideas y posicionarse en su función de intelectual. 4) El eje reflexivo en torno de la Revolución Cubana estuvo en función de lo que ésta podía aportar a sus propios intereses y los de su grupo. El proceso en la isla les permitió reflexionar sobre la situación mexicana, y desde ahí imaginar nuevas posibilidades para reactivar algunos aspectos de la Revolución Mexicana; así como construir un nuevo modelo de intelectual que los diferenciara de otros y les permitiera posicionarse como tales. Desde luego, en este modelo cupieron una gran cantidad de matices al contrastarlo con cada uno de los personajes participantes en la plataforma intelectual universitaria aquí estudiados. Sin embargo, sí oscilaron en distintos momentos y magnitudes en torno a estos puntos.

Por encima de esta discusión, hay algo que queda claro: al hablar de las reflexiones intelectuales sobre la Revolución Cubana en *Cuadernos Americanos* y la *Revista de la Universidad de México* también estamos hablando de la propia concepción de cultura universitaria en la UNAM. Fue éste el momento en el que se afianzó el acceso a los espacios fundamentalmente a través de la conexión por medio de relaciones personales en torno de las redes intelectuales, como las de García Terrés, lo cual suele caracterizar a este tipo de espacios, en mayor o menor medida. Pero, sobre todo, hay que destacar que los intelectuales de estos espacios trabajaban en función de dichos vínculos, lo cual explicaría la elasticidad en algunas de las posturas; y en muchas ocasiones, los vaivenes en la

participación pública de los intelectuales universitarios también podrían explicarse por dicha mecánica. Cabría pensar si en la actualidad este modelo continúa vigente en los mencionados círculos. Queda ésta como una de las labores pendientes para ser estudiadas.

Algunos otros asuntos quedaron también en el tintero durante el itinerario del presente estudio. Uno de ellos es establecer una mirada particular a la participación de las mujeres intelectuales en los procesos de vinculación entre el mundo intelectual mexicano y el cubano. Figuras como Haydeé Santamaría, Loló de la Torriente, Julieta Campos, Elena Poniatowska, Celia Chávez, Margaret Randall, Margarita Dalton, Cristina Pacheco, y muchas más, tuvieron una importante participación en la vida cultural mexicana y su vínculo con la Revolución Cubana. Sin embargo, o bien su periodo de acción estuvo fuera de los límites de esta investigación, o bien no participaron de manera directa en los debates abordados aquí. Aún cuando los trabajos de varias de ellas sí fueron mencionados, hace falta enfocar la mirada a las particularidades de sus relevantes aportaciones a la historia cultural de América Latina en estas décadas.

Desde luego, el enfoque centrado en la plataforma universitaria implicó dejar de lado muchos otros espacios de acción intelectual en torno a la Revolución Cubana en México y en el resto de América Latina. El entusiasmo que despertó el triunfo de la Revolución Cubana se extendió a una gran cantidad de publicaciones escritas en todo el continente, pero también de otras expresiones culturales y artísticas, como la literatura, el cine, el teatro, la danza e incluso las ciencias, desde donde también se tendieron importantes vínculos que se inspiraron en, a la vez que apuntalaron, aquel proceso de radicalización en la isla.

Algo que fue tratado apenas someramente en este trabajo fue la oposición a la Revolución Cubana. En este caso, se le puso atención al anticomunismo dirigido a la UNAM a partir de las publicaciones de la *Revista de la Universidad* y menormente a las de *Cuadernos Americanos*. Sin embargo, así como el proceso en la isla despertó una gran ola de entusiasmo entre las izquierdas, también dio lugar a un intenso proceso de radicalización del anticomunismo.

Como plantea Soledad Loaeza, este proceso que sirvió al oficialismo en los años cuarenta para consolidar el consenso estabilizador, a partir de los sesenta fungió como un núcleo organizador de “la oposición antiestatista y antiautoritaria”. Las clases medias

mexicanas, asociadas al conservadurismo lograron posicionar sus principales valores: “el individualismo, la defensa de la propiedad privada, de la participación democrática, de la educación como agente de conservación social, de la tradición como núcleo de la identidad nacional”. Las clases altas se colocaron a través del mismo argumento, como el “sustento de la democracia”, asociada a la postura liberal de la misma.⁴⁴³

Para poder abordar puntualmente tanto el asunto relativo a los límites espaciales, como al de la oposición anticomunista a la Revolución Cubana y a muchos otros asuntos, haría falta ampliar también el marco cronológico al menos a toda la década de los sesenta y principios de los setenta. Con ello sería posible tener una mirada más general sobre sus altibajos, confrontaciones y variaciones, sobre todo, porque es en dicho plazo cuando se completa el proceso de institucionalización de la Revolución Cubana, así como en su momento lo hizo la Revolución Mexicana. Sería interesante también hacer un análisis comparativo de ambos trayectos revolucionarios y sus contextos.

Finalmente quisiera decir que otra de las finalidades perseguidas por este trabajo fue la de posicionar la discusión de la historia contemporánea como algo que pueda hablar sobre el presente desde el que la enunciamos. Si bien la Revolución Cubana, a sesenta años de su triunfo, puede parecer algo desactualizado y alejado de sus intenciones iniciales, cabe también reflexionar por qué la esfera cultural y artística dejó de ponerle atención y de dialogar con ella, ya fuera para cuestionarla o para comprenderla. Quizá, aprovechando la reciente apertura progresiva de la isla, sea momento de retomar estos debates y volver a pensar al menos algunos de los asuntos que en los sesenta detonó como: América Latina como un espacio no sólo geográfico, sino también cultural, político y económico; la función social de los intelectuales; y si bien, ya no cabe la posibilidad de “revivir” la Revolución Mexicana, sí cuestionar los alcances de lo que discursivamente ha sido llamada una nueva transformación, y desde luego, las implicaciones de esta enunciación.

Asimismo, la Universidad se plantea como un asunto igualmente relevante para abordarla desde una perspectiva histórica. En primer lugar, para poner a dialogar el modelo de cultura universitaria de los sesenta con el actual y observar sus coincidencias, diferencias, rezagos, avances, transformaciones y potencialidades. Pero también para pensar si esta institución aún puede plantearse como una plataforma intelectual para

⁴⁴³ Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México*, México, El Colegio de México, 1988, pp. 15-16.

reflexionar sobre e interpelar a la realidad y al contexto social en el que se desenvuelve, con todas sus implicaciones. Es decir, ¿será aún posible pensar a la UNAM como un espacio abierto para el debate de problemáticas contemporáneas? Si la respuesta fuera que sí, ¿quiénes pueden hacerlo y desde dónde? Pero si la respuesta es negativa, entonces habría que preguntarnos: ¿por qué no y cómo hacer para que sí lo sea para todas y todos?, ¿quién decidía esto en los años sesenta y quién lo decide ahora? Sin duda, aún quedan muchos espacios por explorar y preguntas por responder sobre la cultura en la Universidad y su vinculación con la realidad social del país y del mundo, así como sobre la relación entre los intelectuales y los procesos de transformación, como en este caso fue la Revolución Cubana y su proyección en la plataforma intelectual universitaria.

Fuentes consultadas

Bibliografía y hemerografía

- “Autoentrevista” Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8/Exp. Entrevistas/Leg. “¿Cuáles son sus intereses como escritor?”
- “Boletín de prensa 13 de junio de 1960”, Archivo Histórico de la UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, Dirección de Información y Prensa, Boletines de Prensa, Caja 5, Exp. 14 junio 1960, f. 14.
- “Carta abierta al presidente Kennedy” en *Cuadernos Americanos*, *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVII, núm. 4, mayo-junio de 1961.
- “Dos intelectuales hablan de política” en *Excelsior*, viernes 5 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.
- “Enérgica Réplica del Rector a los que lo Impugnan” en *Novedades*, 7 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- “Habla Chávez, pero no detiene la campaña roja, dice el FUA” en *Última Noticias*, 10 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

“La reforma agraria”, *Revolución*, La Habana, 3 de febrero de 1959 en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.

“La Revista de la UN, convertida en sucursal del órgano castrista”, *Últimas Noticias*, 3 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

“Las relaciones culturales con Cuba se fortalecerán”, *Novedades*, 27 de julio de 1961.

“Los intelectuales estadounidenses contra la invasión” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961.

“‘Lucho contra todo sectarismo’: dice el rector de la UNAM, doctor Chávez” en *Excélsior*, 8 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

“Página Editorial” en *Excélsior*, 4 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

“Repudio al Castrocomunismo hecho por estudiantes universitarios en México”, *El Universal*, 27 de julio de 1961.

“Sólo para salir del paso” en *Excélsior*, 9 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.

“Visita del presidente cubano” en *Gaceta de la Universidad*, Vol. VII, Núm. 25, lunes 20 de junio de 1960, Núm. 305, Universidad Nacional Autónoma de México.

(Consultado el 10 de diciembre de 2019)

Agustín, José, *Diario de brigadista. Cuba, 1961*, México, Lumen, 2010.

Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Arreola, Orso, *El último juglar: Memorias de Juan José Arreola*, México, Jus, 2010

Aub, Max, *Diarios 1953-1966*, México, CONACULTA-Dirección General de Publicaciones, 2002.

Aub, Max, *Diarios 1967-1972*, México, CONACULTA-Dirección General de Publicaciones, 2003.

Aub, Max, *Enero en Cuba*, México, Joaquín Mortiz, 1969.

Barahona, Abel, “Su inconveniente, ser un sabio”, *Excélsior*, México, 21 de enero de 1961. Citado en: Celia Ramírez López y Raúl Domínguez Martínez, “Entre la utopía y la realidad, el

rectorado de Ignacio Chávez” en Raúl Domínguez-Martínez, *Historia general de la Universidad Nacional siglo XX. Un nuevo modelo de Universidad. La UNAM ente 1945 y 1972*, México, UNAM-IISUE, 2013.

Batis, Huberto, “4. Nos tocó ayudar a los nuevos. Carlos Valdés por Huberto Batis” en Huberto Batis, *Por sus comas los conoceréis*, México, Conaculta, 2001.

Batis, Huberto, “El Grupo Alatorre, “Los Divinos” y López Mateos”, *Confabulario de El Universal*, 6 de febrero de 2016, (<http://confabulario.eluniversal.com.mx/el-grupo-alatorre-los-divinos-y-lopez-mateos/>) Consultado el 21 de marzo de 2019.

Benítez, Fernando, *La batalla de Cuba*, México, Ediciones ERA, 1960.

Blanchot, Maurice, *El espacio literario*, Barcelona, Paidós, 1992.

Bloch, March, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas (1928)” en March Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2015.

Bourdieu, Pierre, *Poder, derecho y clases sociales* (2ª ed), Bilbao, Desclée de Brouwer, 2006.

Cabrera, Manuel *et al*, “La revolución cubana vista desde México” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.

Campos, Julieta, “La novela de la Revolución Cubana” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961.

Camposeco, Víctor Manuel, *México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria y testimonio crítico*, México, CONACULTA, 2015.

Cárdenas, Lázaro, "La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz" en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961.

Cárdenas, Lázaro, *Obras I-Apuntes*, Tomo III, México, UNAM, 1973.

Carlos Fuentes, “Celia en 1951” en *¡80 bien bailados!*, México, Edición de autor, 2010.

Carmona, Fernando, “Jesús Silva Herzog, cada vez más actual” en *Problemas del desarrollo*, vol. XXII, núm. 85, abril-julio 1991.

Carpentier, Alejo, “Una conversación con Jean-Paul Sartre” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 6, febrero de 1961.

Carrión, Jorge, “La voz y el derecho de América Latina” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961.

- Castro, Fidel, "I Declaración de La Habana" en Fidel Castro, *Voz e imagen de la Revolución Cubana*, México, Ediciones del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales "José Martí", 1965.
- Castro, Fidel, "La Revolución entra en una nueva etapa" en Nora Madan Rivas (ed.), *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*. TOMO I, Vol. 2 enero 1959-abril 1961, La Habana, Editora Política, 1983.
- Castro, Fidel, "Revolución socialista y democrática" en Fidel Castro, *Voz e imagen de la Revolución Cubana*, México, Ediciones del Instituto Mexicano-Cubano de Relaciones Culturales "José Martí", 1965.
- Casuso, Teresa, *Cuba and Castro*, Random House, Nueva York, 1961.
- Charle, Christophe, Jürgen Schriewer y Peter Wagner (comps.), *Redes intelectuales trasnacionales. formas de conocimiento académico y búsqueda de identidades culturales*, Barcelona-México, Ediciones Pomares, 2006.
- Chávez de García Terrés, Celia, *Cajoncitos de la memoria*, México, Era/Artes de México, 2010.
- Ignacio Chávez de la Lama, *La madre de todas las "huelgas": La UNAM en 1966* (2ª ed.), México, UNAM/UANL, 2015.
- Chevalier, François, "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: 'El levantamiento de Zapata' (1911-1919)" en *Cuadernos Americanos*, año XIX, vol. CXIII, núm. 6.
- Colangelo Jr., Joseph G., "Macartismo en Pittsburgh" en *Revista de la Universidad de México*, vol. XVI, núm. 3, noviembre de 1961.
- Collado Herrera, María del Carmen (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto Mora, 2015.
- Corrales, Raúl, *Playa Girón*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981.
- Cosío Villegas, Daniel, "La crisis de México" en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXII, no. 2, marzo-abril de 1947.
- Cosío Villegas, Daniel, *Change in Latin America: The Mexican and Cuban Revolutions*, Lincoln, University of Nebraska, 1961.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976.
- Cossío del Pomar, Felipe, "Política y Universidad" en *Cuadernos Americanos*, marzo-abril de 1959, año XVIII, vol. CIII, no. 2.

- Crespo, Regina (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010.
- Cuevas, José Luis, “La cortina del nopal” en *México en la cultura*, número 473, abril de 1958.
- Dallal, Alberto, “Las artes y la cultura en la Universidad” en José Manuel Covarrubias Solís (coord. VI coloquio), *La UNAM en la historia de México. Tomo VI, De la apertura de cursos en Ciudad Universitaria al final del rectorado de Javier Barros Sierra. La época del optimismo en el siglo XX (1954-1970)*, México, UNAM, 2011.
- de la Osa, Enrique, *Visión y pasión de Raúl Roa*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.
- de la Selva, Mauricio y Antonio Salgado, “Libros y Revistas” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CIV, no. 3.
- de la Torre, Loló, “Realidad y esperanza en la política cubana” en *Cuadernos Americanos*, vol. CVII, no. 6, noviembre-diciembre de 1959.
- de Pablo, Óscar, *La rojería*, México, Peguin Random House, 2018.
- Devés-Valdés, Eduardo, “La noción ‘redes intelectuales’ y su significado para los estudios ideológicos y para pensar el futuro intelectual latinoamericano” en *Redes intelectuales en América latina. Hacia la construcción de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad Santiago de Chile-Instituto de Estudios Avanzados, 2007.
- Díaz Arciniega, Víctor, “Don Jesús: su bienhechora tutela. Notas para una historia de la casa” en Benito Rey Romay y Goergina Naufal Tuena, *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar. Homenaje en el centenario de su natalicio*, México, FCE/UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas, 1994.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Querrela por la “cultura revolucionaria” (1925)*, México, FCE, 1989.
- Domingo Cuadriello, Jorge, *El exilio republicano español en Cuba*, Madrid, Siglo XXI, 2009.
- Dorticós Torrado, Osvaldo, “Cuba y México” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CXI, no. 4.
- Dosse, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, España, Universitat de València, 2006.
- Droysen, Johann Gustav, HISTÓRICA. Lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia, Barcelona, Alfa, 1983.
- El espectador*, vol. 1, núm. 2, junio de 1959.
- El espectador*, vol. 1, núm. 3, julio 1959.

- Ficha de Víctor Trapote Mateo en el Registro Nacional de Extranjeros en México, Secretaría de Gobernación. Departamento de Gobernación, AGN (copia digital <http://pares.mcu.es/MovimientosMigratorios/detalle.form?nid=32603> consultada el 10 de marzo de 2019)
- Flores Olea, Víctor *et. al.*, “Tres interrogaciones sobre el presente y el futuro de México” en *Cuadernos Americanos*, Vol. CII, No.1, enero-febrero de 1959.
- Flores Olea, Víctor, “El marxismo es un humanismo” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 10, junio de 1960.
- Foucault, Michel, “¿Qué es la crítica?” en *Daimón, Revista de Filosofía*, 1995, n. 11.
- Fromm, Erich, “El amor y su desintegración en la sociedad occidental contemporánea” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIII, Núm. 10, junio de 1959.
- Fromm, Erich, “Un manifiesto socialista” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XV, núm. 1, septiembre de 1960.
- Fuentes, Carlos, “América Latina y Estados Unidos. Notas para un panorama” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.
- García Monge, Joaquín, *Cartas Selectas*, San José, ECR, 1983
- García Terrés, Jaime y Álvaro Matute, “Los espacios de la literatura” (1985), p. 19. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8
- García Terrés, Jaime y Emmanuel Carballo, “Diálogo sobre Difusión cultural y otros temas marginales” en *México en la cultura*, 6 de febrero de 1955 (p 91). Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime.
- García Terrés, Jaime, “Diario de un escritor en La Habana” en *Revista Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.
- García Terrés, Jaime, “Dignidad de Francia. Los Inconformes” en *Excélsior*, 12 de noviembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.
- García Terrés, Jaime, “El Crepúsculo de los Caciques” en *Excélsior*, 31 de diciembre de 1958. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.
- García Terrés, Jaime, “Inventario. Algunas citas. La mentira heroica” en Jaime García Terrés, *Obras III. La feria de los días [1953-1994]*, pp. 249-250.

- García Terrés, Jaime, “Inventario. La *Revista de la Universidad* y la mala fe de quienes la calumnian” en Jaime García Terrés, *Obras III. La feria de los días [1953-1994]*.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días: El despotismo y el caos” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 5, enero de 1959.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días: Más sobre la responsabilidad del escritor” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XII, núm. 8, abril de 1958.
- García Terrés, Jaime, “La Feria de los Días: Valor dudoso, Misión del escritor” en *Revista de la Universidad de México*, vol. X, núm. 5, enero de 1956.
- García Terrés, Jaime, “La Feria de los Días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XI, núm. 1, septiembre de 1956.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIV, núm. 4, diciembre de 1959.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 9, mayo de 1960.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XV, núm. 1, septiembre de 1960.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 6, febrero de 1961.
- García Terrés, Jaime, “La feria de los días” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XVI, núm. 1, septiembre de 1961.
- García Terrés, Jaime, “Literatura y política” (1956) en *Obras III, La Feria de los Días*, FCE, México, 1997.
- García Terrés, Jaime, “Los intelectuales y la política” en *Excélsior*, 20 de agosto de 1958, Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.
- García Terrés, Jaime, “México, 1958” en *Excélsior*, 11 de diciembre de 1958. Biblioteca de
- García Terrés, Jaime, *Iconografía*, México, FCE/UNAM/Colegio Nacional, 2003.
- México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 1/ Exp. Recortes Jaime 1958 a 1960.
- García Terrés, Jaime, *Sobre la responsabilidad del escritor*, México, edición de autor, 1949.

- García Treviño, Rodrigo, “¿La Universidad contra la Nación?” en *Excélsior*, 26 de julio de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- García Treviño, Rodrigo, “Está usted equivocado, señor rector” en *Excélsior*, 17 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- García Treviño, Rodrigo, “Obras son Amores, Señor Rector” en *Excélsior*, 2 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2ª ed.), Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.
- González Casanova, Henrique, “Prólogo” en *Homenaje a Jesús Silva Herzog en Cuadernos, Cuadernos Americanos*, núm. 6, noviembre-diciembre de 1985, vol. CCLXIII.
- González Casanova, Pablo, “México: el ciclo de una revolución agraria” en *Cuadernos Americanos*, año XXI, vol. CXX, no. 1, enero-febrero de 1962.
- González Neira, Ana, “Cuadernos Americanos y el exilio español: nacimiento de una revista universal (1942–1949)” en *Cuadernos Americanos*, núm. 127, 2009.
- González Pedrero, Enrique, “50 años después” en *Revista de la Universidad de México*.
- González Pedrero, Enrique, “La caída de otra dictadura” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CIII, no. 2, marzo-abril de 1959.
- González Pedrero, Enrique, “La situación económica de Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.
- González Pedrero, Enrique, *El gran viraje*, México, Ediciones ERA, 1961.
- González Pedrero, Enrique, *La Revolución cubana*, México, UNAM-Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1959.
- González Rodríguez, Sergio, “Jaime García Terrés, cronología” en *Biblioteca de México*, núm. 96, noviembre-diciembre de 2006.
- Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, México, Grijalbo, 1967.
- Granados, Aimer (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*, México, UAM Cuajimalpa/Juan Pablos Editor, 2012.

- Granados, Aimer, “Las redes intelectuales latinoamericanas en perspectiva historiográfica: una mirada desde México” en *Historia y Espacio*, vol. 13, no. 49, 2017.
- Grandin, Greg, *A Century of Revolution* Durham, Duke University Press, 2010.
- Gubern, Román, *La caza de brujas en Hollywood*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- Hale, Charles A., “Frank Tannenbaum y la revolución mexicana” en *Secuencia*, núm. 39, sep-dic 1997.
- Hurtado, Guillermo, “Historia y ontología en México: 50 años de revolución” en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, núm. 39, enero-junio de 2010.
- Iber, Patrick, *Neither Peace Nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.
- Ídem.*
- Illades, Carlos, *El futuro es nuestro*, México, Océano, 2017.
- Illades, Carlos, *El futuro es nuestro. Historia de la izquierda en México*, México, Océano, 2017.
- Illades, Carlos, *El marxismo. Una historia intelectual*, México Taurus, 2018.
- Imízcoz Beunza, José María y Lara Arroyo Ruiz, “Redes sociales y correspondencia epistolar. Del análisis cualitativo de las relaciones personales a la reconstrucción de redes egocentradas” en *REDES, Revista hispana para el análisis de redes sociales*, vol. 21, núm. 4, diciembre de 2011.
- Keller, Renata, *Mexico's Cold War. Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, New York, Cambridge University Press, 2015.
- Kozel, Andrés, “América Latina en Humanismo (México-La Habana, 1952-1961)” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010.
- Le Riverend, Julio, “Razón de Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 10, junio de 1960.
- Loeza, Soledad, *Clases medias y política en México*, México, El Colegio de México, 1988.
- López Cámara, Francisco en Ramón Ramírez Gómez, *Cuba: Despertar de América. Ensayo económico-social*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1961.
- López Mateos, Adolfo, “México y Cuba” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, Vol. CXI, no.

- Louis, Annick, “Las revistas literarias como objeto de estudio” en Blog *Revistas Culturales 2.0*, Eberhard Karls Universität Tübingen, 12 de marzo de 2014. Disponible en: <https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/annick-louis-las-revistas-literarias-como-objeto-de-estudio>
- Marx, Karl, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro Primero. El proceso de producción del Capital, México, Siglo XXI, 2010.
- Michelena, Margarita, “Foro de Excélsior. El Bisturí en la Universidad” en *Excélsior*, 17 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- Monsiváis, Carlos, “Jaime García Terrés: ‘¡Cantad, cantad en mí, diferentes hermanos!’” en *Biblioteca de México*, núm. 96, noviembre-diciembre de 2006.
- Morales, Salvador E. y Laura del Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en la perspectiva mexicana 1952-1958*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999.
- Morejón Arnaiz, Idalia, *Política y polémica en América Latina. Las revistas Casa de las Américas y Mundo Nuevo*, México, Educación y Cultura, Asesoría y Promoción, 2010.
- Moruzzi, Peter, *Havana Before Castro: When Cuba was a Tropical Playground*, Layton, Utah, Gibbs Smith, 2008.
- Nandayapa, Mario, *Los pasos de Laco. Entrevista a Eraclio Zepeda*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas/Juan Pablos Editor, México, 2012.
- Narrina, Gustavo, *Comentarios sobre el libro “Cuba, despertar de América” de Ramón Ramírez Gómez (Ensayo Económico y Social)*, México, s/e, 1962, pp. 3-4. Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, Fondo: Folletos Cuba, Caja 2.
- Naufal Tuena, Georgina, “Jesús Silva Herzog, los dilemas de su tiempo” en *Comercio exterior*, febrero de 2001.
- Naufal Tuena, Georgina, “Jesús Silva Herzog: sus primeros años” en Benito Rey Romay y Goergina Naufal Tuena, *Jesús Silva Herzog: universitario ejemplar. Homenaje en el centenario de su natalicio*, México, FCE/UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas, 1994.
- Ochando Aymeric, Karmen, “El último silencio (El Diario de campaña de José Martí)” en *Guaragua*, año 4, núm. 11, 2000.

- Oliva Medina, Mario, “Revista *Repertorio Americano*: algunos alcances sobre su trayectoria, 1919-1958” en *Revista Izquierdas*, año 1, núm. 1.
- Pacheco, José Emilio, “Celia” en *Celia ¡80 bien bailados!*, México, Edición de autor, 2010.
- Pacheco, José Emilio, “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría” en *Revista de la Universidad de México*, Vol. XIV, núm. 9, mayo de 1960.
- Padilla Nervo, Luis, “Presencia de México en las Naciones Unidas. El caso de Cuba” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVI, no. 3, mayo-junio de 1961.
- Palacios, Alfredo, “Una revolución auténtica en Nuestra América” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CXIL, no. 5, septiembre-octubre 1960.
- Pasternac, Nora, “La revista argentina *Sur*: un cierto americanismo” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010.
- Paul Wolff, Robert, “Los liberales y Cuba” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIV, núm. 12.
- Paz, Octavio, *El tráfago del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Pérez Montfort, Ricardo (coord.), *México Contemporáneo 1808-2014. La Cultura*, México, El Colegio de México/Fundación Mapfre/Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Pettinà, Vanni, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.
- Piazza, Luis Guillermo, *La Mafia*, México, Joaquín Mortiz, 1968.
- Piñeyrua, Pilar, “‘La imaginación tituladora’: América Latina y el latinoamericanismo en los titulares y tapas del semanario *Marcha*” en Regina Crespo (coord.), *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, UNAM-CIALC/Ediciones EÓN, 2010.
- Pita González, Alexandra, “Introducción” en Alexandra Pita González (comp.), *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*, México, Universidad de Colima/Miguel Ángel Porrúa, 2016.
- Portuondo, José Antonio, “Cuba, nación Para sí” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXIX, núm. 6.
- Ramírez Gómez, Ramón, *Cuba: Despertar de América. Ensayo económico-social*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1961.

- Ramírez López, Celia y Raúl Domínguez Martínez, “Entre la utopía y la realidad, el rectorado de Ignacio Chávez” en Raúl Domínguez-Martínez, *Historia general de la Universidad Nacional siglo XX. Un nuevo modelo de Universidad. La UNAM ente 1945 y 1972*, México, UNAM-IISUE, 2013.
- Ramos Escandón, Carmen, “Genaro García, historiador feminista de fin de siglo” en *Signos históricos*, núm. 5, enero-junio 2001.
- Reyes Pérez, José Carlos, “*El sueño mayor de hacer libros*”: *Era. Cultura escrita en español y la difusión de las ciencias sociales a través de una editorial. 1960-1989*. Tesis de Maestría en Historia Internacional, CIDE, 2016.
- Reynaga Mejía, Juan Rafael, *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, México, UAEM/UNAM-CCyDEL, 2007.
- Rinke, Stefan, *Latin American and the First World War*, Nueva York, Oxford University Press, 2017.
- Rivera Mir, Sebastián, *Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2018.
- Rojas, Rafael, *Historia mínima de la Revolución cubana*, México, El Colegio de México, 2015.
- Rojas, Rafael, *La polis literaria*, México, Taurus, 2018.
- Rojas, Rafael, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Romo Medrano, Lilia, *Un relato biográfico. Ignacio Chávez, rector de la UNAM*, México, El Colegio Nacional, 1997.
- Rosado, Juan Antonio, y Adolfo Castañón, “Los años cincuenta: sus obras y ambientes literarios” en Manuel Fernández Perera (coord.), *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/CONACULTA/Universidad Veracruzana, 2008.
- Ross, Stanley, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana? (3ª ed.)*, México, Premia Editora, 1981.
- Salazar Mallén, Rubén, “Gota a gota...” en *El Universal*, 26 de julio de 1961.
- Santiago Jiménez, Mario Virgilio, “Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975” en María del Carmen

- Collado Herrera (coord.), *Las derechas en el México contemporáneo*, México, Instituto Mora, 2015.
- Santos Ruiz, Ana, *Los hijos de los dioses. El Grupo Filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano*, México, Bonillas/Artigas, 2015.
- Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” en *América: Cahiers du CRICCAL*, núm. 9-10, 1992.
- Sartre, Jean-Paul, *Plaidoyer pour les intellectuels (1965)*, Gallimard, París, 1972.
- Sartre, Jean-Paul, Reflexiones sobre la cuestión judía, Buenos Aires, Sur, 1948.
- Sheridan, Guillermo, *México en 1932: la polémica nacionalista*, México, FCE, 1999.
- Sheridan, Guillermo, *Paseos por la calle de la amargura y otros rumbos mexicanos*, México, Penguin Random House, 2018.
- Sierra Carrillo, Santiago, “Foro de Excélsior. Objeta la Tesis del rector Ignacio Chávez” en *Excélsior*, 10 de agosto de 1961. Biblioteca Nacional de México, Fondo Jaime García Terrés, Caja 2, Expediente: Recortes Jaime 1961.
- Silva Herzog, Jesús, “¿Comunismo o democracia social? Esquema para un libro” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, vol. CVIII, no. 1.
- Silva Herzog, Jesús, “Breve historia de la Revolución mexicana” en *Revista de la Universidad de México*.
- Silva Herzog, Jesús, “Deberes del intelectual mexicano contemporáneo” en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXVI, no. 6, noviembre-diciembre de 1947.
- Silva Herzog, Jesús, “La reforma agraria en México” en *Cuadernos Americanos*, año XVIII, vol. CV, núm. 4, julio-agosto 1959.
- Silva Herzog, Jesús, “La revolución mexicana en crisis” en *Cuadernos Americanos*, Vol. XI, No. 5., septiembre-octubre 1943.
- Silva Herzog, Jesús, “La Revolución Mexicana es YA un Hecho Histórica” en *Cuadernos Americanos*, vol. XLVII, no. 5, septiembre-octubre de 1949.
- Silva Herzog, Jesús, “Lo humano, problema esencial” en *Cuadernos Americanos*, vol. I, no. 1, enero-febrero 1942.
- Silva Herzog, Jesús, “Por una Democracia Socialista” en *La larga marcha de un hombre de izquierda*, México, UNAM-Escuela Nacional de Economía, 1972.

- Silva Herzog, Jesús, “Reflexiones sobre política internacional” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXVII, núm. 4.
- Silva Herzog, Jesús, “Un esbozo de la Revolución Mexicana (1910-1917)” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CXIII, núm. 6
- Silva Herzog, Jesús, “Veinte años al servicio del mundo nuevo” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXIX, núm. 6.
- Silva Herzog, Jesús, *Biografías de amigos y conocidos*, México, Cuadernos Americanos, 1980.
- Silva Herzog, Jesús, *Mis últimas andanzas 1947-1972*, México Siglo XXI, 1973.
- Silva Herzog, Jesús, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI, 1972.
- Stevens, Mrs. Barry, 30 de enero de 1961, “Correspondencia” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XV, núm. 9, mayo de 1961.
- Tannenbaum, Frank, “La política en América Latina” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CIX, marzo-abril 1960.
- Teichert, Pedro C. M., “La Revolución Económica y la industrialización de la América Latina” en *Cuadernos Americanos*, año XX, vol. CXV, no. 2.
- Trapote, Víctor, “Fidel Castro en México” en *Revista de la Universidad de México*, vol. XIII, núm. 7, marzo de 1959.
- Tuttino, Saverio, *Breve historia de la revolución cubana*, México, Ediciones ERA, 1979.
- Urías Horcasitas, Beatriz, “Alianzas efímeras: izquierdas y nacionalismo revolucionario en la revista *Política. Quince días de México y del mundo (1960-1962)*” en *Historia Mexicana*, LXVIII:3, 2019, pp. 1205-1252.
- Vargas, Rafael, “Notas sobre una amistad” en Octavio Paz, *El tráfago del mundo. Cartas de Octavio Paz a Jaime García Terrés 1952-1986*, México, FCE, 2017
- Veledíaz, Juan, “Vigiló Gutiérrez Barrios a espías cubanos y soviéticos” en *El Universal*, 3 de junio de 2002. <https://archivo.eluniversal.com.mx/primera/12559.html> (Consultado el 9 de diciembre de 2019)
- Villafranca, Martha, *La prensa mexicana ante la revolución cubana*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 2002.
- Weinberg, Liliana, “Revistas culturales y formas de sociabilidad intelectual. El caso de la primera época de Cuadernos Americanos. La edición de una revista como operación social” en *Revistas culturales 2.0* Eberhard Karls Universität Tübingen. Disponible en:

<https://www.revistas-culturales.de/es/buchseite/liliana-weinberg-revistas-culturales-y-formas-de-sociabilidad-intelectual-el-caso-de-la> (consultado el 3 de agosto de 2019)

White, Byron, “Pedro C. M. Teichert, Revolución económica e industrialización en América Latina, México: Fondo de Cultura Económica, 1961. 467 págs (reseña)” en *Revista De Ciencias Sociales*, núm. 2, 1962. (Consultado en <https://revistas.upr.edu/index.php/rcs/article/view/9488> el 15 de abril de 2020)

Winock, Michel, *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010.

Wright Mills, Charles, “Izquierda, subdesarrollo y Guerra Fría. Un coloquio sobre tres cuestiones fundamentales” en *Cuadernos Americanos*, Año XIX, Vol. CX, núm. 3.

Wright Mills, Charles, “La última oportunidad de los intelectuales” en *Revista de la Universidad*, vol. XIV, núm. 2, octubre de 1959.

Wright Mills, Charles, *Listen, Yankee: the Revolution in Cuba*, Nueva York, Ballantines Books, 1961.

Zea, Leopoldo, “Latinoamérica y la Guerra Fría” en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, año XIX, Vol. CVIII, no. 1.

Entrevistas

Entrevista de Adolfo Castañón a Jaime García Terrés, Director del FCE por el medio siglo de la editorial, septiembre de 1984. Biblioteca de México/Fondo Reservado/Fondo Jaime García Terrés/Caja 8/Exp. Entrevistas.

Entrevista del autor con Celia Chávez, lunes 3 de junio de 2019.

Entrevista de Carlos Oria a Eraclio Zepeda para Proyecto Literatura 1/27, Clío (Transcripción)

Archivos

Archivo General de la Nación

Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica

Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México

Archivo Personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés

Capilla Alfonsina

Biblioteca de México – Fondo Jaime García Terrés

Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista

Cartas

- Carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 15 de junio de 1960. *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981
- Carta de Alfredo Palacios a Jesús Silva Herzog, 30 de agosto de 1960. *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Carlos Chávez a Jaime García Terrés, Florencia, Italia, octubre 30, 1949. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.
- Carta de Diego Rivera a Jaime García Terrés, (sin lugar), 25 de julio de 1957, Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.
- Carta de Fernando Ortiz a Jesús Silva Herzog, Habana, diciembre 29, 1943 en Jesús Silva Herzog, *De su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Gabriela Mistral a Jaime García Terrés, (sin lugar), marzo 25 1955. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.
- Carta de Héctor Mendoza a Jaime García Terrés, (sin lugar), 18/VII/58. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.
- Carta de Jesús Silva Herzog a Alfredo Palacios, 21 de junio de 1960, *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Jesús Silva Herzog a Fernando Ortiz, 27 de marzo de 1947, Ciudad de México en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Jesús Silva Herzog a Juan Marinello, Ciudad de México, enero 23 de 1948 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981,
- Carta de Jesús Silva Herzog a Raúl Roa, Ciudad de México, 17 de junio de 1958 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Jesús Silva Herzog a Salvador Zubirán, México, D.F., 5 de abril de 1948 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.
- Carta de Juan Goytisolo a Jaime García Terrés, París, 15-1-58. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.
- Carta de Juan Marinello a Jesús Silva Herzog, La Habana, 28 de dic. 1947 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.

Carta de Pablo González Casanova a Jaime García Terrés, París, Francia, 13 de noviembre de 1948. Archivo personal de Jaime García Terrés y Celia Chávez de García Terrés.

Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, Cuba, septiembre 19, 1958 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.

Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, Cuba, septiembre 19, 1958 en *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.

Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, enero 24, 1957 en Silva Herzog, *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.

Carta de Raúl Roa a Jesús Silva Herzog, La Habana, febrero 28, 1957 en Silva Herzog, *Jesús Silva Herzog de su archivo epistolar*, México, Cuadernos Americanos, 1981.